BENJAMIN STEVENSON
TODOS EN MI FAMILIA HAN MATADO A ALGUIEN
UNA REUNIÓN FAMILIAR SIEMPRE ES UN ASUNTO DE VIDA O MUERTE
Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Mi hermano
- Capítulo 1

Mi hermanastra
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Mi esposa
- Capítulo 9

Mi padre
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 14,5
- Capítulo 15

Mi madre
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Mi padrastro
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Mi tía
Capítulo 27,5
Capítulo 28
Capítulo 29
Mi esposa
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Mi (ex)cuñada
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Mi padrastro (otra vez)
Capítulo 38
Mi hermano
Capítulo 39
Mi tío
... en un lado
Capítulo 40
Yo
Capítulo 41
Epílogo
Agradecimientos

Nota
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Una reunión familiar es siempre un asunto de vida o muerte.

La mejor novela negra del año por *The Sunday Times*.

A Ernie Cunningham nunca le han gustado las reuniones familiares. Aunque algo tiene que ver el hecho de que hace tres años viera a su hermano, Michael, matar a alguien y lo denunciara a la policía, un ultraje que la familia nunca le ha perdonado. Ahora han decidido reunirse para una ocasión especial: pasarán un fin de semana en un hotel en la montaña para celebrar el reencuentro con Michael. Pero los Cunningham no son una familia que se pase el fin de semana bajo la manta contemplando el paisaje. El día en que llegue Michael encontrarán el cadáver de un hombre en las inmediaciones del hotel. Cuando la policía sea incapaz de resolver el crimen, quedará en manos de Ernie deducir si el culpable es uno de sus familiares... antes de que sea demasiado tarde.

«Todos los miembros de mi familia han matado a alguien. Algunos, los más eficientes y productivos, hemos matado a más de uno.»

Todos en mi familia han matado a alguien

Benjamin Stevenson

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

Planeta

Para Aleesha Paz.
Este es para ti, por fin.
Aunque siempre lo hayan sido, y siempre lo serán.

¿Juras que tus detectives resolverán los crímenes que se les presenten mediante las habilidades que hayas tenido a bien concederles sin depender ni confiar en revelaciones divinas, intuición femenina, magia, trampas, casualidad o actos divinos?

Juramento de acceso al Detection Club, de 1930,
una sociedad secreta de escritores de novelas
de misterio entre los que destacan Agatha Christie,
G. K. Chesterton, Ronald Knox y Dorothy L. Sayers

1. El criminal debe ser alguien que se haya mencionado al inicio de la historia, pero no debemos permitir que el lector conozca sus pensamientos.
2. Todas las voluntades o actos sobrenaturales o preternaturales quedan descartados, como es natural.
3. No se permite la inclusión de más de una sala o un pasaje secretos.
4. No pueden utilizarse venenos que no hayan sido descubiertos hasta la fecha, ni ningún dispositivo que requiera una extensa explicación científica al final.
5. *Nota del autor: se ha eliminado una expresión histórica culturalmente desfasada.*
6. No debemos añadir jamás ningún hecho accidental que ayude al detective, y este tampoco debe recurrir a una intuición inexplicable que resulte ser cierta.
7. El detective no debe ser el culpable del crimen.
8. El detective no debe hallar ninguna pista que el lector no pueda inspeccionar de inmediato.
9. El amigo inepto del detective, el Watson, no debe ocultar ningún pensamiento que le pase por la cabeza; su inteligencia debe estar ligeramente por debajo, pero muy ligeramente, de la del lector medio.
10. No deben aparecer hermanos gemelos ni, en general, dobles, a menos que nos hayan preparado a conciencia para ello.

«Decálogo de mandamientos de la ficción detectivesca»,
de Ronald Knox, 1929

Prólogo

Todos en mi familia han matado a alguien. Algunos, los más eficientes y productivos, hemos matado a más de uno.

No es mi intención ser dramático, pero es la verdad, y cuando he tenido que enfrentarme a poner esto por escrito, por mucho que con una sola mano cueste más, me he dado cuenta de que la única forma de hacerlo es contar la verdad. Parece obvio, pero es algo que las novelas de misterio modernas a veces olvidan. Se han ido centrando más y más en los trucos de los que puede hacer gala el autor: qué esconde bajo la manga en lugar de lo que tiene en las manos. La honestidad es lo que distingue a lo que llamamos la «edad de oro» de las novelas de misterio: Christie, Chesterton. Y lo sé porque escribo libros sobre cómo escribir libros. La cuestión es que hay ciertas reglas. Un tipo que se llamaba Ronald Knox formaba parte de la pandilla, y una vez escribió un decálogo de normas, aunque él las llamó «mandamientos». Aparecen en la primera parte del libro, en ese epígrafe que no se lee nadie, pero, créeme, vale la pena que les eches un vistazo. De hecho, deberías marcarte la página. No te aburriré aquí con los detalles, pero puede resumirse en una idea muy simple: la regla de oro de la edad de oro es «nada de trampas».

En cualquier caso, esto no es una novela. Todo lo que aquí aparece me ocurrió de verdad. Aunque, a fin de cuentas, acabo con un misterio que resolver. Varios, de hecho. Pero me estoy adelantando.

La cuestión es que soy un apasionado de la novela negra. Y soy consciente de que, por lo general, en este tipo de libros nos encontramos con lo que se conoce hoy en día como un «narrador sospechoso o poco fiable», en que la persona que te está contando la historia se pasa, en el fondo, la mayor parte del tiempo

mintiéndote. También sé que, al relatar estos acontecimientos, se me podría encasillar en ese grupo de narradores. Así que mi objetivo es hacer justo lo contrario. Piensa en mí como un narrador «fiable». Todo lo que te cuente será verdad o, como mínimo, lo que yo creía que era verdad en el momento en que creía saberlo. Te doy mi palabra.

Todo esto cumple con los mandamientos 8 y 9 de Knox, pues soy tanto Watson como detective en este libro, donde interpreto al escritor y al sabueso, y, por tanto, me veo obligado a hallar pruebas y no ocultar mis pensamientos. En resumen: a no hacer trampas.

De hecho, voy a demostrártelo. Si solo te interesan los detalles más macabros, las muertes de este libro ocurren o se mencionan en el Capítulo 1, Capítulo 5, Capítulo 8, hay un dos por uno en el Capítulo 10 y un triplete en el Capítulo 11. Luego hay un paréntesis considerable, pero se retoman en el Capítulo 21, Capítulo 25 (más o menos), Capítulos 26 y 27, en algún punto del Capítulo 29 (no es fácil afinarlo), y luego uno en los Capítulos 30 y 40. Te prometo que es verdad, salvo que tu ereader, o cualquier dispositivo en el que estés leyendo esto, se líe con las páginas. Solo hay un agujero de guion por el que podrías meter un camión. Tiendo a destripar las cosas. No hay escenas de sexo.

¿Qué más?

Supongo que conocer mi nombre te resultaría útil. Me llamo Ernest Cunningham. Huele un poco a cerrado, así que la gente suele llamarme Ern o Ernie. Tendría que haber empezado por ahí, pero te he prometido que sería fiable, no competente.

Teniendo en cuenta lo que te he explicado, es difícil saber por dónde empezar. Cuando hablo de «todos los miembros de mi familia», debería especificar que me refiero a mi rama del árbol genealógico. Aunque mi prima Amy llevara una vez un bocadillo de mantequilla de cacahuete vetado a un pícnic empresarial y el de Recursos Humanos estuviera a punto de doblar la servilleta, no la añadiré al cartón del bingo.

Mira, tampoco es que seamos una familia de psicópatas. Hay algunas personas buenas, otras malas y otras simplemente tienen

mala suerte. ¿Que en qué grupo entro yo? Todavía no lo he decidido. Tampoco puedo obviar el asuntillo del asesino en serie conocido como Lengua Negra que se ve involucrado en todo esto, ni el de los 267.000 dólares en efectivo, pero vayamos por partes. Estoy seguro de que hay algo más a lo que le estás dando vueltas. He hablado de «todos los miembros de mi familia». Y he prometido no hacer trampas.

¿Que si yo he matado a alguien? Sí. Claro.

¿Que quién era?

Empecemos.

Mi hermano

Capítulo 1

Un único haz de luz que recorrió las cortinas me anunció que mi hermano acababa de aparcar en la entrada. Cuando salí a la calle, lo primero que percibí fue que el faro izquierdo del coche de Michael estaba apagado. Y lo segundo fue la sangre.

No había luna y el sol aún no había salido, pero incluso en la penumbra sabía exactamente dónde estaban las manchas oscuras que salpicaban el faro roto y se extendían a lo largo de una buena abolladura en el guardabarros.

No soy un ave nocturna, pero Michael me había telefoneado media hora antes. Fue una de esas llamadas que, cuando miras la hora con la vista aún borrosa, sabes que no es para informarte de que alguien ha ganado la lotería. Tengo algunos amigos que a veces me llaman desde el Uber camino a casa para ponerme al día de la juerga que se han pegado esa noche. Michael no es uno de ellos.

Bueno, miento. No seguiría siendo amigo de alguien que me llamara pasada la medianoche.

—Necesito verte. Ahora.

Respiraba entrecortadamente. Número desconocido. Me llamó desde una cabina. O un bar. Me pasé la media hora siguiente tiritando a pesar de haberme puesto un chaquetón y trazando círculos en la condensación de la ventana delantera de casa para verlo llegar. Había renunciado a mi puesto de centinela y me había retirado al sofá cuando la luz del faro iluminó de rojo la parte interna de mis párpados.

Oí un gruñido cuando detuvo el coche, y luego apagó el motor, pero dejó el contacto puesto. Abrí los ojos y observé el techo unos instantes, como si supiera que, en cuanto me pusiera en pie, mi vida no sería igual, y salí. Michael estaba sentado dentro,

con la cabeza apoyada en el volante. Dividí en dos el haz del faro solitario al recorrer el capó y dar unos golpecitos en la ventanilla del conductor. Michael salió del coche con el rostro ceniciento.

—Has tenido suerte —le dije, señalando con la cabeza el faro roto—. Los canguros pueden dejarte el coche hecho un desastre.

—Le he dado a alguien.

—Ajá.

Estaba medio dormido, así que apenas registré que había dicho «alguien» y no «algo». No sabía lo que solía responderse en estas situaciones, así que pensé que coincidir con él no sería mala idea.

—Un tipo. Le he dado. Lo tengo atrás.

A esas alturas ya me había despejado. «¿Atrás?»

—¿Cómo que «atrás»? —repetí.

—Está muerto.

—¿Lo llevas en el asiento de atrás o en el maletero?

—¿Qué más da?

—¿Has bebido?

—Apenas. —Vaciló—. Bueno. Un poco.

—¿En el asiento de atrás? —Hice ademán de abrir la puerta, pero Michael me lo impidió con el brazo. Me quedé inmóvil y añadí—: Tenemos que llevarlo al hospital.

—Está muerto.

—No me puedo creer que estemos discutiendo esto. —Me pasé la mano por el pelo—. Michael, hostia. ¿Estás seguro?

—Nada de hospitales. El cuello se le ha torcido como una tubería. Tiene medio cráneo del revés.

—Me fiaría más de la opinión de un doctor. Podemos llamar a Sof…

—Lucy se enterará —me interrumpió Michael. Al mencionar el nombre, al pronunciarlo con tanta desesperación, dejó claro el subtexto: «Lucy me dejará».

—No te pasará nada.

—He bebido.

—Solo un poco —le recordé.

—Ya… —La pausa se prolongó más de lo esperado—. Solo un

poco.

—Estoy seguro de que la policía entende... —empecé a decir, pero los dos sabíamos que pronunciar en voz alta el apellido Cunningham en una comisaría casi sacudía los muros con los fantasmas que convocaba.

La última vez que habíamos estado en una sala llena de polis fue en el funeral, entre un mar de uniformes azules. Era lo bastante alto como para enroscarme en el antebrazo de mi madre, pero lo bastante pequeño como para poder quedarme allí pegado todo el día. Me imagino brevemente lo que pensaría Audrey de nosotros ahora si nos viera discutiendo sobre la vida de una persona durante una madrugada gélida, pero me lo quito de la cabeza.

—No lo he matado del golpe. Alguien le ha pegado un tiro y luego yo lo he atropellado.

—Ajá.

Intenté aparentar que lo creía, pero por algo mi currículum dramático consiste en su mayor parte en papeles sin texto de obras escolares: animales de granja, víctimas de asesinatos, arbustos. Hice de nuevo ademán de llevar la mano a la manija del coche, pero Michael seguía impidiéndomelo.

—Lo he recogido. He pensado... Yo qué sé, que era mejor eso que dejarlo tirado en la calle. Y luego no se me ocurría qué más hacer y he acabado aquí.

Me limito a asentir. La familia es una fuerza de gravedad.

Michael se tapó la boca y habló a través de las manos. El volante le había dejado un leve surco enrojecido en la frente.

—Da igual adónde lo llevemos —dijo al fin.

—Vale.

—Deberíamos enterrarlo.

—Vale.

—Deja de repetir eso.

—De acuerdo.

—Me refiero a que dejes de darme la razón.

—Pues entonces deberíamos llevarlo al hospital.

—¿Estás de mi parte o no? —Michael desvió la mirada hacia el asiento trasero, volvió a montarse en el coche y arrancó el motor

—. Pienso solucionar este marrón. Sube.

Sabía que acabaría metiéndome en el coche, pero no sé bien por qué. Supongo que una parte de mí creía que, allí dentro, podría hacerlo entrar en razón. En el fondo, lo único que sabía era que tenía frente a mí a mi hermano mayor diciéndome que todo se arreglaría, y da igual la edad que tengas —cinco o treinta y cinco —: si tu hermano mayor te dice que va a solucionar las cosas, tú lo crees a pies juntillas. La fuerza de gravedad.

Breve apunte: en esta parte tengo en realidad treinta y ocho años, cuarenta y uno si avanzamos al momento presente, pero pensé que si me quitaba un par de años o tres ayudaría a que mi editora le vendiera la historia a un actor de los gordos.

Me monté. A los pies del asiento del copiloto había una bolsa de deporte Nike abierta. Estaba hasta los topes de billetes sin pulcras gomas elásticas ni cintas de papel como en las películas, sino revueltos, vomitados por el suelo. Me resultaba extraño poner los pies encima, tanto por la cantidad como porque, supuse, el tipo del asiento trasero había muerto por ese dinero. No miré por el retrovisor. Bueno, a ver, alguna mirada eché, pero solo vi la sombra de un bulto negro que me pareció más un agujero en el mundo que un cadáver, y me acojonaba siempre que la imagen amenazaba con definirse.

Michael sacó el coche de la entrada. Un vaso de chupito o algo parecido repiqueteó por el salpicadero, cayó rodando y acabó bajo el asiento. Había un sutil olor a whisky. En ese momento, y sin que sirviera de precedente, me alegré de que a mi hermano le fueran los submarinos, porque el humo de la marihuana que persistía en la tapicería enmascaraba el hedor a muerto. El maletero tenía la cerradura rota y emitió un fuerte sonido metálico cuando bajamos de la acera.

Se me ocurrió algo terrible. Tenía un faro reventado y el maletero roto, como si se hubiera dado dos golpes.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—¿Eh?

—¿Sabes adónde vamos?

—Ah. Al parque nacional. Al bosque.

Michael se giró hacia mí, pero no fue capaz de sostenerme la mirada, así que echó un vistazo furtivo al asiento trasero, aparentemente se arrepintió, y al fin clavó los ojos en la carretera. Había empezado a temblar.

—No lo sé, para ser sincero. Es la primera vez que entierro un cadáver.

Llevábamos más de dos horas conduciendo cuando Michael decidió que se había hartado de trotar por caminos de tierra y aparcó la cafetera ciclópea que tenía por coche en un claro. Habíamos salido de un cortafuegos pocos kilómetros atrás y nos habíamos abierto paso campo a través desde entonces. El sol amenazaba con salir. El suelo estaba cubierto de una reluciente y fina capa de nieve.

—Aquí servirá —anunció Michael—. ¿Estás bien?

Asentí. O al menos eso creía. No debí de mover ni un músculo del cuerpo, pues Michael chascó los dedos delante de mi cara y me obligó a centrarme. Articulé el gesto de aprobación más débil de la historia humana, como si mis vértebras no fueran más que cadenas oxidadas. A Michael le bastó.

—No salgas —me ordenó.

Con la vista al frente, lo oí abrir la puerta trasera y revolver algunas cosas antes de arrastrar al tipo —un agujero negro en el mundo— fuera del coche. Mi cerebro me suplicaba que hiciera algo, pero mi cuerpo me traicionaba. No podía moverme.

Michael regresó a los pocos minutos, sudando y con tierra en la frente, y se inclinó por encima del volante.

—Necesito que me ayudes a cavar.

Mis extremidades se desbloquearon ante la petición. Esperaba que el suelo estuviera frío, oír el crujido de la escarcha matutina, pero mis pies atravesaron directamente la capa blanca hasta la altura del tobillo. La observé con detenimiento. El suelo no estaba cubierto de nieve, sino de telarañas enredadas en briznas de hierba altas y firmes, a unos treinta centímetros del suelo, que se entrelazaban con un grosor y un blanco tan puro que parecían una estructura sólida. Lo que antes me había parecido el brillo del hielo

no era más que el titileo de los delicados hilos bajo la luz del alba. Las pisadas de Michael habían atravesado la red como agujeros en la nieve fresca. Las telarañas cubrían todo el claro. Era una escena majestuosa, serena. Intenté ignorar el bulto que había en el centro de las telarañas, donde terminaban los pasos de Michael. Lo seguí, y caminar por allí fue como abrirse paso por una niebla levitante. Me alejó del cadáver, supongo que para evitar que me viniera abajo.

Michael tenía una pequeña pala, pero a mí me hizo usar las manos. No sé por qué accedí a cavar. Me había pasado todo el trayecto convencido de que mi hermano acabaría entregándose al miedo y a esa leve dosis de temblores que yo había percibido al marcharnos. Suponía que llegaría el momento en que se daría cuenta de que estaba con la soga al cuello y que daría media vuelta. Pero, en vez de eso, tomó la otra vía. Al salir de la ciudad y conducir hacia el amanecer, lo había notado más calmado, más estoico.

Michael había cubierto el cadáver con una toalla vieja que lo tapaba casi por completo, pero vi un codo blanco sobresalir entre las telarañas como una rama caída.

—No mires —me decía cuando yo miraba de reojo.

Seguimos en silencio durante quince minutos hasta que me detuve.

—Sigue cavando —me ordenó él.

—Se ha movido.

—¿Qué?

—¡Que se ha movido! Mira. Espera.

Era incuestionable que el mar de telarañas estaba temblando, mucho más de lo que podía provocar el viento que soplaba en el claro. Ya no parecía una sólida capa de nieve, sino el oleaje de un océano blanco. Casi podía sentirlo a través de los hilos, como si yo fuera la araña que lo había tejido, el nervio central.

Michael dejó de cavar y alzó la vista.

—Vuelve al coche.

—No.

Se acercó al bulto y levantó la toalla. Lo seguí y vi por

primera vez el cuerpo entero. Tenía una mancha oscura y reluciente encima de la cadera. «Alguien le ha pegado un tiro y luego lo he atropellado», me había dicho él. Yo no lo tenía tan claro; solo había visto disparos en las películas. El tipo tenía un bulto en el cuello, como si se hubiera tragado una pelota de golf. Llevaba un pasamontañas negro, pero no tenía la forma que esperarías. La tela mostraba protuberancias donde no tocaba. De niño, un acosador de mi colegio solía meterle dos pelotas de críquet a un calcetín para pegarme con él. El pasamontañas me recordaba a ese calcetín. Me dio la sensación de que la tela era lo único que mantenía la cabeza en su sitio. Le habían hecho tres agujeros, dos para los ojos, que estaban cerrados, y uno para la boca. Diminutas burbujas carmesíes se acumulaban en sus labios, palpitantes. La espuma iba aumentando más y más, y ya le caía sobre la barbilla. No distinguía ninguno de sus rasgos, pero, por las manchas de los brazos, provocadas por el sol, y las venas hinchadas en los dorsos de las manos, debía de tener al menos veinte años más que Michael.

Me arrodillé, entrelacé las manos y le hice un par de compresiones rudimentarias. El pecho del tipo cedía de una forma que yo sabía que no era normal, justo en la parte del esternón, y por un momento solo pude pensar en lo mucho que me recordaba a la bolsa del dinero, abierta justo por el centro.

—Le vas a hacer daño —exclamó Michael, poniéndome la mano por debajo del brazo para levantarme antes de alejarme del cuerpo.

—Tenemos que llevarlo al hospital —supliqué en un último intento desesperado.

—No sobrevivirá.

—Puede que sí.

—Que no.

—Tenemos que intentarlo.

—No puedo ir al hospital.

—Lucy lo entenderá.

—No.

—A estas alturas ya debes de estar sobrio.

—Puede.

—No lo has matado tú... Me has dicho que le habían pegado un tiro. ¿El dinero es suyo?

Michael gruñó.

—Es evidente que lo robó. Tiene sentido. No te pasará nada.

—Son doscientos sesenta mil dólares.

Querida persona lectora: tú y yo sabemos que, en efecto, son doscientos sesenta mil, pero no deja de sorprenderme que mi hermano no hubiera tenido tiempo de llamar a una ambulancia y sí de contar por encima el dinero. De lo contrario, me habría dicho doscientos cincuenta, una cifra redonda, si es que era una apreciación a ojo de buen cubero. Además, me había sonado a súplica. Por su tono no sabría decir si me estaba ofreciendo una parte o si simplemente estaba constatando un hecho que consideraba importante para la decisión.

—Escúchame, Ern, este dinero es nuestro... —comenzó a rogar. Efectivamente, me estaba ofreciendo una parte.

—No podemos dejarlo aquí tirado. —Y luego, con la mayor firmeza con que me había dirigido a él jamás, añadí—: Al menos yo, vaya.

Michael estuvo cavilando un minuto antes de asentir.

—Voy a ver cómo está —concluyó.

Se acercó al cuerpo y se agachó a su lado. Estuvo allí un par de minutos. Me alegré de haberlo acompañado; sigo creyendo que fue una buena decisión. El hermano mayor suele hacer caso omiso de lo que le dice el pequeño, pero Michael me necesitaba allí. Y yo había cumplido. El hombre seguía vivo y lo llevaríamos al hospital. Michael es alto y apenas veía su espalda encorvada y sus brazos, extendidos hacia la cabeza del hombre, porque sabía cómo acunar el cuello en caso de lesión vertebral. Los delgados hombros de Michael se movían arriba y abajo. RCP, tratando de hacer que el tipo arrancase como si de un cortacésped se tratara. Michael llevaba demasiado tiempo con él. Algo no iba bien. Y vamos por el final de Capítulo 1.

Michael se puso en pie y echó a andar hacia mí.

—Ya podemos enterrarlo.

Eso no era lo que esperaba que me dijera. No. No. No me lo podía creer. Di varios pasos temblorosos hacia atrás y me caí de culo. Los pegajosos hilos me envolvían los brazos.

—¿Qué ha pasado?

—Ha dejado de respirar.

—¿Que ha dejado de respirar?

—Sí, sin más.

—¿Está muerto?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo es posible?

—Ha dejado de respirar. Espérame en el coche.

Mi hermanastra

Capítulo 2

Antes de llegar a mi historia, tengo que contarte algunas otras, pero te juro que mataría a la persona que decidió que las reuniones familiares tenían que celebrarse en una estación de esquí.

Tiendo a rechazar sin medias tintas cualquier invitación que incluya una hoja de cálculo de Excel adjunta. Pero una de las especialidades de mi tía Aloysia es sobreorganizarlo todo, y en el correo de invitación a la reunión familiar de los Cunningham-García, acompañada de unos copos de nieve pixelados animados, se especificaba que la asistencia era obligatoria. Se me conoce en mis círculos familiares por tener siempre lista una excusa —aunque tampoco es que les haya importado mi ausencia estos últimos tres años—, ya fuera por la enfermedad de una mascota, una avería en el coche o un manuscrito urgente.

Aloysia no estaba dispuesta a arriesgarse aquella vez. La invitación prometía un fin de semana divertido y relajado en el que todos nosotros podríamos ponernos al día. Había escrito en negrita las palabras «todos nosotros» y «obligatoria». Por muy evasivo que sea, ni siquiera yo puedo discutir una negrita. Y a pesar de que el «todos nosotros» no me incluía específicamente a mí, sabía a quién se refería, y sabía que significaba que me tocaría ir a la reunión. Además, mientras rellenaba la hoja de cálculo con mis alergias, talla de calzado, cómo me gustaba el punto de la carne y la matrícula de mi coche, me permití fantasear con un pueblecito de tejados cubiertos por la nieve y un fin de semana cargado de fuegos crepitantes y cabañas de madera.

En vez de eso, acabé con las rodillas heladas y me presenté a la comida una hora más tarde de lo previsto.

No me había planteado que tal vez no hubieran limpiado la carretera. Era un día claro con un tímido sol que había deshecho lo

justo la nieve compacta como para que las ruedas de mi Honda Civic resbalaran, así que no me quedó otra que dar media vuelta, alquilar unas cadenas a un precio exorbitado al pie de la montaña y luego arrodillarme en la mugrienta nieve del arcén a pelearme con ellas mientras los mocos me formaban estalactitas en la nariz. Seguiría allí si una mujer con un *snorkel* en su Land Rover no hubiera parado y se hubiera ofrecido a echarme una mano con un sutil gesto crítico. De nuevo en movimiento, veía como el reloj avanzaba lentamente mientras iba alternando entre calentar el coche o utilizar el aire acondicionado para desempañar las ventanillas, pero, con las cadenas puestas, no podía ir a más de cuarenta. Sabía exactamente lo tarde que llegaba gracias al horario en el Excel que Aloysia nos había enviado a todos por correo.

Al fin vi el giro, una pirámide de piedras sueltas con un cartel que apuntaba a mi derecha y que rezaba: ¡RETIRO DE MONTAÑA SKY LODGE! En un primer momento, me había parecido leer ¡RETIRADA, MONTAÑA SKY LODGE!, un buen consejo cuando lo que te espera es una reunión de los Cunningham. No tenía a nadie en el coche a quien contarle la broma, pero era el tipo de comentario ingenioso que a Erin le habría hecho gracia, así que me la imaginé riéndose y me llevé el mérito de todos modos. Soy consciente de lo tierno que es que nuestros nombres, Ernie y Erin, sean prácticamente anagramas. Cuando la gente nos preguntaba cómo nos habíamos conocido, siempre respondíamos: «Por orden alfabético». Ya, ya lo sé, dan ganas de vomitar.

La verdad es mucho más mundana: empatizamos porque los dos habíamos crecido en hogares monoparentales. Cuando nos conocimos, me contó que su madre había muerto de cáncer cuando ella era pequeña y que la había criado su padre. Luego te hablaré de mi padre. Ella ya lo conocía cuando nos vimos por primera vez; es fácil encontrar la infamia en internet.

En el desvío había un edificio bajo que parecía un bar, a juzgar por el cartel en el que habían pintado el reclamo ¡CERVEZA! con pintura doméstica. Había montones de esquís apiñados contra uno de los muros. Era de ese tipo de locales en los que podrías lamer las ventanas en lugar de pagar una bebida y en los que el

jefe de cocina es un microondas. Me lo guardé como refugio potencial. A fin de cuentas, iba a pasarme el fin de semana en una reunión familiar; preveía una serie de comidas organizadas en torno a retiros tácticos a dormitorios privados. No estaba de más contar con otras opciones.

Ah, por cierto, Erin no está muerta. Me acabo de fijar en que al haber hecho una referencia velada a un antiguo amor parece como si más tarde fuera a revelar que ya estaba muerta desde el principio, porque eso es lo que ocurre en este tipo de libros, pero no es el caso. Ella llegaría al día siguiente. De hecho, técnicamente seguíamos casados. Además, los números de capítulo no cuadran.

Poco después del desvío me di cuenta de que ya no estaba subiendo, sino bajando, y no tardé en dejar atrás los árboles y encontrarme en una cresta con vistas a un valle espectacular en cuya base se encontraba el Sky Lodge. Se publicitaba como el albergue a más altura de Australia al que puedes llegar en coche, algo que, sinceramente, es como jactarse de ser el *jockey* más alto del mundo; incluía un campo de golf de nueve hoyos excavado en la ladera de la montaña, un lago a rebosar de truchas para pescar o cruzarlo en barca, «comodidades y rejuvenecimiento a la orilla de la chimenea» (que vete a saber qué significa), acceso a la pista de esquí próxima (aunque la estancia no incluía el forfait, obviamente) e incluso un helipuerto privado. Estoy citando de memoria el folleto, porque la noche anterior había nevado con generosidad, y todo, desde la carretera que tenía frente a mí hasta el campo de golf y la tundra lisa a unos doscientos metros del albergue, que supuse que sería el lago, estaba cubierto por el mismo polvo fresco. El valle parecía llano, empinado, pequeño e infinito al mismo tiempo.

Descendí la colina despacio, sin prisa. El blanco puro tiene la manía de perjudicarte la percepción de la profundidad, y, sin el grupito de edificios medio enterrados del fondo como referencia, tal vez no me habría percatado de la inclinación hasta que frenar no me hubiera servido de nada y me hubiera precipitado hacia el fondo en un largo patinazo, donde habría acabado bien muerto, sí, pero habría llegado a tiempo para la comida.

El centro del retiro era un albergue de varias plantas, pintado de un amarillo chillón para que destacara contra la montaña, con una columnata en la entrada. Escupía humo a través de una chimenea de ladrillo que apuntalaba un muro lateral como un pilar, y el tejado estaba cubierto por tal cantidad de nieve que sería el sueño de todo publicista. En las cinco hileras de ventanas, varias brillaban con una tenue luz amarilla, como un calendario de Adviento. Delante del albergue había una docena de bungalós, construidos en dos filas de seis, con tejados de hierro ondulado que llegaban hasta el suelo, a conjunto con la ladera de la montaña, lo que había permitido añadirles unos ventanales en la parte delantera con unas vistas perfectas del pico rocoso. Yo me alojaba en uno de esos dientes de tiburón, pero no tenía claro cuál era el número seis, el que me correspondía según la planificación de Aloysia, así que continué hasta uno de los laterales del albergue, donde habían aparcado varios coches.

Reconocí unos cuantos: el SUV Mercedes de mi padrastro, con esa falsa pegatina de BEBÉ A BORDO en la ventana trasera, porque creía que la poli lo paraba menos solo por llevarla; el Volvo familiar de la tía Aloysia, cubierto ya de nieve, puesto que había llegado un día antes; el [TIPO DE COCHE CENSURADO] de Lucy, camuflándose con la nieve, el coche que tantas veces aparecía en su Instagram y sobre el que tanto presumía diciendo que era su «recompensa empresarial». El Land Rover de mi salvadora también estaba allí, por descontado; en un libro como este bien podría haber tenido la matrícula «L0V3-M3». Lo reconocí por el enorme *snorkel* de plástico.

Aloysia ya estaba atravesando el aparcamiento hecha una furia antes de que yo me bajara del coche, renqueando ligeramente por culpa de un accidente de tráfico que había sufrido con veintitantos años. Era, en relación con mi padre, una hermana pequeña de manual; la diferencia de edad era tan significativa que, cuando mi madre nos tuvo a los Cunningham con treinta años, yo me acercaba más a la edad de mi tía que mi madre a la de su cuñada. Así que, de pequeños, recuerdo a Aloysia como una persona joven, enérgica y divertida. Nos traía regalos y nos ofrecía

historias fantásticas. Creía también que era popular, porque la gente hablaba de ella en las barbacoas familiares aunque no estuviera presente. Pero con la edad se gana perspectiva, y ahora entiendo la diferencia entre ser popular y que la gente hable de ti. El punto de inflexión llegó de la mano de una carretera mojada y una parada de autobús. El accidente le partió muchos huesos y le deformó la pierna, pero también la enderezó. Ahora, lo único que realmente debes saber sobre Aloysia es que sus dos frases favoritas son: «¿Estas te parecen horas de llegar?» y «RE: mi correo anterior».

Llevaba una camiseta térmica azul brillante debajo de un chaleco North Face mullido, una especie de pantalones impermeables que crujían y unas botas de senderismo que parecían duras como pan seco. Todo inmaculado y práctico, listo para usar. Parecía que hubiera entrado en una tienda de deportes, hubiera señalado un maniquí y hubiera dicho: «Ese». Su marido, Andrew Sansone (aunque todos lo llamamos Andy), que la había seguido a una distancia prudencial, llevaba un conjunto lamentablemente inapropiado que consistía en unos vaqueros y una chaqueta de cuero; era como si hubiera estado en la misma tienda de deportes que ella, pero mirándose el reloj. Sin coger las maletas ni el abrigo, decidí que era mejor enfrentarme al frío lacerante que a la lengua de Aloysia, así que me apresuré a interceptarla.

—Ya hemos comido —fue todo lo que dijo, y creo que su intención era tanto criticarme como castigarme.

—Aloysia, lo siento. He tenido problemas en la montaña, pasado Jindabyne. Acababa de nevar. —Señalé las cadenas en las ruedas de mi coche—. Menos mal que me han ayudado a ponerlas.

—¿No has mirado el parte antes de salir?

Parecía incrédula de que alguien fuera capaz de cometer tamaña traición contra la puntualidad como para no tener en cuenta el tiempo.

Admití que no, no lo había mirado.

—Deberías haberlo previsto.

Admití que sí, debería haberlo previsto. Ella apretó la mandíbula. Conocía lo bastante bien a Aloysia para saber que

quería tener la última palabra, así que no añadí nada más.

—Lo hecho, hecho está —dijo al fin, y se inclinó para plantarme un beso gélido en la mejilla.

Nunca he sabido cómo reaccionar a un saludo en la mejilla, pero decidí aceptar su consejo y tener en cuenta el tiempo —su tormentoso comportamiento—, así que opté por un beso al aire, cerca de su cara. Ella me dejó un juego de llaves en la mano y añadió:

—Nuestra habitación no estaba lista ayer, así que ahora te toca la cuatro. Los demás están en el comedor. Me alegro de verte.

Se marchó de vuelta al albergue antes de que yo pudiera charlar con ella, pero Andy me esperó y me acompañó, ofreciéndome un gesto informal con el hombro para saludarme en lugar de molestarse en sacar la mano del bolsillo para estrechármela. El frío era vigorizante, pero a esas alturas ya estaba decidido a socializar, así que a mi abrigo no le quedaba otra que seguir languideciendo en el coche. El viento era cruel; acababa encontrando todas las fisuras de mi ropa, me invadía y acuchillaba como si le debiera dinero.

—Perdón por la parte que me toca —se disculpó Andy—. No se lo tengas en cuenta.

Aquel era Andy en su máxima expresión, el que pretendía ser un aliado masculino y defender a su mujer: el tipo de hombre que dice «sí, cielo» en la cena y luego gira la cabeza y suelta un «puf, mujeres, ¿eh?» cuando ella se ha ido al baño. Tenía la nariz roja, pero era difícil discernir si se debía al alcohol o a la temperatura, y las gafas algo empañadas. La perilla, corta y negra como el carbón, le ocupaba la barbilla como si se la hubiera robado a un chaval; tenía cincuenta años.

—Anoche no me dediqué a bailar la danza de la lluvia solo para fastidiarla —me defendí.

—Ya lo sé, tío. Es un finde complicado para todos. Pero también te digo que no hace falta que te rías de ella por intentar facilitar las cosas. —Hizo una pausa—. Que no es para tanto, vaya; que eso no nos impida pimplarnos unas cervezas en esta excursión.

—No me he reído de ella. He llegado tarde, nada más.

Vi a mi hermanastra, Sofía, fumándose un cigarrillo en el porche cuando nos acercamos. Arqueó las cejas, como diciendo: «Dentro es aún peor».

Andy dio unos pasos en silencio, y a pesar de que yo suplicaba por dentro que no lo hiciera, cogió aire y replicó:

—Que sí, pero... —En ese momento, decidí que no hay nada más triste que un hombre defendiendo a una mujer que puede defenderse solita—. Se ha esforzado muchísimo con las invitaciones, y tampoco hace falta que te metas con sus hojas de cálculo.

—No he dicho nada.

—Ahora no. Cuando la reenviaste. Pusiste «hojas de cálculo» en la columna de alergias.

—Ah.

Sofía nos oyó y se rio entre dientes, expulsando una nube de humo por la nariz. A Erin, que sigue viva, también le habría hecho gracia. Andy no necesitó decir en voz alta lo que yo había escrito en «Pariente más cercano» —fue: «Es una reunión familiar, así que cualquiera de los presentes, salvo alud»— para hacerme sentir como un capullo. Cedí.

—Me controlaré.

Andy sonrió, satisfecho por haber cumplido con sus obligaciones maritales, por poco afectuosas que fueran.

Se fue hacia dentro, imitando el gesto de beber con una mano como para indicarme que me pediría algo, reafirmando nuestra alianza masculina, mientras que yo me rezagué para saludar a Sofía. Al ser ecuatoriana, de la húmeda Guayaquil, detestaba el frío, y distinguí al menos tres cuellos debajo del abrigo que llevaba encima. Su cabeza parecía el capullo de una flor sobresaliendo de un anillo de pétalos. Por muy abrigada que fuera, se había cubierto la cintura con un brazo para entrar en calor. Sabía que yo estaba más acostumbrado al frío que ella después de haberme zambullido en varios baños de hielo a lo largo de los años (dato curioso: por lo visto, las temperaturas bajas mejoran la fertilidad masculina), pero el frío ya empezaba a calarme hasta los huesos y no quería alargar más la conversación.

Me ofreció un cigarrillo aunque supiera que no fumaba; siempre hacía lo mismo, le gustaba. Yo aparté el humo con la mano.

—Empezamos bien —dijo con sorna.

—Siempre digo que lo mejor es hacer amigos lo antes posible.

—Me alegro de que por fin hayas llegado. Estaba esperando a que me rescataras; sabía que distraerías a todo el mundo. Mira.

Me alargó un trocito cuadrado de cartón en el que alguien había dibujado una cuadrícula. Dentro de cada recuadro había una frase corta relacionada con varios miembros de la familia: «Marcelo le grita al Camarero»; «Lucy intenta VENDERTE algo». Encontré mi nombre —«Ernest arruina algo»— en la columna izquierda central.

—¿Bingo? —pregunté, leyendo el título: «Bingo de la reunión».

—Me pareció que podía ser divertido. Solo los he hecho para ti y para mí. —Levantó su tarjeta y vi que ya había tachado algo—. Los demás son unos muermos.

Frunció la nariz y yo le quité la tarjeta. Tenía afirmaciones distintas a las mías, así como un par de acontecimientos genéricos. La gramática era un desastre, mayúsculas sin tino para enfatizar palabras, paréntesis absurdos, ni un solo punto. Algunas eran más irónicas que otras. Era esperable que yo llegara tarde, igual que era esperable que Marcelo perdiera los papeles con el personal del albergue, pero en el recuadro de la esquina inferior derecha ponía: «Alud». Miré mi tarjeta; en el mismo lugar aparecía: «Hueso Roto (O Muere Alguien)», con una incongruente carita sonriente. El recuadro que Sofía ya había tachado rezaba: «Ernest llega tarde».

—No es justo —le recriminé, y se la devolví.

—Ya puedes ponerte al día. ¿Entramos?

Asentí. Ella se terminó el cigarro y tiró la colilla a la nieve desde el porche. Sin embargo, contra la fina capa de nieve fresca, llamaba clamorosamente la atención. Me lanzó una mirada tristona, bajó del porche, se agachó y la recogió antes de guardársela en el bolsillo.

—¿Sabes qué? —empezó, guiándome hacia el interior—. Vas

a tener que jugar limpio si quieres sobrevivir a este fin de semana.

Juro por Dios que eso fue lo que me dijo. Y ni siquiera me guiñó el ojo. Como si fuera ella la que está contando la puñetera historia.

Capítulo 3

El albergue en sí era un refugio de caza maquillado para que pareciera el Ritz: todas las superficies, pasamanos y manijas tenían adornos de madera pulida; unos apliques de cristal esmerilado con forma de flor proyectaban una luz tenue, y en el vestíbulo había incluso una alfombra roja, acompañada de una araña que colgaba baja del techo, centelleando junto a la pasarela del segundo piso. De hecho, casi toda la mitad superior era lo bastante elegante como para compensar los daños que había provocado la nieve en la mitad inferior: el equivalente en hoteles a responder a una videoconferencia sin pantalones pero en camisa. La moqueta, ajada tras años soportando las pisadas de botas cargadas de nieve, descansaba sobre una tarima bufada que crujía como si no estuviera del todo clavada, y las alfombras de retales y agujeros de ratones chapuceramente enyesados delataban que el mantenimiento del edificio se basaba en el principio de que era más fácil buscar arreglos apresurados que conseguir que un especialista subiera la montaña. Por no hablar del olor a humedad. El albergue olía como si hubiera dejado mi coche a la intemperie con el techo abierto durante una tormenta. La altitud le añade varias estrellas a la calificación de un hotel, y a pesar de que este fuera un dos estrellas haciéndose pasar por uno de cuatro, tenía un encanto acogedor.

La conversación se extinguió en cuanto entré al salón, donde todo el mundo iba ya por el postre, y me recibió una sinfonía de tintineos de cucharillas en los platos. Mi madre, Audrey, me examinó desde un extremo de la mesa. Llevaba el pelo, cano y frágil como el sedal, recogido en un moño, y tenía una cicatriz encima del ojo derecho. Vaciló —tal vez estuviera sopesando la posibilidad de que yo fuera mi hermano (hacía tiempo que no nos

veía)— antes de apartar la silla de la mesa y dejar caer los cubiertos con un clin. Aquella era una técnica infalible, que yo recordaba de mi infancia, para poner fin a una discusión.

Marcelo, mi padrastro, estaba sentado a su izquierda. Marcelo es un tipo calvo y fornido con uno de esos pliegues en la nuca por los que siempre he pensado que debe de pasarse hilo dental para que no se le acumule el moho. Agarró a Audrey por la muñeca con una pesada mano. No era una actitud controladora; no quiero tergiversar la relación con mi madre ni invocar ningún prejuicio sobre los padrastros. Verás, mi padrastro siempre llevaba un Rolex Presidential de platino, de finales de los ochenta, que, después de que me picara la curiosidad y buscara en Google su prohibitivo precio, supe que pesaba casi medio kilo; es decir, que todo lo que hiciera con la mano derecha era, por necesidad, tosco, pesado. Recuerdo que el anuncio del reloj era bastante ridículo: «Una herencia familiar debería pesar lo bastante como para pasar a la historia». Marcelo lo ha llevado puesto desde que tengo memoria. Siempre he dado por supuesto que yo no estaba en las quinielas para heredarlo. Por patético que fuera el eslogan, era mejor que otros que he visto, como «Sumergible a trescientos metros de profundidad y con vidrio a prueba de balas: seguro como la caja fuerte de un banco», que daba por sentado que todos los millonarios eran profesores de submarinismo a tiempo parcial.

—Ya he terminado —anunció Audrey, desasiéndose de la mano de Marcelo con un sonido metálico. Tenía el plato aún medio lleno.

—A ver si maduramos —gruñó Sofía, sentándose junto a Lucy (mi cuñada, a quien quizá recuerdes porque Michael la ha mencionado en el capítulo 1), que estaba justo enfrente de Marcelo. Saltaba a la vista que Lucy se había acicalado para el fin de semana: llevaba el pelo rubio recién cortado al estilo bob, y del cuello del flamante cárdigan sobresalía aún la etiqueta. No sé si Sofía se había envalentonado al tener a Lucy como escudo o si simplemente se había percatado de lo cerca que tenía mi madre los cubiertos más afilados, pero ese tipo de insolencias habrían sido un suicidio de haber salido de la boca de un pariente de sangre. En

vez de ella, lo único que murió fue la decisión de mi madre de marcharse de la mesa, y volvió a arrastrarse hacia su asiento.

Andy y Aloysia completaban a los miembros puntuales de la familia. Yo me senté sin mediar palabra junto a Sofía, delante de un plato tapado. Por lo visto, alguien me había guardado el primero, ternera cocinada según las especificaciones de la hoja de cálculo, y Aloysia debía de haber estado fulminando la campana de vidrio con la mirada, puesto que seguía tibia. Lucy tenía un plato extra frente a ella, lo que significaba que se había adueñado de mis entrantes, y me pregunté si habría sido por hambre o si no era más que un gesto deliberado.

No está de más que sepas que me gusta mirarlo todo desde dos puntos de vista. Siempre intento fijarme en las dos caras de la moneda.

—Bueno —empezó Andy, dando una palmada en un intento por romper el hielo, algo que solo se le habría ocurrido intentar a un miembro político de la familia—. ¿Qué os parece el sitio? ¿Alguien ha subido ya a la azotea? Me han dicho que hay un *jacuzzi*. Se ve que puedes sacar la primera bola desde el tejado. El conserje me ha contado que, si aciertas a la estación meteorológica, te dan cien dólares. ¿Quién se anima?

Buscó ese mismo entusiasmo en Marcelo, que parecía haberse vestido para un viaje de golf y no para la nieve, con un suéter de cuadros sin mangas que hasta yo sabía que era de algodón, no de lana, y, por tanto, estaba pidiendo a gritos morir a manos de la humedad y el frío. Yo, que ya me había sentido juzgado por la mujer del todoterreno con el *snorkel*, al menos me había traído una chaqueta polar.

—Ern…

Andy seguía mirando en torno a la mesa. Aloysia, que estaba entre él y Marcelo, le dio un codazo para que se callara. Hablar con el enemigo estaba prohibido.

Comimos en silencio, pero sabía que todos los presentes estaban pensando lo mismo que yo: que a quienquiera que se le hubiera ocurrido empezar aquel fin de semana un día antes, cuando todos sabíamos que el motivo de la reunión no llegaría

hasta el día siguiente, merecía que lo ataran a un tobogán y lo lanzaran montaña abajo.

Puedes conocer mucho a una persona por cómo gestiona un silencio incómodo. Si lo soporta o si se viene abajo. La paciencia parece un atributo del que carece la rama política de la familia, puesto que Lucy fue la siguiente que intentó empezar una conversación.

Voy a hablarte un poco acerca de Lucy. Lucy dirige un negocio online independiente, es decir, que pierde dinero por internet periódicamente. Es tan «propietaria de un pequeño negocio» como Andy es feminista: lo proclama a menudo, a viva voz, y ella es la única que se lo cree.

No daré el nombre de la empresa porque no quiero que me denuncien, pero me acuerdo de que la ascendieron a vicepresidenta ejecutiva regional (o algo por el estilo) ya hace un tiempo, junto con otras mil personas. Un título arbitrario, salvo que se refiriera al vicio que tenía de engatusar a sus amigos para que compraran mierdas que no necesitaban, algo en lo que sí era ciertamente la jefa. Por eso también le habían dado el coche que había visto en el aparcamiento, que, por lo que escribió en una publicación de Instagram, era una recompensa por participar en el programa. Yo sabía que en el fondo no era más que un *leasing*, y que el «obsequio» dependía de una contribución mensual con unas condiciones estrictas a más no poder que, de incumplirlas, le revocarían la parte «gratuita» y dejarían al propietario con un préstamo carísimo. Es decir, que el coche era gratis hasta que dejara de serlo.

Estaba convencido de que Lucy ya no cumplía con las condiciones y que lo estaba pagando de su propio bolsillo. Pero esa era la clave de la cuestión: que la realidad jamás enturbiara la imagen del éxito. Un amigo mío trabaja en un concesionario, y una vez me dijo que había tenido que impedir que un tipo concreto de mujeres se hicieran fotos con los coches del aparcamiento, con la excusa de que acababa de tocarles uno, para publicarlas en internet. Se marchaban hechas una furia, con sus tres puertas vomitando humo y un gigantesco lazo rojo sin usar en la parte

trasera. Por eso, como comprenderás, he censurado el modelo del coche de Lucy, pero están muy vinculados a una empresa concreta.

Para Lucy, la retórica lo es todo; ella lo describe como una empresa y se tensa cuando alguien pronuncia esa palabra. Así que, por respeto, no la usaré. Me limitaré a afirmar que las levantaron los egipcios.

En un intento por encajar en la familia, Erin solía asistir con diligencia a las fiestas de Lucy y compraba el producto más barato que ofreciera aquel mes. Ya en casa, hacía una factura con el nombre de un restaurante y un valor como múltiplo de lo aburrida o ardua que hubiera sido la fiesta, y me lo dejaba en la almohada: «Factura como familiar política. Rizador de pestañas 15 dólares; tasa x 3 (tasa por el tutorial de maquillaje); > 1 hora, horas extras x 1,5 = 52,50 dólares: restaurante italiano Bella's».

—¿Habéis llegado todos bien? A mí me ha pillado el radar; doscientos veinte dólares por pasarme siete kilómetros por hora como mucho. Es ridículo —dijo Lucy.

El alivio por que no fuera una charla promocional era casi palpable, aunque no le hizo ningún favor a mi tarjeta del bingo («Lucy intenta VENDERTE algo)».

—Quieren recaudar dinero —intervino Marcelo—. Refuerzan las patrullas para pillar a los turistas, pero hacen la vista gorda con la gente de aquí. Por eso han puesto un límite de cuarenta en una carretera que debería ser de setenta, para impacientarte.

—¿Crees que se podría denunciar? —preguntó Lucy esperanzada.

—En absoluto.

Creo que Marcelo no pretendía que su desinterés, aunque sincero, sonara tan frío, pero heló la mesa.

—¿Habéis visto todos ya vuestro bungaló? Son preciosos. —Aloysia fue la siguiente en intentarlo—. Hicimos noche ayer y las vistas por la mañana son...

Dejó la frase a medias, como si no hubiera palabra en el mundo que le hiciera justicia a la belleza del amanecer y a su capacidad de escoger las vistas de montaña más hermosas.

—Lo que yo no sabía —respondió Marcelo despacio— era que

tendríamos que andar entre el hotel y el alojamiento.

—Créeme, son mucho mejores que las habitaciones que hay aquí —se defendió Aloysia, como si tuviera acciones en el complejo turístico—. Además, quería algo que tuviera espacio, ¿sabéis? Donde poder relajarse. Y con buenas vistas. No una habitación agobiante poco más grande que...

—Mientras tenga sábanas limpias y cerveza fría, creo que el resto se la traerá floja —la interrumpió Lucy.

—Y eso no significa que nosotros no podamos alojarnos aquí —gruñó Marcelo.

—Nos han hecho descuento por reservar seis bungalós, ¿te acuerdas?

—Mira, a lo mejor compensa la multa que te han puesto por exceso de velocidad.

No pude resistirme a pinchar a Lucy, pero, dejando de lado una breve sonrisa por parte de Sofía, el resto de la mesa me ignoró. Marcelo metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera.

—¿Cuánto quieres por cambiar de habitaciones?

—Seguro que eres capaz de andar hasta aquí, papá —replicó Sofía—. Y, si no, te puedo llevar a cuestas.

Eso por fin le arrancó una sonrisa.

—Estoy malherido —lloriqueó con teatralidad, agarrándose el hombro derecho.

Sofía, cirujana, le había reconstruido el hombro a Marcelo tres años atrás, y ya hacía tiempo que se había restablecido. Era evidente que estaba haciendo el paripé. Y que conste que a mí me parece que se ha recuperado bastante bien cuando me pega un puñetazo en el capítulo 32.

Por lo general, no se permite que los cirujanos operen a familiares, pero Marcelo está acostumbrado a conseguir lo que se propone, e insistió en que solo se fiaba de las manos de su hija. El olfato del hospital detectó a un posible benefactor pudiente e, irónicamente, logró que suficientes personas hicieran la vista gorda como para que se acabara construyendo el pabellón García en el centro de oftalmología.

—Relájese, anciano —bromeó Sofía, pinchando un trozo de

ternera—. Me han dicho que te operó una cirujana de primera.

Marcelo exageró su indignación de forma similar. Se agarró el corazón como si se lo hubieran atravesado con una flecha, pero bien podría haberse cargado a Sofía al hombro y haberle dado vueltas. O, bueno, habría podido hacerlo si no tuviera el hombro tan «malherido». El afecto que se profesaban era casi palpable. Marcelo solo era padre de una niña, y a pesar de que a Michael y a mí nos trataba bien (cuando se casó con mi madre, saltaba a la vista que se alegraba de poder criar a dos chicos), Sofía sería siempre su ojito derecho. Incluso su pétrea fachada de abogado se venía abajo delante de ella, y, como buen padre que era, hacía el payaso hasta arrancarle una risita.

—También podríamos mangar una moto de nieve —propuso Andy, alentado por aquel oasis de conversación—. He visto un par aparcadas fuera y he preguntado si se podían alquilar. El guardés me ha dicho que son para los de mantenimiento. A lo mejor podemos untarlo un poco —dijo, frotando el pulgar con el índice y el corazón.

—Ni que tuviera doce años —le reprendió Aloysia.

—Cariño, solo lo digo porque creo que sería divertido.

—Divertidas son las vistas, el ambiente y la compañía, no el spa, lanzar pelotas de golf desde el tejado o dar vueltas sobre una máquina mortal.

—A mí me parece divertido —contesté.

Aloysia volvió a calentarme la comida con una mirada fulminante.

—Gracias, Ern... —empezó Andy, pero Audrey lo interrumpió con una sonora tos, y él se giró hacia ella—. ¿Qué? ¿De verdad vamos a hacerle el vacío? —preguntó, haciéndome el vacío.

—Andrew... —lo advirtió Aloysia.

—¡Venga ya! ¿Cuánto hace que no os veis?

Craso error, Andy. Todos sabíamos la respuesta a esa pregunta. Mi madre fue la que la dijo en voz alta.

—Desde el juicio.

De repente, me veo de vuelta en el banquillo de los testigos, prestando atención a un abogado que habla con una mano en el bolsillo mientras utiliza la otra para apuntar con un láser por toda la sala, como si el jurado estuviera compuesto por felinos, declamando sobre unas gigantescas fotografías impresas en cartulina en las que se ve un claro lleno de telarañas con el que a veces aún sueño, con flechas, líneas y recuadros de colores superpuestos en la parte superior. Yo estoy respondiendo una pregunta cuando mi madre se levanta y abandona la sala, y no puedo pensar en nada más que en por qué insisten en que los tribunales tengan las puertas de madera más altas, pesadas y ruidosas posibles. Porque es evidente que algo más discreto encajaría mejor con el entorno, pero el arquitecto debía de estar pluriempleado como guionista de Hollywood y tener cierta querencia por las entradas y salidas dramáticas, y te prometo que solo puedo pensar en los puñeteros ruidos de las puertas porque así no tengo que mirar a mi hermano, sentado en el banquillo de los acusados.

Eres una persona espabilada, así que probablemente a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que hay un par de sillas vacías en la mesa familiar. Ya te he dicho que Erin llegará mañana. La única hija de Aloysia no viene —Amy, la del incidente del bocadillo de mantequilla de cacahuete— porque vive en Italia, y la importancia de esta reunión solo compensaba un viaje de cinco a siete horas, no más. Pero tampoco debería sorprenderte que Michael no aparezca en la escena. Y yo soy, en cierta manera, el responsable.

Bueno, pues ya sabes unas cuantas cosas: por qué mi madre se niega a dirigirme la palabra; por qué mi hermano todavía no ha llegado; por qué no ve la hora de tumbarse en unas sábanas limpias y tomarse una cerveza fría; por qué yo no pude recurrir a mi excusa habitual para escaquearme de aquel finde; por qué Lucy se ha emperifollado tanto; por qué Aloysia marcó en negrita el «todos nosotros» en la invitación.

Habían pasado tres años y medio desde que me arrodillé entre telarañas y vi a mi hermano asesinar a un moribundo. Tres años

desde que mi madre salió atropelladamente del tribunal mientras yo le explicaba al jurado cómo lo había hecho. Y, en menos de veinticuatro horas, mi hermano llegaría a Sky Lodge siendo ya un hombre libre.

Capítulo 4

Desde el funeral, con su bandera plegada ominosamente sobre la tapa del ataúd y los bancos llenos de agentes con guantes blancos y botones de oro bruñido, he sabido lo que significa ser un paria. El funeral de un policía te muestra lo mejor y lo peor de tener hermanos. Puede ser una fuente de pertenencia y orgullo para muchos —vi a un agente con una gorra hexagonal bajo el brazo abrir una navaja suiza y tallar el símbolo del infinito en la madera del ataúd, un vínculo eterno— o algo hermético para otros. Recuerdo una discusión en el vestíbulo entre las dos familias del difunto (la de sangre y la política por un lado, y la de los uniformes azules por el otro), ambas insistiendo en que sabían lo que le convenía: cremación o entierro. Fue una lucha fútil en la que al final la sangre salió victoriosa y el cadáver se inhumó. Tiene sentido desde un punto de vista legal, pero también me imagino a los policías sentados en los coches patrulla y teniendo esas conversaciones de «cuando me muera...», como soldados guardándose las cartas de los amigos en el bolsillo del pecho, así que ¿quién sabe?

Fue un funeral ajetreado, más parecido al decorado de una película que bullía con actividad que a una respetuosa capilla. Toda la atención —la de los fotógrafos en la entrada de la iglesia, las cabezas que se giraban y las miradas de reojo, los susurros de perplejidad: «Por Dios, esos son sus hijos»— me enseñó que no es lo mismo que te miren a que te vean. Ese voyerismo unilateral —«sus hijos»— forma una burbuja a tu alrededor, te aísla de todo lo demás. Recuerdo contemplar la nata montada que goteaba del vestido negro y, por lo demás, impoluto de mi madre cuando salimos de la iglesia, y que de repente comprendí dos cosas, o tanto como puede comprenderlas un niño. Mi padre ya no estaba. Y

estábamos todos juntos en la misma burbuja.

Ser madre de dos niños sin padre no es tarea fácil. Audrey se convirtió en un ser amorfo: la vigilante de la prisión, la presidiaria chivata, el guardia que acepta sobornos y el funcionario penitenciario empático, todo en una sola persona. Marcelo había sido el abogado de mi padre antes de montar su propio bufete corporativo y se había acostumbrado a pasar por casa, supongo que porque sentía lástima por mi madre. Él y mi padre debieron de ser buenos amigos. No te imagines a un tipo con una camiseta imperio blanca y un taladro (Marcelo una vez colgó unas estanterías y las dejó tan inclinadas que mi madre se quejó de que la mareaban); él se limitó a traer la chequera para comprarlas. Cuando Marcelo le pidió que se casaran, con su hija pequeña de la mano, mi madre nos llevó a una hamburguesería y nos preguntó si nos parecía bien que formaran parte de nuestra burbuja. A mí me convenció solo por haber tenido el detalle de preguntarnos. Michael solo quiso saber si el tipo era rico antes de atacar su hamburguesa.

Algo más mayores, hubo días en que era nosotros contra ella, como tantas veces pasa con los hijos adolescentes; a veces, una rebelión por jugar cinco minutos más a la consola deja en nada quince años de cuidados. Pero por muchos portazos o gritos que hubiera, siempre siempre fuimos nosotros tres contra el mundo exterior. Ni siquiera mi tía Aloysia pudo poner más de un pie dentro, y eso que era la hermana de mi padre. Mi madre estaba siempre ahí para nosotros, y esperaba que nosotros hiciéramos lo propio, por encima de todo lo demás.

Por lo visto, incluso de la ley.

Una parte de mí entendía por qué se había marchado del tribunal; a fin de cuentas, yo había salido de la burbuja y me había aliado con los otros.

Sé que probablemente pienses que tres años no son nada para una sentencia por asesinato, y en circunstancias normales tendrías razón. El tipo —que, por si te interesa, se llamaba Alan Holton— había recibido un disparo, y era difícil discernir quién había tenido más culpa en su muerte, si la bala o Michael. Y sí, Michael había

atropellado a Alan con el coche cuando este se había precipitado hacia la carretera entre tambaleos después de que le dispararan, y sí, había cometido un terrible error al no llevarlo directamente al hospital. Pero Marcelo García (famoso tanto por su bufete corporativo García y Broadbridge, ahora el más grande del país, como por negarse a caminar cuarenta metros por la nieve) había ofrecido una defensa impecable, incidiendo sobre todo en la figura de Alan como criminal reincidente, la ambigüedad del desconocido autor de los disparos y el arma que no habían encontrado.

Incluso la mera presencia de Marcelo en el juicio por asesinato fue, en sí misma, disruptiva, y creo que dejó al tipo del puntero láser fuera de juego, pero eso sería quitarle mérito a la defensa de Marcelo. Arguyó que no se podía esperar que Michael tomara decisiones racionales dadas las circunstancias. A pesar de que Michael le hubiera negado el socorro a Alan (y esto es importante, porque en Australia la responsabilidad legal de ayudar a otra persona solo se materializa cuando empiezas a ayudarla, algo que aprendí durante el juicio) al subirlo al coche y no llevarlo a un centro médico, también temía por su vida, señoría, puesto que no sabía si el autor de los disparos seguía por allí o si podrían atacarlo o seguirlo. Total, que, sin ponernos demasiado técnicos, la condena fue de tres años de prisión.

Testificar me costó horrores, y cuando aceptaron la última propuesta —la sentencia de cárcel se negoció a puerta cerrada en el despacho del juez—, ni siquiera sirvió de nada. He tomado malas decisiones en mi vida, como haber aceptado beber algo con Andy en el bar después de la comida, y todavía no he decidido si testificar ha sido una de ellas. Porque sí, habría tenido que aprender a vivir con el secreto, pero también he tenido que aprender a vivir después de haber hablado, y no tengo claro qué es peor. Me encantaría decirte que lo hice porque era lo correcto. Pero lo cierto es que en el grave gruñido de mi hermano —«ha dejado de respirar»— había algo distinto. Y podría recurrir al cliché de «ya no reconocía a mi hermano», pero, de hecho, fue todo lo contrario. Lo sentí como a un Cunningham. Lo vi sin capas. Y si él podía emitir ese gruñido, cuadrar los hombros y flexionar los

antebrazos mientras estrangulaba a otra persona, ¿sería yo también capaz de lo mismo? Así que avisé a la policía. Confiaba en que una parte de mi madre comprendiera por qué lo había hecho. Y, al día siguiente, confiaba en que también lo comprendiera una parte de mí.

Admito que me tambaleaba un poco mientras me abría paso por la nieve de camino a mi bungaló. A Andy le había hecho tanta ilusión la promesa de tener a alguien con quien beber que estuvo dispuesto a pasar por alto sus lealtades, y yo le había seguido la corriente porque las cervezas corrían de su cuenta. Andy es horticultor. Cultiva el césped de los campos de críquet y de fútbol a la altura y especificaciones correctas. Es un tipo tremendamente aburrido condenado a un matrimonio tremendamente aburrido, algo que siempre me ha parecido que merece unas rondas generosas.

Llevé una maleta con ruedas y asa extensible, la mar de conveniente en un aeropuerto pero no tanto en la ladera de una montaña, que conseguí mover a saltitos, levantándola y dejándola caer, además de una bolsa de deporte que me colgué al hombro. Era media tarde, pero la montaña ya había empezado a oscurecerse a medida que la cima bloqueaba el sol, y, a pesar del calor de las cervezas que llevaba encima, sentí el cambio repentino. Era como lo que había oído que ocurría en Marte: la superficie se congela de golpe cuando llega la noche. A Andy se le había ocurrido acercarse al *jacuzzi* después de las cervezas, y esperé que hubiera cambiado de idea, porque si no habrían tenido que sacarlo con un cincel.

Pese a la temperatura, cuando por fin conseguí llevar mi equipaje al bungaló medio sepultado por la nieve, había sudado lo mío. La nieve me llegaba por la cadera, pero el equipo había abierto un túnel hasta mi puerta por el que la maleta rebotó mientras la arrastraba. Las ventanas tenían una especie de tejadillo, así que los montículos de nieve no obstaculizaban las vistas.

Mientras rebuscaba las llaves, distinguí un trozo de papel roto

clavado en un montón de nieve con un palo. Lo recogí. Alguien había escrito un mensaje con un grueso rotulador negro, las palabras habían empezado a correrse a medida que el papel se había ido humedeciendo y el texto había adquirido un aspecto inquietante.

Rezaba así: «La nevera es una mierda. Cava».

Había una S mayúscula en la esquina derecha: Sofía. Me agaché y limpié el montón con la mano, lo que dejó al descubierto las tapas plateadas de las seis latas de cerveza que había enterrado para mí. Desde el juicio de Michael, Sofía había sido la única con la que había mantenido el contacto. Supe que mi destierro no era moco de pavo cuando incluso Lucy dejó de enviarme correos para invitarme a sus seminarios gratuitos. Pero Sofía sí me escribía. Tal vez porque, como yo, ella también era una intrusa. Su padre la había introducido en una familia y un país nuevos. Y digo «introducido» porque nadie escala puestos en el mundo del derecho corporativo prestándoles atención a sus hijos (por muy cariñoso que fuera Marcelo cuando estaba presente), pero en realidad quiero decir «soltado». Y aunque nunca podría echarnos en cara que no la recibiésemos bien en nuestro hogar, creo que siempre notó nuestra burbuja invisible. Después de que el juicio nos obligara a jugar en igualdad de condiciones, la relación cordial de hermanastros se convirtió en una amistad genuina. Por eso me había invitado a mí, y solo a mí, a lo del bingo.

Volví a cubrir las cervezas con nieve, contento de saber que aún quedaba algo de calidez en aquella montaña, y entré en la cabaña. El bungaló tenía una sola habitación y transmitía una extraña sensación de desnivel, como cuando te mareas en un barco, debido a la inclinación del techo. Las vistas panorámicas compensaban aquella extraña sensación: por primera vez, el viaje coincidía con el anuncio. No me enorgullece tener que darle una palmadita a mi tía en la espalda y admitir que quitaban el aliento. Sobre todo con los últimos rayos de sol bañando la cresta de la montaña y la larga sombra de la cima extendiéndose por la ladera.

En el lado de las ventanas, había una altura de tres metros hasta el techo, enmarcado por una estructura de vigas de madera,

antes de ir descendiendo a lo largo del bungaló por encima de un sofá, una tele, una cantidad ingente de alfombras y una chimenea de hierro colado. El techo debía de llegar solo al nivel de la nieve, no al suelo, porque me sorprendió descubrir una pared trasera; estaba llena de armarios con cacharros de cocina de hotel, y también había un cubículo por lavabo donde la funcionalidad había vuelto a salirse con la suya: la ducha inclinada era otra de las concesiones a cambio de las vistas. Poco más allá del centro de la estancia, una escalera subía hasta el dormitorio. Los empleados habían preconfigurado la calefacción (la chimenea debía de ser ornamental, porque no estaba encendida), y la piel se me erizó mientras me adaptaba a la temperatura del interior. El olor a humedad del hotel principal dejó paso a un aroma a madera y ceniza, probablemente gracias a la vela etiquetada como «chimenea rústica».

Dejé la maleta con ruedas en el suelo, y estaba guardando la bolsa de deporte en uno de los armarios cuando el teléfono que había junto al televisor empezó a sonar. El aparato tenía un 4 pequeñito encima. No había botones para marcar números externos, sino una columna con teclas de marcado rápido y lucecitas, y etiquetas con los números de cada bungaló, además de una que rezaba: «Conserjería». En ese momento, se había iluminado el número 5. Era Marcelo.

—Audrey no está muy católica. —Dijo «Audrey», no «tu madre»—. Pediremos que el servicio de habitaciones nos suba la cena. Nos vemos mañana.

Saltarme una cena familiar no era precisamente una tragedia; la comida ya me había absorbido casi toda la tolerancia que había reunido para sobrevivir a todo el fin de semana. Cogí una botella de agua tibia de la nevera —que no enfriaba una mierda, Sofía tenía razón— y me la bebí entera, porque había leído en algún sitio que pasar un día en la nieve puede deshidratarte más que uno en la playa. Luego recogí una de las latas de cerveza enterradas, me recosté en el sofá y, antes de darme cuenta, caí rendido.

Me desperté al oír unos porrazos en la puerta. Menuda sorpresa, ¿eh? No es la primera vez que lees este tipo de libros.

Sentí pánico por un instante, porque a veces he tenido sueños —o, bueno, recuerdos— en los que me ahogaba, y en el momento en que los golpes me arrancaron del sueño, la gigantesca ventana y el lugar me hicieron pensar que me había quedado dormido al aire libre. La cresta de la montaña se fundía con la impenetrable oscuridad del cielo bajo el espectacular brillo de las estrellas, libre de la contaminación de la ciudad o de nubes. El viento parecía gruñir, y la cresta seguía escupiendo montones de nieve que se arremolinaban hacia el cielo. Cerca del bungaló, la montaña estaba débilmente iluminada por el haz del foco halógeno que guiaba a los esquiadores nocturnos del valle vecino, y las huesudas sombras de los árboles pelados salpicaban la ladera. La temperatura había seguido bajando y tratando de colarse en la habitación; casi podía sentir el aliento del cristal palpitando contra el calor del interior.

Me froté los ojos y me puse en pie, antes de tambalearme hasta la puerta. La abrí.

Sofía estaba en el umbral con las manos metidas debajo de los codos y el pelo negro despeinado por el viento y cubierto de copos de nieve.

—¿Qué? —dijo—. ¿Has traído el dinero?

Capítulo 5

Vale, a ver. Te comento. No te he engañado. Michael me pidió que me quedara el dinero.

Cuando me llevó a casa aquella mañana —yo iba en el asiento del copiloto sin despegar los labios, quitándome todavía restos de telarañas de los brazos—, me dijo que quizá lo más seguro era que me lo quedara yo un tiempo. Entendí su reflexión: o bien Alan lo había robado, o tenía que llevárselo a otra persona y le había surgido algún problema durante el proceso. No sé si Michael tuvo algo que ver con ese «problema», pero si a alguien le faltaban varios miles de dólares, probablemente querría recuperarlos. Yo era otra capa más, la red de seguridad, por si el pistolero había visto el coche de Michael. Si es que ese pistolero existía, claro.

Había aceptado la bolsa con un entendimiento mudo. Es posible que Michael insinuara que me pagaría por cuidársela, pero yo apenas oía nada más que una especie de eco submarino en mi cabeza que acompañaba los movimientos de sus labios. Aturdido, entré en casa, lancé la bolsa a la cama, vomité y llamé a la policía.

Veinte minutos más tarde, me habían esposado y estaba en la parte trasera de un furgón guiando a dos inspectores somnolientos hacia el claro. Sé que en un primer momento no me tomaron en serio, porque pasaron por un McAuto, y yo jamás había oído que el testigo de un asesinato tuviera que esperar a que le sirvieran un Big Mac. Eso fue antes de que todo se fuera de madre. Antes de las sirenas, las ambulancias y las furgonetas de los canales de noticias, e incluso del helicóptero que aterrizó en mitad del campo. Antes de que se publicaran artículos de opinión sobre el asesinato y, aún más popular, editoriales sobre el campo de telarañas (aquel extraño fenómeno era obra de las arañas que habían ido allí después de unas inundaciones cercanas). Antes de que me

encerraran en una sala de interrogatorios y se me plantaran delante con fotografías y ese aliento cálido del McDonald's, informándome de que Michael me había delatado y que lo que más me convenía era confesar.

Cuando me soltaron, después de lo que supuse que debía de ser el tiempo de retención máximo, me enteré de que Michael no había dicho absolutamente nada. Estaban intentando comprobar si les estaba mintiendo para salvar el pellejo. Me dejaron en casa. Les pregunté si querían parar en un KFC de camino, porque yo no tenía prisa. Pero se ve que eran un público exigente.

Hasta que llegué a casa y vi la bolsa negra sobre la cama, donde la había dejado, no caí en la cuenta de que me había olvidado de contarles lo del dinero.

Te juro que di por sentado que registrarían la casa. Al principio estaba más concentrado en Alan y en tratar de recordar cada giro y la hora exacta a la que me había recogido mi hermano, cuándo me dejó en casa y cuándo me pidió que esperara en el coche. Y luego pensé que ya habrían requisado el dinero y que en algún momento me preguntarían por él, pero no ocurrió. Y de repente llega el día siguiente y me veo firmando unos documentos como fieles y veraces, y sigo sin mencionar lo del dinero. Y Michael tampoco; puede que todavía no sepa que fui yo quien lo delató y, en ese caso, supongo que quizá piensa que sigo de su lado y estoy protegiendo el dinero por él. Y poco más tarde llego al estrado, y sigue sin mencionarse, y ni Michael ni Marcelo lo sacan a relucir durante el juicio para joderme, que es lo que casi esperaba, y sé que ya he pasado el punto de no retorno y que no puedo mencionarlo, salvo que quiera entorpecer más el proceso, así que ahí sigue, ignorado. Y el juez lee la sentencia y yo me voy a casa, y la bolsa sigue en mi casa pero el mundo es distinto. Mi hermano está en la cárcel y yo tengo una bolsa con 267.000 dólares dentro. Ahora tengo clara la cantidad, porque he tenido tiempo para contarlo.

Y esa era otra de las razones por las que no podía saltarme aquel fin de semana. Le había contado a Sofía mi plan semanas atrás. Tenía pensado entregarle a Michael la bolsa al día siguiente.

No lo consideraba una disculpa, porque no hice nada mal, pero sí quizá una especie de obsequio. No era una rama de olivo, pero sí era verde (metafóricamente, al menos, porque no todo eran billetes de cien). Y seguía casi todo intacto. Mira que soy buen hermano.

—¿Está todo ahí? —me preguntó Sofía, observando la bolsa destripada que había frente al sofá. Daba vueltas a su alrededor en lugar de sentarse, como si no se atreviera a tocarla.

—Casi todo —confesé.

—¿Cómo que casi todo?

—Bueno..., he tenido emergencias. Han pasado tres años. No sé ni siquiera si llegó a contarlo.

—Me dijiste que lo contó.

—Probablemente lo contó —admití—. Pero espero que no lo recuerde con exactitud.

—¿Sabes lo que haría yo si me pasara tres años en la cárcel pensando que mi hermano me robó una bolsa de dinero? Pues pensaría en el dinero todos los días. Hasta el último centavo.

—Debe de pensar que me lo he gastado, así que se alegrará de recuperarlo...

—Casi todo.

—Casi todo.

Sofía exhaló con exageración y labios temblorosos, y se acercó a la ventana. Dio unos golpecitos en el cristal con los dedos y contempló la montaña unos instantes.

—¿Por qué te lo quedaste? —me preguntó con voz queda, seria.

Había visto lo que se escondía más allá de todas las gilipolleces que yo me repetía para seguir aferrándome al dinero. Porque se me iban pasando las oportunidades de devolverlo; porque me daba demasiada vergüenza; porque pensaba que sería demasiado complicado. Sofía veía que había algo más. ¿Era simplemente codicia? No lo tenía claro. No esperaba que Michael me diera un abrazo y nos repartiéramos el dinero al día siguiente, pero mentiría (y te he prometido que nada de mentiras) si no te

dijera que había sentido una cierta paz al tener esa bolsa en el fondo del armario durante los últimos tres años, máxime con todo lo que había ocurrido con Erin. Era dinero instantáneo. Dinero para emergencias. Dinero para empezar de cero. No lo quería, pero me alegraba de tenerlo.

—No me lo quedé —repetí, como siempre—. Me lo encasquetaron.

Sofía frunció el ceño, decepcionada. Sabía que yo ensayaba mis excusas.

Lo cierto es que había sacado dos fajos de billetes y los había guardado en el cajón de la ropa interior antes de marcharme de casa esa mañana. Lo cierto es que, hasta que Marcelo cambió las tornas del juicio, pensé que Michael estaría entre rejas mucho más tiempo y que el dinero dejaría de importar. Lo cierto es que una de las únicas razones por las que no había gastado más era que no conocía su procedencia ni si podrían rastrearlo; de lo contrario, al menos lo habría ingresado en una cuenta y me habría gastado los intereses. Lo cierto es que aún no había decidido si se lo devolvería a Michael al día siguiente.

Lo había traído por si me preguntaba. Le había dicho a Sofía que planeaba entregarlo por rendir cuentas, para intentar no echarme atrás.

La gente tiene un aspecto concreto cuando ha decidido algo. No es físico, sino más bien un sexto sentido, como esa sensación en la nuca cuando alguien te mira. Eso fue lo que ocurrió entonces. Los átomos del aire cambiaron. Sofía había decidido algo.

—¿Y si te digo que yo necesito un poco? —me preguntó.

El teléfono sonó y los dos dimos un respingo. Menuda sorpresa, ¿eh? No es la primera vez que lees este tipo de libros. El numerito 2 se iluminó, pero se apagó tras sonar dos veces, antes de que pudiera responder. Miré la hora. Las once y cuarto. Si estás pendiente de los números de capítulo, sabrás que alguien acababa de morir. Pero yo todavía no me había enterado.

—Piénsatelo —insistió, y me di cuenta de que estaba esperando a que le diera una respuesta.

—¿Cuánto necesitas?

—Puede que cincuenta. —Se mordió el labio. Recogió un fajo de la bolsa y lo sostuvo como si estuviera calculando el peso—. Cincuenta mil —añadió, como si a mí me pareciera posible que me hubiera visitado en mitad de la noche para pedirme cincuenta dólares.

—Michael sabe que lo tengo yo.

—Sabe que te lo dejó, no que lo tengas. —Había practicado aquella conversación; tenía los argumentos cargados en la recámara, igual que yo mis excusas—. Podrías decirle que te lo requisó la policía. O que lo donaste. O que lo quemaste.

Podría pretender que a mí no se me habían ocurrido esas opciones, pero no lo haré. Soy de fiar, ¿vale?

—¿En qué clase de problemas te has metido? —le pregunté.

Lo que no dije fue que había personas más ricas y legales a las que pedir ayuda. Su padre, por ejemplo. Y cincuenta mil era muchísimo dinero, sí, pero era cirujana y propietaria: si quería cincuenta mil dólares (había dicho «puede que cincuenta», lo que me hacía pensar que eso era exactamente lo que necesitaba), esa era la cantidad que le hacía falta para cubrir la diferencia entre lo que podía conseguir por su cuenta y el total. Y lo quería en metálico. Es decir, dinero rápido, discreto y en negro. Tenía un problema mucho más gordo de lo que dejaba entrever.

—No necesito ayuda. Necesito dinero.

—Este dinero no es mío.

—Ni de tu hermano.

—¿Por qué no lo hablamos mañana?

Dejó el dinero donde estaba, pero me di cuenta de que repasaba sus notas mentales para asegurarse de que me había soltado todo lo que había venido a decirme, como si estuviera en una entrevista de trabajo y los entrevistadores le formularan esa temida pregunta: «¿Tienes alguna duda?». Debió de decidir que había utilizado ya los argumentos más convincentes, puesto que se dirigió a la puerta y la abrió. Una ráfaga de aire gélido se coló en la cabaña.

—Mira cómo te han tratado. ¿Y sigues pensando que les debes algo? Un día te darás cuenta de que la familia no la forman esas

personas con las que compartes sangre, sino las personas por quienes estarías dispuesto a derramarla.

Metió las manos en los bolsillos y se perdió en la noche.

Yo volví dentro y observé el dinero con un cierto estupor, tratando de analizar todo lo que acababa de pasar.

Me pregunté si Sofía tendría razón. Si a pesar de los esfuerzos deliberados de mi familia por apartarme, yo seguía sintiendo que les debía algo. ¿Por eso había venido? Era una pregunta demasiado profunda como para contestármela con tantas cervezas encima y en mitad de la noche, así que dejé el psicoanálisis para otro momento. Cogí el teléfono y llamé a la habitación 2.

—Hola...

Ante mi sorpresa, fue Sofía quien respondió.

—¿Ern?

—Ah, hola, Sofía. —Comprobé las luces del teléfono, y había marcado claramente el 2. Tal vez no hubiera visto bien la luz que había parpadeado poco antes; era imposible que Sofía me hubiese llamado estando en mi bungaló—. Lo siento, solo quería comprobar que habías llegado bien. Al ser de noche y eso. No me gustaría que te despeñaras por una grieta y te perdieras la reunión familiar.

—¿A esto lo llamas tú reunión familiar? ¿Siete personas? —Se rio y oí interferencias en la línea—. Madre mía. Estos blancos...

Intenté reírme con ella, pero no dejaba de pensar en aquel paripé de normalidad que estábamos montando, y me tensé, así que lo único que pude emitir fue un extraño gruñido ahogado.

—Bueno, Ern, gracias por llamarme. ¿Me prometes que le darás un par de vueltas?

No hacía falta que se lo prometiera, porque no podía pensar en otra cosa, pero le di mi palabra. Nos dimos las buenas noches y colgué. Me terminé la cerveza, dejé las cortinas abiertas para ver amanecer y subí a la habitación. Me puse de lado y contemplé la escarpada cresta fundiéndose con la infinidad del cielo, y me sentí muy pequeño. Me pregunté qué estarían haciendo los demás. Sofía, como yo, en mitad de la montaña, pensando en una bolsa de dinero; Erin, en un motel de esos en los que las sábanas pican, de

camino hacia aquí, pensando en Dios sabe qué; y Michael, mirando por última vez el mismo cielo a través de una de las ventanas de la cárcel, tal vez pensando en lo que me haría cuando me viera.

Me quedé dormido con la inocente esperanza de que al día siguiente todo se arreglaría.

Capítulo 6

Cuando me desperté, había un flujo continuo de anoraks desfilando por mi ventana. Parecían estar dirigiéndose a un grupito que esperaba a unos cientos de metros ladera arriba, en el campo de golf cubierto por la nieve. Debían de ser unas treinta personas. Una moto de nieve pasó junto a la congregación y el motor gimió. Montaña arriba, alguien movía los brazos. No supe discernir si estaba diciendo «estamos aquí» o «no te acerques». Una bengala trazó un sinuoso rastro en el cielo y explotó, y los cristales de hielo del suelo reflejaron el destello rojo. La luz viaja bien a través de la nieve y, cuando la bengala se apagó, percibí que el manto blanco seguía reluciendo, y no solo con tonos rojizos, sino también azules. Y no relucía; destellaba. Reflejaba unas luces de colores que debían de estar cerca del albergue. La policía.

Me quemé las manos al bajar por la escalera de la buhardilla como un bombero y comencé a meter el dinero de nuevo en la bolsa. Menos mal que la gente parecía estar concentrada únicamente en lo que había ladera arriba; embolsé todo el dinero, volví a guardarlo en el armario y me puse unos pantalones antes de que alguien viera lo que no debía. Me acabé de vestir lo más rápido que pude, abrí la puerta y divisé a la única persona de la montaña que llevaba vaqueros.

—¡Andy! —grité desde la puerta, poniéndome la bota izquierda.

Él se detuvo y se giró, me saludó con la mano y esperó. Me apresuré a acercarme a él, entorpecido por la nieve. El aire escaseaba lo suficiente como para que, al llegar a donde estaba Andy, me encontrara sin aliento, resollando. Mi respiración generó una bruma entre los dos que le empañó las gafas.

—¿Qué ha pasado?

—Un pobre desgraciado.

Señaló la montaña y echó a andar. Su gesto de curiosidad, y no de preocupación, respondió mi pregunta antes de que la formulara: «¿Uno de nosotros?». Le seguí el ritmo y agradecí haber llamado por error a Sofía la noche anterior y haber comprobado que había regresado a su bungaló. Pasar la noche al raso debía de ser letal, incluso en una noche tranquila como la anterior. Me estremecí. Qué forma tan terrible de irse.

Había un tipo muerto con las mejillas ennegrecidas por la congelación, tumbado de espaldas sobre la nieve. Estaba totalmente cubierto —chaqueta de esquí negra, guantes negros, botas— salvo por el rostro, y, por un instante, mi cerebro me recordó a otra figura oscura en mitad de un claro blanco. Me lo quité de la cabeza y miré por encima del hombro del chaval que tenía delante. Había dos docenas de personas contemplando la escena boquiabiertas; la promesa de una buena tragedia sacó a los huéspedes del hotel como avispas.

Frente a nosotros había un policía de mi edad, quizá algo más joven, con un gorro con orejeras y una chaqueta con el cuello de lana, tratando de alejar a los cotillas. Siendo sinceros, parecía aturullado, como si no tuviera ni idea de lo que estaba haciendo. Andy se había avanzado, sin prisa alguna, para reunirse con Aloysia, que había llegado antes que nosotros, a pesar de no estar respetando su horario. Todo el mundo parecía haber aceptado un acuerdo tácito de que diez metros era una distancia suficiente para preservar la escena del crimen, y se había ido formando un semicírculo de forma natural. No había nevado demasiado por la noche, así que tanto el cadáver como los tres evidentes pares de huellas que ascendían la colina hasta el lugar del asesinato seguían claramente visibles.

De los tres pares de huellas que ascendían por la colina, solo había regresado uno. El rastro que había vuelto era algo torpe, con algún que otro orificio junto a las pisadas; supuse que sería de la persona que había encontrado el cuerpo y había desandado el

camino para informar del hallazgo, presa del pánico, precipitándose colina abajo, apoyándose de vez en cuando con una mano. El segundo par de huellas lo formaban pisadas claras y rectas. Supuse que serían del poli que aún inspeccionaba el cuerpo.

El tercer par de huellas subía por la pendiente como las demás, pero luego se alteraban: se movían hacia delante y hacia atrás, ascendían y descendían, todo en unos pocos metros cuadrados. Era como si alguien se hubiera quedado encerrado en una caja invisible, rebotando contra las paredes. Ese par de huellas terminaba en el cadáver. No había viaje de vuelta.

Las personas que tenía alrededor mascullaban, sacaban los móviles y hacían fotos y vídeos. Pero nadie parecía disgustado. No había abrazos de consuelo ni bocas tapadas con una mano en un delicado desconcierto. Todo el mundo parecía estar haciendo lo mismo que yo: observar el cuerpo por pura curiosidad intelectual. Tal vez fuera porque estaba congelado y parecía más parte de la montaña que una persona que aún respiraba apenas doce horas antes. La escena era curiosa, aunque no violenta. Pero lo lógico era que alguien gritara, que se abriera paso colina arriba para ver a su ser querido. ¿No lo conocía nadie?

—¿Hay algún médico?

El policía había desistido de intentar dispersar a la multitud. Repitió la pregunta mientras escudriñaba el gentío, delatando que sus capacidades de observación estaban en la parte baja de una escala entre persona con los ojos vendados y Sherlock Holmes. Estábamos en un exclusivo centro turístico alpino en temporada alta; la mitad de los presentes eran médicos, joder.

Vi como Sofía, que estaba justo delante de mí en el semicírculo, levantaba la mano. Aloysia se acercó a Andy, le susurró algo al oído y negó con la cabeza.

El policía le indicó a Sofía que se acercara y la guio a una distancia prudencial de las huellas. En un primer momento, se quedaron a unos pocos metros del cadáver, mientras Sofía gesticulaba en dirección al hombre, hasta que el policía asintió y ella se arrodilló a su lado. Le agarró el cuello con las manos y lo inclinó a izquierda y derecha. Le separó los labios. Le abrió la

chaqueta y colocó las manos debajo. Le hizo un gesto al policía para que también se arrodillara y, tímidamente, él dejó que Sofía le guiara las manos por el cuerpo tal como había hecho ella. Cuando Sofía consideró que ya le había mostrado al agente todo lo necesario, le cerró la chaqueta al cadáver y se puso en pie. Mantuvieron una breve conversación que acabó en los cielos por una ráfaga de viento. Divisé un nubarrón flotando por encima de la cresta.

—Ernie, Andy —exclamó Sofía.

Estaba agitando los brazos en el aire. «Subid aquí.» Miré al policía a la espera de su aprobación, y él la imitó. Andy y yo evitamos las huellas ya existentes dando un buen rodeo, pero las pisadas que subían por la colina se iban acumulando más y más a pesar de los esfuerzos. Fuera de la multitud de espectadores, supe que el viento estaba arreciando. Me dolían las mejillas. No fui capaz de mirar al suelo cuando llegamos; me centré en Sofía, pero ella estaba absorta contemplando el cadáver.

—Tenemos que mover el cuerpo —gritó el policía por encima de los aullidos del viento—. Que no esté a la vista. He visto un garaje mientras subía. De momento hará el frío necesario.

Andy y yo asentimos. El policía señaló el otro extremo de la cuesta.

—¡Tenemos que subir —Sofía agitó los brazos en un exagerado círculo— y dar la vuelta! ¡Para no contaminar la escena!

Quería rodear las huellas, a pesar de que estuviera a punto de nevar y de que probablemente poco importara. Lo que significaba que no solo le preocupaba lo de mover el cuerpo: creía que era una escena del crimen, a diferencia del policía, que no estaba acordonando la zona ni tomando fotos. Puede que tuviera que fiarse de las fotografías que estuvieran haciendo los huéspedes indiscretos, en cuyo caso se alegraría de no habernos echado.

Acordamos tácitamente que Andy y yo, que estábamos a los pies del cadáver, lo agarraríamos por los tobillos, y Sofía y el policía, por las muñecas. Hicimos todo lo posible por mantenerlo en el aire, pero, a medida que descendíamos por la colina con la nieve por las espinillas, la cabeza se le ladeaba de cuando en

cuando y dibujaba un valle en la nieve fresca. No pesaba demasiado, pero no era fácil controlarlo. Enganché los laterales de su bota con los dedos para agarrarlo mejor. Eran duras, con la punta de acero. Sofía caminaba de espaldas, tratando de sostener la muñeca del tipo a la altura de su pecho, pero el policía se había girado, cara al viento, con los brazos a sus espaldas, a la altura de la cintura. Oía a Andy gruñir a mi lado. Se volvió hacia mí a medio camino y vi como apretaba la mandíbula, serio y concentrado. La baba le burbujeaba en la barba.

Se dio cuenta de que lo estaba mirando.

—¿Vas bien, tío? ¿Necesitas descansar?

Negué con la cabeza. Lo que no le dije fue que no era la primera vez que hacía algo así.

Capítulo 7

Un montón de palés de madera en la cabaña de mantenimiento nos sirvieron como mesa de autopsias. A nuestro alrededor, había varios bancos llenos de herramientas, una moto de nieve con las entrañas al descubierto, varios generadores a lo largo de la pared más lejana, junto a una montaña de neumáticos, y un surtido de raquetas de nieve colgadas de clavos. No había calefacción, y con los muros de chapa y el suelo de cemento era como entrar en una nevera. Serviría como morgue improvisada. El único beneficio de aquel frío extremo era que el cuerpo no olía a nada.

Dejamos el cadáver sobre el montón de palés, que era algo pequeño y las extremidades del tipo colgaban por los lados. Dedicamos un momento a recuperarnos, resollando. Intenté no mirarle el descolorido rostro. Había leído algo sobre la congelación, las extremidades ennegrecidas (nariz, dedos) que se caen, pero nunca lo había visto de cerca. El policía por fin decidió sacar unas cuantas fotos. Andy se pasó la punta del zapato por los gemelos. Sofía tiritaba y ahuecó las manos para taparse la boca y echarse el aliento, pero luego recordó que había estado toqueteando un cadáver y volvió a bajarlas. El policía terminó con las fotos y se giró hacia nosotros.

—Gracias, chavales —dijo. Sofía puso los ojos en blanco para recordarle al poli que ella también había estado cargando con el cuerpo montaña abajo. El tipo balbució las siguientes palabras, pero no se corrigió, sino que siguió adelante—. Normalmente no habría movido el cuerpo, pero con el temporal que se nos echa encima no quiero tener que desenterrarlo más tarde.

El poli era varios centímetros más alto que yo, quizá gracias a sus gruesas botas, y pesaría unos cuantos kilos más, quizá debido a su grueso abrigo, pero entonces tendría que haber ignorado los

mofletes. No llevaba pistola en la cintura. No sé por qué me fijé en eso, pero me fijé. Tenía los ojos verde oscuro y cristales de hielo en las pestañas. Era evidente que había pasado una mañana de perros, porque miró alrededor de la cabaña antes de posar la vista sobre el cadáver, que pareció detener por completo sus pensamientos.

—Me llamo Ernie —dije, intentando devolverlo al presente—. Ernest Cunningham. Este es Andrew Sansone. Ya conoce a Sofía. También es una Cunningham; Cunningham, guion, García.

—García, guion, Cunningham —me corrigió Sofía con una sonrisa.

—Vámonos de aquí, guion, de una puta vez —replicó Andy, que se había pasado todo el rato inmóvil, igual que el policía, contemplando el cadáver—. Se me están poniendo los pelos de punta.

—Ah. —El policía volvió a centrar su atención en nosotros—. Darius. Agente Crawford, vaya, pero podéis llamarme Darius. Las formalidades, para cuando estás al nivel del mar.

Extendió la mano para saludarnos. Yo le señalé el interior de la muñeca; el puño tenía una mancha oscura, y la muñeca otra similar. Manchas de haber cargado con el cadáver.

—Se le ha manchado de sangre la chaqueta, agente Crawford —le informé, rechazando el apretón de manos. Los Cunningham no creen en tutear a las fuerzas del orden.

Crawford se quedó lívido. Se miró las muñecas y respiró hondo.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

—Pues..., esto..., no estoy muy acostumbrado a estas cosas.

—¿A cadáveres?

—A asesinatos —intervino Sofía.

—Bueno, puede que de momento sea mejor mantener eso en secreto.

Crawford esbozó una débil sonrisa. Ya me había parecido algo cortito en la nieve, pero de cerca era aún peor. Aparentemente, ver la sangre no solo lo había mareado, sino que además se había dado cuenta de que la situación lo superaba.

Andy se volvió hacia Sofía y articuló la palabra «¿asesinato?»

con los labios. A pesar de la mímica, pude oír el incrédulo tono de su voz. Ella asintió con solemnidad.

—Supongo que tendría que preguntaros si conocíais al tipo. ¿Sabéis quién es? —continuó Crawford.

—¿Nos está interrogando? —le pregunté. Me había pasado demasiadas horas sentado detrás de espejos polarizados como para ir respondiendo preguntas sin saber quién me las formulaba y con qué fin—. ¿Por qué no interroga a quien ha encontrado el cuerpo?

Crawford negó con la cabeza.

—Solo quiero saber si lo conocéis. Yo he sido el que ha podido llegar más rápido desde Jindabyne, pero de camino hay inspectores en condiciones que se encargarán de las listas de sospechosos y esas cosas. Aun así, entiendo que debería descubrir si el tipo se hospedaba aquí o si vino desde el otro lado de la montaña; quizá fuera un esquiador nocturno que se perdió.

—No lleva esquís —apuntó Sofía. Me di cuenta de que ella también estaba palidísima, blanca como la nieve del suelo.

—Lo comprendo. Hacedme un favor; echadle un vistazo de cerca.

Nos mostró una foto en el móvil del rostro del cadáver de cerca. Estaba casi totalmente ennegrecido, incluidos los labios.

—¿Os suena?

Los tres negamos con la cabeza. No solo no lo reconocí, sino que, al examinarlo con detenimiento, caí en la cuenta de que las lesiones no parecían ser por congelación. De repente, Sofía levantó una mano y corrió hacia la puerta. Los tres la vimos marcharse, confundidos, hasta que el viento trajo consigo el distintivo sonido de una persona vomitando. Andy y yo nos pusimos de pie, tratando de decidir si convenía que la ayudáramos o si la avergonzaríamos demasiado, y acabamos por no hacer nada.

Hago una breve pausa para comentar que sé que hay autores incapaces de incluir a una mujer vomitando sin que eso indique que está embarazada. Son los mismos que creen que las náuseas son el único síntoma del embarazo, por no mencionar que también piensan que la mujer comienza a expulsar el vómito por la boca a las pocas horas de haber concebido a la criatura. Y ese «autores»

no es un masculino genérico. Lo último que quiero es decirte en qué pistas debes fijarte, pero Sofía no está preñada, ¿vale? Tiene derecho a vomitar por voluntad propia.

—Pues nada —nos dijo Crawford a Andy y a mí. Parecía satisfecho con nuestra respuesta a las fotos y con haber cumplido sus obligaciones para con la investigación, e incluso algo más cómodo cerca del cadáver—. Supongo que de momento ya está. —Se acercó a los bancos de trabajo y rebuscó hasta dar con un candado de latón abierto y una llavecita colgando de él. Lo seguimos al exterior, cerró la puerta de hojalata y toqueteó la cerradura—. Os diría que no os movierais de aquí...

—Pero no puede —terminé por él.

—No es la primera vez que Ernest se enfrenta a algo así —añadió Sofía, apareciendo por uno de los laterales de la cabaña mientras se limpiaba la boca—. Con cadáveres, quiero decir —se explicó tímidamente—. Siempre cuesta.

Crawford dejó escapar un largo suspiro. Parecía agotado. Imaginaba que debía de ser un poli de campo que se había pasado la mayor parte de su carrera con los pies encima del escritorio o poniéndoles multas por exceso de velocidad a turistas como Lucy. Lo veía más molesto por verse arrancado de la comodidad del día que interesado en el cadáver.

—Bueno. Ya he avisado. Entiendo que esperáis a otro invitado, ¿no?

—¿Y qué tendrá eso que ver con esta situación? —repliqué.

—Estoy haciendo mi trabajo, ni más ni menos. Estaré en el albergue si me necesitáis, pero espero que los inspectores no tarden en llegar. En función de la nieve y el tráfico.

Echó la vista al cielo moteado con un gesto de duda, y cerró el cobertizo con llave.

—¿Un asesinato? —se quejaba Andy mientras bajábamos por la colina. La muchedumbre se había dispersado, pero seguía habiendo algún que otro curioso por la zona que nos había visto dejar el cadáver en el cobertizo. Me alegré de que no tuviera ventanas,

porque de lo contrario se habrían helado varias frentes—. Es evidente que ha pasado la noche al raso y se ha congelado. Tú ya ni siquiera eres médica, y encima vas y te involucras diciéndole al poli que ha sido un asesinato.

No sabía que Sofía ya no era cirujana. Me pregunté si tendría algo que ver con lo que Aloysia le había susurrado a Andy al oído cuando Sofía levantó la mano ante la petición del agente Crawford. Me pregunté si tendría algo que ver con los cincuenta mil dólares que necesitaba. Miré a Sofía. No sé si Andy pretendía ofenderla, pero a ella le había resbalado. No le había cambiado la expresión. No había nada que delatara lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Y la sangre? —pensé en voz alta, tratando de resolverlo por mi cuenta—. El agente Crawford tenía sangre en las mangas de haber cargado con el cuerpo. Si el tipo murió por haber pasado la noche a la intemperie, ¿cómo iba a estar sangrando? ¿Dices que lo han atacado?

—Tenía la cara ennegrecida de la congelación —arguyó Andy —. ¿Qué cojones le has dicho al poli?

Si nuestra familia tuviera un lema sería: *«Non fueris locutus est scriptor vigilum Cunningham»*, lo que en latín significa: «Los Cunningham no hablan con la policía». Yo no sé latín, y no me avergüenza admitir que lo he buscado en internet. A Andy, en representación de Aloysia, le había ofendido que Sofía hubiera colaborado con el poli. Y ese «en representación» era el cargo habitual de Andy. Se tendría que apellidar «Apoderado».

—La sangre es de la herida del cuello. Lo llevabais por los pies, no os habéis fijado. Y lo de la cara no es por la congelación —respondió Sofía—. Es ceniza.

—¿Ceniza? ¿Carbonilla? —exclamé—. ¿Aquí fuera?

—Tiene la tráquea obstruida y la lengua cubierta. Si lo abriéramos por la mitad, se la veríamos también en los pulmones, estoy segura. No tiene sentido. Si no fuera por el hecho de que no hay ni una sola quemadura en el cuerpo y que está en un campo de nieve que no parece haberse derretido, diría que la causa de la muerte es bastante obvia.

—Ilumínanos.

Andy no estaba nada convencido.
—Ha muerto en un incendio.

Capítulo 8

A lo máximo a lo que aspiro cuando muera es a ser la comidilla de un desayuno. Estábamos rodeados por el gentío (Aloysia debía de haber reservado la sala para la comida del día anterior), y el lugar era un hervidero de conversaciones. Mientras me abría paso a través de los largos bancos de madera, captaba fragmentos inconexos: «¡Duro como un témpano!»; «Yo el año pasado también me quedé atrapado en el búnker del hoyo 8, pero yo tuve más suerte, a ver si va a tener que practicar su swing»; «Me ha parecido oír que ni siquiera se hospeda aquí, ¿no?»; «No voy a permitir que Jason y Holly se muevan de mi lado».

Me uní a la cola, me dejé arrastrar por los expositores de comida caliente y me llené el plato. El beicon estaba intacto, supongo que porque la gente se había enfrentado a su propia mortalidad y evitaba las grasas saturadas. Me cargué de comida, volví con mi familia y me senté junto a Lucy, delante de Sofía. Estaba más cerca de mi madre de lo que me habría gustado, pero me había parecido demasiado descarado dejar un espacio y sentarme al otro lado de Andy y Aloysia. Mientras el resto de las mesas compartían teorías sobre lo que había podido ocurrirle al tipo de la montaña, un momento más que oportuno para que Sofía lanzara su teoría del asesinato, ella estaba extrañamente callada, con la cabeza agachada, empujando la comida más que comiéndosela. Así que tuve que aguantar a Marcelo defendiéndose con delicadeza de la última propuesta de inversión de Lucy, una disparatada estafa con tantísimos niveles que necesitaba un ascensor. Antes solía meterme con ella, hasta que me di cuenta de que estas empresas se aprovechan de las mujeres enarbolando determinados ideales feministas —sobre todo independencia, tanto financiera como empresarial— para fabricar una sensación de

valía. Lucy, con su marido en la cárcel, era el objetivo perfecto para engancharse a ese falso éxito.

Debo reconocerle a Marcelo que estaba soportando la artillería de la emprendedora con paciencia, esperando a que se agotara.

—Me alegro de que disfrutes de formar parte de algo, pero ándate con ojo. Y con ese coche que te han dado. —Marcelo no pudo resistirse a lanzarle solo una pulla—. Me han dicho que el contrato es bastante rígido..., a ver si vas a acabar asumiendo un *leasing* carísimo.

—Sé lo que me hago —rezongó Lucy—. De hecho, lo hemos pagado por adelantado.

Eso lo dijo con orgullo, pero era evidente que Marcelo no la creía. Después de eso, Lucy no volvió a despegar los labios.

Eché un vistazo alrededor de la estancia y vi al agente Crawford sentado solo junto a la ventana, contemplando el pico. ¿Estaría esperando a que llegaran los inspectores de verdad para irse a casa? No lo sé. Estaban encendidas todas las luces del comedor, pero con el cielo de tormenta bien podía parecer noche temprana. Quizá estuviera observando la carretera de acceso, preocupado por acabar atrapado allí. Me di cuenta de que desde su ángulo podía ver la cabaña de mantenimiento; no le quitaba ojo de encima. Me arrepentí por haber dudado de él. Probablemente estuviera dándole vueltas a lo que le había dicho Sofía. Yo también había estado pensando en ello, recordando las huellas y cómo se desbocaban en aquel diminuto cuadrado: una caja invisible. Porque ahora ya sabía que me encontraba ante los últimos movimientos de un hombre que se estaba quemando. Una danza histérica adelante y atrás, sin rumbo, mientras las llamas lo engullían. Y, pese a todo, ni un milímetro de nieve derretida.

—Yo lo que digo —le decía Andy con entusiasmo a Aloysia, interrumpiendo mis pensamientos con el volumen de su voz— es que gracias a los bitcoines ahora sí sabemos qué buscar. Ya no hablamos de doblar o triplicar como con las acciones de toda la vida. Es un punto de inflexión.

Me fijé en que Sofía se sacaba un trocito de papel del bolsillo,

trazaba una X con una floritura y me guiñaba el ojo. Caí en la cuenta de que no había estado pendiente de mi tarjeta del bingo. No podía tachar el discursito de ventas de Lucy porque estaba hablando con Marcelo, no conmigo. Sí podría haber tachado el recuadro de la esquina inferior derecha («Hueso Roto O Muere Alguien»), pero me pareció de mal gusto, o al menos hacerlo en público; estaba decidido a ganar.

Había una pirámide de cruasanes en el centro de la mesa. Andy hizo ademán de coger uno, pero Aloysia le dio un manotazo.

—Me he lavado las manos —protestó.

—Hay cosas que no se pueden limpiar.

Ella envolvió una de las pastas con una servilleta y se la soltó en el plato. Él cogió los cubiertos con un gesto mohíno.

—No te preocupes, llegará antes de la tormenta —le dijo Marcelo a Audrey, pero había tan pocas conversaciones en la mesa que todo el mundo aguzó el oído ante aquella oportunidad. Hasta yo.

—Ah, ¿nos quedamos? —preguntó Lucy.

—¿Tú te crees que vacían el complejo cada vez que alguien se estampa contra un árbol en una pista negra? —Marcelo negó con la cabeza, pragmático—. La gente se muere en la naturaleza. Sin las habilidades y los conocimientos necesarios... Si no respetas la montaña, ¿qué esperas?

Se encogió de hombros con la confianza de quien cree que, si tienes éxito en algo, puedes tenerlo en todo lo demás. Había visto a Marcelo gritarle a un adolescente por la espuma de su café con leche: si no respetaba a un barista, dudaba que pudiera respetar a una montaña.

—No es rembolsable —añadió Aloysia, dándole sorbitos al zumo de naranja. Acto seguido, se giró hacia Sofía, como si fuera la que tenía más números de protestar—. Nos quedamos.

—Y, además, ¿qué sentido tendría irse? —Marcelo concluyó su argumento—. Probablemente ahora seamos mucho más conscientes de los peligros.

Andy y yo nos volvimos hacia Sofía. Yo, por pura curiosidad, por ver si respondía; Andy, más bien retándola. Arañó el plato con

el tenedor, pero no levantó la vista.

—No creo que a Michael le haga ninguna gracia aparcar y ver el complejo hasta los topes de polis que van por ahí preguntando por un fiambre —indicó Lucy.

—No tienen motivos para preguntarle nada —respondió Marcelo—. Anoche estaba a más de doscientos kilómetros de aquí.

—Ya, pero dudo que convenga recordarle...

—Michael ya es mayorcito para decidir por su cuenta. Cuando llegue.

La firme voz de Audrey atravesó la mesa. Tenía esa capacidad tan de madre de zanjar las discusiones. Nos quedábamos. Todos. Era innegociable.

—Y ¿si ha sido el Lengua Negra? —preguntó Sofía al fin. Andy sopló los restos del cruasán por encima de la mesa con un bufido de sorpresa—. Ya sabéis que la principal causa de muerte en un incendio no son las quemaduras, sino la asfixia. El fuego reduce demasiado el oxígeno del aire.

—Estamos desayunando, cielo —la reprendió Marcelo.

—Un pelín exagerada, ¿no?

Andy se atragantó y se dio unos golpes en el pecho para que la pasta le bajara mejor.

—¿Qué es eso del Lengua Negra? —preguntamos Lucy y yo a la vez.

—No habéis estado muy al día de las noticias últimamente, ¿eh? —dijo Andy, imitando un apuñalamiento en el aire a lo *Psicosis*.

—Lo digo en serio —se defendió Sofía—. Andy, ya te he dicho fuera que hay algo raro en...

—A mí no me metas —replicó Andy.

—¿Ern?

—Yo te creo, pero no lo vi bien.

—Yo no me fiaría de Ernest; tiene bastante facilidad para clavártela por la espalda.

—Lucy, en serio. —Sofía estaba suplicándole—. Escúchame. Por lo que he leído, creo que encaja...

—La señorita Necesito Ser una Heroína tiene una teoría, ¿no?

Y ¿se supone que debemos fiarnos de ti? —Aloysia hablaba con tanta inquina que hasta a mí me cogió por sorpresa. Cómo había alargado la palabra «fiarnos»...—. ¿Cuánto tiempo viste el cadáver, uno o dos minutos?

—Lo llevé montaña abajo, hostia. Confiad en mí. Hay algo que no cuadra. Más le vale al agente Crawford que sus colegas lleguen pronto, porque creo que no se da cuenta de lo que tiene entre manos.

En este tipo de libros suele haber dos clases de policías: los que son la última esperanza y los que son el último recurso. Aunque a estas alturas, la última esperanza de Darius Crawford era ser el último recurso. Yo me fiaba menos de él que de los dedos de un fabricante de bombas. Y, por lo visto, Sofía opinaba lo mismo.

—Pero ¿tú te oyes? —Aloysia había pasado ya a mofarse de ella. Era como la cafetería del instituto. Si hubiera tenido un batido de cacao en las manos, tal vez se lo hubiera echado a Sofía por encima—. ¿Estás sobria siquiera?

Andy iba a acabar necesitando una maniobra de Heimlich si seguía atragantándose con el cruasán. Marcelo tomó aire sonoramente, perplejo ante el comentario de Aloysia. A mí no me había sorprendido; Aloysia llevaba sin beber desde el accidente, y cualquier cosa que no fuera la sobriedad más absoluta ya podía ofenderla.

—No he visto que os ofrecierais a ayudar —intervine, al menos para que Sofía viera que había alguien de su parte.

No quería preguntárselo en la mesa, porque solo conseguiría generar una discusión a gran escala, pero sentía curiosidad por saber algo más de ese Lengua Negra.

Aloysia se dirigió a Sofía a través de mí.

—Porque di por supuesto que pedía médicos de verdad, no personas suspendidas.

Ojo, no hacía ni media hora, mientras observábamos el cuerpo, que me había enterado de que habían suspendido a Sofía de empleo y sueldo, así que todavía estaba intentando asimilarlo. Pero Aloysia la estaba acusando. Debía de ser la misma acusación que le había susurrado a Andy en medio de la muchedumbre.

Sofía se ruborizó. Se puso en pie y, durante un instante, pensé que saltaría por encima de la mesa y al agente Crawford se le complicaría aún más el día, pero se limitó a doblar la servilleta, lanzarla a su plato y, antes de irse, soltar con mordacidad:

—Sigo estando colegiada.

—¿De verdad era necesario? —le espeté a Aloysia cuando Sofía ya no podía oírnos.

—Me sorprende que no te lo contara. Pensaba que últimamente erais uña y carne. Qué raro.

—¿Qué me tendría que haber contado?

—Que la han denunciado. —Aloysia esbozó una media sonrisa, y yo solo podía pensar en el «puede que cincuenta»—. La familia de una persona que se le quedó en la mesa.

Andy dejó escapar un gluglú a sus espaldas. Por fin reconocí esa bilis en las palabras de Aloysia al acusar a Sofía de ser una borracha. Pensé en las seis latas de cerveza enterradas delante de mi puerta. Le gustaba beber, claro, pero no sabía que le costara controlarse. ¿Habría metido la pata? ¿Por qué no me lo había contado?

Centré la atención en Marcelo.

—Si la han denunciado, ¿vas a defenderla?

Miró a Aloysia como suplicándole ayuda, pero no encontró más que una mirada fría como el hielo. Negó con la cabeza y respondió escuetamente:

—Es problema suyo.

Aquello me pareció muy poco típico de él; siempre había creído que Sofía era su princesita.

—¿Defendiste a Michael por una acusación de asesinato y no vas a defender a tu hija?

—Michael ha cumplido su condena —intervino Lucy—. Y no gracias a ti.

—¿Todavía piensas defenderlo? —le escupí.

Se lo dije con más dureza de la que pretendía, porque, a pesar de que estaba empezando a cabrearme, no estaba enfadado con Lucy. Ella y yo deberíamos haber estado unidos como mínimo en esto, pero claramente había decidido esconder la cabeza en la

arena y redirigir su furia hacia un cabeza de turco (yo), en lugar de enfrentarse al verdadero sufrimiento por la disolución de su matrimonio.

Audrey se dispuso a poner en práctica esa costumbre tan suya de levantarse de la mesa para hacernos callar. Todo el mundo comenzó a marcharse. Pero yo no había terminado. Estaba que echaba humo. Crawford contemplaba con curiosidad a nuestra familia; debíamos de haber estado hablando mucho más alto de lo que me había parecido. Me pregunté si se habría enterado de que éramos los Cunningham (es decir, sospechosos automáticos). Sabía que estábamos esperando a Michael, conque sí que debía de estar al tanto.

—No me puedo creer que vaya a ser yo quien lo diga, pero ¿en serio vamos a irnos por las malas de todas las comidas? ¿No podemos estar juntos ni un minuto? Estamos en una reunión. ¿No deberíamos empezar a, yo qué sé, reunirnos o algo por el estilo?

No sé por qué dije eso. Tal vez ver al tipo muerto me había afectado al fin y al cabo, y en la marcha de Sofía había identificado el ostracismo que yo mismo había sentido durante los últimos tres años. Quizá hubiera decidido por quién sería capaz de abandonarlo. Quizá me hubiera pasado con el beicon.

Si un hombre en llamas no podía derretir la nieve, la ira de mi madre, cuando se dirigió a mí por primera vez ese fin de semana, no habría tenido ningún problema para conseguirlo.

—La reunión comenzará cuando llegue mi hijo.

Mi esposa

Capítulo 9

No tengo nada que decir al respecto.

Mi padre

Capítulo 10

Supongo que ha llegado el momento de contarte cómo murió mi padre.

Yo tenía seis años. Lo vimos en las noticias antes de que nos llamaran de la comisaría para informarnos. En las pelis siempre se presentan en la puerta y se oye un golpe apagado (ya sabes cuál), y entiendes al instante el tipo de malas noticias que te esperan tras la puerta antes de que la abras, y los policías no llevan puestas las gorras. Sé que es una idiotez, pero me acuerdo del momento en que sonó el teléfono y yo pensé que el tono era casi solemne. Era el mismo timbre que había oído miles de veces, pero ese día me pareció un milisegundo más lento, un decibelio más alto.

Mi padre siempre pasaba las noches fuera; era una imposición de la zona. Guardo recuerdos entrañables de él, y lo digo de corazón, pero lo que más veo cuando pienso en mi padre son los espacios que dejaba vacíos. Era más fácil saber dónde había estado que ver dónde estaba. El sillón vacío del salón. El plato del horno. Los restos de barba en el lavamanos del baño. Tres huecos vacíos en el pack de cervezas de la nevera. Mi padre era huellas, residuos.

Cuando sonó el teléfono, yo estaba sentado a la mesa de la cocina. Mis hermanos se encontraban en el piso de arriba.

Sí, he dicho «hermanos». Todo a su debido tiempo.

El televisor seguía encendido, pero hacía un rato que mi madre le había quitado el volumen porque, según ella, ya no se veía capaz de seguir oyendo al reportero. Había un helicóptero apuntando el foco hacia una gasolinera; por lo visto, un coche patrulla se había estampado contra el enorme congelador del hielo y había bolsas reventadas encima del arrugado capó, pero yo seguía sin entender que algo no iba bien. Mi madre debía de haber tenido un pálpito, porque, a pesar de fingir desinterés, me fijé en

que no dejaba de mirar de reojo la pantalla. Y no dejaba de invadir mi visión de la pantalla de forma estratégica porque claramente no podía posponer más lo de rebuscar en ese armario en concreto, o porque era el momento ideal para arrancarle el barniz al banco a base de frotarlo. Y luego llegó la llamada. El teléfono estaba montado en la pared, junto a la puerta. Ella lo cogió. Me acuerdo del golpe seco que produjo la cabeza de mi madre en el marco de la puerta. Y de ella susurrando: «La madre que te parió, Robert». Sabía que no estaba hablando con él.

De hecho, no tengo del todo claro cómo ocurrió. Si te soy sincero, es algo en lo que nunca he querido hurgar, pero he conseguido ir atando cabos a lo largo de los años a partir de las noticias, los apartes de mi madre y los recuerdos del funeral, así que eso será lo que te contaré. En mi versión de los acontecimientos hay, como ya te imaginarás, varias conjeturas, mezcladas con otras cosas de las que estoy bastante seguro y otras que tengo totalmente claras.

Empecemos con las conjeturas. Conjeturo que en la gasolinera tenían un botón de alarma silenciosa de esos. Conjeturo que el cajero tenía una pistola en la sien, pero consiguió arrastrar sus temblorosos dedos a lo largo de la parte inferior del mostrador hasta dar con el botón. Conjeturo que el botón envió un mensaje a la comisaría, y esta lo retransmitió al coche patrulla más cercano.

Ahora las cosas de las que estoy bastante seguro. Estoy bastante seguro de que el tiroteo comenzó antes de que el coche patrulla se detuviera. Estoy bastante seguro de que morir de un tiro en el cuello es una forma lenta y dolorosa de morir; he oído que es como ahogarse. Estoy bastante seguro de que el conductor recibió el primer tiro. Y estoy bastante seguro de que la bala en el cuello fue lo que provocó que se empotrara en el congelador.

Y esto es lo que tengo totalmente claro. Que el policía que iba en el asiento del copiloto se bajó del coche, entró en la gasolinera y disparó a mi padre tres veces.

Lo tengo claro porque fue el mismo agente que se acercó a mi madre en el funeral de Estado con una señora porción de pastel.

—Le diré dónde le disparé —le soltó, antes de pasarle un

dedo lleno de crema por la barriga y gruñir—: Aquí. —Le trazó una espiral pegajosa en la cadera—. Aquí. —Y, con el resto del pastel, le embadurnó el centro del pecho—. Y aquí.

Mi madre ni se inmutó, pero me acuerdo de que soltó una exhalación largamente contenida por la nariz cuando el policía volvió al círculo de amigotes, que le dieron unas palmadas en la espalda.

Me temo que este es uno de los trucos que usamos los escritores. El funeral de Estado al que asistí de crío no era el de mi padre, sino el del hombre al que mató. Mi madre me dijo que debíamos ir porque era lo correcto. Me dijo que habría cámaras de televisión, y que hablarían de nosotros si íbamos, pero aún hablarían más si no nos presentábamos. Y allí fue donde aprendí lo que era ser un apestado. Ya no era el mismo. Y no solo en el funeral, sino también en la escuela. Y más adelante, cuando le tuve que hablar de mi infancia a una chica con la que salía. Y cuando no le hablé de mi infancia a otra chica pero me buscó en Google de todos modos. (Erin, con sus propios traumas provocados por un padre violento, había sido la primera que me comprendió en este sentido.) Hubo una vez en que un inspector de Queensland se tragó diez horas de coche hasta Sídney solo para acusar a un Cunningham de una agresión sin resolver mientras estaba de servicio. Yo tenía dieciséis años en ese momento, y jamás había salido del estado. Me imagino el largo viaje de vuelta al norte que se pegó el tipo, soportando tanto la humillación de haber descubierto que su principal sospechoso era un adolescente sin carné de conducir como de haber aguantado que Marcelo le espetara que se metiera su análisis capilar no concluyente donde le cupiera. A lo que voy: nuestro apellido aparece en las listas, incluso a partir de algo tan poco fiable como una coincidencia capilar (que por algo no se permite en los tribunales desde los noventa), y es posible que hasta esté subrayado. Como cuando el inspector McMuffin me retuvo en una sala de interrogatorios un par de décadas más tarde y no se creyó ni una sola palabra de lo que le dije. Había dejado de ser Ernest Cunningham. Era «su hijo». Mi madre, «su viuda». El apellido de la familia era un tatuaje

invisible: éramos la familia de un asesino de policías.

Mi madre se convirtió en la ley. No respetaba a la policía, así que nosotros tampoco. Creo que al principio solo se fijó en Marcelo porque defendía a delincuentes de pacotilla como mi padre: no se aproximaba a la ley desde el respeto, sino a través de vacíos legales y triquiñuelas. El derecho corporativo no es más que la evolución de las trampas de toda la vida: los criminales son los mismos, solo que conducen coches más caros. Incluso hoy día, la sombra de mi padre es alargada, y si el tipo que se había encontrado con el hombre de rostro ceniciento hubiera sido un poli de ciudad y no ese último recurso, sé que todos habríamos acabado esposados. Sospechosos principales.

Ahora ya sabes cómo murió mi padre. Iba hasta las cejas de algo (encontraron una jeringuilla junto al cuerpo) e intentó asaltar una gasolinera para sacarse unos pocos cientos de dólares. Sé que soy un capullo por haberte colado esta historia en el capítulo 10. Pero la he colocado aquí porque pronto será importante. Y me ha parecido oportuno que supieras cómo aprendimos lo que significaba ser un Cunningham: cerrarnos en banda y protegernos entre nosotros. Esa era la puerta que Sofía había sentido que se le cerraba en la mesa del desayuno. Ni siquiera yo, un marginado de manual, había sido capaz de defenderla más que a medias, tratando de mantener siempre un pie dentro del círculo. Porque así se hacían las cosas en la familia. Hasta que vi un atisbo de mi padre en los ojos de Michael aquella noche en el claro de las telarañas, e intenté huir lo más lejos que pude.

«Non fueris locutus...» Ya no me acuerdo de cómo sigue.

Capítulo 11

Para llegar a la azotea había que subir media docena de tramos de escalones quejumbrosos y de moquetas raídas. Echaba un vistazo a los pasillos cuando pasábamos por cada planta; por lo visto, había ocho habitaciones por piso. Tenía varias razones para hacer esos cálculos. Uno: quería estimar la cantidad de huéspedes. Deduje que debía de haber unas cuarenta habitaciones, con un par vacías, así que entre sesenta y ochenta personas. Dos: quería ver si el agente Crawford estaba llamando a las puertas. Lo había visto algo aprensivo con el cuerpo, y estaba bastante convencido de que aquella era su primera investigación por asesinato, pero, a pesar de todo, seguía creyéndolo capaz de llevar a cabo una línea de investigación rudimentaria. Un cadáver requería al menos una pizca de urgencia, o eso creía yo, pero él parecía decidido a no apresurarse. Teniendo en cuenta que el ambiente del comedor había sido más enérgico y chismoso que lúgubre, yo seguía preguntándome si habría alguien que conociera al fiambre, o si le importaba. Tres: siempre he tenido por costumbre tratar de cotillear en las habitaciones de hotel que están limpiando, solo porque me gusta ver lo que hay dentro. Solía volver a las habitaciones de hotel y le contaba a Erin que la de enfrente tenía las camas en el lado opuesto del dormitorio, el televisor montado en la pared o las cortinas de un color distinto al de las nuestras. Te puede parecer una birria de información (venga, editora, elimina esta parte, a ver si te atreves), pero ¿acaso has pasado alguna vez por delante de la puerta abierta de una habitación de hotel y no has mirado dentro? Es imposible.

Ahora que lo pienso, eso fue lo que más me mosqueó del ambiente del desayuno. Era como si todo el mundo estuviera pasando por delante de una puerta sin mirar dentro.

Tal vez esto nos hable de la curiosidad innata del ser humano. Yo soy el que se sentó en el coche de su hermano con un cadáver en la parte de atrás solo para comprobar qué se le ocurría hacer al respecto. Soy el que estaba subiendo a la azotea para tener cobertura y buscar en internet «el Lengua Negra». Soy el que estaba a punto de mirar a través de demasiadas puertas. Puede que, al fin y al cabo, sea algo importante.

Unas placas diminutas en cada una de las plantas indicaban mediante flechas los intervalos de habitaciones y servicios. El Comedor y el Bar estaban en la planta baja, así como la Sala de Secado (las estancias importantes siempre son nombres propios en las novelas negras), mientras que en el resto de las plantas se repartían la Lavandería, una Biblioteca (donde supuse que estaría la chimenea del folleto, a la que culpo de haberme metido en aquel embrollo para empezar, así que decidí que ya podía ofrecerme un ambiente de cuento, con una calidez y un crepitar que compensaran mi situación actual), un Gimnasio y una Sala de Actividades, con las palabras «Billar/Dardos» al lado. Me recordé que debía centrarme menos en el fiambre y tratar de disfrutar de lo que aquel viaje tenía de vacaciones, por poco relajante que hubiera sido hasta el momento. Aunque dudara de que Michael y yo fuéramos capaces de echarnos una partida de billar, estaba convencido de que encontraríamos algo fraternal que hacer juntos. Quizá le apeteciera lanzarme unos cuantos dardos.

A medida que ascendía por la escalera, la flechita que había junto a «Azotea» dejó de apuntar hacia arriba para apuntar a un lado, y vi un carrito de mantenimiento en el pasillo anexo. Bingo. Eché un vistazo en el interior: habitación doble con una nevera de mierda.

Había una mujer en la azotea, fumándose el cigarrillo de después del desayuno. Sabía que no era Sofía antes de que se girara, porque ella es una fumadora perezosa; es capaz de dejar que un cigarro se consuma hasta quemarle las yemas de los dedos si se despista, para luego soltar un «¡oh!» y encenderse otro. Lucy fuma como si le estuviera chupando la gasolina a un coche, y así fue como la identifiqué: por las exhalaciones breves y

desesperadas.

El frío era criminal. Hundí las manos en los bolsillos, junto a los botecitos de champú que había sustraído del carrito de mantenimiento (también soy de esos), y me acerqué a ella.

—Un segundo —me dijo, y le succionó el alma al cigarrillo.

Tenía una amiga en la universidad que solía masticar un chicle, pegarlo en el cabecero por la noche y seguir masticándolo por la mañana. Así trataba Lucy los cigarrillos: los aprovechaba al máximo. Saltaba a la vista que se estaba convenciendo a sí misma de que sería el último. También se notaba que realmente se lo creía, que es lo que debe de pensar siempre. Esa vez estuvo a punto de acertar. Solo se fumó otro más.

—Internet —dije, y saqué el móvil para justificarme (batería: 54 %).

Había tenido que subir a la azotea para conseguir una barra de cobertura, y aun así fallaba más que una escopeta de feria. Y sí, obviamente que soy consciente de que esto es algo harto habitual en este tipo de libros. Y que no te queda otra que resignarte. Y sé que se avecinaba una tormenta. Y sé que he pasado por encima del hecho de que hay una puñetera biblioteca con chimenea en el albergue (que es donde resolveré este puñetero asunto). A estas alturas, se trata casi de una guía sobre cómo escribir una novela negra. Si te sirve de consuelo, nadie se queda sin batería en el móvil hasta el capítulo 33. Total, que sí: lo de la cobertura y la batería es un cliché. Qué quieres que te diga, estamos en las montañas. ¿Qué esperabas?

—Siento lo de antes —me disculpé. Al estar hombro con hombro, hablaba hacia fuera, lanzando mi disculpa a la inmensidad de la montaña. Es la única forma que tenemos los hombres de mostrar humildad: fingir que nos encontramos en un urinario—. Aún estoy procesándolo todo, pero no debería haberte hablado así. Pensaba que, bueno, al menos hoy podríamos apoyarnos mutuamente. Por experiencias compartidas.

—¿Qué te parece si tú te preocupas de arreglar tu matrimonio y yo me preocupo del mío?

Mucha bravuconería para una persona que se aferraba a la

nicotina en busca de coraje. Pero no estaba dispuesto a empezar otra discusión, así que dije:

—*Touché.*

Permanecimos en silencio, contemplando las montañas. Un telesilla distante emitía un tenue sonido mecánico. Era todavía demasiado pronto como para que la gente ya se estuviera poniendo las botas, pero supuse que los más ávidos llevarían horas en pie, en busca de la nieve más fresca. Veía las carreteras que serpenteaban entre los árboles como venas, el río que partía en dos la llanura blanca que teníamos bajo nuestros pies y, montaña abajo, la zona donde el blanco dejaba paso a un marrón moteado. El viento aullaba en la azotea y sacudía los parasoles que sobresalían del centro de una hilera de mesas de madera. Andy tenía razón: había tres cuadrados de hierba artificial con hoyos de golf en uno de los lados de la azotea. En la esquina más alejada, habían construido un spa detrás de una valla de aluminio, con la cubierta a medio abrir y una nube de vapor flotando por encima del agua.

No pude evitar desviar la mirada hacia el lugar donde habían encontrado el cuerpo. No estaba cerca de nada: ni de la pista de esquí más próxima del complejo, ni de la cresta, el límite forestal de la montaña o la entrada de la carretera. Desde aquella altura, tenía la perspectiva necesaria como para formarme una opinión. Era imposible que el tipo se hubiera tambaleado hasta donde lo encontraron tumbado a menos que ya estuviera en Sky Lodge; se hallaba demasiado lejos.

—Tú lo viste bien —me sorprendió Lucy.

Se había dado cuenta de que tenía los ojos clavados en aquella porción concreta de nieve. Al fin la miré en condiciones. Llevaba un pintalabios rosa intenso y perfilador en los ojos. Es evidente que buscaba un *look* más bien sensual, pero estaba tan pálida del frío que cualquier toque de color parecía sobresalirse del rostro y la hacía parecer un dibujo animado. Se había puesto un modelo inmaculado: un jersey de cuello alto amarillo que le quedaba muy ceñido al cuerpo para ser ropa de nieve.

—Cuando el poli os ha pedido que Andy y tú cargarais con el cuerpo, a los demás no nos ha permitido acercarnos. Pero tú lo has

visto, ¿no?

Carraspeé.

—Sí, supongo. También te digo que, si fuera Halloween, yo sería el culo del asno.

—¿Eh?

—Lo llevaba por los pies.

—Y ¿qué? —me preguntó expectante—. ¿Se parecía a Michael?

—Lucy, por favor. —Entendía parte de la desesperación que transmitía su voz. Probablemente le hubiera estado dando vueltas durante el desayuno, porque de lo contrario las conversaciones familiares habrían sido mucho más sombrías, pero, a pesar de todo, nadie se lo había dicho directamente—. No era Michael.

—¿No se parecía nada a él?

—No era él, punto. Y yo soy seguramente el único aquí que se parece a él, y diría que sigo... —Me toqué el cuerpo cómicamente para comprobar si seguía vivo—. Sí, aún respiro. Mira, Sofía nos ha asustado. ¿Te parece que investiguemos un poco a qué se refería?

Levanté el móvil. Lucy era la única otra persona de la mesa del desayuno que no conocía al Lengua Negra. Negó con la cabeza.

—Ya lo he buscado. Hace un tiempo, pero se ve que fue un bombazo en aquel entonces, tuvo mucha repercusión en la prensa, y por supuesto que no les quedó otra que inventarse un nombre pegadizo para el asesino. Alguien mató a una pareja de ancianos en Brisbane. Y a una mujer en Sídney.

Me di cuenta de que no me sonaba de nada. Llevaba un par de años sin apenas estómago para las noticias más cruentas, desde que había formado parte de una.

—¿Cómo se llamaban? —pregunté.

—Ah. —Deslizó el dedo por la pantalla del móvil, leyendo en diagonal un artículo—. Alison Humphreys y... no sé qué. Aquí. La pareja era Williams, Mark y Janine.

—¿Sofía dijo que los habían asfixiado? ¿Los... torturaron?

—Es una forma lenta de morir. Yo probablemente preferiría... —Hizo una pistola con los dedos y se la llevó a la sien—. En vez de soportar eso. A la gente le preocupa que pueda ser un asesino o

una asesina en serie. Solo ha habido dos asesinatos. Bueno, había una pareja, pero ¿eso cuenta como uno o dos? O sea, es obvio que son dos víctimas, pero si hablamos de lo que convierte a un asesino en uno en serie, ¿cuáles son las directrices?

—No es mi especialidad.

—¿No escribes esas cosas?

—Escribo sobre cómo se escriben esas cosas.

—A lo mejor es por la teatralidad. Puede que un par de asesinatos espectaculares valga más que una ristra de otros algo más mundanos. Al menos para un periódico, vaya.

Antes de que pudiera preguntarle si un tipo que se había quemado vivo en un campo de nieve sin derretir contaba como asesinato espectacular o no, prosiguió:

—Sofía está como una regadera. No me creo que haya un asesino en serie oculto en este retiro. Solo quería saber si habías reconocido el cuerpo, quizá de la comida de ayer, o cuando estuviste con Andy en el bar, o de haberlo visto por aquí.

Me sonó a excusa precipitada.

—¿Por qué quieres saber quién era?

—Porque parece que nadie tiene ni idea y me da mucho repelús. Y tampoco parece que falte nadie.

—Seguro que tienen un registro de huéspedes. Quizá se hospedaba solo.

—Se ve que no falta ninguna persona de la que se tenga constancia.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Hablo con la gente. Con la propietaria. Deberías probarlo de vez en cuando.

—No lo reconocí —confesé.

Sé que soy el narrador, pero me resultó interesante no ser el único que estuviera hurgando en aquella muerte. Las novelas de crímenes siempre analizan los motivos de una lista de sospechosos, pero solo desde la perspectiva del inspirado detective. ¿Soy realmente yo esa persona solo porque sea mi voz la que escuches? Supongo que esta historia sería distinta si la escribiera otra persona. Quizá, al fin y al cabo, yo solo sea Watson.

En definitiva, ¿qué era lo que le llamaba tanto la atención a Lucy como para estar conmigo allí arriba, rascando el poco internet que teníamos en busca de pistas? Percibí un ligerísimo destello de decepción por el gesto que hizo con la mandíbula, y se me ocurrió algo.

—Estás investigando porque quieres deshacerte de Crawford —le dije—. Sabes que, cuanto más tarde en identificar al autor, más policías enviarán. Y si Michael está de los nervios, arruinará el plan que tengas para el fin de semana.

—No puedo permitirme ninguna distracción —susurró. No me vi con valor de decirle que, si esa era su intención, el pintalabios fluorescente no era lo más adecuado—. Michael se merece recuperar a su familia. Esta es mi última oportunidad para conseguirlo.

Me di cuenta de que había otra razón para que estuviera en la azotea. Iba en busca de esa esquiva barra de cobertura. Esperando que le llegara un mensaje.

—¿Has hablado con él? —le pregunté.

—No.

—¿Con ella?

Lucy se rio.

—Me da que ha borrado mi número. Soy la ex. Y ¿tú?

—Tampoco lo esperaba.

—Supongo que estamos en el mismo bando.

Suspiró.

—¿Te preocupa reunirte con él?

—Sé que habrá cambiado. Pero lo que me asusta es cuánto. Anoche no fui capaz de dormir. No dejaba de soñar con que ni siquiera me recordaría. No paro de pensar en cuánto quedará del Michael que conocía, si es que queda algo. Me asusta que no haya nada.

No le dije que mi temor era justo lo contrario: que no hubiera cambiado en absoluto. En ese momento, caí en la cuenta de que Lucy jamás me había preguntado por el dinero. No debía de saberlo. Cuántas cosas se ocultan en un matrimonio, pensé.

Volvió a sorprenderme al alargar la mano. Yo se la estreché:

era una tregua. Le temblaba tanto que tuve que agarrarla por el codo para que no se le moviera.

—No deberías haberle hecho lo que le hiciste —masculló antes de soltármela, tan para sus adentros que estuvo a punto de pasarme por alto. Abrí la boca para discutírselo, pero ella levantó una mano—. No digo que sea tu culpa. No soy tan obtusa. Pero nada de esto habría pasado si no hubieras tomado aquella decisión. Quizá habría acabado en la cárcel, pero todo habría sido distinto. Y te detesto por eso. —No estaba enfadada, sino tranquila, serena, y por eso supe que era verdad—. Solo quería decírtelo a la cara. Al menos una vez.

Asentí. Yo ya tenía la sensación de que quería soltármelo en algún momento, solo una vez, igual que le gustaba fumarse solo un cigarrillo más, pero la entendí. Me había pasado veinticuatro horas sin apenas pensar en otra cosa. No la culpaba.

Un rugido resonó por la azotea, el retumbar del motor de un coche forcejeando con el terreno, empujado por el viento y arrastrado hasta nosotros. Eché un vistazo a la carretera de entrada y vi un par de faros emerger de entre los árboles. Pero no era un coche, sino un camión de un tamaño mediano. Como el que alquilarías para una mudanza. Era un vehículo cómicamente inútil en aquellas condiciones, y comenzó a rebotar colina abajo. Estaba a cinco o diez minutos del albergue.

—Vamos allá —dije.

Lucy tomó aire con calma y rebuscó con nerviosismo el que sería su último cigarrillo.

Capítulo 12

El corro que se formó en el aparcamiento, colina arriba desde la entrada del albergue, no era tan distinto al que se había formado el día anterior en la montaña: era el mismo semicírculo perezoso, con la diferencia de que en lugar de pelearnos por ver de cerca un cadáver, todos habíamos acudido a ver a un resucitado.

Lucy no era la única que se preguntaba cuánto habría cambiado Michael: nadie había ido a la prisión a visitarlo. No debería sorprenderte que mi invitación se perdiera en el correo, pero, ya fuera por vergüenza o por arrepentimiento, Michael no quería visitas de nadie. Había decidido tratar la cárcel como un capullo donde ocultarse. Había estado en contacto con algunos miembros de la familia, pero nunca en persona. Llamadas de teléfono. Correos electrónicos. No tengo claro si enviar los papeles del divorcio por correo cuenta como carta; en ese caso, también escribió algunas cartas. Pero el contacto era escaso. Por eso su llegada era tan trascendental.

Se oyó el crujido del freno de mano, seguido del sonido del motor apagándose, el suspiro del camión sobre la suspensión y el sutil silbido del viento de la montaña. El estallido de un trueno le habría venido de perlas al ambiente, pero te he prometido que no te mentiría. Me fijé en que el camión de Michael tenía las cadenas de las ruedas puestas a la perfección.

Lucy se arregló el pelo y se comprobó el aliento en la palma de la mano. Mi madre se cruzó de brazos.

La puerta del asiento del copiloto se abrió y Michael se bajó del coche.

Es posible que algunas personas hayáis descubierto algo, pero voy a dejarlo reposar.

Después de tres años y pico, debo admitir que esperaba una

versión de mi hermano rollo isla desierta: pelo áspero sobre los hombros, una barba desaliñada y unos ojos pequeños e inquietos: «Así que esto es la civilización». En cambio, nos encontramos con todo lo contrario. Tenía el pelo más largo, sí, pero ondulado, denso y vivo. Quizá incluso se lo hubiera teñido. Debía de haber tenido tiempo para arreglarse, puesto que iba bien afeitado. Y, a pesar de que esperaba distinguir algunas arrugas nuevas provocadas por las vicisitudes en alguna parte de su frente, tenía la piel suave, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Tal vez fuera por el frío, o tal vez la cárcel, ese refugio contra los elementos, fuese un régimen de cuidados de la piel muy infravalorado, pero habría apostado cualquier cosa a que se lo veía más joven que cuando lo habían condenado. La última vez que lo vi estaba en el banquillo de los acusados, encorvado, con un traje parecido a una camisa de fuerza. Pero allí lo vi renovado. Resucitado.

Con un anorak negro North Face encima de una camisa abotonada hasta arriba, parecía alguien que hubiera pagado para escalar el Everest. Tomó una buena bocanada del aire de la montaña, lo saboreó y dejó escapar un grito salvaje que resonó por todo el valle.

—Qué pasada —dijo—. Aloysia, has acertado con el sitio.

Negó con la cabeza, exagerando la incredulidad de encontrarse ante un lugar tan bello, o puede que fuera un sentimiento genuino, vete a saber. Acto seguido, se fue directo hacia mi madre. Supongo que ahora debería referirme ya a ella como «nuestra madre». O puede que tenga que limitarme a llamarla «su madre» y yo seguir con el «Audrey».

Michael se inclinó para darle un abrazo y le susurró algo al oído. Ella lo agarró por los dos hombros y lo sacudió, como para comprobar si era real. Michael soltó una carcajada y le dijo algo que yo solo percibí como un murmullo, antes de volverse hacia Marcelo, quien le dio un firme apretón de manos y un golpecito paternal en el brazo.

Michael fue recorriendo el semicírculo. Aloysia recibió un abrazo y un beso al aire. Andy, un apretón de manos, mientras le decía:

—Menudo camión.

Y le comentó que esperaba que tuviera la potencia necesaria para remontar la colina, con eso tan propio de los hombres incómodos que creen que lo mejor es hablar de coches. A mí el estómago se me revolvía más y más con cada persona que Michael saludaba a lo largo de la cola. Alineados como estábamos, era casi como recibir a la reina. Notaba palpitaciones en la garganta. Me peleé con el cuello de la ropa; demasiadas capas. Me preocupaba haber derretido la nieve y haber menguado para cuando llegara al final de la cola. Sofía lo rodeó con un solo brazo, como si la hubieran emparejado a regañadientes para el baile del instituto, acompañado de un indiferente: «Bienvenido, Mike». Eso me llamó la atención: mi hermano ha tenido muchos nombres en su vida (Mickey, Cunners, Ham, el Acusado), pero nadie lo llama Mike. Cuando llegó a Lucy, ella ya se había quitado la mitad del pintalabios a mordiscos y se lanzó a sus brazos como si se le hubiera roto un tacón. Hundió la cabeza en el cuello de él y le susurró algo. Yo fui el único que estaba lo bastante cerca como para oír la respuesta de Michael.

—Aquí no.

Ella se recompuso, dio un paso atrás y empezó a respirar por la nariz con movimientos breves y agitados para aparentar calma. Sofía le puso una mano en la espalda. Poco después, Michael llegó al final de la cola y se plantó frente a mí.

—Ern.

Alargó una mano. Tenía los dedos sucios de haber estado en la cárcel, y mugre debajo de las uñas. Su sonrisa era convincentemente cálida. No sabría decir si se alegraba de verme o es que había sobresalido en el grupo de teatro *amateur* de la prisión.

Le estreché la mano y balbucí un «bienvenido a casa», aunque tampoco tuviera claro si se sentiría así.

—Fijo que Aloysia tiene un montón de actividades planeadas, pero espero que podamos encontrar un ratito para tomarnos una cerveza —me dijo. Deduje que me estaba preguntando por el dinero, pero no cuadraba con el tono. Era consciente de que Sofía

nos estaba observando, intentando leernos los labios, y sospeché que había decidido consolar a Lucy para poder estar un poco más cerca de nuestra conversación—. Tengo que decirte unas cuantas cosas, creo que te las debo. Espero que aceptes la oferta.

Si les das una pátina distinta a esas palabras (ese «te debo», las cosas que me tenía que decir), pueden convertirse en una amenaza, pero me hablaba con… humildad. Es la única palabra que se me ocurre para describirlo. El rencuentro no se parecía en nada a lo que me había imaginado. Me estaba costando reconciliar al hombre que tenía delante con el hombre que me había construido en la cabeza, ese personaje lleno de rabia, dolor y ansias de venganza. Pensé que tal vez no fuera más que una fachada, y que se le caería la careta en cuanto estuviéramos solos, pero no me pareció un truco. Llámalo amor fraternal. Llámalo sangre. Yo había llevado una bolsa de dinero con la esperanza de que me permitiera explicarme. Él venía con un estrechón de manos, una sonrisa y la misma esperanza que yo.

Yo asentía con la misma velocidad a la que Lucy respiraba. Conseguí pescar un «sí» de algún lugar entre el culo y la lengua.

Ahí fue cuando se abrió la puerta del conductor del camión. Esta es la parte que la mayoría de las personas que estáis leyendo esto habréis deducido al ver que Michael salía del asiento del copiloto.

—Menudo viajecito —rezongó Erin, estirándose—. ¿Cómo está el café de aquí?

Capítulo 13

Vale que esta revelación no ha sido tan gorda como para justificar un salto de capítulo. Todos sabíamos quién iba en el asiento del conductor, era más que obvio: Lucy ya estaba allí, y Aloysia no habría dejado algo tan importante como ir a buscar a Michael en manos de la improvisación. No fue ninguna sorpresa ver a Erin, ni tampoco verla con Michael.

Antes de que me acuses de haber alargado en exceso el momento en que Erin ha salido del camión, permíteme que lo achaque simplemente a su sentido innato del suspense o, lo que es más probable, a que no quería que la llegada de Michael fuera aún más incómoda, y por eso se había quedado en el camión hasta que él terminara con la ronda real de saludos.

Me enteré seis meses después de que Michael entrara en prisión. Creo que fui el primero, y luego fue extendiéndose por el resto de la familia. Aunque siempre me he imaginado a Lucy descubriéndolo a la vez que yo: con su camisón, abriendo con entusiasmo un sobre amarillo grande, consciente de que era correo de la cárcel porque lo habían abierto, vaciado y vuelto a cerrar con cinta, igual que cuando mi mujer me dijo en un desayuno por lo demás anodino que estaba «planeando pasar más tiempo» con mi hermano Michael.

Vale, eso sí que lo he estirado.

Si te extrañan las palabras que he elegido, la mayoría de mis desayunos son anodinos; nunca me ha parecido que una comida en la que hay tanta leche involucrada pueda ser algo dramático. Solo he tenido tres desayunos significativos en mi vida. Tú ya conoces dos. En el otro, el protagonista es el esperma: tenemos que conocernos un poquito mejor antes de llegar a eso.

La gente acusa a los matrimonios de haber perdido la chispa.

Como si tuvieran una descarga supernatural de energía que pudiera maltratarse y desubicarse. Y es posible que pueda defenderse que, si mi esposa fue capaz de cultivar una relación con mi hermano convicto solo por teléfono y correo electrónico (porque no se le permitían las visitas) sin que yo me enterara, nuestro matrimonio ya estuviera acabado. Y no quiero que parezca que la pinto como a la mala, porque no lo es y la relación estaba... acabada, sin más. La noche que Michael me visitó con el cadáver en la parte trasera del coche, ya dormíamos en habitaciones separadas. De lo contrario, habría visto el dinero cuando lo lancé a la cama. Pero el problema no era la chispa, sino el mechero, el pedernal, las cerillas. Y no los habíamos perdido; nos los habían quitado. El problema no era que hubiéramos perdido la chispa, sino que ya no teníamos las herramientas para avivarla.

—No quiero que sea incómodo —masculló en aquel desayuno.

Le iba dando vueltas a la alianza mientras lo decía, algo que me tomé menos como la metáfora de un matrimonio al borde del colapso que como el peso que había perdido. Los pómulos y caderas de una persona indican altibajos a corto plazo, pero cuando lo ves en las manos... Sabía que los dos estábamos adelgazando, pero hasta entonces le había tenido que quitar la alianza como si estuviera arrancando una motosierra. Ver lo suelta que la tenía me hizo darme cuenta de lo que le estaba haciendo. Pero no me malinterpretes, nuestra relación no era cruel: nada de concursos de gritos ni platos volando por los aires. Sin embargo, habíamos llegado al punto en que el mero hecho de estar juntos ya nos perjudicaba. Tal vez si no le hubiera estado dando vueltas al anillo yo habría dicho otra cosa, pero la realidad era esa y no otra.

—Puedes hacer lo que te dé la gana —le dije.

Me dirigió una de esas sonrisas que hacen que te brillen los ojos y que indican que en realidad no estás sonriendo, y me pidió que no se lo contara todavía a Lucy.

No sentí la necesidad de preguntarle nada más. El desayuno no era el momento adecuado. Y luego fue pasando el tiempo, y nunca le pregunté. He pensado mucho al respecto, claro. A veces me he preguntado si es que le gustaba el peligro. He leído que no

es nada extraño que algunas mujeres se enamoren de presos que están en el corredor de la muerte, y que algunos incluso tienen varias esposas. O quizá le aliviaba tener a alguien en la cárcel. Una relación con límites literales, donde no tuviera que preocuparse por todo lo demás, por las cosas que a nosotros nos habían destrozado. Michael era incapaz de cometer mis faltas, porque su vida y la de Erin no se cruzaban. He valorado todas las opciones, créeme. Quizá estuviera totalmente entregada a los Cunningham y lo viera, por irónico que parezca, como un acto de lealtad. Puede que lo creyera más a él que a mí. Puede que él sí tuviera el mechero. Cuando me notaba algo vengativo, aunque intento no estarlo, me preguntaba si tendrían algo en común y yo no estaba a la altura. A eso se le llama presagio.

En el caso de Michael, la solución era mucho más sencilla. Siempre he pensado que lo único que quería era arrebatarme algo.

Que Erin bajara del camión no fue precisamente una sorpresa, pero sí me pareció trascendental. Porque Michael no había recibido visitas en la cárcel, y mucho menos conyugales. Ese fin de semana no era solo la primera vez que los veía juntos, sino también la primera vez que ellos se veían en persona. Su relación era todo un misterio, y cada miembro de la familia tenía una idea distinta de lo que se traían en el fondo entre manos. Dime fatalista, o solo perezoso, pero estaba dispuesto a pasar por el aro: los consideraba una pareja, aunque no me refiriese a ellos como tal. Lucy, con su armario lleno de etiquetas y ese pintalabios más parecido a una baliza de emergencia, sentía a todas luces que todavía tenía algo que hacer. El resto de la familia oscilaba entre la incredulidad y la aceptación, aunque la mayoría rayase en el escepticismo.

Echando la vista atrás, creo que no estuve tan distante como me describo aquí, porque se me ocurrió que todavía no habrían pasado la noche juntos y que Erin habría recogido a Michael del Centro Penitenciario de Cooma, a unas dos horas de viaje, aquella misma mañana. Ella debió de hospedarse en el motelucho en que la imaginé la noche anterior. No sé por qué debería importar (¿qué más da si pasaron la noche juntos o no?), pero confieso que se me pasó por la cabeza. Y lo menciono aquí porque creo que, si a mí se

me habían ocurrido ese tipo de cosas, Lucy debía de estar aferrándose a ellas con uñas y dientes.

Erin recorrió el círculo con mucha más eficiencia que Michael, en parte porque tenía a muchas menos personas a quien estrechar la mano, ya que Lucy había montado un numerito atándose los cordones. Cuando llegó ante mí, alargué el brazo.

—Cosas bonitas —le dije.

Es una broma interna que tenemos. Intentaba hacerla reír, pero ni siquiera sonrió. En su lugar, me estrechó la mano y me dio un abrazo frío, con un solo brazo. Noté su aliento cálido en la oreja cuando me susurró.

—El dinero es de la familia, Ern.

Eran palabras urgentes, robadas. Michael me había dicho exactamente lo mismo la noche que enterró a Alan. «Este dinero es nuestro.» Sabía a qué se refería. Se lo había ganado. Había matado por él. Lo estaba reclamando y me ofrecía una parte por mi silencio. No sé qué esperaba oír por parte de Erin, quizá algún tipo de disculpa o, cuando se me acercó a la oreja, algo más bien sensual, o una combinación de las dos: algo de una sensualidad arrepentida. Pero no esperaba que fuera la mensajera de Michael mientras él sonreía y me decía que me debía una cerveza. «El dinero es de la familia, Ern.» ¿Sería una amenaza velada de lo que podía ocurrir si no les seguía el juego? No lo tenía claro. Tenía una mirada de entusiasmo, no de amenaza. Quizá no fuera más que una advertencia. Se marchó antes de que pudiera decidirme y, de todos modos, tampoco podía preguntárselo delante de los demás.

El grupo se disolvió rápidamente en facciones. Lucy y Sofía se acercaron a Michael y a mí. Supuse que Lucy no quería perder a Michael de vista, y Sofía probablemente no quería que se me escapara nada sobre el dinero antes de que decidiera si dárselo o no. Erin hizo camarilla con mi madre y Marcelo. Sin aparentar demasiado interés, traté de descifrarle la expresión a mi madre. No me resultaba familiar, así que deduje que debía de ser cálida y acogedora. Aloysia se unió al grupo de Erin, y Andy, después de quedarse unos instantes abandonado en el centro, se vino con nosotros.

Michael, quizá después de darse cuenta de que dependía de él establecer el tono y que nadie hablaría hasta que él dijera algo, intentó relajar el ambiente contándonos que había obligado a Erin a pararse en todas las gasolineras de camino hacia la montaña para poder probar una tableta de chocolate distinta en cada una de ellas.

—¿Cuál te ha parecido mejor?

Había hecho un pacto conmigo mismo para tratar a Michael con la misma cortesía que él, así que decidí participar de la conversación.

—Los resultados son inconcluyentes. —Hizo un gesto de cabeza y se dio unos golpecitos en la barriga—. Voy a necesitar muchos más datos.

Lucy se rio descontroladamente.

—Oye, y ¿lo del camión? —preguntó Sofía—. ¿No te llegó la parte de «albergue de montaña» en la invitación? Me sorprende que hayáis podido subir hasta aquí.

—La empresa metió la pata con la reserva; tenía que ser una furgoneta. Solo les quedaba ese, y la otra opción era subir con el tres puertas de Erin, pero no nos habrían cabido todas mis cosas; el alquiler del trastero se me renueva mañana, y ya me han sacado suficiente. Total, que básicamente llevamos ahí detrás toda mi sala de estar. Le teníamos un poco de respeto, pero el camión tiene potencia.

—¿Has traído un sillón a la nieve? —se rio Andy. Yo seguía analizando el uso por parte de Michael de la primera persona del plural.

—Yo habría pagado el extra. ¿Te has traído todo eso solo para ahorrarte cuatro dólares? —le preguntó Sofía.

—A mí me parece muy sensato —masculló Lucy—. Yo creía que seguía teniendo casi todas nuestras...

—Es lo que había —la interrumpió Michael—. Además, hemos insistido en que nos ofrecieran un buen descuento, obviamente. Y la semana que viene tendremos que llevarnos nuestras cosas, así que quizá me lo quedo unos días más. Ha valido la pena el riesgo de subir hasta aquí.

—Puedes dejar lo que quieras en mi casa si te hace falta —me ofrecí, en parte para ocupar el ambiente y en parte porque no estaba escuchando del todo; tenía una oreja puesta en la conversación que Erin mantenía con Aloysia.

Un consejo: no le susurres secretos a nadie con demasiadas eses; el sonido atraviesa el aire. Oí que Aloysia decía «habitaciones separadas», pero no sé si lo estaba preguntando o confirmando. Ojalá no me hubiera llamado la atención, pero así fue. Me di cuenta de que tanto Michael como Sofía me observaban con curiosidad. Tardé un instante en percatarme de lo que había dicho, y casi esperaba que Michael me respondiera: «Es que ya tengo cosas en tu casa».

—Te cojo la palabra, hermano —respondió, en cambio.

—He dejado de fumar —anunció Lucy.

Michael la miró como el padre que mira al hijo que le interrumpe la copa de vino para enseñarle cómo hace una voltereta, y, con un tono más cercano a un «vete por ahí», contestó:

—Enhorabuena. Bueno, y ¿aquí cómo se divierte uno? Que sí, que no veo la hora de disfrutar del restaurante y del bar, pero tampoco quiero pasarme el fin de semana metido dentro.

Andy y yo dijimos al mismo tiempo:

—Hay un *jacuzzi* en la azotea.

—¡Escuchadme todos! —gritó Marcelo.

Lucy pasó por delante de Andy a una velocidad digna de la Fórmula Uno para colocarse al lado de Michael. Sofía y yo los seguimos a una cierta distancia.

—Estás rojo —me susurró Sofía—. ¿Qué te pasa? ¿Te ha deslumbrado su presencia?

Negué con la cabeza.

—Estoy disperso. No es para nada lo que me esperaba.

—Y yo tampoco. —Sofía arrugó la nariz—. Ándate con ojo.

Cuando nos unimos al grupo de Marcelo, Michael se fue con Erin, quien le metió una mano en el bolsillo trasero del pantalón. Cuando estábamos casados (bueno, perdón, seguimos casados; técnicamente, debería decir cuando estábamos juntos), Erin no era muy dada a las muestras públicas de afecto. Había tenido una

infancia difícil y a veces violenta, criada por un padre que le pegaba en secreto y la abrazaba en público. Como consecuencia, le costaba percibir como genuino un cariño desmesurado, como algo más que simple teatro. No se fiaba. Te lo comento porque raramente nos besábamos en público, y mucho menos había llegado a meterme la mano en el bolsillo. Como mucho, una palmadita en la espalda. Su muestra de afecto hacia Michael me resultó muy representativa. Posesiva incluso. No tenía claro si el objetivo era yo o Lucy. Tal vez le estuviera dando demasiadas vueltas y el culo de mi hermano fuera mejor que el mío, y nada más.

—Hemos decidido —empezó Marcelo a viva voz para que lo oyera todo el grupo, pero se dirigía específicamente a Michael y Erin— que debemos contaros algo para que no lo oigáis en boca de otros.

—No sé yo si...

—Lucy, por favor. Michael, lo último que queremos es provocarte cualquier tipo de estrés este fin de semana. Pero o bien te lo decimos nosotros, juntos, o esperamos a que lleguen los rumores y las habladurías.

Mi madre iba asintiendo, una mueca que, como de costumbre, tenía más peso que las palabras de Marcelo. Michael le lanzó una mirada breve al resto, pero habría jurado que me estaba examinando el gesto. Tal vez pensara que tenía algo que ver con el dinero. O con él y Erin.

—Ha habido un incidente —continuó Marcelo—. Esta mañana han encontrado el cuerpo de un hombre. Por lo visto se perdió de noche y ha muerto congelado. —Marcelo posó la mirada sobre todas las personas del grupo, pero se detuvo en Sofía, como si la retara a hablar—. No sé explicarlo de una forma más sencilla.

—Hay policías —supuso Michael—. He visto un coche patrulla en la cabaña de mantenimiento. No le he dado más vueltas, pero tiene sentido. Vale. Pobre chaval.

—Hay algo más que deberías saber.

Sofía había tomado el relevo. Lucy se giró y la fulminó con la mirada. Marcelo se aclaró la garganta para callarla, pero Michael

levantó una mano en su dirección y Marcelo se frenó en seco, creo que porque era la primera vez que alguien se atrevía a hacerle algo así. Juro que el chasquido que hizo al cerrar la boca retumbó por todo el valle.

—No saben quién es. Por lo visto, no se alojaba aquí. Ahora mismo no están haciendo mucho más, pero hay inspectores de camino. Es posible que quieran interrogarnos.

Todo el mundo asintió, sorprendido por ese tacto recién descubierto de Sofía. Yo no me lo tragué; creo que estaba intentando provocar a Michael con palabras como «inspectores» e «interrogar». Estaba tratando de asustarlo.

—¿Inspectores para una persona que ha muerto congelada? —preguntó Erin, pensando en voz alta, consciente de que algo no le cuadraba y dirigiéndole a Michael una mirada de preocupación.

Sofía esbozó una sutil sonrisa. Había plantado lo que quería.

—Si no quieres quedarte, podemos marcharnos a otro sitio —dijo nuestra madre—. Aquí tú eres nuestra prioridad.

—No os preocupéis por nada —respondió Marcelo—. Por experiencia, estar en la cárcel es una coartada cojonuda. Además, el agente que hay aquí no es precisamente un experto. Al ver el cadáver se puso de los nervios. Por eso está esperando a sus superiores. Llegarán, estarán aquí cinco minutos y volverán a marcharse.

—Y las cabañas no son... —empezó a decir Aloysia, y supe que había faltado un pelo para que dijera la palabra «rembolsables».

—Se llama Crawford —añadí.

—Crawford. Ya —replicó Aloysia, insinuando que no importaba—. No tiene los prejuicios de la policía de ciudad. Se ve que el apellido Cunningham ya no viaja tanto como antes.

—Y, en cuanto a la presencia policial —intervino Lucy para tranquilizarlo, porque evidentemente había pensado que si nos separábamos estaba a cien dólares y una habitación de motel de perder para siempre a Michael—, es como si no hubiera. No ha interrogado a nadie. Apenas lo hemos visto por aquí.

—El poli que se supone que no está haciendo nada —dijo

Michael— ¿es ese?

Señaló la escalera del albergue; en ese momento el agente Crawford la bajaba apresuradamente. Echó a correr hacia nosotros, examinando los rostros en busca del recién llegado, hasta que identificó a mi hermano.

—¿Michael Cunningham?

Michael levantó las manos con sorna y contestó:

—Me declaro culpable.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Estás detenido.

Capítulo 14

Aloysia tenía razón: el apellido Cunningham no viajaba como antes, porque, de lo contrario, el agente Crawford habría tenido más en cuenta su seguridad personal antes de intervenir en uno de nuestros corros familiares.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

Lucy fue la primera que intervino. Se colocó delante de Michael, formando una barrera física.

—Ha habido un malentendido —añadió Aloysia, reforzando las defensas junto a Lucy y arrastrando con ella a un vacilante Andy.

—Vamos a calmarnos —exclamó Andy, fingiendo una risita temblorosa.

Acuérdate de que es de la rama política de los Cunningham, así que aún conserva esa reverencia habitual por la policía propia del ciudadano que respeta la ley.

—Apártense.

Crawford tenía las esposas colgando de la mano izquierda como si de un perezoso látigo se tratara.

—¿Me hace el favor —empezó mi madre, que no había sido lo bastante rápida como para formar parte del bloqueo, pero cuyas palabras tenían tanta bilis como para generar un escudo— de dejar de tocarle los cojones a nuestra familia?

De golpe me creí el artículo que había leído sobre las madres que pueden levantar coches para salvar a sus hijos. A los que quieren, al menos.

—Audrey —la sosegó Marcelo—. Eso no nos va a servir de nada. —Dio un paso al frente y le presentó su Rolex al agente Crawford—. Soy su abogado. Vamos dentro, nos sentamos y lo hablamos con calma.

—No sin esposas.

—Los dos sabemos que las actuaciones policiales no funcionan así. Acaba de llegar, ¿cómo puede pensar que...?

—Papá —lo interrumpió Michael, y tardé un instante en darme cuenta de que estaba hablando con Marcelo—. No pasa nada.

Pero Marcelo estaba desbocado.

—No se atreva a declarar la ley marcial en este complejo solo porque sea el único policía de la zona. Sé que se ha visto inmerso en una situación desagradable y que a alguien por ahí le falta un padre, un hermano o un hijo, y mi familia y yo mismo estaremos encantados de participar en interrogatorios informales para ayudarlo a identificarlo. Pero insinuar que hay algo criminal en... es..., bueno, pues una acusación que hace aguas por todas partes. Una conclusión basada en el historial de la familia. Lo demandaremos. Si desea detenerlo, necesitará una razón y unos cargos, y no tiene ni lo uno ni lo otro. Y, mire, yo solo trabajo seis minutos sin cobrar, y creo que ya nos hemos pasado. ¿Lo dejamos aquí?

Sentí la necesidad de disculparme solo por estar cerca de la diatriba de Marcelo. Pero Crawford no estaba dispuesto a achantarse.

—No dejamos nada. Se me permite el uso de actuaciones a discreción mía, teniendo en cuenta que ha habido un asesinato.

Aquello provocó una oleada de murmullos en los que todos los presentes repetían la palabra sin dar crédito a lo que habían oído. Vi a Sofía sonreír. Marcelo apretó los puños. Mi madre no solía quedarse boquiabierta, pero en ese momento se cubrió la boca con una mano.

—Un incidente, ¿no? —preguntó Michael incisivamente.

—Estás acabado —le gruñó Marcelo a Crawford. Aquella jerga legal la entendía hasta yo—. He arruinado la vida de bastante gente por mucho menos.

—Y yo me he plantado frente a algunas personas por mucho más.

Los interrumpió un portazo en la entrada del albergue. Una

mujer alta, de mi edad, con la mandíbula bronceada pero una coloración pálida alrededor de los ojos (el bronceado típico de las gafas de esquí) nos observaba desde el porche. Tenía los brazos al descubierto, con una camiseta y un chaleco, sin preocuparse por el frío. La reconocí: era la mujer del Land Rover anfibio que me había puesto las cadenas de las ruedas.

—Agente, ¿necesita ayuda? La gente ya está lo bastante inquieta... ¿A qué vienen estos gritos?

—No se meta donde no la llaman —replicó Marcelo, agotado ante la posibilidad de enfrentarse a otra parte contraria.

—Soy la propietaria de este complejo, así que creo que sí se me llama.

—Bueno, pues en ese caso dígale a este aspirante a Poirot que deje de acosar a sus huéspedes. Y si quiere controlar el pánico, ¿qué le parece no ir por ahí aireando la palabra «asesinato»?

—Es la primera vez que oigo esa palabra. —La propietaria le arqueó una ceja a Crawford—. ¿En serio? ¿Habláis del Botas Verdes?

En cuanto a apodos relacionados con los colores, el Botas Verdes era mucho más fácil de entender que el Lengua Negra. Era el nombre coloquial que le pusieron a un tipo que murió escalando el Everest; era tan difícil recuperar el cuerpo que lo dejaron tirado al lado del camino, y sus botas verde neón sirven como punto de referencia para alpinistas. El cadáver de esta mañana no calzaba botas verdes —me habría dado cuenta, lo llevaba por el pie izquierdo—, pero era evidente que se habían decidido por aquel apodo para referirse a nuestro misterioso huésped congelado.

—Tengo motivos para creer que su muerte puede ser sospechosa.

—¿Por qué? ¿Por ella? —El tono de Aloysia era agudo y cantarín, tanto por la incredulidad como posiblemente por la altitud, cuando señaló a Sofía—. Hasta un chamán podría darle una opinión médica más fundada. ¿Qué le has dicho? ¿Cuándo llegarán los inspectores de verdad?

—Soy doctora —le aseguró Sofía a Crawford.

—¿Estamos ignorando el hecho de que, a pesar de que la

muerte es en efecto sospechosa, Michael tiene una coartada?

—Papá. Déjame que...

—Ya me encargo yo, Michael. ¿Está seguro de que quiere seguir por ese camino, agente? Sus sospechas están basadas en los antecedentes que ha debido de encontrar, quizá en algunas historias familiares y en su lealtad a la placa, porque ya sabe lo que dicen de la sangre azul y demás. No solo saltan a la vista sus prejuicios, sino que se está dejando en evidencia. Dígame cómo es posible que Michael pueda tener alguna implicación en este asunto si ha salido de la cárcel esta misma mañana, por Dios.

El arrebato de Marcelo dejó a todos los presentes sin aliento. Crawford fue posando la mirada sobre los demás; supuse que debía de estar intentando rascar cualquier apoyo que le quedara. Yo le esquivé la mirada. Hasta Sofía había agachado la cabeza: independientemente de sus creencias en el Lengua Negra y el Botas Verdes, sabía a la perfección cuándo alguien estaba Rojo Como Un Tomate.

—Venga —concluyó Marcelo, cogiendo a Audrey de la mano y echando a andar hacia el albergue.

Pero Michael no se movió e intercambió una sonrisa nerviosa con Erin. No es por adornar la escena, pero, en ese momento, al fin se oyó un trueno.

—Vale, ahí estamos —dijo Crawford—. ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

—No le he hecho daño a nadie. —Michael levantó las manos y dio unos pasos hacia Crawford—. Pero estoy dispuesto a cooperar y ayudarlo a descubrir al culpable.

Me miraba mientras lo decía.

—¡Michael! ¡Basta! Agente, no conoce sus dere...

—Él no es mi abogado.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Audrey deshizo lo andado y le puso una mano en el hombro—. Anoche estabas en Cooma. Díselo, que no pasa nada.

—Mamá, hace frío. Vete dentro.

—Díselo, por favor. Díselo ya.

Nuestra madre empezó a darle golpes en el pecho con el puño

que le quedaba libre. Como si pudiera forzarlo a confesarse. Poco después, creo que debido a una combinación de frío y agotamiento, las rodillas le fallaron y se hundió ligeramente en la nieve. Michael intentó cogerla, pero solo llegó a tiempo de acompañarla hacia abajo, hasta que se sentó sobre la nieve. Crawford, Sofía y yo nos apresuramos a ayudarla a levantarse, pero ella nos hizo un gesto para que la dejáramos en paz. Aloysia y Lucy empezaron a gritarle al agente Crawford por tener a una anciana soportando aquel frío.

—Señora Cunningham —dijo Crawford, lo bastante alto como para acallar a la multitud—. A Michael lo soltaron ayer por la tarde.

«¿Ayer?» Recuerdo el momento en que todo cobró sentido. «Pero eso significa...»

Michael desvió la mirada hacia Erin. Creo que vi a Lucy torcer el gesto. El primer copo de nieve me aterrizó en las pestañas.

—Eso no demuestra nada. Vale, *sí*, no estaba en la cárcel. Se lo compro. —Marcelo estaba repasando todos sus argumentos, tratando de encontrar la mejor opción, mientras ayudaba a Audrey a levantarse—. Pero eso no significa que estuviera aquí. No puedes quedarte aquí, cielo, te vas a mojar. Bueno, dinos dónde estuviste anoche, Michael, y zanjamos de una vez este asunto.

—Prefiero ir con usted, agente.

Crawford le puso las esposas a Michael y le dirigió una mirada de consuelo. Incluso sin estar al tanto de todo el subtexto del encubrimiento de Michael, el agente Último Recurso sabía que aquello era el mal menor. Me di cuenta de que no le había apretado las esposas. Quizá no lo bastante como para que pudiera soltarse, pero sí lo suficiente como para que no fueran algo amenazante. Se volvió hacia la propietaria —mira, sé que cronológicamente la propietaria todavía no me ha dicho su nombre, pero ya me está cansando, así que voy a empezar a llamarla Juliette, porque me lo dirá pronto— y le dijo:

—Necesito tenerlo aislado, por la seguridad de los huéspedes.

—Se escapará de donde lo ponga. No hay habitaciones ni bungalós que solo cierren por fuera; es una medida de seguridad antiincendios —respondió Juliette. (¿Lo ves? Ya te he dicho que así

sería más fácil.)—. Estamos en un hotel, no en una cárcel.

—Y ¿en la Sala de Secado? —preguntó Lucy.

Tenía el rostro más ensombrecido que el cielo, la voz gutural y la lengua hinchada por la ira. Yo lo descubriría más tarde, pero ella ya debía de saber que la Sala de Secado no era más que un espacio con calefacción del tamaño de un armario lleno de bancos de madera para las botas y perchas para los abrigos, que olía a moho y a ese tipo de sudor que solo se produce cuando llevas algo tan impermeable que igual que no deja entrar nada de fuera tampoco permite que salga lo de dentro. Como venganza era más bien barata, pero apenas había tenido tiempo para preparárselo y era la mejor opción que tenía. Con un tono engreído, añadió:

—He visto que tiene un pestillo por fuera.

—Mmm, la Sala de Secado no está pensada para alojar a nadie —respondió Juliette.

Crawford miró al cielo, extendió la mano y observó cómo le caían encima unos pocos copos de nieve que se fundieron al instante. Estaba impaciente por zanjar el asunto y meterse dentro. Se giró hacia Michael con un gesto de disculpa.

—No serán más que unas horas.

Michael asintió.

En ese momento, pensé que habría sido la ocasión ideal para que Erin hubiera dicho algo. Perdida ya la excusa de la cárcel, Erin podía servirle de coartada. Porque, de todas formas, ya sabíamos todos que estaban juntos, así que ¿qué más daba que hubieran pasado la noche en el mismo motel? Al ver que seguía sin decir nada, y después de darme cuenta de que fuera lo que fuera que estaban manteniendo en secreto compensaba que encerraran a mi hermano en la Sala de Secado por ser sospechoso de asesinato, se me disparó la curiosidad.

—¿Dónde le han dado a usted el título de policía? —Marcelo bien podría haberle dado un puñetazo a Crawford si no hubiera tenido a mi madre colgada de los hombros—. Todo esto es ilegal.

Los agentes de policía en este tipo de libros, además de ser los Últimos Recursos o las Únicas Esperanzas, también pueden tener características como seguir las reglas a rajatabla o saltárselas a la

torera. Por lo visto, Crawford me había vuelto a sorprender.

—Estoy dispuesto a cooperar —repitió Michael.

—Todo saldrá bien —le prometió Erin, y le dio un abrazo, antes de deslizarle la mano por la espalda y metérsela en el bolsillo trasero, esta vez en el otro. Que tampoco es que me fijara.

Todos echaron a andar hacia el albergue. Yo los seguí, arrastrado por la corriente. Marcelo iba a buen ritmo, después de haber puesto a Audrey en manos de Sofía, comiéndole la oreja a Crawford con un lenguaje que describiré como subidito de tono, tanto por la terminología legal como por la descripción gráfica de todos los lugares por los que podían fornicarlo.

—Necesito que me dé un poco de espacio —exclamó Crawford cuando acabó de subir la escalera, con una voz firme más propia de los policías que se saltan las reglas a la torera. Le hablaba a Marcelo, pero todos frenamos en seco. Al encontrarnos todos en distintos escalones y alturas, era como si estuviéramos interpretando una obra de teatro o posando para una foto nupcial —. Entre en calor. Hablaremos pronto.

Crawford le puso una mano a Michael en la espalda y lo acompañó a través de las puertas.

—No hablará con él sin estar yo presente. —Marcelo lanzó un último golpe.

—Ese hombre no me representa. No es mi abogado —replicó Michael, antes de volverse, levantar las muñecas esposadas, juntar la parte inferior de las manos y señalar con ambos índices. Antes de señalarme a mí—. Él es mi abogado.

Capítulo 14,5

Vale, han pasado un montón de cosas, así que se me ha ocurrido hacerte aquí un pequeño resumen.

Ya lo sé: es un poco raro. Pero no quiero que nadie se pierda. Si confías en tus capacidades cognitivas, puedes saltarte este capítulo.

En este tipo de libros, se suele presentar a un grupo de personajes reprobables y su trasfondo, se los encierra en el mismo lugar y luego aparece un cadáver que puede relacionarse con todos los presentes, con lo que cualquiera de ellos tiene un posible móvil. Voy a intentarlo.

El trasfondo: hace tres años, mi hermano Michael se presentó en mi puerta con un hombre, Alan Holton, en el asiento trasero de su coche. Alan estaba muerto, luego no, y luego volvió a estarlo. A pesar de que sabía que la expulsión de mi familia sería inmediata —desconfiados como somos con la policía después de que a mi padre lo mataran mientras robaba en una gasolinera—, me puse de parte de la ley y entregué a mi hermano.

La ubicación: la familia al completo se ha reunido en el ¡retiro de montaña Sky Lodge! para darle la bienvenida a Michael tras su salida de prisión. Es el albergue a más altura de Australia accesible en coche. Se avecina una tormenta, cómo no. Pero, por favor, no pienses que voy a explotar el cliché y voy a decirte que estábamos atrapados allí, porque no es verdad: somos tacaños e indecisos, nada más. Aunque, ahora que lo pienso, quizá sí que estamos algo atrapados, teniendo en cuenta que han encerrado a Michael en la Sala de Secado y que no podemos abandonarlo a su suerte; pero de tal cosa hablaremos en los próximos capítulos, y esto se supone que es un resumen de lo que ha ocurrido hasta el momento.

El grupo: mi madre, Audrey, que me culpa por el actual

estado fragmentario de nuestra familia; Marcelo, mi padrastro, socio del apreciado bufete García & Broadbridge, que lleva una beca universitaria en la muñeca y representó a Michael en su juicio por asesinato, aunque ahora no esté dispuesto a tocar el caso por negligencia de Sofía; Sofía, hija de Marcelo, y mi hermanastra, que necesita al menos cincuenta mil dólares para algo, y que quizá tenga que ver con la demanda por mala praxis que puede costarle su licencia médica, es cirujana y, entre otros éxitos, se encargó de la reconstrucción de hombro de Marcelo; Aloysia, mi tía abstemia e hipercontroladora, artífice de este fin de semana en familia; Andy, el marido de Aloysia, que lleva su alianza como quien lleva un Corazón Púrpura; Lucy, la exmujer de Michael, que estuvo a su lado durante el juicio, aunque luego él se divorciara de ella mientras estaba en la cárcel porque él había forjado un vínculo especial con... Erin, mi esposa, quien, aunque estemos separados, ha encontrado consuelo en las cartas de mi hermano (y, por lo visto, en sus brazos durante una noche), después de que, y creo que es bastante obvio, los traumas pasados destrozaran nuestro matrimonio; Michael, que mintió al decirnos que salía de la cárcel esa misma mañana y quien anteriormente me había pedido que cuidara de una bolsa con 267.000 dólares; la propietaria del complejo, Juliette, ayudante en carretera y conserje, todo en uno; el agente Darius Crawford, un poli a quien la situación no podría quedarle más grande; y yo, apartado de la familia y poseedor de una bolsa de dinero manchado de sangre. Ese es el reparto. Creo que a todos se nos podría considerar personajes reprobables.

El cadáver: esta mañana han encontrado muerto a un tipo en mitad de un campo de golf cubierto de nieve. Sofía cree que ha sido obra del asesino en serie conocido como el Lengua Negra, y que la víctima no murió congelada. Según Lucy, no falta nadie de la lista de huéspedes del hotel. Si esto te parece sospechoso, no olvides que Juliette, quien, como propietaria, tiene acceso a la lista de huéspedes, acuñó el apodo anónimo de Botas Verdes, lo que significa que Lucy no se equivocaba con sus cotilleos. El problema es que no se nos puede relacionar con el fiambre por ningún motivo, porque no tenemos ni pajolera idea de quién es.

Aquí te dejo algunas píldoras de información que me gustaría destacar llegados a este punto:

1. Había alguien en el chalé de Sofía cuando ella estaba en el mío; esa persona llamó al teléfono de mi habitación.
2. Además, Sofía es la única que tiene coartada, porque estaba conmigo en mi chalé en el momento exacto en que murió el Botas Verdes, algo que técnicamente no deberías saber, pero ya te lo he dicho de todas formas.
3. Marcelo canceló la cena porque mi madre no se encontraba bien. No tuve contacto con Andy, Aloysia ni Lucy en toda la noche.
4. Sofía, Andy y yo le vimos la cara al Botas Verdes, pero tampoco es que Crawford organizara una capilla ardiente esa mañana, así que puede que fuéramos los únicos que lo vimos. Ninguno de nosotros lo reconoció.
5. Sigo sin saber de dónde salió la bolsa de dinero. Está a punto de ocurrírseme que quizá haya alguien tras ella.
6. Hay tres pares de huellas que conducen al Botas Verdes, pero solo uno que regresa, y no nevó durante la noche.
7. El gusto de Lucy por el maquillaje solo está a la altura del gusto de Erin por los hombres y el de Michael por los vehículos adecuados para el terreno.
8. No me he olvidado de que antes he dejado en el aire ese «hermanos» en plural.
9. Michael prefiere que lo consideren sospechoso de asesinato que contar la verdad sobre dónde estuvieron Erin y él la noche anterior.
10. Faltan siete capítulos hasta la próxima muerte.

Y, en medio de todo eso, estoy yo. Una persona que escribe libros sobre cómo escribir libros, sin conocimientos legales, a quien

acaban de nombrar, por razones que todavía no soy capaz de imaginar y partiendo de una legalidad cuestionable, abogado de un sospechoso por asesinato (o asesino en serie, si tenemos en cuenta los requisitos dramáticos de Lucy) que se supone que me detesta.

Si consideras que estoy jugando limpio, sigamos adelante.

Capítulo 15

Podría haber alcanzado a Audrey sin dificultades, pero todos entramos en masa al vestíbulo y quería esperar a que el grupo se disolviera. Mientras acompañaban a Michael hasta la Sala de Secado, me avisó de que me haría llamar (y esas fueron las palabras que utilizó, como si yo fuera el bufón de la corte), pero que ahora necesitaba tiempo para pensar. Para que se le ocurriera una coartada convincente, supongo.

Los demás se repartieron por el bar, el restaurante o sus habitaciones. El arresto de Michael se había convertido en un buen espectáculo para el resto de los huéspedes: había marcas de frentes grasientas en las ventanas delanteras. Marcelo acompañó a Audrey al piso de arriba. La había rodeado con el brazo bueno y cubierto con su abrigo, y le hablaba con un tono monótono y tranquilizante. Mi madre no es lo bastante mayor como para que las escaleras sean un obstáculo para ella, pero sí lo bastante como para llevarse bien con la barandilla, así que avanzaban lentamente. Casi esperaba que Marcelo echara a correr detrás de Crawford y lo sometiera a una lluvia de improperios, pero había renunciado a esa lucha y, en su lugar, había aporreado su móvil (batería: desconocida). Supuse que estaba intentando conseguir una barra de cobertura para llamar a alguien que pudiera despedir a Crawford.

Esperé hasta que llegaron al descansillo del primer piso, un lugar que consideré lo bastante espacioso como para acorralarlos y charlar con ellos. Al fin y al cabo, hacía mucho que no hablaba con mi madre cara a cara. Tal vez supiera algo.

Al hacer ademán de seguirlos, alguien me plantó una mano en el hombro por detrás. No fue un gesto agresivo, pero sí hizo un ligero movimiento para tirar de mí hacia atrás. Me volví y vi a Aloysia con una mueca de disculpa, esa que la gente suele esbozar

para indicarte que sienten lo que te están diciendo. Es la cara que Andy siempre pone a espaldas de su mujer mientras ella explica por qué se marchan antes de tiempo de una fiesta.

—¿Crees que es el mejor momento? —me preguntó, con esa actitud tan propia de ella de mostrarse preocupada y responsable, aunque con un puntito de condescendencia.

Porque sí, le sacaba más de doce años a mi madre, pero había empezado a arrullar a Audrey. Aloysia no pretendía burlarse de ella, ni tampoco era pura fachada, pero había algo más que evidente: creía que mi madre empezaba a chochear.

—Uy —le dije, con un gesto solemne de aprobación—, tienes razón. Mejor esperar a que aparezcan más cuerpos. —En ese momento, recordé que le había prometido a Andy que me controlaría. Después de todo, solo estaba intentando poner su granito de arena. Me relajé y me expliqué—: Si tengo que ayudar a Michael, voy a necesitar toda la información posible. En algún momento tendré que hablar con ella.

Aloysia parecía haber aceptado mi argumento a regañadientes.

—Bueno, pero procura no alterarla. —De nuevo, ahí estaba la preocupación por la fragilidad de Audrey en vez de por su felicidad —. Y eso si quiere hablar contigo, porque probablemente no te dirija la palabra.

—Tengo que intentarlo.

—Bueno, y ¿cuál es tu estrategia?

—No lo sé. ¿Humillarme? —Me encogí de hombros—. A fin de cuentas, es mi madre. Solo tengo que apelar a su lado maternal.

Aloysia se rio. Era difícil discernir si era un gesto cruel o empático, pero me soltó el hombro y dejó de retenerme.

—Si ese es tu plan, espero que hayas traído una güija.

Audrey estaba en la biblioteca hojeando una novela de Mary Westmacott sin llegar a leerla del todo, sentada en un sillón acolchado rojo de respaldo alto. Habría sido el sillón perfecto para un desenlace. A pesar de tener la palabra BIBLIOTECA escrita en la

puerta, la estancia era la pesadilla de cualquier amante de la lectura: libros de tapa blanda mohosos, amarillentos y dañados por el agua con páginas frágiles y secas como la paja ocupaban las estanterías de la habitación, fabricadas a partir de antiguos esquís y tablas de *snowboard* de madera. La chimenea de piedra del rincón, adornada de panfletos, rugía con brasas crepitantes; el arquitecto no debía de estar al tanto de la combustibilidad de los libros. Hacía demasiado calor en la estancia, pero olía menos a humedad que el resto del hotel. No había armas en la repisa, y ciertamente ninguna de las de Chéjov: me habría costado sudor y lágrimas asesinar a alguien con la paloma disecada y la medalla de guerra enmarcada que descansaba sobre el hogar.

Al verme, mi madre cerró el libro, se puso en pie y me dio la espalda, fingiendo que rebuscaba entre el resto de las W de la tabla de *snowboard* que servía como estantería.

—Audrey —le dije—, no puedes pasarte la vida ignorándome.

Deslizó el libro en el estante (si me preguntas, estaba mal clasificado, puesto que Mary Westmacott es uno de los seudónimos de Agatha Christie, pero ¿qué hay en un nombre?), se giró y frunció el ceño cuando se dio cuenta de que estaba bloqueando la salida.

—¿Vienes a recochinearte? —Se cruzó de brazos—. ¿A decirme que tenías razón sobre él?

—De hecho, venía a ver si te encontrabas mejor.

Hizo una breve pausa —bien para procesar que me preocupara por ella o para recordar la coartada que se había inventado para cancelar la cena, no sabría decir— y soltó un resoplido con sorna.

—Sé cuidarme solita.

Estaba esquivando la pregunta, lo que delataba su más que probable frustración al sentirse demasiado cuidada, algo que, sin duda, debía de ver como una amenaza a su independencia. Supuse que Aloysia debía de haber estado fastidiándola últimamente sobre su edad y sus facultades, y yo no hice más que añadirle más presión al preguntarle cómo estaba.

—¿Has acabado? —me preguntó, e hizo ademán de rodearme.

—Michael le hizo daño a una persona, mamá. Hice lo que creí correcto. —Colé deliberadamente ese «creí» en mitad de la frase, por mucho que «supiera» que aquello era lo correcto—. Y ahora también estoy haciendo lo que creo correcto.

—Hablas como tu padre.

Negó con la cabeza. No era un cumplido, pero me llamó la atención. No solía hablar de mi padre.

—¿En qué sentido?

—Robert era capaz de justificar cualquier cosa. Todos los robos eran el gran golpe, el último de todos. Incluso se convenció a sí mismo de su absolución.

—¿Cómo?

Mi padre no encontró la absolución; murió en un tiroteo con dos policías y mató a uno de ellos. Salvo que quisiera decir que se había convencido a sí mismo de la necesidad de cada crimen que cometió, porque lo hacía por su familia, y de que seguía siendo un buen hombre que podía dejar aquella vida después del siguiente. Igual que Lucy con los cigarrillos.

—Papá era una mala persona. Lo sabes, ¿verdad?

—Era un imbécil. Me habría conformado con que fuera solo una mala persona. Pero una mala persona que se cree buena... Por eso se metió en problemas. Y ahora me estás obligando a verte cometer los mismos errores que él, y esperas que sonría y finja que no hay ningún problema, ¿no? Justo cuando la familia se reúne... y tenemos que gestionar esto.

Sus palabras me dejaron tocado. ¿Los mismos errores que cometió mi padre? ¿Me estaba acusando de tener algo que ver con la muerte del Botas Verdes? La insinuación me dejó boquiabierto. Luego, porque estaba dolido y porque nunca se lo había dicho a la cara, le solté:

—Michael es un asesino.

—Michael ha matado a una persona. ¿Lo convierte eso en un asesino? Hay personas que se matan entre sí y reciben medallas por ello. Hay gente que mata porque ese es su trabajo. Michael no es extraño ni diferente. Y ¿tú lo tildas de asesino? ¿Opinas lo mismo de Aloysia? ¿O de Sofía? Si tuvieras que tomar las mismas

decisiones que él, fueran cuales fueran sus razones, ¿en qué te convertiría eso?

—No es lo mismo.

—¿Ah, no?

—Creo que hay un cadáver ahí fuera que disentiría.

—No lo ha matado Michael.

—Ya lo sé —respondí al instante, consciente de que ni me lo había planteado—. Pero alguien lo ha hecho. Y a mí me parece demasiado oportuno que haya pasado justo este fin de semana, cuando tenía que llegar Michael. Sé que tiene algo que ver con nosotros.

Aquello pareció molestarla. Había algo más en su nerviosismo, en las miradas que lanzaba por encima de mis hombros. Me atreví a dar un paso al frente, y bajé la voz.

—¿Sabes quién es el fiambre?

—No. —A riesgo de destriparte la historia, aquí me estaba diciendo la verdad—. Pero no es uno de nosotros, y eso es lo único que importa.

—¿Qué es lo que me estás ocultando?

—O sea, que quieres encontrar a un asesino, ¿verdad? Porque es más fácil figurarse a una persona con un cuchillo o un arma a la que puedas dar caza, alguien que sea objetivamente maligno para que puedas ignorar lo que sabes a ciencia cierta. ¿Qué pasa si lo encuentras? ¿Pagará por sus pecados? No pasa nada si el villano muere al final de una novela; de hecho, es lo que se espera de ellos. Y ¿si eso fue lo que Michael le hizo a Alan y confundiste el final de su historia con el principio? —Necesitó respirar un par de veces después de aquella perorata, mientras yo digería la verdad que había en sus palabras—. Estamos aquí por tu culpa. Michael está en esa habitación por tu culpa. Todo esto es obra tuya. Eres igual que tu padre. Sabía a lo que tendríamos que enfrentarnos cuando nos abandonó, e igualmente dejó que nos enfrentáramos solos, y pagamos el precio. Todos. —Su voz era puro veneno—. Ojalá nos hubiera dejado un arma con que defendernos. Pero no. No había nada en el banco. Y tú le hiciste lo mismo a Michael.

Por un segundo, pensé que me estaba acusando de haberme

quedado con el dinero de Michael, y estuve a punto de preguntarle cómo era posible que lo supiera, cuando me di cuenta de que sencillamente decía que, al morir, nuestro padre nos había dejado en la ruina. De hecho, tampoco éramos tan pobres, pero no tengo ni idea de lo que debió de ser criarnos ella sola. En cualquier caso, quizá no era más que una metáfora.

—Papá era un asesino, igual que Michael. —Esquivé sus argumentos y me ceñí a la única verdad incuestionable—. La única diferencia es que él, además, era un yonqui.

—¡Tu padre no era un yonqui! —chilló Audrey.

—Mamá, encontraron una jeringuilla al lado de su cuerpo. ¡Deja de engañarte!

—Y tú deja de asustar a tu madre —dijo una voz a mis espaldas.

Era Marcelo, y llevaba una taza de algo marrón y humeante. Su tono era de guasa, pero no tardó en adaptarse a la gravedad que reinaba en la estancia. Me apartó del umbral con un roce del antebrazo. Audrey pasó corriendo, cogiendo la bebida de camino y escabulléndose por el pasillo.

Marcelo arqueó las cejas.

—¿Va todo bien?

Asentí, pero fue un gesto tan mecánico que supo que le estaba mintiendo.

—Sé que está todo patas arriba. Es evidente que Michael quiere hablar contigo. La mierda esta del abogado no aguantará más que unas pocas horas, pero si nos ayuda a meternos al agente Crawford en el bolsillo, si ve que estamos cooperando, bienvenido sea. —Saltaba a la vista que estaba agotado—. Ah, y no pienses que he tirado la toalla. Te prometo que acabaré con él cuando pase todo esto. No quedará nada. Pero sé cuándo sacarlos al campo o dejarlos sentados. Y creo que yo ahora mismo estoy en el banquillo. Deberías hablar primero con Michael, porque eso es lo que él quiere. Estamos jugando a su juego, no al de Crawford.

En ese momento, me pregunté si lo de utilizar metáforas deportivas era algo propio de todos los padrastros del mundo o una característica única de Marcelo.

—Pero tú eres el abogado de verdad. Y uno de los buenos. Le conseguiste tres años por cargos de asesinato; qué resultado tan bueno. ¿Por qué ya no se fía de ti? —le pregunté.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Me parece a mí que no se fía demasiado de nadie. Quizá a ti te diga por qué.

—Cuando te reúnes por primera vez con un cliente, ¿cómo haces para distinguir entre héroes y villanos? —le pregunté—. Es decir, sé que tienes que ser imparcial, pero seguro que hay personas que te parecen causas perdidas y otras por las que sientes una cierta esperanza.

—Si me metí en el derecho corporativo fue para no tener que preocuparme por eso. Son todos una panda de cabrones.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé, colega. —Alargó un brazo y me apretó el hombro. Marcelo siempre encontraba alternativas para evitar llamarme «hijo», como si no se sintiera del todo cómodo con esa palabra, incluso hoy día. «Colega» era una de las más serias, un peldaño por encima del «chaval»—. Me preguntas por tu padre.

—Audrey me ha dicho que era una mala persona que se creía buena.

Marcelo lo sopesó unos instantes.

—No sabría decirte.

Tuve la sensación de que sí lo sabía, pero no insistí.

—Erais amigos. ¿Cómo era él? ¿Erais íntimos?

Aquellas preguntas me sorprendieron hasta a mí. Marcelo se rascó la nuca y, poco a poco, encontró las palabras.

—Sí. Lo conocía bastante. —Hizo como si mirase el reloj. Era un tema que no le resultaba cómodo; supongo que tiene algo que ver con haberse casado con la viuda de su cliente—. Mejor voy a ver cómo está tu madre.

Lo detuve.

—¿Puedes hacerme un favor? —Asintió—. Tienes investigadores, asistentes legales, contactos en la policía y demás, ¿verdad? ¿Podrías pedirles que les echaran un ojo a las víctimas del Lengua Negra? Lucy dice que fueron una mujer que se llama Alison Humphreys y una pareja, Mark y Janine Williams. Cualquier

cosa que pueda resultarnos útil.

Hizo una pausa. Probablemente se estuviera planteando si convenía animarme a seguir por ese camino.

—¿Cómo se llamaba la primera? ¿Williams y...?

—Alison Humphreys.

—Hecho. Sin problema, campeón. —Se había relajado. Menos mal que no me dio un golpe de afecto en el brazo, porque habríamos tenido que salir al exterior y echarnos unos pases, y yo no había llevado mi guante de béisbol—. Ya indagaré por ahí.

Decidí no seguirlo y quedarme unos minutos a solas en la biblioteca para recomponerme. Acabé contemplando la medalla que descansaba sobre la chimenea, pensando en lo que mi madre había dicho: hay personas a las que se las recompensa por matar. La medalla era de un bronce oscuro, enmarcada en un expositor de cristal sobre un fondo de terciopelo azul y un trocito de papel rectangular, como los que contienen las galletas de la fortuna, colocado justo debajo. El papel tenía una cuadrícula de puntitos, pero no era morse ni nada que reconociera. Más abajo, había una placa grabada: CONCEDIDA POR LA ENTREGA DE UN MENSAJE QUE SALVÓ MUCHAS VIDAS BAJO INTENSOS TIROTEOS, 1944. La medalla en sí misma tenía grabadas las palabras POR LA VALENTÍA y TAMBIÉN SERVIMOS.

Relájate. No he dedicado ochenta y ocho palabras a describir la medalla porque sí. Me había dado cuenta de que mi madre veía las cosas bajo unos ciertos prejuicios, pero tenía razón. No todas las muertes eran iguales; eso significaba la medalla. Audrey me estaba diciendo que creía que Michael tenía una buena razón para hacer lo que había hecho.

«Todo esto es obra tuya», me había dicho. Y bajo aquellas palabras afiladas volví a oír todo lo que Lucy me había contado en la azotea: «Todo habría sido distinto». Me di cuenta de que la creía. Había metido a Michael en la cárcel; y ¿si su ira hubiera hecho metástasis y creado algo peor? Me avergonzaba sentirme culpable, porque Michael merecía ir a la cárcel, pero no podía evitarlo. Apenas me consolaba que nada de lo que estaba pasando fuera mi culpa. Era un efecto mariposa. ¿En qué lo había convertido?

Y fue justo en ese momento cuando decidí ayudarlo. No porque lo considerara inocente, ni tampoco porque creyera que era culpable. Sino por lo que todo el mundo me había echado en cara desde que habíamos llegado.

«Todo esto es obra tuya.»

Yo era la razón de que todo hubiera sucedido como había sucedido. Quizá fuera la vergüenza que sentí al testificar contra mi propia sangre en un primer momento, el exilio emocional de mi madre o la culpa que me provocaba la lealtad a los Cunningham en la que me habían adoctrinado, pero mi conciencia no era capaz de soportarlo más. Tomé una decisión: yo me encargaría de la investigación. O bien pondría la primera piedra que me llevaría de vuelta a la familia gracias a la absolución de Michael, o clavaría el último clavo de su ataúd. Llámame traidor, dime que estaba compinchado con la policía, pero tenía la sensación de que alguno de nosotros estaba involucrado en la muerte del Botas Verdes. La solución era simple: la única forma de volver a reunir a la familia era encontrar quién de ellos era un asesino.

O sea, todos somos asesinos, ya te lo he dicho, pero me refiero al más reciente.

Mi madre

Capítulo 16

Gente —sobre todo maridos a los que les habían encargado algún recado— corría hacia sus coches bajo la virulenta ventisca oblicua que acababa de arreciar. Apenas veía el aparcamiento en mitad de aquel caos, pero todos estaban dando ese medio saltito, medio tambaleo que provoca tener que cubrirse la cara con el codo. El viento levantaba también la nieve en polvo del suelo, lo que se añadía a los remolinos de bruma que llegaban a la altura de la rodilla y que parecían más bien la espuma del mar u olas rompientes. El suelo estaba nivelado, pero todos ellos luchaban contra el viento como si estuvieran escalando una colina. Distinguía algún que otro destello anaranjado de los coches abriéndose mientras se adentraban hacia aquel gris impenetrable. Como si de una carrera de relevos se tratase, el siguiente grupo que debía atravesarla se acurrucaba bajo el porche, soplándose las manos mientras examinaba la tormenta. Solo se me ocurre que estuvieran discutiendo entre ellos si lo que había en el coche era tan necesario como pensaban, y decidiendo cuál era la mejor forma de hacer pasar aquella misión helada por un heroísmo que pudiera ganarles un polvo.

Yo estaba sentado en el bar, donde servían café, con Sofía. Estábamos encima de unos taburetes altos que habíamos arrastrado hasta la ventana delantera, y habíamos estado contemplando cómo la tormenta iba ganando ferocidad. Marcelo había entrado en el edificio, discutiendo con Juliette para que le consiguiera una habitación en el albergue. Mi madre podía estar con él o enzarzada por su cuenta en una bronca con Crawford. Todavía no había llegado a descubrir qué significaba ser el abogado de Michael, así que me estaba cargando de cafeína antes de dirigirme a la Sala de Secado, que, como Michael todavía no estaba preparado para

recibir a nadie, Crawford había cerrado con pestillo antes de apostarse en una silla justo fuera. Lucy estaba sentada sola al otro lado del bar. Se había pedido una cerveza para comer, pero se limitaba a darle vueltas al vaso sobre su propia condensación. Erin se había instalado en su bungaló antes de que arreciara la tormenta. Aloysia tenía delante una tetera con té y estaba echando un vistazo a una carpeta con hojas de plástico. Me pregunté cuántos asesinatos más harían falta para que se viniera abajo y se pidiera ella también una pinta. Sospeché que al menos dos o tres más. Supuse que en aquella carpeta había guardado el itinerario. No me sorprendería que se hubiera imprimido la previsión meteorológica y estuviera tratando de descubrir cómo era posible que la hubiera leído mal. Te doy dos intentos para que me digas dónde estaba Andy.

El grupo de maridos del porche decidió que la ventisca había amainado lo suficiente como para echar a correr. Le di unos golpecitos al cristal y, como si fuera una carrera de caballos, dije:

—Y ahí van. Tendría Que Haber Salido Antes va el último, a poca distancia de Prefiero Morir Congelado Que Asumir Mis Errores, quien está solo a unos pocos metros de Salgo Solo Por Culpa De Caducos Arquetipos Sentimentales y a apenas un palmo de Seguro Que No Podías Sobrevivir Sin Esto Cielo.

Andy entró dando grandes zancadas, se sacudió el hielo de la barba, se quitó el abrigo y lo colgó en las perchas que había junto a la puerta. Se dejó caer en una silla delante de Aloysia, dejó un monederito sobre la mesa y preguntó:

—¿Seguro que no podías sobrevivir sin esto, cielo?

Sofía se rio a mandíbula batiente, demasiado alto, y, cuando Aloysia la atravesó con la mirada, redirigió rápidamente su atención hacia la ventana, fingiendo una nueva fascinación por la tormenta.

—¿Qué os ha pasado? —pregunté. No tuve que indicarle a quién me refería, pero Sofía encogió los hombros de todos modos, como si no me entendiera—. Por favor. Aloysia. Esta mañana te tenía cruzadísima. Ni siquiera sabía que fuerais lo bastante íntimas como para mantener ese tipo de discusiones.

—¿Tú crees? No me he fijado —eludió Sofía, pero a mí no me convencía. El desprecio de Aloysia era como los ojos de tu madre; sabías a la perfección cuándo te estaban mirando. Pero era evidente que no quería hablar del tema—. O sea, que ahora eres abogado, ¿no?

—Eso parece.

—¿No tenías como diez pasos para resolver un crimen o algo por el estilo? Haz —agitó las manos en el aire como si estuviera llevando a cabo un truco de magia— esas cosas que tú sabes.

—Son reglas, no pasos. Y no son mías. Además —empecé, antes de inclinarme hacia ella y susurrarle con tono conspiratorio —, ni siquiera me gustan los *thrillers* de abogados.

—Y ¿qué vas a hacer ahora entonces?

—Bueno, pues supongo que si me matriculo en la carrera de Derecho, hago prácticas y cuelo mis matrículas de honor en algún sitio, debería poder sacar a Michael de ese armario de aquí a... unos ocho años.

—Pero ¿es que acaso puede hacer eso? Nombrarte, digo. —Le dio un largo sorbo a la taza, que repiqueteó cuando volvió a dejarla en la bandeja—. Y ¿por qué a ti?

—No tengo ni idea —respondí, y valía para las dos preguntas, pero no me quitaba de la cabeza lo que Michael me había dicho en la calle («Tengo que decirte unas cuantas cosas, creo que te las debo»)—. Tú puedes representarte en un juicio sin estar cualificado, ¿no? A lo mejor esto no es más que una extensión de esa posibilidad. O puede que no sea para nada legal. Pero Crawford tampoco es que esté siguiendo las reglas al pie de la letra. Ni siquiera tengo claro que las entienda, y quizá Michael se esté aprovechando de eso. Si le sigue el juego, conseguirá lo que se proponga. Marcelo cree que es buena idea que hable con Michael, así que, de momento, yo también les seguiré el juego.

—¿Cómo va a querer estar encerrado en esa sauna?

—Ahora mismo, valoro dos posibilidades: si técnicamente soy su abogado, estando ahí metido puede hablar conmigo en privado todo lo que quiera, ¿vale? Crawford no puede negarse. Antes me ha dicho que quería verme. Así que puede que quiera que me meta

ahí con él.

—Y ¿la segunda posibilidad?

—La misma que la primera. Si me quiere ahí dentro, puede que esté intentando evitar que entre otra persona.

—¿Tiene miedo?

Me encogí de hombros. Aquellas eran todas las teorías que tenía. Sofía se frotó los ojos, bostezó y volvió a clavar la mirada en la ventana. Antes, no era capaz de ver lo que había montaña arriba, hasta la morgue improvisada, ni tampoco montaña abajo, en dirección al lago, pero ahora ni siquiera veía el aparcamiento. No se veía absolutamente nada más allá de unos pocos metros. La danza de hielo contra el fondo negro recordaba a la imagen de un microscopio, de esas celulitas grises, y, por un instante, imaginé la montaña desde un punto de vista molecular. Cuando la tormenta amainara, el suelo tendría otra forma: la nieve sería una masa de un blanco puro que llegaría por la rodilla, como si hubieran estirado una gruesa manta. Caí en la cuenta de que estábamos viendo que la montaña se reconstruía a sí misma, átomo a átomo.

—Parece que no has pegado ojo —me atreví a decir.

En el exterior, había supuesto que su palidez se debía al frío, a la consternación de haber visto el cadáver, pero dentro tenía un aspecto verdaderamente frágil. La delataba el rostro demacrado y el tintineo de la taza de café, provocado por el temblor de sus manos. Pensé en el gluglú de Andy, en la lengua afilada de Aloysia.

—¿En serio? —Sofía arqueó una ceja y se alteró al instante—. ¿Así es como vas a investigar?

—Cuéntame qué hiciste anoche. Yo qué sé, por ver qué coartada tienes, o lo que te parezca. No tengo ni idea de por dónde empezar —dije, forzando un tono de una cierta indiferencia y no de curiosidad.

Sofía suspiró, pasando el dedo por la espuma del café y lamiéndoselo, sin llegar a responder.

Opté por suplicarle.

—Al menos ayúdame a practicar.

—Cronología de los hechos: mi padre me llamó para decirme que se cancelaba la cena porque Audrey no se encontraba bien, así

que me zampé unos aperitivos aquí en el bar porque pasaba de aguantar el ambiente del comedor y, si te soy sincera, estaba reuniendo el coraje necesario para ir a hablar contigo. Y, después de verte, volví a mi bungaló. ¿Quieres excusas? He pasado una mañana de perros, y por eso tengo estas pintas de mierda. Gracias, por cierto, por insinuar que si una mujer tiene un aspecto algo desaliñado debe de ser una asesina. ¿Tengo que recordarte que fui la única de aquí, incluido el agente Crawford, que planteó que quizá fuera un asesinato? Y, lo que es más importante, sabes que me fui directamente a mi habitación, porque me llamaste poco después de que pusiera un pie en la puerta. Tú eres mi coartada, burro.

—Ya, supongo que sí —respondí, sin dejar de darle vueltas. A menos que te hayas saltado la recapitulación, sabrás que estaba a punto de ocurrírseme la posibilidad de que hubiera alguien tras el dinero, y fue justo en ese momento—. ¿Vas a decirme a quién le debes dinero?

Se enderezó de golpe y echó un vistazo alrededor del bar.

—¿Quieres dejar de gritarlo a los cuatro vientos? —siseó—. Además, ¿a qué cojones te refieres?

—El dinero que me pediste. Creo que se lo debes a alguien.

—Ernie, escúchame: ya no lo quiero. No si vas a seguir humillándome así. No te lo tendría que haber pedido. Sobreviviré.

—¿Para qué necesitas cincuenta mil dólares si no es para saldar una deuda?

—No le debo nada a nadie. —Hablaba con un tono firme; esa fue la última vez que lo dijo—. ¿Te parece que cambiemos de tema?

—Anoche hubo alguien en tu bungaló —le dije.

Ella entornó los ojos, arrugando las mejillas como si se hubiera comido algo en mal estado. La había sorprendido. No sé si por el hecho de que hubiera entrado alguien en su habitación o por que yo lo supiera.

—Cuando estabas en el mío —proseguí—. ¿Te acuerdas de que sonó el teléfono? Llamaron de tu habitación; lo sé porque cuando devolví la llamada respondiste tú. Creo que estaban

buscando algo, y debieron de darle sin querer al botón de marcado rápido.

—¿El Botas Verdes? ¿Crees que estuvo en mi bungaló? ¿Buscando el dinero?

—Se me ha pasado por la cabeza, sí.

—¿Que me cargué a un cobrador de deudas para protegerme?

—O que alguien lo mató para protegerte a ti.

Lo sopesó unos segundos. Al no ser detective, me estaba costando discernir si aquella pausa se debía a una ofensa o a una reflexión. Inclinó ligeramente la cabeza y respondió:

—Antes de que responda a esa indecente acusación: ¿te has decidido ya?

—¿Con lo del dine...? —Me acordé de lo que me había mascullado para que bajara la voz—. Tampoco es que haya tenido mucho...

—O sea, que no te has decidido.

—No me he decidido.

—Si supieras que mi vida corre peligro, ¿te decidirías más rápido?

Tamborileaba sobre la mesa. Yo alargué el brazo y le cogí la mano para tranquilizarla. Con toda la gravedad que fui capaz de reunir, que, en mi caso, tampoco es que sea mucha, dije:

—¿Es el caso?

Alcé la vista y me di cuenta de que estaba reprimiendo una sonrisa. Poco después, dejó que se le extendiera por el rostro.

—¡Anda ya! ¿Tú te oyes? ¿Cobradores de deudas? ¿Rollo la mafia? ¿Acaso tenemos gánsteres en Australia? Me da a mí que me estás prejuzgando solo porque soy sudamericana.

Frunció la nariz cómicamente.

—Eso serían más bien los cárteles, no la mafia —la corregí—. Y sería una mula, no un cobrador de deudas. Si hablamos de encasillarte, digo.

—Ah, bueno. Pues, en ese caso, espósame.

Alargó las muñecas con una docilidad fingida.

—Lo siento. Estoy agotado. No es excusa, pero a estas alturas ya me cuesta pensar con claridad.

—Te he puesto en un apuro. Oye, que te entiendo; que pinta rarísimo que te pida dinero y un día después aparezca el Botas Verdes congelado. Mira, te pedí el dinero porque tienes una bolsa llenita de billetes, y no creo que Michael se lo merezca, y, sí, me ayudaría a tapar algún que otro agujero, ya está. Pero es personal. ¿Te parece, por favor, que hablemos de otra cosa?

—Es posible que no te gusten los otros temas de conversación que tengo en la cabeza. —Ahí le arranqué una risita. Volvíamos a ser amigos—. A ver, ¿quieres fingir que te interesa cómo he dormido o si me gustó el pódcast que me puse de camino hasta aquí, cuya respuesta es «a ratos» en ambos casos, o quieres elegir entre el Lengua Negra o Lo Otro?

—Sinceramente, no es para tanto. —Le daba golpecitos a la taza con la cucharilla mientras hablaba; tal vez el ritmo la ayudara a evitar los recuerdos. Parecía más una acción pensada para aparentar indiferencia que un tic natural—. No es la primera vez que pierdo a un paciente.

Vale, tocaba Lo Otro.

—Y no quiero que parezca que no me afecta, porque no es verdad. Es una mierda. Siempre, sin excepción. Pero en el quirófano a veces hay complicaciones. Tenemos una tecnología alucinante, y medicinas incluso mejores, pero sigue habiendo riesgos hasta en las intervenciones menores. ¿Sabías que te puede dar una embolia si se te rompe un brazo?

—¿Es eso lo que pasó?

—Mira, soy humana. Y estoy ejerciendo una profesión. Hay días mejores y días peores.

—¿Me estás diciendo que cometiste una negligencia? Eres una cirujana fantástica, Sofía. Marcelo confió en ti para lo del hombro, y eso que lo necesitaba para el numerito de clavar el puño en la mesa de los tribunales. Fue una intervención a la altura de operarle la laringe a Beyoncé.

—Eres un exagerado. En cuanto a mi padre, ya sabes que le gusta controlarlo todo. —Volvió a golpear la taza con la cucharilla —. Lo he repasado mil veces mentalmente. Siendo sincera, diría que no, no cometí ninguna negligencia. Tomé las decisiones

correctas en aquel momento. Si tuviera que repetirlo, haría lo mismo. En la evaluación me exculparán. El problema es que las personas implicadas tienen una relación bastante... estrecha con los administradores del hospital, y la cosa se está alargando. Pero la gente tiene la lengua muy larga.

Sus ojos se fueron hacia Aloysia. No sabría decir si me lo imaginé, pero tuve la sensación de que Aloysia nos esquivaba la mirada, como si la de Sofía fuera una bola de billar blanca que rebotase contra la negra de Aloysia. Mi tía no estaba metida en el mundo de los médicos, y ciertamente no podría decirse que pudiera ejercer influencia alguna. Examiné al resto de los presentes. Andy había encontrado una baraja de cartas en algún sitio (o puede que la llevara siempre encima para hacer trucos básicos de cartas, algo que no me sorprendería en absoluto) y se estaba repartiendo una mano de solitario. Al otro lado del bar, Lucy se había puesto un cigarrillo entre los labios. Antes de que me acuses de mentiroso por lo del último cigarrillo, un camarero se le acercó y le dijo que tendría que salir fuera. Ella miró con anhelo la ventana azotada por la nieve, cuyos marcos gruñeron, y se lo guardó en el bolsillo.

Yo seguía pensando en Aloysia.

—Cuando evalúan algo así, ¿suelen mirar el alcohol? —pregunté.

—¿A qué viene eso ahora?

—Bueno, ya sabes cómo se pone Aloysia con el tema del alcohol. Y te lo ha echado en cara varias veces. Al principio pensaba que estaba mosqueada porque hubieras arruinado el finde con tus teorías criminales, pero ahora veo que te está pintando como una borracha inestable de la que no te puedes fiar, y los dos sabemos que no lo eres. Es como si se lo estuviera tomando como algo personal. —Sofía cogió aire para responder, pero cambié de opinión—. No, lo siento. Mira, es obvio que tengo que aprender a interrogar a la gente sin acusarla a la primera de cambio. Lo que digo es que sabes que está muy metida en lo de Alcohólicos Anónimos desde el accidente; la respetan y se lo conoce todo de pe a pa. Sería, de hecho, una buena aliada. Si el problema fuera ese,

claro. Puedes contar con nosotros.

Sofía resopló.

—Está por encima del bien y del mal, ¿eh? Poco te acuerdas si crees que fue entonces cuando dejó de beber. Que sí, a lo mejor un par de semanas. Estaba descontrolada, tío. Papá y Audrey tuvieron que aislarla por completo para que le diera una vuelta a su vida. Prefiero buscar consejos en otra parte.

Yo creía que el accidente y sus consecuencias y la rehabilitación de Aloysia habían ido de la mano, así que fue una sorpresa enterarme de que no había sido así.

—Vale, pero no me has contestado la pregunta.

—Me había tomado una copa de vino —respondió Sofía, dejando al fin la cucharilla en la mesa—. Ocho horas antes, como mínimo. Comiendo. Pero cuando ocurre algo así, no dejan piedra sin remover. Y si un becario dice que te vio en un bar (que, de hecho, era un restaurante) la noche antes, y, aunque no lo tiene del todo claro, afirma que estabas empinando el codo a base de bien, pues no ayuda, la verdad. A lo mejor el becario no lo vio bien, o te tiene ojeriza, o quizá alguien lo animó educadamente —se frota el pulgar con el índice y el corazón— a adornar un poco las cosas... Hay personas que pueden sacar tajada de esto. Es política. La lección es: no vayas a cenar al sitio adonde van a emborracharse todos los estudiantes de Medicina. Porque afirmar que estabas allí por la comida, como es mi caso, es lo mismo que decir que lees la *Playboy* por los artículos.

—A Ian Fleming le publicaron en la *Playboy* —respondí, sin tener claro si reforzaba su argumento. Pensé unos segundos hasta dar con algo más entre mis recuerdos—: Y a Atwood, de hecho.

—¡Exacto! Como he dicho, había ido a comer. Estaba en pleno uso de mis facultades. No fue una negligencia. Y, oye, a los médicos no les hacen las mismas pruebas que a los atletas. ¿Qué van a argumentar? ¿Que un becario me vio tomándome una copa de vino? Todas las muertes pasan por el forense en el plazo de un mes, vale, pero es que es una práctica de revisión estándar. No se basan en nada. No van a encontrar nada fuera de lugar.

Aquello me sonó a la retahíla de excusas que una persona da

cuando está dispuesta a defenderse, pero no se lo mencioné.

—¿Por qué no te representa Marcelo? —pregunté—. Que el hospital seguro que tiene abogados, pero él es mucho mejor.

—Insisto: todo es política. Además, ahora tú también eres abogado; ¿tienes planes la semana que viene?

Resoplé con sorna.

—¿Por qué se lo está tomando Aloysia como algo tan personal?

—Aloysia está cabreada porque..., bueno, pues porque ese es su estado natural, pero concretamente porque le llegaron los rumores y se me presentó con la misma pregunta que tú. Me ofreció ayuda, y cuando le conté lo mismo que te acabo de explicar a ti, no se lo tomó nada bien. Probablemente piense que ya no tengo remedio. Y, de todos modos, tampoco quiero ser un proyecto más para ella.

Asentí. Me cuadraba perfectamente con el carácter de Aloysia.

—Y ahora, lo creas o no, quiero hacerte unas preguntas.

—Me parece justo.

—¿Por qué lo haces? Tenemos a un policía aquí, deja que investigue él.

—Los dos sabemos que no es su primer día, sino el segundo. Y... —Golpeteé la ventana con los nudillos—. No tengo muy claro que los refuerzos sean capaces de subir hasta aquí.

—Eso sigue sin justificar que tengas que encargarte tú de resolverlo.

—Michael me ha pedido ayuda. Y creo que se lo debo.

—Deber, deber, deber. No te cansas de usar esa palabra. La familia no es una tarjeta de crédito.

Ojo: soy consciente de que esta es básicamente la típica escena de «¿por qué no te niegas?», quizá con unos buenos toques de «no te metas donde no te llaman». Soy consciente, y lo era ya entonces, de que esto suele ser una táctica para evitar que un investigador curioso (yo) descubra algo sobre la persona que le está recomendando que se retire (en este caso, Sofía). No debe confundirse con una escena de «estás fuera del caso», algo que sería problema de Crawford, no mío. Pero no dudaba de los

motivos de Sofía. Si me echaba atrás y Michael abandonaba el complejo esposado, me quedaría con el dinero. Y no lo conservaría otros tres años, ni mucho menos veinticinco; me lo gastaría. O se lo daría a alguien. No interpreté sus palabras como un intento de desviar la atención sobre ella, sino de eliminar a Michael de la ecuación y conseguir que el dinero estuviese al alcance de cualquiera. Y si quisiera incriminarlo, se habría esforzado mucho más y me habría incitado en lugar de advertirme. Estaba convencido de que sus motivos eran egoístas, pero no criminales.

—Ernest... —dijo alguien desde la puerta. Me giré y vi a Juliette mirando hacia el bar—. El agente Crawford dice que ya puedes venir.

Le hice un gesto con la mano, me puse en pie y, casi con tono de disculpa, le dije a Sofía:

—Creo que debería escucharlo. Al menos ver si tiene alguna coartada para anoche.

—Ah, bueno, acabáramos. —Me dio un golpe jocoso en el brazo—. Al final eran celos, mamonazo.

—No son...

—Vaya que sí. El Botas Verdes te da igual. Lo que quieres es saber dónde estuvieron Michael y Erin anoche.

Esta escena también debes de haberla reconocido. Es la de «el sexo es siempre una motivación».

—Me engañó. Nos engañó —admití—. Me pica la curiosidad.

—Dos veces, de hecho.

—¿Eh?

—Que te engañó dos veces. ¿Muebles? ¿Almacenes? No me jodas. Ese bicho es una monstruosidad. Además, seguro que sus cosas aún están en casa de Lucy, tal como las dejó. Seguían juntos cuando lo metieron en la cárcel, ¿te acuerdas?

Negó con la cabeza como si no estuviera diciendo más que obviedades.

—No te sigo.

—Que le preguntes lo que hay de verdad en el puñetero camión, Ernie.

Capítulo 17

Juliette me esperaba en el pasillo. En un primer momento, pensé que quizá había interpretado mi falta de movimiento como que era demasiado lerdo para seguir las flechas que dirigían a la Sala de Secado, hasta que me di cuenta de que me estaba guiando hacia la dirección opuesta. No tenía ni idea de adónde íbamos. Hay veces en que este tipo de libros vienen con mapas detrás de la cubierta delantera, y es posible que por la disposición del complejo hubiera sido útil en este momento.

—No nos hemos presentado en condiciones —le dije mientras dejábamos atrás carritos de mantenimiento que vomitaban mullidas toallas blancas—. La gente me llama Ern.

—¿De dónde viene?

—De Ernest.

—Pues así es como deberían llamarte, ¿no? —respondió con sequedad.

—Te llevarías de lujo con mi madre. —Esquivé una bandeja del servicio de habitaciones con una escena del crimen formada por dos latas de bebida energética aplastadas y el envoltorio de una tableta de chocolate encima—. A ella también la aburro.

Se detuvo frente a una puerta sin número (y, por tanto, no debía de ser para huéspedes, supuse) al final del pasillo e introdujo una llave en la cerradura. Se giró hacia mí antes de abrirla.

—Sé que estás impaciente por ver a tu hermano. No tardaremos. —Me fijé en que tenía los labios cortados por el viento, como suele pasar con los de los alpinistas, despellejados y agrietados, como si pudieras hundir un piolet y escalarlos—. Ah, y, a todo esto, yo me llamo Juliette. —Al fin una presentación. Mi editora acaba de dejar escapar un suspiro de alivio—. Te ayudé a poner las cadenas.

Me lo dijo como si aquello fuera nuevo para mí, así que le solté un «sí, me acuerdo» para corregirla, pero sonó mucho más ronco de lo que pretendía. Echando la vista atrás, fue algo más bien lujurioso. Ella me examinó unos segundos más.

—Está claro que te dejé huella. Ya me has invitado a conocer a tu madre. Y deja de mirarme los labios.

No le dije que lo que se me estaba pasando por la cabeza era pelárselos, no besarlos, pero, fuera cual fuera el motivo, me ruboricé.

Abrió la puerta y vi un despacho atestado con dos escritorios unidos en el centro. El sistema de archivo solo podía describirse como ciclónico; montañas y valles de papeles cubrían el suelo. Las paredes estaban llenas de estanterías, donde los papeles al menos estaban organizados en archivadores de un naranja intenso, aunque dichos archivadores, lo único que remitía remotamente a una cierta organización, estaban almacenados en horizontal. Pensé que era bastante atrevido que una persona que no sabía organizar una estantería juzgara mi ineptitud al volante, pero lo dejé pasar porque seguía avergonzado por lo de los labios. En mitad de cada escritorio había un mamotreto de ordenador con el que podías hacer pesas, conectados todos a unos teclados de ese tono blanco pastoso y descolorido que suele reservarse al plástico viejo de los accesorios de ordenador o a las sábanas de un adolescente.

Juliette se sentó en un sillón de cuero negro y empezó a repiquetear las duras teclas con una mano, mientras con la otra me hacía un gesto para que me acercara.

—¿Cuánto llevas aquí? —le pregunté, en parte para conocerla un poco mejor, pero también para saber de qué siglo era el ordenador.

—Me crie entre este albergue y un internado de Jindabyne —respondió con una voz monótona, más centrada en arrancar del escritorio el ratón, lleno de mugre fosilizada, con un plop—. Es un negocio familiar. Mi abuelo y unos amigos lo levantaron después de la guerra; querían aislarse un poco de la gente, creo. Yo me mudé a Queensland con veintitantos, pero solo porque escogí el sitio más cálido posible. Mi madre y mi padre asumieron la gestión

de la empresa, y luego se murieron, y, bueno, creo que hay una cierta inevitabilidad en estos temas familiares, porque volví hace seis años con la intención de venderlo y me atrapó, y hasta hoy.

—La familia es una fuerza de gravedad —dije.

—Algo así.

—¿En qué guerra combatió tu abuelo? He visto su medalla en la biblioteca.

—En la segunda. Y no, no. Esa medalla es de Frank.

—¿Frank?

—F-287, de hecho, pero mi abuelo lo llamaba Frank. El pájaro.

—¿La paloma disecada? —resoplé—. Estás de coña.

—Se llama medalla Dickin. Se la dan a los animales.

Recordé las palabras grabadas (TAMBIÉN SERVIMOS), y todo cobró sentido. El trozo de papel debía de ser el mensaje codificado, transportado por el aire más allá de las líneas enemigas, atado a la pata del ave. Disney tendría hecha una película con esa historia.

Juliette prosiguió.

—Mi favorita es la del gato que iba en un barco y al que le dieron una por levantar los ánimos y erradicar una plaga de ratas. No es broma. Mi yayo adoraba a ese pájaro; adiestró a toda una bandada, pero Frank era especial. Llevó un mapa con todas las ubicaciones de artillería enemiga, listas con las cifras de tropas, nombres, coordenadas... Y salvó incontables vidas. Mi abuelo pidió que la disecaran en cuanto regresó a casa. Es un poco raro exponerla, pero a mí me gusta. —Le dio un golpecito a la pantalla del ordenador—. Ah, aquí lo tengo.

Me estaba señalando el vídeo verdoso de una cámara de seguridad que se estaba reproduciendo en la pantalla y que ella había pausado. Deduje que la cámara debía de encontrarse en alguna parte encima de la puerta delantera del albergue, porque el ángulo estaba ligeramente inclinado hacia la montaña, y el encuadre incluía el aparcamiento, una buena porción de la carretera de entrada y las sombras piramidales de unos cuantos bungalós en el borde, desenfocados. No llegaba lo bastante lejos como para mostrar el lugar donde habían encontrado el cuerpo.

Había una marca de tiempo en la esquina inferior derecha, las diez de la noche pasadas. El tono verdoso debía de ser algún tipo de filtro de visión nocturna.

—¿Cuáles son esas habitaciones?

Señalé los bungalós.

—Los pares: dos, cuatro, seis y ocho.

Marcelo y Audrey estaban en el cinco, y por eso no aparecía en la pantalla. Sofía estaba en el dos, justo en el borde de la pantalla, y solo se le veía una parte del techo. En teoría yo debería haberme alojado en el seis, pero Aloysia y Andy se lo habían apropiado el día anterior porque su habitación no estaba lista. No sabía en cuál estaba Lucy.

—El cuatro es el mío —dije.

—Ya lo sé, señor Cunningham.

—Así que vas por ahí espiando a los huéspedes. Eso es invasión de la privacidad.

—¿Ah, sí?

Es posible que pienses que me estaba tirando los tejos, pero en ese punto yo no lo tenía tan claro. Por si sientes curiosidad, todavía faltan 106 páginas para que nos veas juntando los labios, y yo estaré desnudo.

—¿Hay alguien más en los bungalós? —pregunté.

—Solo vuestro grupo. La mitad están vacíos.

—Vale. ¿Esta cámara se mueve? El ángulo no es ninguna maravilla.

Negó con la cabeza.

—Si no la ancláramos a la base, saltaría por los aires cada vez que hubiera una tormenta. Además, no es una cámara de seguridad, sino de nieve. En teoría solo sirve para que la gente vea cómo está el complejo un día u otro, para que puedan organizar el viaje, saber si tienen que echar las cadenas... —Hizo una pausa para dejarme encajar el insulto—. Y la ropa adecuada, o comprobar si deberían contratar el transporte o no. Y son solo instantáneas, no hay vídeo.

Le dio al botón de «reproducir» y vi que, en efecto, no eran más que una serie de fotografías en un carrete que se tomaban una

cada tres minutos y que la hora de la esquina inferior izquierda avanzaba con cada imagen. Juliette dejó que se fueran sucediendo. De vez en cuando se veía alguna que otra mancha grisácea, personas volviendo a su bungaló, pero, por lo demás, era bastante inútil, porque la imagen era demasiado borrosa como para distinguir rasgo alguno. La única ventaja era que cubría parte de la carretera de entrada, pero, aun así, la foto debía ser lo bastante oportuna para capturar un coche en movimiento en ese intervalo de tres minutos. Sabía, después de haber tenido que hacer ese trayecto un par de veces, que la nieve dificultaba el tramo que separaba los bungalós del albergue, así que, a menos que alguien apretara el acelerador, cogería a la mayoría de los visitantes, aunque luego no pudieras identificarlos.

Juliette dejó que fuera girando el carrete. Debía de estar acelerado, porque las fotos no duraban en pantalla más de veinte segundos, no tres minutos. Justo antes de las once de la noche, una persona se dirigió al bungaló cuatro; yo sabía que era Sofía yendo a visitarme. Unos doce fotogramas más tarde, salió de plano de vuelta al bungaló dos. Era difícil distinguir la dirección o la intención a partir de una sombra informe, pero cuadraba lo suficiente con mi resumen. Tenía la esperanza de ver a alguien husmeando por el bungaló dos entre las dos fotos de Sofía, pero no hubo suerte. Quienquiera que fuera esquivó por completo el intervalo de los tres minutos, algo que solo podía ser o una chiripa de no creérsela o un movimiento bien planificado. La cinta seguía avanzando a lo largo de la noche sin nada destacable, tan solo algún que otro fumador del albergue y dos sombras cogidas de la mano mirando las estrellas. Valga decir que no vi a nadie subiendo la colina del campo de golf.

Después de que el reloj diera la una de la madrugada, Juliette agarró el ratón con fuerza. Buscaba algo, que encontró unas pocas fotos más tarde, y detuvo la reproducción.

—Esto me ha parecido interesante —me dijo—. El Botas Verdes no aparece en listas de huéspedes ni trabajadores, y nadie ha denunciado su desaparición en la montaña. He llamado por radio a los otros complejos y no se hablaba de otra cosa, pero

nadie sabe nada.

Juliette señaló una hoja del escritorio con una lista de nombres que supuse que corresponderían a los huéspedes, con pequeñas marcas oscuras junto a cada uno. Huéspedes identificados, pensé. Lucy ya me lo había contado, pero no estaba de más que me lo confirmaran.

No entendía por qué estaba tan interesada, por qué oscilaba entre esa voluntad de contarme lo justo para distraerme y el hecho de que allí arriba apenas pasara nada y se muriera por algo emocionante, cuando vi de reojo, debajo de la lista de nombres, un documento mucho más grueso con pósits marcapáginas amarillos y las palabras «firme aquí» sobresaliendo entre las hojas. A pesar de estar casi todo tapado, pude distinguir en la parte superior el logo de una inmobiliaria muy conocida. (Hay palabras que destacan en las novelas negras, ¿eh? No hay ninguna forma real de hablar con indirectas de cosas cuyas consecuencias son tan obvias, así que, mira, te lo dejo en negrita: **tenía un contrato de compraventa en el escritorio**.) Quizá no estuviera tan atrapada al fin y al cabo.

Juliette prosiguió.

—Lo que significa que el fiambre llegó en mitad de la noche. Así que tal vez ese sea él. —Señaló la pantalla—. He echado un ojo y el coche sigue en el aparcamiento. Podríamos pedirle a Crawford que comprobara la matrícula y nos diera el nombre.

Ese «podríamos» implicaba un nivel de complicidad que no me esperaba. Más que nada porque parecía que de todos nosotros, incluido el policía, Juliette había sido la que más había investigado. Se me volvió a recordar que yo solo era el protagonista en virtud de que soy quien escribe estas líneas, no por aptitud. Me acerqué a la pantalla. Había dos faros en la carretera. Era más fácil distinguir la dirección con los coches que con las personas, y era evidente que el vehículo se dirigía al aparcamiento. Y, a pesar de que los faros se reflejaran en el filtro de visión nocturna y sobreexpusieran la imagen, saltaba a la vista que era un todoterreno Mercedes.

—Ese es el coche de mi padrastro —la informé—. Marcelo. El de los gritos agresivos de esta mañana.

—Ah.

—Pero no llegó anoche. Almorzamos en el comedor privado. Debió de marcharse a algún lado y volvió más tarde.

No le dije que habían cancelado la cena porque mi madre no se encontraba bien, puesto que mi compromiso con la verdad lo tengo contigo, la persona que está leyendo esto, y no con Juliette, la perspicaz dueña del complejo. Con todo, me interesaba saber a qué hora se había ido, teniendo en cuenta que probablemente había tenido que mentir para tener una coartada. Aunque bien podría haber bajado la montaña en busca de una farmacia.

—Vuelve a última hora de la tarde; verás el Mercedes yéndose.

Juliette rebobinó las imágenes hasta dar con una instantánea de las luces traseras del Mercedes lejos, colina arriba, pero todavía en el plano, a eso de las siete de la tarde. Fue justo después de que Marcelo me llamara; yo debía de estar durmiendo.

—Joder —respondió ella, claramente mucho menos interesada con que alguien se hubiera ido un par de horas que con la llegada del Botas Verdes.

En mi caso, era justo lo contrario; las preguntas se me agolpaban en la cabeza. Marcelo había tenido que mentir para cancelar la cena e irse a alguna parte. Durante más de seis horas. ¿Qué se traía entre manos? Y ¿lo habría hecho a espaldas de mi madre, quien realmente estaba indispuesta y durmiendo en el bungaló? ¿O ella era cómplice? Las ventanillas estaban tintadas, así que resultaba difícil saber si iba alguien en el asiento del copiloto, y mucho menos quién conducía.

Juliette completó el peor de mis temores.

—Y ¿si subió a alguien más con él?

—¿Puedo ver el resto de las imágenes, hasta que se hizo de día? —pregunté. Juliette reanudó la presentación. A medida que iban pasando los intervalos de tres minutos, estaba lo bastante cerca del monitor como para notar la vibración estática de aquel mamotreto de pantalla en la nariz—. Si la víctima era de la zona, alguien tendría que haberla reconocido.

—Yo no vi el cuerpo, pero, repito, no falta nadie de las listas,

ni del equipo ni de los huéspedes. La cadena telefónica con el resto de los hoteles de aquí hasta el lago está que arde, y Crawford se ha puesto en contacto con su comisaría de Jindabyne: no hay ninguna denuncia por desaparición. Crawford dice que no quiere traumatizar a los huéspedes; no tiene sentido ir por ahí enseñando la foto de un muerto si, de todas formas, es un don nadie. Y debo decir que me parece bien. Esta gente ha pagado su alojamiento y, vamos a ver, invitar a un desayuno puede tapar algunas reseñas de TripAdvisor, pero hasta cierto punto. —Me abochorna admitirlo, pero en ese momento me hice una nota mental para decirle a Aloysia que podíamos pedir un desayuno gratis—. En las montañas hay accidentes, y nadie le da más vueltas. Podría ser un alpinista que se desorientó. Aquí los únicos que hablan de asesinato sois vosotros y vuestro clan. Y encima vais y animáis al poli novato este.

—Y ¿por qué me enseñas esto?

—Porque estás haciendo tantas preguntas que parece que no te lo crees. Y me he fijado en tu familia... Tampoco es que estéis limpios como una patena. Si ha sido un asesinato, tiene que haber un asesino. Estoy obligada a proteger a nuestros huéspedes hasta cierto punto.

Me ofendió un poco esa alusión a los antecedentes de mi familia, y me tensé.

—¿No deberías compartir estas pruebas...? —La palabra se me cayó de la boca con un golpe seco; por mucho que yo creyera que había sido un asesinato, hablábamos de un tipo muerto en la nieve, y hablar de «pruebas» lo formalizaba todo demasiado para mi gusto—. Información, quiero decir. ¿No deberías compartirla con Crawford y no conmigo?

—No conozco a Crawford; es evidente que lo enviaron como chico de los recados a atender un accidente. Ahora saben que es algo serio, y Martin, el sargento, subirá hasta aquí con sus inspectores si es necesario. Pero apostaría lo que fuera a que no va a poder atravesar esta tormenta en un futuro próximo, si es que no está atrapado ya. Y, coño, venga, de perdidos al río: creo que Crawford no tiene ni puta idea de lo que hace.

—Opino lo mismo —admití.

—Confieso que voy a caballo ganador. Aquí el abogado eres tú.

—No soy abogado. Soy escritor.

—Y ¿por qué ha dicho tu hermano que lo eras?

—No tengo ni idea. Ayudo a otras personas a escribir novela negra, así que supongo que se me da bastante bien prever los finales. A lo mejor piensa que puedo resolver el caso.

Hablaba con ese tipo de inflexión ascendente que indicaba que hasta yo era consciente de lo pobre que era aquella explicación, así que volví a centrarme en el vídeo.

La reproducción había pasado ya del amanecer y el filtro de visión nocturna se había apagado. La pantalla era ahora de un color gris mortecino en lugar de verde. El coche de Crawford aparecía en el plano, a las siete menos cuarto según la marca de tiempo, dirigiéndose hacia el albergue. No tenía las ventanillas tintadas, y veía a Crawford con un brazo estirado hacia el asiento del copiloto y la cabeza ladeada, dando un perfil clarísimo y bostezando con exageración. Debía de haber tenido que levantarse muy temprano para llegar aquí a esa hora.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo? —pregunté. No había visto ninguna sombra amorfa entre el momento en que el coche de Marcelo regresó y aquel en que llegó el agente Crawford: no había ni víctima ni asesino—. Quiero decir, ¿quién ha avisado? Tiene que haber sido temprano. No he visto a nadie traumatizado.

—Deberás preguntarle a Crawford. No lo tengo claro.

La pantalla había ido ganando brillo y los destellos blancos de la lente me hicieron entornar los ojos. Las fotos comenzaron a llenarse con las sombras de figuras más claramente humanas bajo la luz del día, ahora sin filtro alguno. En las dos o tres siguientes, las sombras se fueron agrupando y ascendieron la colina como hileras de hormigas. Me pareció vernos a Andy y a mí encontrándonos frente a mi bungaló, pero no podría asegurarlo. La mañana fue pasando ante nuestros ojos: la llegada del camión (en efecto, era absurdamente enorme); la congregación en la entrada, lo bastante cerca de la cámara como para distinguir los rostros de

las personas; el arresto de Michael. La foto de los cojones coincidió con el momento en que Erin lo abrazó y le metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros. Vamos, no me jodas.

—Me has dicho que estas imágenes eran para que la gente comprobara el tiempo antes de subir. Entiendo entonces que están en la página web, ¿no?

—Sí, es una retransmisión en directo. Y sí, es bastante obvio... La retransmisión está en la página de inicio.

—O sea, que si alguien tenía vuestra página web abierta, podría haberse organizado para moverse deliberadamente durante los intervalos entre las fotos y que no lo detectaran, ¿verdad?

—No habría podido con la cobertura que hay aquí.

—Cierto. Pero el ritmo no cambia nunca; se hace una foto cada tres minutos. Si lo sincronizas con tu reloj, ni siquiera necesitarías comprobar la retransmisión para moverte entre fotogramas.

—Supongo que no.

—Y Crawford tarda pongamos una hora en llegar aquí, y eso si le pisa. Y aun así no se ve pánico en la pantalla, nadie corre montaña arriba hasta más tarde, y no le notifican nada al hotel durante toda esa hora. Alguien encontró un cadáver, avisó a la policía y ¿qué? ¿Se volvió a meter en la cama?

—¿Crees que fue el asesino quien avisó? ¿Quería tener aquí a la policía?

—Una vez descartado lo imposible...

—... lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad —terminó—. Me encanta. Y sí, yo también me he leído prácticamente todo Sherlock Holmes. Estos albergues vacacionales son el portal de los calcetines perdidos que hay en la parte trasera de la lavadora, pero en este caso con los libros mohosos de tapa blanda: no los compra nadie, no los trae nadie, pero siempre están ahí. Soy bastante experta, la verdad. Total... Entiendo que todo tu plan se basa entonces en el método del descarte, ¿no?

—A ver —balbucí, porque ese era, efectivamente, todo mi plan—, me parece que es un punto de partida ampliamente aceptado.

Intenté no clavar la mirada en un trozo de piel especialmente largo en el labio inferior que pedía a gritos que alguien lo arrancara.

—«Ampliamente aceptado.» —Hablaba con un tono incrédulo pero jocoso—. Me fascina que ese tipo creara el ejemplo más famoso de resolución racional de problemas y que, por alguna razón, tengamos que olvidarnos de que estaba como una cabra.

—No lo sabía.

—Y ¿tú escribes novela negra? —Echó los brazos al aire—. De todas formas, no soporto los libros en los que el protagonista también es escritor.

Querida persona que estás leyendo estas líneas: aunque huelgue decir que he leído a Arthur Conan Doyle, técnicamente no entraría dentro de lo que conocemos como «edad de oro», así que, a pesar de adoptar un enfoque holmesiano en mi propia investigación, no escribo sobre él. Y eso fue lo que le expliqué a Juliette.

—Me interesan más personajes como Ronald Knox. Formaba parte de un grupo de escritores de novela negra de los años treinta. Igualmente, yo no escribo novelas, sino guías sobre cómo escribirlas. Del rollo: *Diez pasos para escribir tu primera novela de misterio*; *Cómo ser un superventas de Amazon*. Ese tipo de cosas.

—Ah, bueno, acabáramos. Escribes libros sobre cómo escribir libros que nunca has escrito y se los vendes a personas que en su vida escribirán nada.

Sinceramente, había dado en el clavo. Te sorprendería saber cuántos novelistas frustrados están dispuestos a gastarse 1,99 dólares solo por sentir que están progresando. Mis libros no son malos, pero mi objetivo real no es ayudar a los escritores, sino conseguir que se sientan realizados. No me satisface, pero tampoco me avergüenza.

—Me da para comer.

—Y ¿quién es ese Knox? —preguntó.

—Escribió una serie de reglas para la ficción detectivesca en 1929. En mis libros, las contrapongo a las novelas de asesinatos contemporáneas. La ficción actual las ignora casi por completo, o

las destroza, porque suelen optar por hacer trampas. Él se refería a esas reglas como sus diez mandamientos. Conan Doyle es anterior a Knox. ¿Por qué dices que estaba como una cabra?

—Hostia, pues porque creía en las hadas. Intentó darles caza. Después de que murieran su primera esposa y su hijo, trató de hablar con ellos mediante sesiones de espiritismo. Creía que su niñera era médium. El tipo estaba desquiciado, e intentó convencer a Houdini, quien había admitido abiertamente que la magia no era real, de que Houdini en sí mismo era magia.

—Ese es uno de los mandamientos —dije, e hice una pausa para reflexionar sobre si un hombre muerto en un incendio y que no había derretido ni un copo de nieve podía contar como algo de otro mundo—. El segundo, de hecho. Nada de cosas sobrenaturales.

—¿Crees entonces que tu hermano te pidió ayuda a ti y solo a ti por esas reglas? Muy atrevido me parece a mí.

—No. Creo que me pidió ayuda porque soy el menos Cunningham de los Cunningham.

—Y ¿eso qué significa?

—Que no soy de mi «clan».

Mi intención era que sonara jocoso (¿no?), pero acabé sonando más bien mordaz. Erré el tiro.

—No quería decir… —El pensamiento se desinfló a medio camino. Negó con la cabeza, cerró la ventana del ordenador y se puso en pie—. Mira, tienes razón. Debería compartir esto con Crawford. Y quiera Dios que no ande por ahí suelto un asesino de verdad, porque nuestras vidas están en manos de un escritor. A lo mejor podemos darle una paliza de muerte con uno de tus libros de tapa dura.

—Solo digital. —Sonó casi como un quejido—. Me autopublico.

—Bueno… —Se sujetó la barriga como si fuera lo más gracioso del mundo—. Si pretendes resolver lo que cojones esté pasando aquí arriba, espero que hayas leído algo más que Sherlock Holmes, porque Arthur Conan Doyle creía hasta en los fantasmas.

Capítulo 18

Antes de hablar con mi hermano mayor en la Sala de Secado, me gustaría contarte algunas cosas sobre mi hermano pequeño. La primera es que se llama Jeremy. La segunda es que no estoy cien por cien seguro del tiempo verbal que acabo de usar: se sigue llamando Jeremy, pero también podría decirse que se llamaba Jeremy. Supongo que las dos opciones son correctas. Y, por favor, no confundas mi falta de aptitud gramatical con poca honestidad. La tercera es que cuando murió yo estaba sentado a su lado.

Me cuesta escribir esto, y no solo por la escayola que tengo en el brazo.

A Jeremy nunca lo llamamos por otra cosa que no fuera su nombre. Me he dado cuenta de que es algo típico cuando alguien muere joven. Como si no hubieran vivido lo suficiente para heredar el apellido. Sofía quizá discreparía, porque lo que importa no es la sangre ni lo que ponga en la partida de nacimiento, pero aún sigue preocupándose por el orden de los apellidos en torno al guion. Por eso puedes pasar de Ernest, mientras practicas la rígida E mayúscula una y otra vez con una cera colorida, a Cunners, en el equipo de fútbol de segundo, o a señor Cunningham, hablándole a la cabeza de serpiente del micrófono de un tribunal, o a «Ernest James Cunningham» impreso dentro de una corona, en un panfleto que entregaron en la entrada de una iglesia. Porque recuperas el nombre cuando mueres, todo, al completo. En eso también me he fijado. Esa es la herencia. Por eso Jeremy nunca pasó del Jeremy.

No digo que no sea un Cunningham, porque sí que lo es, en el sentido más profundo y verdadero de la palabra. Pero llamarlo «Jeremy Cunningham» creo que lo empequeñece al vincularlo a nosotros. Como Cunningham, forma parte de esos sueños que me despiertan con la boca seca y náuseas. Sin apellido que lo ate,

forma parte del cielo, del viento, de la mente.

Los nombres también son importantes en las novelas negras, o eso creo yo. He leído muchísimos desenlaces en los que el detective desentraña un alias y revela un significado oculto (por ejemplo, Rebus significa puzle, por si no lo sabías), o tal vez un desconcertante anagrama tras el nombre. Cómo les gusta un buen anagrama a las novelas de misterio. A pesar de que la mayoría de los nombres de este libro son reales, he modificado algunos por motivos legales y otros por pura diversión, así que si recoges los nombres de todos los personajes y haces algunas deducciones, es posible que destripes alguna sorpresa. No me importa que optes por esa opción. Yo me llamo Ernest, sin trampa ni cartón: no hay ningún significado oculto ahí.

Juliette Henderson (anagrama: «ten, herejes indulto», interprétalo como quieras) me había encomendado el reto de orientarme hasta la Sala de Secado guiándome solo por las flechas pintadas. Creo que se llevó un chasco al no verme muy entusiasmado ante la posibilidad de que formáramos un dúo que resolviera crímenes. A juzgar por el contrato sin firmar de la mesa y su mención indiferente de las valoraciones de TripAdvisor, concluí que sus motivaciones para investigar la muerte iban más allá de la mera curiosidad que le provocaba haber leído tantas novelas de misterio, o incluso del deber de cuidar de sus huéspedes: quería proteger el valor de la propiedad. Tal vez creyera que una investigación por asesinato podía disuadir a un comprador potencial. Sobre todo si la venta era inminente, que es lo que parecía.

Crawford —sobre quien acabo de darme cuenta de que nos hemos dirigido intuitivamente a él por el apellido, lo típico con los agentes de policía (algo que tiene sentido, porque si Jeremy vale más que su apellido, Crawford, minúsculo bajo la placa, es más pequeño que su nombre de pila)— se levantó cuando me vio acercarme. Le estreché la mano; me pareció lo propio si pretendía mantener el aire de abogado.

—Juliette ha encontrado pruebas que podrían interesarte. Imágenes de la carretera de entrada, por si te sirve de algo —le

dije—. Lo que me escama es que nadie ha perdido los nervios hasta que se ha hecho de día, pero alguien debió de llamarte...

—... antes del amanecer —terminó él—. Sí. Tardé como una hora en subir hasta aquí. Un poco menos.

—¿Te dijeron el nombre?

—No lo sé. Estuve con el radar toda la noche, así que no cogí la llamada en comisaría.

—¿Por qué? Juliette me ha dicho que no eres el sargento habitual... El sargento...

Ya me había olvidado del nombre del sargento; paladeé varias vocales en la lengua. Crawford no me ayudó, sino que se limitó a encogerse de hombros.

—Yo estaba más cerca.

—Y cuando llegaste, ¿había alguien más cerca del cuerpo?

Ya me sabía la respuesta a esa pregunta, pero quería que me lo confirmara.

—Pues esperaba encontrarme un circo cuando llegara, pero no puedo afirmar algo que no ocurrió.

Volví a pensar en los tres pares de huellas: uno para la víctima, otro para el policía y otro para el asesino. Esto reforzaba la teoría de que el cuerpo no lo había encontrado nadie; el asesino debió de ser quien dio el aviso.

—Y seguimos sin saber quién es el muerto. —Yo hablaba con un cierto desaliento, con la esperanza de que quizá forzara a Crawford a compartir conmigo más información para animarme—. ¿Podrías darme una copia de la foto de la víctima? —Hice una pausa antes de añadir—: En calidad de abogado.

Me pareció una petición plausible y seria, propia de un abogado.

—Pero he oído por ahí que no eres abogado, ¿me equivoco? —respondió Crawford—. Me lo ha dicho tu padre.

—Padrastro —le espeté, consciente de que me hacía quedar como un adolescente. Marcelo, a pesar de haber intentado ponerse de mi parte, debía de haberle dicho que no estaba cualificado con la esperanza de suplantarme. Si no me equivocaba con que Michael quería aislarse en una habitación con llave, tampoco se me

escapaba que Marcelo estaba esforzándose todo lo posible por entrar—. Hago lo que puedo. Ni que me hubiera elegido yo.

—Hay niños en el albergue. No puedo arriesgarme a que la foto corra por ahí. ¿Lo entiendes?

Asentí, dispuesto a llegar a un acuerdo.

—Puede que no sea abogado, pero sé que no puedes retenerlo ahí. Que esté dispuesto a cooperar no significa que no tenga derechos. —Levanté las manos en un gesto que confiaba en que recibiera como una ineptitud inocente—. Y, mira, no tengo ni idea de cuáles son esos derechos, pero sé que por aquí no vamos bien.

Señalé la pesada puerta de madera, algo hinchada por la humedad, de la que colgaba un cartel de plástico blanco con un par de botas dibujadas.

—A mí me ha dicho que ya le iba bien.

—No me refiero a eso —repliqué—. Si tus sospechas se basan en que lo soltaron de la cárcel antes de lo que él nos comunicó, la coartada de Erin también está ligada al paradero de él, y no la veo encerrada.

—¿Me estás llamando machista?

—Ciego, en todo caso.

—Bueno, pero ella no es una Cunningham, ¿no?

—Ya veo. Me alegro de que nos entendamos. —Por lo visto, los nombres también eran importantes para Crawford—. Ahora me pareces un incompetente. Déjame entrar para que yo siga fingiendo que soy abogado y tú puedas seguir haciéndote pasar por inspector.

—Mira que te importa, ¿eh? Y eso que testificaste en su contra. —Crawford ladeó ligeramente la cabeza. Yo me mordí la lengua, pero me sacaba de quicio ver que sabía mucho más de mí que por la mañana. Joder con Marcelo. El pestillo de la puerta era un simple pasador, sin candado. Crawford lo descorrió con la punta de un dedo (era alta seguridad), pero se echó a un lado, invitándome a mí a abrir la puerta—. Yo me crie sin hermanos, así que tampoco puedo decirte que lo entienda. La familia es la familia, supongo.

—Si puedo confirmar dónde se encontraba anoche y que no

estuvo aquí, tendrás que soltarlo, o al menos trasladarlo a una habitación en condiciones. ¿Entendido?

Hablaba en serio, pero también tenía un tufillo legal, y quería tener la última palabra. Crawford hizo un gesto vacilante con la barbilla, casi imperceptible. Se me ocurrió decirle una última cosa.

—Ah, y no hables con él sin que esté yo presente. O lo que sea que suelen decir los abogados.

Abrí la puerta.

Si en el vestíbulo flotaba el olor a humedad que esperarías de un albergue de esquí, la Sala de Secado olía a naufragio. Estaba pensada para que la gente se arrancara el equipo de nieve sudado y mojado y lo dejara allí tirado toda la noche para luego recogerlo, semiseco, por la mañana, así que era un espacio hermético que impedía que se escaparan el calor y los olores: la puerta revestida de goma emitió un fuerte sonido al perder el vacío. Habría necesitado branquias para respirar en aquel aire viciado y húmedo. Casi podía sentir las esporas de moho en la nariz. Decir que olía a pies habría sido faltarle al respeto a los pies.

Era un espacio estrecho y largo, delimitado por filas de baúles con las tapas abiertas, hasta los topes de botas de nieve desatadas. Le habían sacado las plantillas a la mayoría de los pares y colgaban como lenguas inertes, o las habían extraído del todo y apoyado contra las paredes, y era lo que emitía casi todo el hedor. Encima de los baúles había perchas con chaquetas de nieve, impermeables y las entrañas de más botas pendiendo de los colgadores. Delante de un calentador pequeño habían colocado un tendedero endeble lleno de calcetines. Lo más incomprensible era que la habitación estaba enmoquetada y el suelo absorbía toda la humedad. Daba sensación de esponja, y rezumaba ligeramente bajo mis pies. La sala estaba iluminada solo por un radiador al rojo vivo al fondo, encima de una única ventana que no se podía abrir. Un montículo de nieve presionaba el vidrio desde fuera y bloqueaba la luz natural.

Michael estaba sentado debajo de la ventana, encima de uno

de los baúles, en este caso cerrado, adornado con varios cojines arrojados apresuradamente con la pretensión de ofrecerle una cierta comodidad. Tenía una bandeja del servicio de habitaciones con una lata de Coca-Cola y migajas de un bocadillo encima. Estaba sin esposas ni chaqueta, y se había arremangado la camisa. La reputación de desobediencia civil que nos habíamos granjeado los Cunningham pesaba algo más que nuestras raquíticas constituciones. Es decir, que nadie nos habría confundido con un equipo de fútbol. Sin la chaqueta acolchada puesta, Michael rompía la norma.

—Estás cuadrado —dije—. ¿Es cosa de la cárcel?

Michael hizo un gesto de cabeza hacia la silla que tenía frente a él. La lámpara térmica anaranjada emitió un intenso zumbido.

—Habría cerrado —comencé; había dejado la puerta entornada—, pero no quiero que nos asfixiemos. —No mentía, pero tampoco era la única razón por la que la había dejado abierta. Hablaba sin parar, desesperado por encontrar sonidos que llenaran la sala, rezagado todavía cerca de la entrada. Si a estas alturas no te has dado cuenta de que recurro al humor como mecanismo de defensa, yo ya no sé qué decirte—. Sabes que Marcelo se dedica a esto, ¿verdad? Por si no estabas al tanto.

—Siéntate, Ern.

Aspiré una bocanada de aire viciado para tener tiempo de reunir coraje y me acerqué a la silla. Me senté. Nuestras rodillas se rozaron. Yo eché la silla atrás. Michael me examinó de arriba abajo. Al principio me pareció que tenía una mirada reflexiva, curiosa, mientras me repasaba las arrugas que me habían salido en el rostro, contemplando lo mucho que podían llegar a maltratarte aquellos tres años. Y luego se me ocurrió otra posibilidad: que estuviera analizando a su próxima presa.

—He estado pensando en Jeremy —dijo—. Soy consciente de que a lo mejor eras demasiado joven como para acordarte de él. ¿O no?

Me pareció un punto de partida inusual, pero deduje que lo mejor era seguirle el juego.

—A medias —respondí—. A ver..., bueno, a veces me

pregunto si realmente me acuerdo de él o si he absorbido suficientes descripciones como para que mi cerebro haya hilvanado algo más. Hay momentos en que no tengo claro qué partes son reales y cuáles no son más que lagunas que he rellenado yo por mi cuenta. —Solo tenía seis años, y sé que me pasé prácticamente todo el día durmiendo, así que la mayor parte de lo que recuerdo debe de ser una reconstrucción—. Sueño, y es extraño, porque a veces tengo la sensación de que estoy soñando los recuerdos de otra persona. A veces él..., bueno, a veces no se...

No terminé la frase.

—Te entiendo. —Michael se frotó la frente en una extraña imitación del gesto que hizo la noche que se presentó en mi casa con Alan Holton en el coche y la pequeña marca que le había dejado el volante—. Sé que mamá no se ha portado bien contigo. Creo que eras demasiado pequeño para ser consciente de lo duro que fue. Porque, de un plumazo, la familia pasó de cinco a tres miembros. Tal cual.

Chasqueó los dedos y yo asentí, recordando a los padres de acogida que compartimos cuando a Audrey le retiraron la custodia.

—Y cuando por fin nos recuperó..., bueno, no es que no quisiera perdernos; lo que no quiere es que nos perdamos los unos a los otros. ¿Se te ha pasado eso alguna vez por la cabeza?

No le dije: «Constantemente». Ni: «Esto es culpa tuya». Ni tampoco: «La familia no es una tarjeta de crédito».

—Me acuerdo muchísimo de Jeremy —dije en cambio, con evasivas.

—Y los tres, tú, mamá y yo, perdimos a un padre y a un hermano en un solo año. No fue casual que esperara tanto para organizar el funeral de Jeremy. Te acuerdas, ¿verdad? Creo que no fue capaz de soportar dos funerales seguidos.

—Ya, pero siete años me parece bastante tiempo —contesté. Yo era un adolescente cuando celebramos una humilde ceremonia en recuerdo de Jeremy. El día de su cumpleaños.

—En aquel momento me alegré, sentí que era lo bastante mayor para comprenderlo, para apreciarlo. ¿No te parece que, en cierta manera, nos unió más? A lo que voy: no había nada —le

hablaba al suelo, negando con la cabeza a cada palabra—, ni una palanca, ni una guerra, ni una puta invasión extraterrestre, que hubiera podido separar a los Cunningham. Y luego... —levantó la mirada y me señaló el pecho—, tú lo conseguiste.

Me estremecí, agachando la cabeza para evitar el contacto visual, y me fijé en que sobre la bandeja del servicio de habitaciones había un tenedor y ningún cuchillo. Tenía una milésima de segundo para decidir si habrían optado por no proporcionárselo por razones de seguridad o si se lo habría escondido y sin previo aviso se lo sacaría de la manga.

—Si estoy aquí para que me digas que no fue culpa tuya, te pido que vayas al grano.

—Maté a Alan Holton.

Hablaba despacio, con prudencia. Sentí el impulso de meterme los dedos en las orejas y sacar la lengua, como un crío. Estaba repasando mentalmente todas las posibilidades. No quería oír que escogió a una víctima al azar y la asesinó en la nieve, lo mucho que le alegraba estar encerrado en aquella habitación fétida solo para poder verse conmigo a solas. Ni que lo había planeado con Lucy, que era quien había sugerido la Sala de Secado. Me negaba a que lo último que oyera fuera a mi hermano mofándose de mí. Que se había acostado con mi mujer. (Vale, sí, me importaba. Un poco.) Quería girar la silla y echar a correr hacia la puerta, pero primero tenía que levantarme y darme la vuelta; lo tendría encima antes de dar el primer paso. Y si tenía un cuchillo...

Concluí que no me quedaba otra que negociar con él.

—Tengo el dine...

—Lo hice adrede. —Michael me silenció levantando una mano al aire—. Le apreté el cuello con las manos hasta que dejó de moverse. Y luego tú, mi hermano, me enviaste a prisión.

Acto seguido, se abalanzó sobre mí a la velocidad de una serpiente de cascabel.

De repente, todos mis pensamientos se pintaron de blanco, como si la ventisca rugiera también en mi cabeza o ya estuviera muerto y no lo supiera, y Michael me rodeó con los brazos la...

... espalda.

La espalda. No la garganta. Y no había cuchillo. Me estaba abrazando. Yo le correspondí con cautela, agarrándolo por los hombros. Había mucho que agarrar.

—Gracias —me susurró al hombro. Yo me quedé perplejo, sin saber todavía si había muerto y tratando de decidir si un «de nada» sería una muestra de respeto o algo ridículo dadas las circunstancias. Resopló—. Estoy seguro de que no hay nadie de la familia que te haya dicho que hiciste lo correcto, y que yo soy el último del que habrías esperado oírlo.

—Más o menos, la verdad.

—Lucy pensó que este sitio sería un castigo, pero es perfecto —añadió, echando un vistazo alrededor de la sala—. Porque aquí estoy a salvo.

—¿De quién?

—No me fío de nadie. Tú eres la única persona con la que puedo hablar porque fuiste el único dispuesto a alzar la voz en aquel tribunal y condenarme. Lo que significa que sé que me ayudarás a hacer lo correcto. Soy consciente de que hace calor y apenas hay aire, pero de verdad te digo que deberías replantearte lo de cerrar la puerta. Porque ya te he dicho que maté a Alan adrede, pero ahora voy a contarte el porqué.

Capítulo 19

—He tenido tres años para decidir cómo contarte esto —dijo Michael en cuanto cerré la puerta. Saltaba a la vista que, a pesar del tiempo, no había podido ensayar una frase de apertura—. La cárcel te da perspectiva y te hace sentir que todo se detiene mientras el mundo sigue girando a tu alrededor. Y te permite observarlo. Te mentiría si te dijera que no he desarrollado una cierta percepción espiritual.

Debí de arquear las cejas, porque se puso a la defensiva.

—No voy a meterme en mierdas sobre el sentido de la vida, pero cuando matas a alguien, perdón, cuando decides matar a alguien, toca replantearse algunas cosas. ¿Me sigues?

—No —respondí, porque no lo seguía. Aunque, en el momento en que escribo esto, me puedo hacer una idea.

—No sé cómo explicarte lo que sentí al atacar a Alan. Estaba como en un trance, todo me parecía mecánico. Como si no tuviera el control... —Alargó una mano en un gesto de disculpa—. Sé lo que parece, pero no me estoy excusando. Lo que intento decirte es que no sé qué habría hecho después. El mal que podría haber causado. A quién más podría haberle hecho daño. Me he pasado tres años en la cárcel rodeado de asesinos, Ern. Y yo pensaba que había matado por..., bueno, por algo. Por algo más importante que yo. Y luego me vi allí, con personas que se felicitaban por lo que habían hecho y, hostia puta, los motivos por los que habían matado eran insignificantes. —Negó con la cabeza; se estaba dispersando y cabreando consigo mismo. Parpadeó varias veces y respiró para retomar el hilo—. Lo siento. Lo que intento es hacerte ver cuánto vale una vida. ¿Sabes? Mira la demanda de Sofía. La familia le exige millones al hospital... No me acuerdo de la cifra que me dijo Erin. La cosa es que se sentaron a una mesa con un

puñado de abogados y removieron papeles hasta decidirse por una cifra. Decidieron que «nuestro hijo vale esto».

—Sofía no tiene nada que ver con esa historia.

Me sorprendió la firmeza con que la defendí, teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, ocultaba algo que valía cincuenta mil dólares.

—Ya lo sé. Pero estoy intentando explicártelo. Tuve la vida de Alan en mis manos y sopesé cuánto valía. Y cuánto valía para mí acabar con ella.

—Decidiste que tu vida valía más que la de Alan.

Comprendí que Michael no me estaba confesando un gran secreto, sino contándome lo que se había repetido para poder vivir con lo que había hecho. Estaba intentando venderme que la muerte de Alan valía la pena. Nada nuevo. Tomé una decisión y negué con la cabeza. Me había rendido.

—Quédate el dinero. He traído la bolsa.

—No, no hablo de dinero, ni nada por el estilo, sino del coste. Es extraño sentir lo que vale una vida. Es lo único que digo.

Lo noté pensativo unos segundos, consciente de que no me había convencido. Sus ojos reflejaban el fulgor del radiador con un brillo algo malévolo. Casi parecía una amenaza. Como si me estuviera diciendo que ya había comparado el valor de una vida con el de la bolsa de dinero, y que no le temblaría la mano si tuviera que valorar también la mía. No sé si fueron imaginaciones mías, pero el muro gris de nieve que se agolpaba contra la ventana me pareció de repente tremendamente opresivo. Me figuré la tormenta creciente del exterior, la presión que ejercía contra el cristal, como si en cualquier momento pudiera entrar en la sala y enterrarnos. En ese momento, dijo:

—Y ¿sabes qué es aún más extraño? Darte cuenta de que te equivocaste.

No tenía claro si estaba intentando decirme que no estaba satisfecho con el premio que recibió o con el que había pagado, y se lo pregunté, aunque, para qué nos vamos a engañar, de una forma mucho menos elocuente que como me he expresado aquí.

—Lo que intento decirte es que he aprendido de mis errores y

que jamás volveré a optar por la violencia. Y ¿tú sigues pensando que aquí la cuestión es el dinero? —me espetó Michael.

—¿No lo es?

—El dinero no... Mira, el dinero tendría que haber sido nuestro desde el principio, ¿vale? Que para eso nosotros dimos la vida por él. Lo justo es que paguen por lo que han hecho.

«Nuestro dinero.» Ya estábamos otra vez. Pero ¿quién era la otra parte del «nosotros»? ¿Un Cunningham? Abrí la boca para hacerle otra pregunta, pero la ruleta que tenía en la cabeza se detuvo en una idea.

Michael me había dicho que el dinero era nuestro la noche que Alan murió. Yo creí que se refería a que nos lo merecíamos, que se lo había ganado, ya fuera robando o matando, y que estaba más que invitado a compartirlo. Pocas horas antes, Erin me había susurrado al oído: «El dinero es de la familia». Pensaba que se refería a lo mismo: reclamaba su parte del pastel y me invitaba a que hiciera lo propio. Michael y Erin me habían estado diciendo la verdad desde el principio y a mí se me había pasado por alto. Hablaban de una propiedad literal.

En ese momento, recordé el mar de telarañas del claro y a Michael encorvado sobre un hombre moribundo. Sopesando su decisión. Poniéndole valor a una vida. Todo cobró sentido, hasta lo de que Michael supiera la cantidad de dinero de la bolsa sin haberlo contado: 267.000 dólares.

Hay que joderse. Por fin he resuelto algo.

—El dinero no es robado —aventuré—. Es tuyo. No te viste involucrado por casualidad. Conocías a Alan. ¿Te había vendido algo?

A Michael se le iluminaron los ojos cuando cayó en la cuenta de que yo ya estaba listo para oír su historia, la creyera o no. Sé que lo del brillo de los ojos es un cliché, pero en este caso es cierto, aunque bien podría haber sido una subida de tensión en el viejo cableado del hotel lo que hizo que la luz del radiador cobrara intensidad.

—Supongo que tendría que hablarte de Alan Holton. Y de por qué conocía a papá.

Aquello me cogió por sorpresa. Me alegré de haber cerrado la puerta.

—¿Papá conocía a Alan?

Michael asintió con sinceridad.

—Lo que voy a contarte te va a sonar..., bueno, te va a sonar raro. Déjame hablar, ¿vale? —Tomó mi silencio como aprobación y continuó—: Holton era un poli.

—¿Un poli?

Sentí la necesidad física de bajarme las cejas de la frente con los dedos, pero me resistí.

—Retirado.

—Obviamente. Ahora está retirado de todo, ¿no? —Sabía que mi comentario era pueril, pero fue lo único que me salió mientras procesaba el resto—. No tiene ningún sentido. No me creo que solo te cayeran tres años por matar a un poli.

—No. A ver, digo que estaba retirado cuando lo de... aquella noche. Era poli. Digamos que... —giró los dedos—... cayó en desgracia. A lo bestia. Y por eso acabó encadenando curros de mierda y al final reunió algo de dinero vendiendo baratijas de segunda mano. Era camello, ladrón y sintecho a tiempo parcial. Y un lastre a tiempo completo. Marcelo pudo presentarlo como un criminal de poca monta porque el tiempo que ejerció como policía no fue... un ejemplo brillante de una fuerza noble. De hecho, por eso la acusación aceptó el acuerdo de tres años, porque si Marcelo hubiera tenido que sacar esa historia en el tribunal... Bueno, digamos que hay personas que preferirían que no saliera a la luz. —Tenía sentido—. Marcelo compartió el pasado de Alan con el juez a puerta cerrada, y la acusación aceptó el trato. Tres años. ¿Me sigues?

—A medias. ¿Qué tiene esto que ver con papá?

—A eso voy.

—La nieve se está derritiendo. Me suena que puedo cobrarte cada seis minutos, ahora que se ve que soy abogado.

—Creo que te he pagado por adelantado, Ern.

No sabía cómo replicarle. La verdad no se lleva bien con las respuestas ingeniosas.

Michael le dio un sorbo a la Coca-Cola y torció el gesto, probablemente por el gusto a pie que debía de haberse colado dentro de la lata abierta, antes de continuar.

—Total, que Alan se puso en contacto conmigo. Sin venir a cuento, ¿eh? Yo no quería problemas. Me dijo que tenía algo que yo quería. Y que estaba dispuesto a vendérmelo. De hecho, me dijo que también había hablado contigo. Por eso te lo llevé a casa aquella noche, porque pensé que si te contaba lo que me había dicho, a lo mejor... comprenderías lo que había pasado.

—A lo mejor te lo dijo para que lo creyeras. —Me recosté en la silla—. Pero a mí no me metas. No lo conocía.

—Sí y no. —Michael se encogió de hombros, como si fuera una cuestión de opiniones que yo conociera o no a alguien. Antes de que pudiera discutírselo, prosiguió—: Obviamente, supuse que no se había puesto en contacto contigo. Lo supe en cuanto vi lo perplejo y confuso que estabas aquella mañana, por no mencionar que no cambiaste tu declaración después de enterarte de cómo se llamaba. Pero lo conocías.

Estaba a punto de refutárselo cuando se inclinó hacia delante y, con un único dedo, me lo hundió en tres partes del cuerpo: la barriga, la cadera y el centro del pecho. Fueron movimientos lentos, rítmicos, cada toque un tiempo. Pude oír la cadencia de unas palabras recordadas en la cabeza, sincronizadas con sus movimientos, sin que Michael tuviera que pronunciarlas.

«Le diré dónde le disparé. Aquí, aquí y aquí.»

Capítulo 20

—Me he pasado casi toda la vida intentando olvidarme de papá —mascullé.

Estaba tratando de poner en orden lo más rápido posible todo lo que Michael me había dicho y, al mismo tiempo, separar las verdades de las mentiras. Había decidido mantenerme al margen de las circunstancias que rodearon la muerte de papá; siempre había pensado que no merecía mi atención después de lo que había hecho y de cómo había muerto. Que acaben contigo en un tiroteo con la policía no tiene nada de glorioso. No fue una muerte valiente ni de la que sentirse orgulloso. Fue una muerte para olvidar. Por eso el nombre de Alan no me había encendido ninguna bombilla durante el juicio de Michael. Y si Marcelo persuadió al tribunal para que aceptara una declaración de culpabilidad temprana a cambio de suprimir cualquier historia sórdida de Alan, quizá no me habría enterado nunca. Rebusqué en la memoria hasta dar con el hombre plantado frente a mi madre mientras le manchaba el vestido con nata. ¿Vi una chapa dorada en la que ponía HOLTON? ¿O no sería más que un recuerdo reconstruido a partir de la información que me acababa de proporcionar Michael? ¿Sería uno de esos momentos, como le había comentado poco antes, en que perdía de vista qué partes eran reales y cuáles estaba rellenando yo? Te pido disculpas; un narrador fiable no hace estas cosas. ¿Acaso llevaban los policías placas identificativas?

Aparté todos esos pensamientos y, ante la sorpresa de Michael, dije:

—Estamos en las mismas. No significa que tengas derecho a hacer lo que le hiciste a Alan. Y tampoco lo que Alan le hizo a papá. Pero... —Era consciente de que en ese momento estaba adoptando una postura muy poco Cunningham, confraternizando

con el enemigo—. Papá era un criminal, lo pillaron robando *in fraganti* y le disparó al compañero de Alan en el cuello. Si Holton es quien dices que es, actuó en defensa propia.

—Y no te lo niego —respondió Michael—. Pero piensa un poco. ¿Éramos ricos de niños? ¿Acaso tenía papá un cochazo? ¿O mamá joyas caras? No disfrutábamos de los frutos de una vida criminal. Papá infringía las leyes para alimentarnos, para protegernos. No digo que esté bien, pero no lo hacía para llenarse los bolsillos. No habría sido capaz.

—Tienes una idea muy favorable de nuestro padre —repliqué.

—Escucha lo que me dijo Holton. Y sé que es verdad, porque ¿cómo va a engañarme un tipo que está en sus últimos estertores? —Michael estaba frustrado porque yo no le había dado una palmadita en la espalda al enterarme de que había sido Alan quien había apretado el gatillo y matado a nuestro padre. Sabía que aún tenía que convencerme. Cogió la lata de Coca-Cola, recordó el sabor y volvió a dejarla tal como estaba antes de mover la mandíbula para tragar saliva. Carraspeó—. Papá acabó metido en un grupo. Yo no lo llamaría banda. ¿Colegas, quizá? —Se rio—. Se llamaban los Sables. Por los dientes de sable, ¿lo pillas? El grupo empezó a crecer y cambiaron de prioridades. Pasaron de ser ladrones que traficaban de vez en cuando a traficantes que robaban de vez en cuando. Drogas duras, también. Y eso les trajo más violencia y más problemas con las autoridades. Y alguien decidió que los secuestros salían más a cuenta que los robos o las drogas. Papá trazó una línea que no estaba dispuesto a cruzar, y cuando los Sables empezaron a traspasarla...

Mientras lo decía, me vino a la cabeza algo que mi madre me había dicho en la biblioteca: «Pero una mala persona que se cree buena... Por eso se metió en problemas».

—¿Papá cambió de banda? —lo interrumpí. Ojalá hubiéramos estado en la biblioteca, un espacio mucho más adecuado para las grandes deducciones.

Michael asintió.

—Cerró un trato con ellos para pasarles información a cambio de que lo trataran bien cuando cayera el resto de sus colegas. Lo

vio como una oportunidad para escapar de aquella vida. Ya sabes cómo funcionan estas cosas; ignoran a los zánganos para poder llegar a la reina. Papá era un pringado. Los estaba ayudando a llegar a los cabecillas. Pero, sobre todo, querían descubrir a los polis corruptos. —Hizo una pausa para que pudiera asimilarlo—. Papá no murió porque el atraco saliera mal. Fueron a por él.

Me acordé de Audrey diciéndome que mi padre no era un yonqui. Puede que Holton le dejara la jeringuilla al lado para que el robo fuera más convincente. A fin de cuentas, es mucho más fácil que un yonqui puesto hasta las cejas abra fuego sobre un coche patrulla sin que lo provoquen. Tenía sentido, si mi padre estaba a punto de exponer a Holton y su compañero.

—Es una lástima que no condenaran a Holton por algo tan grande como un asesinato, pero sus trapicheos acabaron hundiéndolo. Solía robar cocaína del armario de pruebas, aceptaba sobornos. Todo tiene un límite, hasta para la gente a la que le pides que haga la vista gorda. —Me pareció que iba con segundas, pero no se lo afeé—. Estuvo en la cárcel, y luego se olvidó todo lo que había pasado antes de la condena, porque no dejaba nada bien a la policía, ¿me sigues?

Si te soy sincero, estaba tentado de creerlo. No por la defensa de mi padre, sino porque parecía explicar mucho sobre mi madre. De ser verdad, significaba que Audrey no solo desconfiaba de la policía porque creyese que los malos asesinaron a su marido, sino porque pensaba que los buenos, los que le habían prometido a mi padre que lo sacarían de aquella vida, fueron los que lo mataron. Mi tradición quedaba al descubierto: había optado por estar del lado de la ley, igual que mi padre, y no habían podido protegernos.

Aunque tampoco puedo obviar que sonaba a una historia cuyas piezas encajaban demasiado bien. Una historia que Michael se había pasado tres años enteros construyendo especialmente para mí.

—¿Todo esto te lo contó Holton? —No pude evitar el escepticismo en mi voz. Era una confesión incriminadora de las gordas—. Mucho aliento veo yo ahí para alguien con un tiro en el pulmón.

—Se le soltó la lengua después de que le dispararan. Además, no me lo contó todo. Casi todo lo que sé sobre Alan lo descubrí en la cárcel. Lo conocían todos los reclusos. A la mitad los había estafado en su tienda de segunda mano, que, por cierto, era bastante conocida entre los que vendían mercancía robada; si querías mover algo delicado por Sídney, te aseguro que acababa cayéndole a Alan. Y le debía dinero a la otra mitad. Me estrechaban la mano, Ern, como si les hubiera hecho un favor.

Torció el gesto y comprendí que aquel acto de solidaridad entre los demás reclusos era lo que más lo atormentaba. Más, quizá, que el asesinato en sí.

Cerré los ojos y recordé la escena del claro cubierto de telarañas blancas como el hueso. «Voy a ver cómo está.» Michael de espaldas, los hombros encorvados, los brazos estirados y hundidos en las telarañas. «Ya podemos enterrarlo.»

—Cuando Alan se despertó en el claro, fuiste a ver si estaba bien. Fue entonces cuando tomaste la decisión, ¿verdad?

Michael se sumió en el recuerdo, hablando como si estuviera en trance.

—Llevaba mucho tiempo culpándolo, ¿te lo puedes creer? Porque, en ese momento, sentía que yo estaba despertando. Y quizá, si no hubiera dicho nada, lo habría metido en el coche. Quizá te habría escuchado. Tenía sangre en los labios, de eso sí me acuerdo. Se le hacían filamentos mientras hablaba, como puentecitos rojos. No sé por qué Holton me confesó que había disparado a papá entonces. A lo mejor quería mofarse de mí una vez más antes de morir. O puede que me estuviera poniendo a prueba para ver si sería capaz de hacerlo. Puede que quisiera que lo hiciera. —Frunció la nariz—. Lo siento. El loquero de la cárcel lo llama «responsabilidad eludida». Tendría que evitarlo.

—O sea, que cuando te dijo que se cargó a papá, perdiste el control y terminaste el trabajo, ¿no?

Michael asintió con solemnidad. Se estaba mirando las manos, quizá imaginándolas alrededor del cuello de Alan.

—No fui a aquel lugar para matarlo. Hasta el final no supe nada de lo que te acabo de contar. Me estaba vendiendo lo que

había llevado a papá a la tumba. Y traicionando a otra persona.

Volví a pensar en el dinero. «Nosotros dimos la vida por el dinero.» El «nosotros» era un Cunningham a fin de cuentas: nuestro padre, Robert.

—Pero cuando descubriste que papá había muerto por culpa de Alan, sentiste que tenías derecho a reclamar todo lo que tenía, fuera cual fuera su valor. Como una herencia. Por eso le disparaste y lo cogiste. Y recuperaste el dinero.

—Eso no fue lo que pasó. Tuvo que ver con el dinero, sí, pero no fue así. Le llevé lo que pude, pero era menos de lo que quería. La cagué. Pensaba que no se daría cuenta. —Negó con la cabeza apesadumbrado, como la gente de las salas de espera de los hospitales. Es un gesto de cabeza que dice «y si» a la izquierda y «ojalá» a la derecha—. Me encañonó. ¿Cómo iba a tener yo una pistola? Por favor. Forcejeamos. Y se disparó. La tenía él en las manos, de verdad que no sé qué pasó. Yo nunca había disparado un arma. Total, que lo vi sentado, sangrando por un costado. Y yo..., pues lo dejé allí tirado. Tiré la pistola a una cloaca. Pero cuando pude volver al coche y calmarme lo suficiente como para arrancarlo, él había conseguido moverse, por decirlo de alguna forma. No recuerdo si mi intención era atropellarlo o si se puso en medio, pero acabó debajo del capó. Y dejó de moverse. Ahí fue cuando te llamé.

Doscientos sesenta y siete siempre me había parecido una cifra extraña. De repente, el hecho de que no tuviera sentido cobró todo el sentido del mundo.

—¿Alan quería trescientos?

—No pude conseguir más. Lucy... —Vaciló, avergonzado—. Metí la pata hasta el fondo, ¿vale? No llevé suficiente.

—¿Cómo es posible que Lucy no se enterara?

En ese momento, recordé algo que me había dicho aquella noche: «Lucy se enterará». Pensaba que le había estado ocultando su alcoholismo, pero quizá le estuviera ocultando algo más grave.

—Lucy no... —Los ojos se le iluminaron, contento por poder hablar sin tapujos de la noche en cuestión, pero no hasta el punto de profundizar demasiado en su vida personal—. Lucy no tiene

mucha mano con el dinero. Su negocio..., bueno, se convirtió en un problema. En un agujero. Aloysia me dijo que el mayor acto de bondad que puedes hacer por una persona es aislarla. Y lo intenté, pero solo empeoré las cosas. Pensaba que podía ayudarla.

—¿Lucy lo sabe ahora?

—Creo que no. La bolsa la tienes tú. Que supongo que podría saberlo. Pero, en cualquier caso, no se lo ha dicho a mamá.

—¿Qué puede valer tantísimo dinero?

—Ya te lo he dicho: información. Y vale mucho más que eso, ahora que he tenido tiempo de darle vueltas.

—¿La misma información que justificó la muerte de papá hace tantas décadas? ¿La razón por la que estás más seguro aquí que fuera? Si es tan peligrosa, ¿por qué la quieres?

—Te lo acabo de decir. Lucy nos metió en un hoyo. Alan no podía vender lo que tenía directamente, así que quería encasquetárselo a otra persona; y yo estaba en medio. —Me acuerdo de que pensé si habría algún miembro de mi familia que fuera solvente. Michael empezó a impacientarse, a rebuscar en los bolsillos sin dejar de mascullar—. Si te soy sincero, no era consciente de que estuviera haciendo algo tan peligroso. Lo único que sé es que Holton las consiguió de papá. Lo que yo no sabía es que estaba, a ver, involucrado. Y, repito, tampoco creo que me percibiera como un riesgo; todos cometemos errores.

—¿A qué te refieres con «las consiguió», en plural? Y ¿a quién ibas a vendérselas?

—Acabo antes si te lo enseño... —Rebuscó en los bolsillos y se palpó los vaqueros. Sacó la funda de unas lentillas (no sabía que Michael necesitara gafas, pero a lo mejor al tener los muros de la cárcel tan cerca le había salido miopía), varias pelusas, el envoltorio de una chocolatina, un boli y un juego de llaves. No había cuchillo. Buscara lo que buscara, no lo tenía ahí—. Joder. ¿Dónde lo he metido? —No podía ocultar su decepción—. Ya te lo enseñaré más tarde.

—Bebiste. Aquella noche.

Se me había pasado por la cabeza, pero digamos que se me escapó. Lo dije demasiado rápido. Mis dudas eran obvias. Michael

levantó la cabeza de golpe y vi algo en sus ojos que me aterrorizó. Me pregunté si eso fue lo último que vio Holton.

—Para reunir un poco de valor. Estaba en mis cabales. —Dejó escapar una risita, pero fue un sonido triste y lento—. Sabía que no me creerías.

—¿Perdón? —Intenté no levantar la voz—. Me senté en el coche porque te creí. Y soy cómplice porque te creí.

—Escúchame…

—No sé qué decirte. Estas historias sobre papá, lo que le compraras o robaras a Alan, lo de que no tengas nada para demostrarlo…

—Escúchame…

—Te engañó al decirte que había hablado conmigo, y no sé qué te hizo creer, pero…

—¡Escúchame, joder!

Michael bramó con tal fuerza en aquel zulo que casi me tiró de la silla. Me puse en pie y comencé a caminar de espaldas hacia la puerta. Michael comprendió que le tenía miedo, y la furia de sus ojos dejó paso a un gesto sombrío, como de perro castigado. Él también se puso en pie y alargó una mano en un intento por detenerme.

—Debía de saber lo que le haría. Después de lo que me contó. —Hablaba con más calma, pero era evidente que le estaba costando horrores. Cada palabra era como derrapar con el coche sobre asfalto mojado, forcejeando con el volante—. Los moribundos no mienten, Ern. Te abren el alma. Ojalá pudiera enseñártelo… —Se interrumpió a media frase, lo sopesó unos instantes y luego cogió el juego de llaves que se había sacado del bolsillo—. Mira, no vamos a llegar a ninguna parte. Si no me crees, compruébalo por ti mismo. Y después te contaré todo lo demás.

Me lanzó las llaves y yo las cogí contra el pecho. «Que le preguntes lo que hay de verdad en el puñetero camión.» Mientras pensaba en sus palabras, la voz real de Sofía atravesó la puerta. Parecía desesperada, pero no conseguía entender lo que decía. La puerta se estremeció: fue un golpe innecesariamente dramático en una puerta que no podíamos cerrar desde dentro, pero tal vez

intentara ser educada. Con independencia de lo que Sofía tuviera que decirme, seguro que podía esperar. Yo no había acabado con Michael, así que ignoré los golpes.

—Dime una cosa. ¿Sabes algo de lo que está pasando ahí fuera? ¿Te suenan de algo los nombres de Mark y Janine Williams, o de Alison Humphreys?

—Humphreys... —Negó con la cabeza—. No. Pero Williams... Si son de Brisbane, sí. —Me incliné hacia delante con tantísimo interés que casi me caigo de la silla. Michael se regodeó en el hecho de haber captado mi atención—. Poco después de empezar a cumplir condena, me llegó una carta de un tal M&J Williams, con remite de Brisbane. A aquellas alturas ya me había dado cuenta de que lo que tenía, como ya he dicho, valía algo más de lo que creía. Había mucha gente que lo quería. Y quienquiera que me escribiera la carta... Bueno, tengo que reconocerle que fueron los más creativos. Supongo que intentaban amenazarme.

—¿Cómo?

—Firmaron con un nombre claramente falso. —Lo dijo con una media risita—. Pero, como te digo, solo intentaban llevarme al límite, acojonarme. No les respondí. ¿Por qué?

—Creo que a Mark y Janine Williams pudo matarlos la misma persona que se ha cargado a nuestro cadáver congelado. El *modus operandi* se parece, pero tengo que hablarlo con Sofía. Es demasiada casualidad que muera un hombre justo durante el fin de semana que estamos todos aquí...

—... y cuando yo he subido hasta aquí con lo que he traído. Coincido. Tiene que haber alguna conexión. Mira en el camión y lo verás.

Me puse en pie.

—¿Dónde estuvisteis anoche?

No podía irme sin preguntárselo.

—Abre el camión; también encontrarás la respuesta a eso.

—Ya puede haber, como mínimo, una nave espacial loquísima —le dije.

Otro golpe en la puerta. Me giré. Michael asintió y yo me odié a mí mismo al darme cuenta de que me había contenido,

esperando a que me diera permiso para marcharme.

—Se te ha caído algo.

Miró al suelo, al lado de mi silla, donde un cuadradito de papel se me había caído del bolsillo. Las mejillas se me encendieron por la vergüenza. Michael recogió el papel, lo leyó y sonrió.

—¿Sofía? —preguntó, y yo asentí—. Te has dejado una.

Michael cogió su bolígrafo y me miró un instante, como si estuviera decidiendo si destrozar la tarjeta o no. Luego colocó el papel sobre el banco, se inclinó sobre él y trazó unas cuantas líneas. No veía lo que estaba escribiendo porque su cuerpo me lo impedía, pero le dedicó un buen rato. O bien estaba escribiendo mucho o estrujándose los sesos por muy poco. Yo jugueteaba con los dedos, mirando de reojo la puerta. Ahora ya oía dos voces en el exterior.

Cuando Michael terminó, se enderezó, sopló el papel y le pasó el pulgar para comprobar si la tinta se había secado. Descubrí por qué había tardado tanto: la funda de las lentillas estaba abierta encima del banco; debía de habérselas puesto para escribir mejor. Acto seguido, cruzó la sala (me avergüenza admitir que el pulso me martilleaba en el cuello mientras se acercaba) y me entregó la tarjeta del bingo. Yo se la quité de la mano y la examiné. Tenía una extraña sensación de posesión con mis recuadros del bingo, con que, en cierto modo, hubiera invadido el juego privado que teníamos Sofía y yo, así que quería analizar los daños. Había tardado tanto que estaba convencido de que habría marcado algo más, pero solo había un cambio. Había tachado la de «Muere Alguien».

—No la pierdas. Confío en ti. No te pido que me creas, sino que te fijes bien. —Miré las llaves que tenía en la otra mano, preguntándome qué encontraría en el camión. «Que te fijes bien.» En ese momento, me di cuenta de que estaba lo bastante cerca como para que me confesara algo íntimo en un susurro, lo que desde el principio quería evitar. Tragó saliva—. Y, oye, con Erin...

—No sigas...

Intenté detenerlo, pero él me pisó las palabras.

—No planificamos lo que ocurrió, ni mucho menos.

La tentación pudo conmigo. A fin de cuentas, tengo la manía de mirar en las habitaciones de hotel de los demás.

—¿Te contó que estábamos intentando formar una familia? ¿Te habló de los doctores, de las clínicas? ¿Por qué se nos rompió el amor? Dime que no es solo por eso. Le podría haber dado lo que quería. Dime que hay algo más que eso.

—Ern...

Por fin llegó la cordura.

—Mira, he cambiado de idea. No quiero saberlo. Además, me he gastado parte del dinero. —Apenas había gastado. Y no me enorgullecía. Pero quería tener la última palabra envenenada—. Supongo que eso tampoco lo planifiqué.

Al otro lado de la puerta, Crawford y Sofía no estaban con los vasos de agua pegados a la madera, pero sí apiñados, presos de la curiosidad, a su alrededor. Di las gracias por el sello de goma que debía de insonorizar la sala, así que probablemente apenas nos habrían oído. Salvo, quizá, los gritos de Michael. A lo mejor por eso habían empezado a llamar.

Sofía esbozó un gesto que gritaba «por fin» y me tiró del brazo en dirección a la entrada del albergue, diciéndome que ya me lo explicaría de camino. Salió disparada, con la esperanza de que la siguiera. Crawford volvió a echar el pestillo y se sentó junto a la puerta, sin que lo sorprendiera la emergencia de Sofía, o sin que se hubiera dado cuenta de su gesto.

Antes de echar a andar tras ella, dediqué un instante a respirar aire fresco. Las gotas de sudor que la Sala de Secado me había generado en el cuello me estaban enfriando la piel. Michael había hablado mucho, y yo no sabía si creérmelo o no, pero había empezado a aceptar que tal vez él no fuera el peligro. Aunque, obviamente, sospechaba que había traído el peligro consigo. Pero, de momento, no encajaba nada. Mi siguiente paso era simple. Si, como me había prometido, lo que hubiera en la parte trasera del camión podía esclarecer su ubicación durante la noche anterior, no

tendría que quedarse en la Sala de Secado mucho más tiempo. Después de haber pasado media hora allí metido, tenía todavía más ganas de rescatarlo. Y luego ya nos encargaríamos de solucionar la situación juntos.

Seguí a Sofía, doblando la tarjeta de bingo para esconderla mejor en la chaqueta mientras andábamos. Supuse que a Aloysia no le haría tanta gracia como a mi hermano que se me volviera a caer por accidente. Mientras presionaba la doblez, me fijé en que había escrito algo más. Tinta fresca y reluciente. Michael había tachado una palabra en uno de los recuadrados y la había sustituido por otra. A mi editora le satisfará saber que también le añadió puntuación. Ahora ponía:

«Ernest arruina arregla algo».

Capítulo 21

Al contemplar la corrección que Michael había hecho en la tarjeta del bingo, me colmó una sensación de afecto fraternal, igual que ahora, mientras escribo esto. Dominado como estoy por este sentimiento, espero que me permitas que haga una pequeña digresión para hablarte un poquito más sobre nuestra madre. Te prometo que lo habría incluido antes, pero he pensado que, si metía otra anécdota que pospusiera aún más mi reunión con Michael en la Sala de Secado, probablemente habrías arrojado el libro contra la pared. Y no te habría culpado.

Para contártelo en condiciones, voy a tener que relatar lo que viene a continuación mediante acontecimientos que no he visto y perspectivas de otras personas que solo puedo imaginarme. Voy a contártelo todo como si fueran verdades, aunque eso suponga reconstruir el color de los abrigos de la gente o sus charlas intrascendentes sobre el tiempo (de hecho, me acuerdo del tiempo, así que eso no tendré que inventármelo: era un tórrido día de verano); es una concesión que merece la pena. Mi versión de los hechos no será ni muchísimo menos la más útil de todas, y no solo porque parta de inconexos recuerdos infantiles, sino también porque ese día tenía unas ciertas limitaciones geográficas. Y temo que, si solo te hablo de mi experiencia, prejuzgues a mi madre demasiado rápido.

En definitiva: el Día. Era un día importante. Hubo una muerte. Es el día en que mi madre disparó a otra persona. Es el día en que se hizo la cicatriz que tiene encima del ojo derecho. El día en que se ganó los galones de los Cunningham, por así decirlo.

Han pasado meses desde la muerte de papá. Pero no lo parece.

Mi madre no le aguanta nada a nadie, ni a sus hijos ni al resto del universo. Antes he mencionado que valoraba a mi padre por los espacios que había dejado. Ahora nos había dejado el más grande de todos, pero no teníamos tiempo de percibirlo. Nuestra madre quería tenernos ocupados: nuestras actividades extracurriculares se triplicaron, como si quisiéramos matricularnos en Harvard. Se cerraba cualquier hueco en los horarios. Una vez, me fui a cortar el pelo dos días seguidos.

Tuvimos que meternos en equipos deportivos (en los que había más de juego con los utensilios que deporte en sí, teniendo en cuenta nuestras edades), como si fuéramos prodigios potenciales. Yo hacía natación. Jeremy jugaba al tenis. Michael optó por el piano en lugar de por el deporte (y ahora es él quien tiene hombros). Los tres íbamos a los entrenos y a las clases de los otros: sentados en una silla de árbitro, garabateando en la pizarra, con los pies colgados en la piscina. Nos movíamos por la ciudad en una piña de ocho brazos, algo que permitía tanto ahorrarse alguien que nos cuidara como tenernos entretenidos. Mamá intentaba obligarnos a que la situación nos resultara normal. No hablábamos de papá, jamás nos parábamos a reconocer que la vida podría haber cambiado, simplemente nos impulsábamos hacia delante. Pocas amistades se atrevían a pasarse por casa con un estofado o una lasaña después de que los primeros intentos se los acabara zampando el gato. Un chaval de mi clase, Nathan, estuvo unas semanas sin ir a clase cuando su padre murió de cáncer. Un día lo saqué a colación y acabé en los Joey Scouts.

Por muy cuestionable que sea que tu técnica de crianza consista en obligar a tus hijos a reprimir el trauma, funcionó, hasta cierto punto. Pero sospecho que nuestra madre también encontró consuelo en aquella nueva y frenética rutina. Nos ataba en el coche, con nuestras sillitas de comedia de Disney Channel en fila, y nos dejaba en la escuela, se iba a trabajar, nos recogía, nos volvía a sentar y nos llevaba a alguna de nuestras actividades. Nunca estábamos en casa. Huíamos del duelo.

Echando la vista atrás, y después de haber vivido otros momentos traumáticos como adulto («Espérame en el coche»), veo

las acciones pasadas de mi madre desde otra perspectiva. Porque ahora sé que, en los meses que suceden a un acontecimiento tan devastador, sientes como si te pasaras el día caminando en sueños. La vida se transforma en una consecución desconcertante de rutinas en que incluso ir al supermercado se convierte en arrastrar las extremidades por un aire que pesa tanto como el de la Sala de Secado. Todas y cada una de las tareas más básicas derivan en una decisión que te absorbe tantísimo que acabas por ser incapaz de tomar ninguna. Es entrar en la cocina sin saber para qué has ido. Es llevarnos un martes a natación en lugar de a tenis. Es que te corten el pelo dos veces, y no por ocupar el tiempo, sino porque te olvidaste de que fuiste el día anterior. El objetivo de nuestra rutina era tenernos ocupados, sí, pero la repetición era un consuelo contra la carga de la toma de decisiones. Una carga que, y ahora lo sé, a nuestra madre le pesaba mucho.

El día en cuestión, todo es rutina. Desayunamos sin incidentes. Audrey nos pone el cinturón en el coche, coge todos los semáforos en verde durante el trayecto e incluso llega al banco cinco minutos antes, lo que le permite tomarse un café y charlar brevemente con su jefe, quien, y voy a adornarlo un poco, lleva una americana azul y una corbata verde, y quiere hablar del tiempo.

Mi madre ha ido cambiando de función en el sector bancario desde que se retiró de un puesto sénior, y ese día le tocaba ser cajera. Eran los noventa, cuando en los bancos había un ejército de jóvenes con pañuelos al cuello detrás de ventanillas de metacrilato en lugar de un graduado universitario con traje, un iPad y la audacia de sugerirte que hagas las gestiones por tu cuenta. El banco le sentaba muy bien a mamá, aunque eso lo he sabido con los años. Toleraban la infamia de mi padre; lo normal habría sido que no la dejaran trabajar allí, pero le habían permitido conservar el puesto que tenía después de que se hicieran públicas sus acciones tras la muerte de papá. También comprendieron los costosos errores que cometió (sonámbula) durante los meses siguientes. Incluso le ofrecieron una baja adicional, pero te dejo a ti que deduzcas si la aceptó o no. Volvió al trabajo tres días

después del funeral de mi padre, y solo porque cayó en viernes.

A las nueve y diez, poco después de empezar su jornada, a mi madre le dicen que tiene una llamada en el teléfono del despacho del director, pero está demasiado ocupada como para responderla. A las nueve y media, el teléfono vuelve a sonar, pero esta vez no le dejan ningún mensaje a mi madre. El teléfono sigue sonando con su estridente timbre, un escándalo bastante habitual teniendo en cuenta la calma del banco, y aún más con la puerta del director abierta, la puerta delantera cerrada y los cajeros sentados en el suelo en silencio, con las piernas cruzadas y las manos detrás de la cabeza.

Hay dos hombres. No necesito inventarme lo que llevan puesto, porque sé que son gabardinas, gafas de sol y gorras. Uno está vaciando las cajas registradoras mientras el otro se pasea por la fila de trabajadores, bramándoles a los presentes que no abran la boca. Lleva un mamotreto negro con pinta de escopeta cogido por el cañón en lugar de por la empuñadura, balanceándolo mientras camina. Lo sostiene como agarrarías un bate de béisbol mientras no estuvieras jugando.

No hay alarma. Nadie ha conseguido activarla. El Bateador decide sacarle a palos al director el acceso a la cámara de seguridad. El teléfono vuelve a sonar, y el Saqueador de las cajas, entre reniegos, entra en el despacho y lo descuelga.

Mi madre no les aguanta nada ni a sus hijos ni al resto del universo, ni muchísimo menos a unos ladrones de poca monta. No me pasa por alto que lo que ocurre a continuación bien podría ser una rebelión contra el robo que le arrebató a su marido, contra la estupidez del atraco. O bien podría haber sido una rebelión contra la mera existencia del Bateador; puede que detrás de aquellas gafas de sol viera a mi padre, y todas las cargas que le había dejado, cuando apretó el gatillo. O tal vez creyera que el Bateador no estaba sujetando lo bastante bien la escopeta como para poder defenderse. No sé decidirme por la opción más probable.

Lo que sí puedo decir es que, sintiera lo que sintiera, fue suficiente para que se levantara. Lo que sí puedo decir es que, treinta segundos más tarde, tiene la nariz rota y una escopeta en

las manos. Que el Bateador está en el suelo, gateando hacia atrás. Que mi madre levanta el arma. Que está muy cerca para ser una escopeta, lo bastante cerca como para partir a una persona por la mitad. Que el Saqueador de las cajas ha levantado las manos y le dice que se calme. Que ella apunta al pecho del Bateador —no soy capaz de aventurar si vacila o no, pero imagino que el desconcierto desaparece y que hace mucho tiempo que no tiene la cabeza tan despejada— y aprieta el gatillo.

Le acierta justo en el pecho.

Un cartucho *bean bag* es un tipo de munición de escopeta que, en lugar de explotar con perdigones que rasgan la carne, los contiene en un saquito de tela. Suelen usarlos los antidisturbios y están pensados para inmovilizar, no tanto para matar. Técnicamente se consideran «menos letales», en vez de «no letales»; pueden, por ejemplo, romperte una costilla y hundírtela en el corazón, pero la causa de muerte más común con un arma de *bean bags* es, sorprendentemente, cargarla por accidente con munición real.

No te preocupes, este no es uno de esos libros en los que se describe la velocidad en metros por segundo de cada bala disparada, los materiales, el modelo y la fábrica del arma en cuestión, ni la humedad relativa o el viento que puedan afectar a la trayectoria. La información es pertinente.

Y es pertinente porque, a pesar de que al Bateador lo habría aterrorizado igual solo apuntándolo con el arma y de que mi madre le concedió cuatro costillas rotas, no lo mató.

Se me ha pasado por la cabeza varias veces que mi madre no tenía forma de saber que el arma que tenía en las manos era «menos letal» cuando tomó la decisión de apretar el gatillo, pero eso es harina de otro costal. La cuestión es que mi madre tiene una cicatriz encima del ojo derecho, y por suerte en el atraco al banco solo acabó con la nariz rota. La cuestión es que, después de que la policía y los paramédicos vaciaran el edificio y le metieran a mi madre bolas de algodón en la nariz, ya era media tarde cuando por fin a alguien le dio por volver a colgar el teléfono, y empezó a

sonar de inmediato. La cuestión es que me acuerdo de la temperatura del día: hacía un calor asfixiante. La cuestión es que llamaban de mi colegio para informar a mi madre de que ninguno de los hermanos Cunningham había llegado a clase esa mañana. La cuestión es que mi madre, a pesar de sus habituales horarios ajetreados, había llegado al trabajo cinco minutos antes.

La cuestión es que mi madre disparó a una persona y no la mató.

La cuestión es que hay una muerte.

El desconcierto. El sonambulismo. Los errores distraídos.

Tres chavales metidos en un coche, en un aparcamiento descubierto, bajo un sol de verano abrasador, a los que se habían olvidado de dejar en el colegio, todavía con los cinturones puestos. No recuerdo el momento en que se rompe la ventanilla, ni la sangre que salpica de la frente de Audrey al cortarse con el cristal, una herida lo bastante profunda como para dejarle cicatriz. Lo primero que recuerdo con exactitud es el hospital; el resto me lo contaron más tarde. Hasta hoy, aún me despierto con pesadillas, ahogándome. Pero, si te soy sincero, apenas recuerdo aquel día en absoluto. Tengo unas lagunas enormes.

Lo único que sé es que, cuando Jeremy murió, yo estaba sentado a su lado.

De: <CENSURADO>
Para: ECunninghamWrites221@gmail.com
Asunto: Fotos para EIMFHKS

Hola, Ernest:

Me alegro de saber de ti. Me temo que incluir una sección de fotografías a la mitad nos obligaría a utilizar un inserto de papel fotográfico, por no mencionar las impresiones a todo color, que requerirían un proceso de producción totalmente distinto. Es bastante caro y no nos cuadra con el presupuesto de este libro. Espero que puedas obtener los mismos resultados con unas cuantas descripciones bien puestas. Lo siento, pero no podemos estirarnos más.

¿Cómo te va, por cierto? ¿Has podido conseguir que se hable un poquito menos? A ver, sé que quizá sea tu manera de procesar las cosas, pero murieron bastantes personas y algunos lectores podrían considerarlo de mal gusto. Te alegrará saber que hemos decidido eliminar los agujeros

de bala de la portada; sé que te parecía pasarse un poco de frenada. Avísame si quieres que eche una ojeada a más secciones a medida que las acabes.

Atentamente,

CENSURADO

P. D.: A la otra pregunta, sí, no debería haber ningún problema con pasar una parte del porcentaje de beneficios por derechos de autor a la cuenta de Lucy Sanders. Envíame los datos y yo me encargo de lo demás.

Mi padrastro

Capítulo 22

Alcancé a Sofía en el vestíbulo, plantada junto a la entrada.

—Hay alguien husmeando por la cabaña de mantenimiento —me anunció.

Abrió las puertas dobles, la tormenta atravesó el umbral como una cascada y el hielo me salpicó las botas. Vacilé, pero ella me guio hacia el exterior. El porche estaba vacío. Hasta los maridos habían dado por imposibles sus misiones de rescate, optando por estar calentitos y soportar la reprimenda antes que pasar frío y quedar como unos caballeros. El viento me resonaba en los oídos; era como si alguien estuviera arrugando celofán a mi lado. Sofía tuvo que gritar para que la oyera.

—He visto una sombra. —Dudó unos instantes—. Desde el bar.

—¿Y? —grité en respuesta.

Fue lo único que pude pronunciar con el viento arremolinándoseme en la boca. Era el tipo de vendaval al que tienes que darle dentelladas para poder respirar.

—¿No suelen los malos rondar por la escena del crimen?

Tenía razón, pero mi cobardía se activa a un umbral de temperatura bastante bajo. Estaba a punto de sugerirle que esperáramos unos minutos o, aún mejor, que avisáramos a Crawford, pero antes de que pudiera articular palabra alguna, se llevó un brazo a la frente y se adentró en la tormenta.

Me dispuse a perseguirla, con miedo de que, si se alejaba demasiado, su sombra se disolviese. Casi de inmediato, me resultó imposible orientarme. Hasta donde sabía, podríamos habernos equivocado de camino y estar bajando la montaña, deambulando por el lago helado y a punto de atravesar el frágil hielo y precipitarnos hacia nuestras muertes. He leído que, en cuanto tocas

el agua helada, los pulmones se te agarrotan. Si está lo bastante fría, incluso te afecta a la sangre. Puedes perder el conocimiento al instante. Todo el mundo sabe que caerse en un lago helado es peligroso, porque una vez que caes por el agujero en el hielo es imposible volver a encontrarlo por debajo de la superficie, pero ese tópico antiquísimo de la persona que se ahoga y aporrea el hielo transparente no es real. Cuando el agua está tan fría, todo se detiene. Menuda decepción que debes de llevarte cuando te enteras de que te han arrebatado hasta lo de aporrear el hielo. Cuando me vaya, espero al menos tener la oportunidad de resistirme a la muerte.

Caí en la cuenta de que había perdido a Sofía. Intenté mirar alrededor. No había nada más que remolinos de un gris infinito. Los aullidos que me llegaban a los oídos eran violentos, casi estridentes. El viento sonaba como una sierra mecánica. Los ojos me picaban, así que los enterré aún más en la sangradura, intentando levantar la vista solo cuando fuera estrictamente necesario. Di varios pasos tambaleantes hacia el frente. Enormes siluetas comenzaron a dibujarse entre la tormenta gris. «Osos», fue lo primero que pensé, algo harto ridículo, porque estábamos en Australia. Eran coches, como descubrí poco después. Estaba en el aparcamiento. Buenas noticias; iba en la dirección correcta.

La ventisca era tan virulenta que los coches se mecían sobre las suspensiones. El Volvo de Aloysia tenía una ventanilla rota y la nieve se acumulaba en los asientos traseros. Menos mal que no era el coche de Marcelo, pensé, porque la nieve habría empapado los asientos de cuero y cortocircuitado las partes electrónicas pijas. Tuve una idea, pero me la guardé para más tarde.

Desde donde estaba, me pareció divisar la silueta de la cabaña de mantenimiento, montaña arriba. Estaba demasiado lejos para ser un coche, era demasiado real para ser un oso y no tenía los tejados triangulares de los bungalós. Me bastaba para orientarme. Fui a dar un paso cuando, a mi derecha, vi el camión de Michael. A pesar de la nebulosidad, el tamaño era inconfundible. Los lados funcionaban como velas azotadas por el vendaval, y el vehículo entero se balanceaba sin descanso sobre las diminutas ruedas,

como si pudiera volcar de un momento a otro. Noté las llaves en el bolsillo, rozándome la pierna. Me olvidé de la cabaña de mantenimiento y di un paso hacia el camión.

Alguien me agarró del brazo. Sofía. Me acercó los labios a la oreja y me escupió en el cuello.

—No es por ahí, Ern.

Siguió arrastrándome montaña arriba, lejos del aparcamiento. La nieve ya había ganado una profundidad considerable (adiós a las huellas de la escena del crimen), y a cada paso que daba me hundía hasta la pantorrilla. A medida que nos aproximábamos a la sombra del tejado llano, vi enormes montones de nieve acumulada encima. Nos acercamos por un lateral, aunque ir de frente habría sido mucho mejor para resguardarnos del viento, y nos esforzamos por dar los últimos pasos hasta presionar la espalda contra el hierro ondulado. El viento se dividía al alcanzar la cabaña y volvía a unirse frente a nosotros, como si estuviéramos resguardándonos tras una roca en mitad de un río, y el rugido de los oídos se redujo a un quejido fantasmagórico. Di varias bocanadas de aire sin detenerme y me sacudí un centímetro de polvo de nieve de brazos y hombros. No llevaba guantes, así que me metí las manos en los bolsillos, abriéndolas y cerrándolas para entrar en calor. Sobre mi cabeza, largos carámbanos de hielo pendían de la marquesina. Una vez vi una peli de miedo en la que a uno de los personajes lo ensartaba un témpano de hielo, algo que sabía que era imposible, pero, así y todo, me aplasté todo lo posible contra la pared.

Sofía asomó la cabeza por la esquina y se retiró de inmediato, antes de darme un codazo en las costillas y lanzarme una mirada urgente. «Mira.» La puerta de la cabaña estaba abierta. El candado que Crawford había utilizado para sellarla descansaba sobre la nieve. No lo habían cortado; habían arrancado por completo la manija que había atravesado con el candado, tornillos incluidos.

—Deberíamos avisar a Crawford —propuse.

—Ve a buscarlo.

Hizo ademán de doblar la esquina, pero alargué un brazo y la empujé contra el muro.

—¡Quieta ahí!

—Quiero echarle un vistazo de cerca al cuerpo, ¿vale? Y no voy a tener otra oportunidad mejor. Crawford no va a permitir que volvamos a acercarnos. Y tampoco lo va a resolver. Para el caso, es como si estuviera jugando a los disfraces. Y si esto —explotó un globo imaginario entre las manos— es más grande de lo que creemos, mañana al amanecer podríamos estar todos muertos. Necesitamos recoger toda la información posible. Y la puerta está abierta. El asesino probablemente ya se haya marchado.

—Y ¿si no?

—Bueno, por eso te he traído conmigo. De guardaespaldas.

—Mala elección.

—Mira, te propongo una cosa. Asomamos la cabeza por la puerta, nada, un vistacillo, y si vemos a alguien, trancamos la puerta y lo dejamos ahí encerrado. Solo hay una entrada. Y luego vamos a buscar a los demás. *Capisci?*

Tenía demasiadas preguntas. ¿Cómo íbamos a encerrar a nadie con la manija rota? ¿Cómo íbamos a trancar la puerta y avisar a los demás al mismo tiempo? Y ¿si tenía un arma? ¿Cómo se escribe *capisci*?

Pero sabía que no nos quedaba otra. Si volvía al albergue a buscar ayuda, Sofía no esperaría a que llegara con los refuerzos. Estábamos más seguros juntos. Y, además, a pesar de que confiara en que lo que hubiera en el camión me ayudara a limpiar el nombre de Michael («Ernest arregla algo»), un examen minucioso del cuerpo también podría servirnos. Y, a ver, soy consciente de lo que molesta que la gente tome decisiones ridículas por esa razón (razón, por cierto, por la que el kebab del témpano no sobrevivió en aquella peli de terror), pero, mira, me picaba un poco la curiosidad.

Doblamos la esquina y nos arrastramos con las espaldas pegadas al muro, tanto por no llamar la atención como por estar a salvo de los carámbanos hasta que alcanzáramos el resquicio de la puerta. Sofía inclinó la cabeza por la hendidura y la echó hacia atrás de golpe como si la hubiera mordido una serpiente. Con los ojos como platos, masculló:

—Hay alguien dentro.

Señalé la puerta e hice gestos para que la cerrara. Ella negó con la cabeza, me señaló los ojos y luego el resquicio, y me cambió el sitio para que estuviera más cerca. Me dio un empujón. Su objetivo era claro: «Tienes que verlo tú mismo». La fulminé con la mirada más parecida a una expresión de traición que pude conseguir: «Este no era el plan». Ella me respondió con otro empujón.

Cogí aire, resistí la urgencia de lanzarle otra mirada asesina a Sofía y asomé la cabeza por la hendidura.

El Botas Verdes seguía donde lo habíamos dejado, con las extremidades extendidas sobre un montón de palés demasiado pequeño y el pecho hinchado como si estuviera haciendo paracaidismo inverso. La diferencia ahora era que había alguien inclinado sobre él. Reconocí la silueta de inmediato, incluso de espaldas. No le quitaba ojo al cadáver, así que todavía no se había percatado de nuestra presencia. Idealmente, aquí es donde habría reculado despacio, habría cerrado la puerta y habría ido a buscar al policía de verdad, como habíamos acordado. Pero no fue así. Sentí como si un hilo invisible tirara de mí hacia la cabaña. Apenas sentía los golpes frenéticos que Sofía me estaba dando en el brazo ni las advertencias susurradas que se acabó llevando el viento.

Entré sin llamar la atención; el repiqueteo de las paredes y los quejidos del techo, con la nieve aún acumulándose encima, amortiguaron mis pisadas. La temperatura de la cabaña era gélida; el frío emanaba del metal de los muros y del suelo de cemento. El aliento se condensaba. Me aclaré la garganta. La persona se enderezó de súbito, se alejó un par de pasos del cuerpo y levantó las manos. La habíamos pillado con las manos en la masa.

—Cosas bonitas —dije. Es una broma interna que tenemos.

Capítulo 23

La razón por la que le digo a Erin tantas veces lo de «cosas bonitas» es que, como le comenté cuando nos casamos, si alguna vez estaba cabreada conmigo, siempre podría responder sinceramente a la pregunta «¿Cómo te va con Ernest?» con un: «Bueno, se pasa el día diciendo "cosas bonitas"».

Dejó caer los hombros, bajó las manos y dijo:

—Ay, gracias a Dios.

Dejó escapar un largo suspiro de alivio que acabó convirtiéndose en la sonrisa más amplia que le veía en mucho tiempo. Empezó a caminar hacia mí, pero se paró en seco cuando oyó la frialdad en mi voz.

—¿Qué haces aquí, Erin?

—¿Ya has hablado con Michael? —No me esperaba su tono, una mezcla de confusión y sorpresa, como si después de la complicada y críptica charla con mi hermano todo se hubiera aclarado—. ¿Te ha contado lo de Alan?

—Me ha contado lo de Alan.

—Vale. Entonces... —De nuevo, hizo una pausa, como si ya hubiera completado suficientes espacios en blanco, antes de caer en la cuenta de que no le quedaba otra que verbalizarlo, recurriendo a su cálida voz de profesora—. Y ¿qué te parece?

—No sé qué creer.

No tenía sentido engañar a Erin; a ella siempre se le había dado mejor que a mí. Que sí, ya lo sé: suena a comentario lapidario en un libro en que ella no tiene derecho a defenderse, pero es cierto. Además, ella fue la que me puso los cuernos.

—Estamos al lado de un cadáver —replicó con sequedad.

—¿Qué me dices?

—Ern, esto no ha sido un accidente, como la propietaria del

complejo quiere hacernos creer. Está intentando que la gente no pierda los nervios. Pero tú y yo sabemos que es un problema de los Cunningham. Provocado por los Cunningham...

No lo dijo, pero el resto de la frase flotaba en el aire: «Cometido por los Cunningham». Cedí un pelín.

—Si creyese a Michael, el hombre que acabó con mi padre, Alan, ya está muerto. Fin de la historia. ¿Hasta dónde queréis llegar?

—¿Cómo que si lo creyeses?

—De momento me creo que él se lo cree.

El recuerdo del claro de las telarañas me heló la sangre. Tal vez fuera parte de mi rechazo a aceptar lo que Michael me había contado: Alan podía parecer un villano sobre el papel, pero yo era el único aquella mañana que no quería que se justificara su muerte, su asesinato, independientemente de quién fuera o de lo que hubiera hecho.

—No tiene ningún misterio. Alan mató a tu padre para cubrirse las espaldas, sí, pero estaba matando por algo. —Erin chascó la lengua mientras lo procesaba todo—. Luego intenta venderle lo mismo a Michael, y al final hemos acabado aquí.

—Sí, eso me ha dicho Michael. Pero ¿por qué esperó tanto tiempo?

—A lo mejor porque se vio sin trabajo. A lo mejor estaba desesperado. Lo único que sé es que, si valía la pena matar por eso décadas atrás, valdrá la pena matar también ahora. —Señaló con el pulgar al Botas Verdes—. ¿Hace falta que vuelva a mencionar lo del cadáver?

—Vale. ¿Cuál era esa información que Michael le estaba comprando a Alan?

—No lo sé. —Vaciló—. No me la confió. Me dijo que no era seguro.

La novena regla dicta que no debo ocultarte nada de lo que se me pase por la cabeza, y aquí se me pasó por la cabeza que me estaba diciendo la verdad pero no me lo estaba contando todo.

—¿Pero? —insistí.

—Hemos desenterrado una cosa.

Recordé sus manos mugrientas de la cárcel cuando nos habíamos saludado delante del albergue. La suciedad bajo las uñas. Por lo demás, estaba limpio: recién afeitado, el pelo teñido. ¿Por qué no se había limpiado las uñas?

—¿Está en la parte trasera del camión?

Erin asintió.

—Vale. Y ¿qué es? —Parecía simple dicho así, lo que me hizo pensar que tal vez era cierto—. Dinero, supongo, si ha provocado tantos problemas. ¿O algo de los robos de los Sables? ¿Joyas? ¿Drogas?

—Eso pensaba yo. No lo he visto.

Me reí, pero el sonido fue casi un cacareo; las cuerdas vocales no se me habían descongelado del todo.

—¿Tanto alboroto por un mapa del tesoro?

—No deberías reírte. —Se cruzó de brazos—. Me fío de él.

El verbo *fiar* resonaba con dos significados, como si pudiera eliminarse de la frase y sustituirse por otro.

—¿Tiene algo que ver con que...?

—No vayas por ahí, Ern. No tiene nada que ver.

No tenía nada que ver, pero en parte sí. Nunca me había enfrentado a ella de esa forma, ni siquiera en la terapia de pareja. La ira siempre acababa ahogada en la vergüenza y la tristeza. De haberlo hecho, quizá lo habríamos superado; quizá nos habríamos sentado y habríamos hablado de lo que significaba formar una familia para cada uno de nosotros y lo que aquella carta de la clínica de fertilidad, que abrí durante el desayuno, nos había hecho. A nosotros y a la familia que intentábamos formar.

Llevábamos mucho tiempo esperando la carta. Es extraño que te dejen unas noticias que pueden cambiarte la vida en el buzón, pero supongo que lo consideraron lo bastante mundano como para no plantearse llamarnos por teléfono. La carta en sí había tardado en llegar. Erin se frotaba las manos mientras me iba dando las malas noticias: la primera carta había sido víctima de una confusión de direcciones, y había tenido que llamar para solucionarlo, y la segunda, semanas más tarde, nos llegó convertida en una pulpa ilegible, destruida por la lluvia. Erin no se

lo había tomado nada bien. Siempre era la primera en salir al buzón por la mañana, hojeando los cupones de pizza y los panfletos de las inmobiliarias mientras desandaba el camino hasta la entrada negando con la cabeza: otro día sin noticias.

De hecho, sigo teniendo la carta. Está arrugada por cómo la estrujé aquella mañana mientras contemplaba los resultados sin dar crédito a lo que veía, intentando descubrir de qué forma podían llegar a contar una historia distinta. Cuando Erin entró en la cocina, pasándose mechones de pelo suelto por detrás de las orejas, tenía la carta alisada junto a la mantequilla, y el brazo y la muñeca manchados de un líquido asqueroso. Le pedí que se sentara, y la expresión de su rostro cuando por fin me miró, cuando la leyó... Creo que los dos supimos que probablemente fuera el fin de la relación. Nos aferramos un tiempo, pero la llama había desaparecido. De haberla tenido, podría haberla utilizado para quemar la puta carta.

Permanecimos en la órbita del otro dieciocho meses más, porque no queríamos irnos ni tampoco queríamos quedarnos. Es lo que pasa con los matrimonios cuando uno de los dos quiere tener hijos y el otro no puede dárselos.

Sí, ese fue el tercer y último desayuno trascendental de mi vida. El que giró en torno al esperma.

—¿Va en serio? —pregunté.

Los dos sabíamos a qué me refería. A ella y Michael. Erin suspiró.

—Va en serio. Pero lo creería aunque no fuera así. No todos tenemos la oportunidad de ver a nuestro padre desde otra perspectiva. Es un privilegio.

Fue entonces cuando entendí que, ayudando a Michael a comprender mejor a Robert, ella estaba intentando pasar página indirectamente del maltratador de su padre.

—Por favor —resoplé—. Estás por encima de eso.

—Sí que decías siempre cosas bonitas. —Sonrió con tristeza —. ¿Has abierto ya el camión?

Negué con la cabeza.

—Me ha dado las llaves, pero luego te hemos seguido hasta

aquí.

—Me dijo que, haya lo que haya, debería convencerte.

Ojalá la gente hubiera dejado de decirme que lo que hubiera en el camión me cambiaría la vida. Que lo haría, como se descubriría más tarde, tanto en lo que concernía a mis creencias como a las funciones de mi brazo derecho, pero aun así deseaba que dejaran de recordármelo.

—No estamos llegando a ningún lado —dije, decidido a enfriar el ambiente—. Vamos a ponernos de acuerdo en algo.

—Me recuerdas a la doctora Kim.

—Con el dinero que nos gastamos en la terapia... ¿Quién habría dicho que nos serviría de algo?

Forcé una sonrisa.

—Bueno, y ¿qué? —Imitó la voz monótona y lánguida de nuestra antigua terapeuta—. ¿Qué es lo que nos une?

—Ninguno de nosotros cree que Michael sea el responsable de... —Señalé el cadáver. Me resultaba extraño mantener una conversación tan informal alrededor del cuerpo—. Y supongo que, si estás dispuesta a entrar a la fuerza y husmear por aquí, tampoco te crees lo de las causas naturales. Piensas que alguien va tras Michael, después de lo que desenterrasteis, y yo simplemente estoy intentando exculpar a Michael y arreglar algo por una vez en la vida. En eso estamos de acuerdo. Los dos estamos tratando de resolver un asesinato. —De nuevo, me recuerdo que no soy el protagonista solo por ser también la persona que está narrando todo esto. De hecho, me acuerdo de que en aquel momento pensé que parecía haber más gente con motivos para resolver el asesinato de las narices que para haberlo cometido—. Así que vamos a empezar por ahí. Si encontramos al culpable, también descubriremos si Michael nos está diciendo la verdad.

—Una cosa prueba la otra —coincidió, antes de unir los dedos índices, ponérselos debajo de la barbilla y fruncir el ceño—. Tengo la sensación de que hoy ha habido progresos en esta sala. ¿No te parece?

Contra mis instintos, me reí. Por algo nos enamoramos, independientemente de lo que hubiera ocurrido desde entonces;

era difícil olvidarse de todo.

—Tenías la cara descompuesta cuando he llegado —le dije—. ¿Has encontrado algo?

—A ver, no soy ninguna experta, pero es que esto no puede ser normal.

Se encorvó sobre el cadáver y yo me acerqué. Todavía no había podido observar en condiciones al Botas Verdes, puesto que me había podido la aprensión cuando lo llevaba agarrado del pie y apenas le había echado un vistazo a la foto que Crawford le había hecho de la cara. En la cabaña hacía tantísimo frío que se le veían cristales de hielo en el pelo. Tenía los ojos cerrados y el rostro cubierto de ceniza negra, que al principio confundí con lesiones por congelación, y alrededor de la boca se le había formado una especie de brea coagulada y reluciente. Una salvaje herida roja le rodeaba el cuello. Sofía me había hablado del corte; era lo que le había manchado las mangas a Crawford, pero de cerca era mucho más cruenta. Fuera lo que fuera lo que le hubiera oprimido el cuello al tipo, lo habían ceñido tanto que le había atravesado la carne. Aquella sangrienta herida también había empezado a cristalizarse con el frío.

Erin interrumpió mis pesquisas.

—Es como si alguien lo hubiera asfixiado. Y lo negro no sé qué es. ¿Veneno?

—Ceniza —respondí, repitiendo lo que Sofía me había dicho —. En teoría.

—¿Como si hubiera estado envuelto en llamas? ¿Aquí al raso?

Asentí añadiendo:

—Pero no había nieve derretida. Y, en todo caso, ¿no habría rodado? ¿No tendría quemaduras? Sofía cree que el culpable es un asesino en serie. En la prensa lo llaman Lengua Negra. Pero si crees que Michael estaba metido en temas de mafias, igual que mi padre, puede que haya sido un sicario.

—Puede. Parece una muerte violenta, y supongo que solo le haces esto a alguien si realmente quieres ensañarte o si lo que pretendes es enviar un mensaje. Pero vamos a rebobinar un poco... Me has dicho que es ceniza, pero la nieve no estaba derretida. ¿El

asesino les prende fuego a las víctimas sin prenderles fuego?

—De hecho, es un antiguo método de tortura que usaban los reyes persas —apuntó Sofía desde el umbral—. ¿Qué? Me estaba pelando de frío.

—¿Un método de tortura? —Le levanté una ceja a Erin—. Encaja con lo de enviar un mensaje.

—¿Cuánto sabe? —Erin se cruzó de brazos—. Michael me dijo que me fiara solo de ti.

—No te preocupes. Sabe lo del dinero.

—Lástima que Ern ya se haya gastado... —Sofía me dirigió una mirada de soslayo— ... un buen montón. Cincuenta mil como poco, ¿no?

Erin me fulminó con una mirada que no supe descifrar. O bien era fastidio por que me hubiera gastado el dinero de Michael o por que tuviera la confianza suficiente con Sofía como para haber compartido mis secretos con ella. Me incliné por lo segundo, no sin ser consciente de la ironía viniendo de alguien que había pasado la noche con mi hermano.

—Oye, sabes muchísimas cosas sobre este asesino en serie, ¿no? —preguntó Erin, todavía desconfiada.

Si Sofía pensó que la estaba acusando de algo, no lo demostró.

—Tratamos a una de las víctimas en uno de nuestros hospitales. A la mujer, a Humphreys. Alguien la encontró y todo el mundo creyó que habíamos llegado a tiempo. Pero tenía los pulmones hechos un desastre; tuvimos que apagarle el respirador. Me despertó la curiosidad, escuché unos cuantos pódcasts. No pensé que pudiera necesitar la información, bueno, en la vida. Pero aquí estamos.

—Vaya, pues caso cerrado. Si te has puesto un pódcast...

—Dale una oportunidad, Erin. Sabe más que nosotros.

—O sea, ¿estamos buscando a un friqui de la historia? ¿Con una cierta querencia por las torturas medievales?

—Algo así. —Sofía parecía abochornada—. No me lo he inventado, ¿vale? Se llama asfixia por ceniza. Ernie, te dije que la mayoría de las personas que fallecen en incendios domésticos no mueren quemadas, sino asfixiadas. Se debe en parte a que el fuego

consume el oxígeno del aire y, por tanto, no hay nada que respirar, pero incluso cuando se ha extinguido el fuego, el hecho de inhalar demasiado humo puede llegar a cubrir los pulmones e impedirte que obtengas oxígeno del aire, aunque lo hubiera.

—Y ¿la antigua Persia era conocida por sus incendios domésticos? —pregunté.

—Me parto. Son los que crearon el método de tortura; disponían de torres construidas ex profeso, enormes, de más de veinte metros de altura. Estaban llenas de ruedas, engranajes y cachivaches, y, en el fondo, un montón de ceniza. Colocaban dentro a un blasfemo, porque así era como te ganabas una sentencia de muerte en aquella época. Ahora, estar atrapado en un espacio lleno de ceniza estática no podía hacerte demasiado daño, así que activaban las ruedas y los enormes engranajes para levantar la ceniza al aire. El criminal acababa muriendo por asfixia.

—Lucy me dijo que sus primeras víctimas fueron una pareja de ancianos de Brisbane. Se ve que lo buscó. ¿Me estás diciendo que así es como murieron?

—Tiene razón. Y no, no exactamente. Como es obvio, no hay ninguna torre de la tortura de tres plantas oculta por ahí, y, de todos modos, al Botas Verdes parecen haberlo estrangulado. —Sofía cogió un destornillador de un banco cercano y lo usó para bajarle el cuello al Botas Verdes y que pudiéramos observarlo mejor—. Por la densidad de ceniza que tiene en las mejillas, y la profundidad de la herida del cuello, diría que le pusieron una bolsa en la cabeza llena de ceniza, la apretaron todo lo posible y se la quitaron una vez muerto.

—En la nieve parecía que alguien hubiera corrido hacia delante y hacia atrás en una zona muy pequeña —apunté.

—Exacto. Cuando te falta el oxígeno, te desorientas muy rápido. Debió de intentar quitarse la bolsa, probablemente preso de un ataque de pánico. Me lo imagino corriendo con desesperación en círculos.

—Pues tan medieval no es. —Erin se dio cuenta de la brusquedad con que lo había dicho y levantó las manos en actitud

de disculpa—. Lo siento, no pretendía sonar sarcástica; me interesa. Pero estoy pensando que cualquiera puede estrangular a otra persona, o ponerle una bolsa en la cabeza. ¿Por qué se molestaría con la ceniza?

—Estoy de acuerdo. Supongo que el asesino estaba en un apuro, iba con prisas. Puede que estuviera a punto de amanecer. O que otro de los huéspedes del complejo lo interrumpiera. Con la pareja de Brisbane, el asesino se tomó su tiempo. Ya os he dicho que no fue en una torre de tortura, pero sí en una especie de reinterpretación moderna. Los encontraron encerrados en su coche, en el garaje, con las manos atadas al volante. Había marcas en el techo, como si alguien se hubiera subido, y un soplador de hojas en el suelo. El asesino debió de echar la ceniza a través del techo panorámico y luego introdujo el soplador para remover la ceniza. Y lo mismo con la mujer que nos llegó a urgencias. Atada con abrazaderas y encerrada en un lavabo con la ventana y el ventilador sellados, salvo por el orificio para introducir el soplador. Es su *modus operandi*. Muertes lentas. Aunque son todo conjeturas, claro.

—De un pódcast.

—De un pódcast.

—Debe de ser como ahogarse al aire libre —dije.

No le desearía a nadie los sueños en los que me asfixio, y eso que me pasé inconsciente casi todo el rato en el coche de mi madre cuando era un crío. Había leído historias sobre submarinistas que se ahogaban a pocos centímetros de la superficie, conscientes de que si pudieran atravesar el agua podrían salvarse, pero siempre estaba fuera de su alcance por poco, por muy poco. No era capaz de imaginarme lo que debía de ser intentar respirar el aire que tienes delante de ti y no sacar nada.

—Si crees que es el mismo asesino, también debe de estar usando las mismas herramientas, ¿no? No fue solo lo de la ceniza lo que te hizo pensar. ¿Crees que la marca del cuello podría ser de una abrazadera?

—Sí. El corte en la carne es lo bastante limpio para que sea plástico, no cuerda, que le habría desgarrado la piel un poco, y si

fuera sedal, el corte sería más profundo. Pero mirad aquí... —Señaló la boca del cadáver, ligeramente abierta, sacó el móvil (batería: 85 %) y encendió la linterna. No era ningún misterio por qué la prensa lo había apodado el Lengua Negra; la boca del cadáver estaba cubierta de carbonilla, y la lengua no parecía más que una gruesa babosa negra detrás de unos dientes manchados—. Es más ornamental que la causa de la muerte. La bolsa lo habría asfixiado de todos modos. Esto no sirve para nada más que para dejar su marca.

—Pero ¿con qué fin? —preguntó Erin.

—He visto tantas mierdas rarísimas en urgencias que se me ocurren varias opciones. Ern seguro que sabe lo que se me está pasando por la cabeza. Te dedicas a escribir estas cosas. ¿Cuál es el principio básico del *modus operandi* de un psicópata?

—Bueno, supongo que una de las creencias más extendidas es que los psicópatas necesitan hacer las cosas de una forma determinada. Forma parte de sus procesos; significa algo para ellos. Pero si fuera tan importante, creo que no se molestaría en matar sin seguir el ritual al pie de la letra, a menos que lo interrumpieran. No le merecería la pena. Y tampoco es que haya nadie por aquí encendiendo hogueras. Sería demasiado obvio. Así que no sé de qué nos sirve todo esto.

—No necesitas tanto el fuego como creerías; el truco está en levantar las partículas en el aire. Puedes comprar sacos de ceniza en cualquier tienda de jardinería o herramientas. A lo que voy, que seguramente lo trajo todo consigo. Estaba preparado. Así que creo que mi segunda teoría es la más probable.

El alma se me cayó a los pies cuando deduje lo que estaba a punto de decir, y lo bien que encajaba con las teorías de Erin y Michael, pero nos distrajo un sonido metálico cuando Crawford abrió la puerta de par en par. Tenía el rostro encendido, sudoroso y descompuesto. Con una mano agarraba la manija rota, con el candado aún colgando, mientras con la otra sostenía una pesada linterna de policía. Nos miró a los tres. Intentó articular varias palabras con la boca, pero no parecía ser capaz de escoger la que mejor representaba su furia, así que se limitó a bramar:

—¡Fuera!

Desfilamos como niños con las cabezas gachas, farfullando un «lo siento, agente» al pasar por su lado. La tormenta había amainado un poco desde que llegamos, y volvía a verse el albergue, con más pinta de casita de jengibre que nunca: recién glaseada.

Crawford nos seguía roncamente colina abajo. Mi editora me dijo que es imposible que una persona camine roncamente, pero es evidente que nunca ha tenido al agente Crawford resoplando a sus espaldas, así que mantengo el adverbio. Le enseñé las llaves a Erin, quien me dirigió un gesto de aprobación con la cabeza, cuando empezamos a andar hacia el aparcamiento. Luego se giró hacia Sofía y, para que Crawford no pudiera oírla, le susurró:

—¿Cuál era tu segunda teoría?

—El o la Lengua Negra se está anunciando. Quiere que sepamos que está aquí.

Capítulo 24

La parte trasera del camión contaba con una de esas puertas corrugadas enrollables que se esconden en el techo. En el borde descansaba una taza de café vacía. La llave giró sin mayor problema. Giré la manija noventa grados. Tenía la sensación de estar viviendo un momento crucial, así que hice una pausa para mirar a las otras tres personas que me rodeaban. Erin se frotaba las manos, ansiosa por saber si al fin me ganarían con lo que viera, y tal vez para contarme lo que Michael se había reservado. Sofía había esbozado una mueca petulante con la que esperaba que salieran a la luz los secretos de Michael. Crawford estaba impaciente. Había hecho todo lo posible, con la voz más autoritaria que había podido poner, para exigirnos que regresáramos inmediatamente al albergue, pero di por supuesto que tampoco intentaría detenernos con grandes alharacas. Y no me equivocaba: al saberse desairado, había decidido seguirnos para asegurarse de que no hiciéramos ninguna estupidez. ¿Yo? Me preparaba para llevarme una buena decepción. Como le había dicho a Michael, lo único que podía dejarme sin palabras era, como mínimo, una nave espacial.

Levanté la puerta unos pocos centímetros. Primera observación: no explotó. (Que te parecerá una locura, pero me había planteado muchísimas posibilidades, y la de que el camión estuviera amañado para que explotara era, y me avergüenza admitirlo, una de las menos marcianas.) No lo abrí despacio por darle suspense al asunto: las juntas de la puerta estaban congeladas. Tuve que pegarle un buen empujón para abrir una hendidura que nos permitiera ver apenas una porción de la oscuridad que había dentro. No llevaba guantes y noté una sensación de quemazón en las manos al entrar en contacto con el

gélido metal. Hice ademán de darle otro empujón cuando una mano me agarró del brazo para detenerme.

—Puede que esto solo lo tengas que ver tú —me dijo Erin—. Primero.

Erin claramente sabía algo de lo que había en el camión. A fin de cuentas, había ayudado a Michael a desenterrarlo. Debía de pensar que se trataría de dinero, o al menos de objetos valiosos, y teniendo en cuenta la necesidad de transportarlos con un camión, debía de haber un buen montón. «Michael me dijo que me fiara solo de ti.» Michael me había dicho lo mismo en persona, que era la única persona en la que confiaba solo porque había testificado contra él. Había accedido a que lo recluyeran en un armario de calcetines pútridos solo para darme las llaves en privado. Se suponía que Sofía y Crawford no debían estar presentes. Erin tenía razón.

—Necesito un momento para ver lo que haya por mi cuenta. —Levanté la voz por encima del viento—. Podríais... correr peligro.

Sabía que era una excusa pobre. Sofía puso los ojos en blanco. Me pregunté si la fastidiaría más sentirse excluida o si cada vez que me posicionaba con Erin o Michael se veía más lejos de una porción del dinero. Se me pasó por la cabeza que tal vez por eso nos había interrumpido en la cabaña de mantenimiento justo cuando Erin y yo habíamos encontrado un punto en común y habíamos empezado a hablar como un equipo. Esperaba más resistencia por parte de Crawford, por múltiples razones (cadena de custodia, testigos, cualquier cosa remotamente parecida a un trabajo policial competente), pero parecía haber renunciado por completo a actuar como policía. Erin los acompañó hasta uno de los lados del camión y, tras otros dos empujones que siguieron quebrando el hielo, abrí la puerta.

El ambiente estaba aún tan cargado de nieve y el cielo continuaba tan plomizo que, incluso abierto, el interior del camión no estaba lo bastante iluminado como para ver el fondo. Las paredes estaban llenas de las típicas cuerdas y correas que se usan para mover muebles. Pero, a lo lejos, distinguí una silueta muy

concreta. Parecía un...

No lo tenía claro; necesitaba acercarme más. Trepé hasta la cabina. El camión gemía y se mecía a medida que caminaba hacia mi objetivo. El aire estaba viciado y olía, curiosamente, a tierra fresca. «Hemos desenterrado una cosa.»

Los ojos se me acostumbraron a la penumbra. De todo lo que se me había ocurrido que pudiera haber en el camión y que pudiera haber demostrado tanto la inocencia de Michael como su paradero durante la noche anterior, aquello ni se me había pasado por la cabeza. Me quedé perplejo unos segundos, hasta que oí un golpe en uno de los lados del camión y la voz de Sofía, amortiguada pero inconfundible.

—¿Qué? ¿Qué es?

Volví a la entrada, cerré la puerta y me aislé en la oscuridad. Erin tenía razón. Aquella era solo para mí, y nadie más.

El ataúd aún tenía ríos de mugre en las juntas. De ahí el olor a tierra fresca. Lo examiné con el fulgor de la linterna del móvil (batería: 37 %). Parecía una caja cara, de madera maciza, quizá roble, y lo bastante bien barnizada como para no haberse degradado en exceso, con asas cromadas y adornadas en ambos lados. No se veía nueva, pero tampoco parecía que tuviera cien años. No era fácil saberlo. Lucy estaría encantada: como coartada para justificar una consumación, la de profanar tumbas era de las mejores.

Lo primero que pensé fue que quizá fuera el ataúd de Holton, únicamente porque no se me ocurría qué razón podría tener mi hermano para desenterrar a otra persona, y no se me escapaba la preciosa ironía circular de que fuera el mismo hombre que Michael había intentado enterrar en un principio. Pero aquel ataúd estaba diseñado para exponerse, para una capilla ardiente, para alguien querido y respetado. Teniendo en cuenta lo que Michael me había contado sobre que Alan le debía dinero a la mitad de los reclusos de la cárcel, no creo que nadie hubiera querido rascarse el bolsillo para ofrecerle a Holton un lugar de reposo tan magnífico.

Deslicé las puntas de los dedos por la madera mientras recorría el féretro. El eje del camión chirriaba a medida que iba cambiando el peso a lo largo del delgado suelo de metal. Me di cuenta de que habían levantado una fila de clavos del borde del ataúd para poder elevar la tapa. Pensé que quizá no fuera ni siquiera un ataúd, sino una caja de almacenaje camuflada, y que tal vez Michael ya hubiera sacado de dentro lo que le interesaba. La gente oculta cosas en ataúdes, ¿no? Pero, si ese fuera el caso y ya lo hubiera vaciado, ¿para qué quería que lo viera? Y si dentro había una persona, ¿cómo se suponía que iba a identificar a alguien que llevaba tantísimo tiempo bajo tierra? No sacaría nada en claro de un montón de huesos; me resultarían irreconocibles fueran de quien fueran. Mientras les daba vueltas a todas las posibilidades, noté entre los dedos una muesca áspera en una superficie de madera, por lo demás, pulida. Una marca. La iluminé con mi linterna (batería: 36 %).

Un símbolo de infinito tallado en la madera.

Un recuerdo me asaltó de repente. De un funeral de Estado, un acontecimiento que exigía un féretro de lujo. De una navaja suiza dibujando un vínculo eterno en el roble. De gorras sobre pechos, guantes blancos y botones dorados. Puede que hubiera dudado de mi capacidad para reconocer los huesos que contenía, pero sí conocía aquel ataúd.

Michael y Erin habían desenterrado al compañero de Alan Holton: al policía que mató mi padre.

Capítulo 25

Sabía que tenía que abrirlo. Ni Pandora ni hostias.

Las tapas de los ataúdes pesan como un muerto: los pijos están forrados con plomo para que no te filtres cuando empiezas a licuarte, y, peso aparte, las juntas acaban deformándose con la humedad y la presión que ejercen los dos metros de tierra. Es el *rigor mortis* de lo inanimado. Si Michael no lo hubiera abierto ya a la fuerza, no habría sido capaz de levantar la tapa por mi cuenta. Para subirlo al camión, él y Erin debían de haberse ingeniado algún tipo de sistema de poleas con las correas que colgaban de las paredes.

Dado que estaba solo, deduje que podría mover la tapa colocándome en el lado de las bisagras, inclinándome por encima del ataúd, enganchando los dedos por debajo del borde y tirando con todo mi peso. El frío hizo que tuviera que esforzarme mucho más: entre las cuatro paredes de metal, y en aquella montaña, el camión de mudanzas podría haberse aprovechado como camión frigorífico. Nubes de vaho se formaban en el gélido ambiente por el esfuerzo, y los primeros centímetros se abrieron entre chirridos a una velocidad agonizantemente lenta, hasta que la inercia venció al peso y la tapa se levantó de golpe, y a punto estuve de caerme de culo y volcar el ataúd. Por suerte, no tuve que bailar un tango con un montón de huesos: el féretro se balanceó un poco hacia mí, pero recuperó el equilibrio. El camión volvió a gemir, como si me suplicara que dejara de moverme sin ton ni son.

Iluminé el ataúd con la luz del móvil (batería: 31 %).

El ataúd no estaba vacío, que ya era lo que sospechaba, así que ver el cadáver fue más un alivio que una impresión, porque al menos era lo que se suponía que debía contener.

Píldora sobre ciencia. En función del sellado y del material

del ataúd, treinta y cinco años bastan para que un cuerpo se semimomifique. No es suficiente para que todos los tejidos se licuen, y los huesos no se convierten en polvo hasta casi después de un siglo, así que el resultado es un esqueleto cubierto por jirones grises de tendón. En aquel momento no tenía ningún tipo de conocimiento científico (lo tuve que buscar después, para escribir al respecto), y no veía claro qué esperaba Michael que descubriera desde un punto forense o intuitivo a partir de un cadáver medio descompuesto. Negué con la cabeza ante la futilidad de la situación.

De todos modos, supuse que aún podía haber algo más oculto. Estaba convencido de que Michael debía de haberse llevado cualquier cosa de valor, aunque recordaba que había intentado enseñarme una cosa, se había palpado y había soltado un taco al no encontrarlo. Aunque, pensándolo bien, si era algo lo bastante pequeño como para que le cupiera en el bolsillo, ¿qué sentido tenía guardarlo en un ataúd? Y ¿para qué habría subido Michael el féretro hasta la montaña si ya tenía lo que necesitaba?

Tenía que examinarlo con detenimiento. La luz de la linterna (batería: 31 %) se posó primero sobre los restos de un pie humano, que, aislado, parecía un pajarillo: unos huesos largos y delgados formaban algo parecido a una jaula. Observé las piernas, cerosas por la descomposición, tratando de recordar lo que pudiera de las clases de Biología del instituto para comprobar si algo estaba fuera de sitio. Comparado con los modelos de esqueletos que había visto, era mucho más anárquico: la caja torácica estaba parcialmente desmoronada y parecía que hubiera más costillas de la cuenta. No había ni un solo pedazo de ropa, salvo por los pocos botones dorados de los harapos del pecho que cruzaban las costillas y una hebilla que reposaba entre los huecos de la pelvis.

Debo admitir que a pesar de estar frente a un cadáver, frente al hombre al que mi padre había disparado en el cuello, no sentí nada. Ni remordimientos ni repulsión. Era como contemplar el cuerpo de la montaña: algo puramente académico. Y ahora, después de que Michael me hubiera contado que el cadáver pertenecía a un corrupto, a alguien que había intentado matar a mi

padre, sentía aún menos. El cuerpo del ataúd no significaba nada para mí. Había procurado protegerme tanto a base de una ciega ignorancia que no sabía nada en absoluto de aquel policía muerto tanto tiempo atrás. Creo que ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Dicho esto, la última vez que lo vi, no tenía dos cabezas.

Ya había visto aquel féretro antes, en la capilla ardiente, y estoy totalmente convencido de que solo tenía un ocupante. No solo me pregunté quién sería la otra persona, sino cómo había acabado allí.

La segunda calavera era más pequeña, aunque estaba en el mismo estado de descomposición. Una tensa tira de piel le recorría el cráneo. La cabeza estaba inclinada hacia delante, con la mandíbula apuntando hacia un cojín de seda que en su momento fue blanco, lo que me permitía distinguir un agujero irregular en la parte trasera del cráneo y grietas que se extendían hasta las orejas. No tenía claro si era producto de un tiro o un golpe, pero parecía evidente que el daño había matado a aquella persona, fuera quien fuera. Mirándolo con detenimiento, detecté huesos finos y delicados (una columna vertebral) que se introducían en el esqueleto más grande. Las costillas se habían ido entrelazando a medida que la piel había ido desapareciendo, lo que explicaba las costillas que pensaba que se estaban descomponiendo; en realidad pertenecían al segundo cadáver.

Seguí la columna vertebral despacio, hasta la pelvis, las rodillas dobladas y los pies (como diminutos pájaros de hueso), apoyados contra la cadera del esqueleto más grande, como si se estuviera refugiando detrás. Agarrándose. Me recordó a la famosa portada de la *Rolling Stone* protagonizada por Yoko Ono y John Lennon. Por muy mal estudiante de Biología que hubiera sido, había algo innegable en aquella escena. La fina circunferencia de los huesos. Pertenecían a alguien pequeño. Joven.

Michael había traído el ataúd hasta allí arriba para enseñarme el cadáver de un niño acurrucado contra los huesos de un policía. Solo me faltaba preguntarle por qué. Di medio paso hasta la puerta trasera.

Ahí fue cuando el camión empezó a moverse.

La primera sacudida bastó para que perdiera ligeramente el equilibrio y me inclinara hacia atrás. El estómago me dio un sutil salto mientras los órganos intentaban adaptarse a la nueva velocidad, a pesar de que yo estuviera inmóvil. Engullido como estaba por aquella penumbra, mi cerebro necesitó varios segundos para convencerse de que seguía conservando el equilibrio. Seguí hacia delante como si caminara por la cubierta de un barco. Eran apenas unos metros, pero quiero que sepas que todo ocurrió en cuestión de segundos. Oí una serie de golpes urgentes en uno de los lados del camión.

—¡Ernie, sal del puto camión!

Era la voz de una mujer. No supe distinguir si era la de Erin o la de Sofía. Traté de apresurarme sin perder el equilibrio. Tenía la extraña sensación de estar caminando por una pendiente, lo que significaba que el camión se movía hacia delante y yo estaba luchando contra la corriente para alcanzar la puerta trasera. Las correas de tela que colgaban de las paredes se inclinaban hacia la cabina. Los golpes en el lateral continuaron, pero el estruendo de la aceleración de las ruedas ahogaba la voz que los acompañaba. Con todo, sabía lo que me decía: «Corre». Lo había deducido yo solito. El camión iba colina abajo, y el único sitio donde la montaña se allanaba era en mitad de un lago helado...

Un haz de luz se coló en el camión cuando alguien levantó la puerta medio metro. Erin sacó la cabeza, resollando, caminando para seguir el ritmo del vehículo.

—¡Venga, Ernie, corre! Cada vez hay más pendiente.

—¿Se puede saber qué coño pasa? —grité, tambaleándome hacia ella contra la inclinación del suelo.

—Ha saltado el freno de mano. Lo habrás movido y ha empezado a moverse. Crawford está intentando entrar en el asiento del conductor para meter los frenos de verdad. El problema es que hay una mierda marrón en el suelo, y puede que sea líquido de frenos... Ahórranos tiempo y bájate por si no podemos pararlo.

Hizo ademán de agarrar la parte inferior de la puerta, pero no

podía sujetarla y correr al mismo tiempo. En cuestión de segundos, había pasado de andar rápido a correr a grandes zancadas en aquella nieve que le llegaba hasta la espinilla. El camión no iba tan rápido, pero era difícil seguirle el ritmo con aquella aguanieve. Sabía que había unos cien metros hasta la carretera y luego, después de cruzarla, otros dos o trescientos hasta el lago. La cuesta no comenzaba a ser realmente significativa hasta cruzar la carretera, pero el camión pesaba tanto que, si ganaba la velocidad suficiente, sería imposible detenerlo. Era consciente de que debía bajarme antes de que empezara a moverse de verdad.

—Tendrás que agacharte —me dijo, ofreciéndome una mano —. La nieve está lo bastante blanda como para caer encima y rodar.

Me agaché, con una rodilla en el suelo, justo cuando el camión volvió a sacudirse, esta vez con más fuerza. Perdí el equilibrio, lejos de la mano de Erin, intenté agarrarme a una correa, se me escapó y caí de culo, antes de deslizarme de espaldas hasta chocar contra la cabina del conductor y quedarme sin aliento. El camión debía de haberse topado con alguna ladera, porque todo había empezado a moverse: las correas golpeaban las paredes y me azotaban la cara, una caja de herramientas se había caído desde algún sitio y tornillos y llaves rebotaban contra el suelo y acribillaban la pared trasera. Ladeé la cabeza justo cuando un destornillador, que iba directo hacia mis ojos, repiqueteó contra la plancha de metal que tenía al lado de la oreja.

En ese momento, oí un chirrido largo y lento. Arañazos en el suelo. El ataúd se deslizaba hacia mí. Varios cientos de kilos de plomo, madera y dos esqueletos. Traté de moverme, pero la gravedad y la confusión son compañeras incompasivas. Ya te he dicho que he estado escribiendo esto con una mano: ahí tienes el porqué.

Sentí una explosión de dolor en la muñeca derecha, seguida de un entumecimiento casi inmediato, como si me hubiera sentado encima. Quise apartarme de la pared, pero noté un tirón en el hombro. El brazo no me obedecía. Te parecerá ridículo, pero tuve que mirar para entender lo que estaba pasando: el ataúd se me

había empotrado contra el antebrazo y me lo había aplastado contra la pared. Acababa de ver la mano de un esqueleto, así que pude imaginarme, mareado, las decenas de huesecitos que me debía de haber roto. Pero aquel era el menor de mis problemas. Hasta entonces, el camión se había estado despeñando por la colina mientras yo procuraba salir entre tambaleos y con una cierta despreocupación. Ahora, mientras seguía ganando velocidad, yo estaba atrapado.

Usé el brazo bueno para tirar del codo inmovilizado, pero no cedía. Luego traté de meter los dedos entre el ataúd y la pared, en un intento por aliviar aunque fuera un milímetro de la presión, una micra, pero pesaba demasiado. Acabé con los dedos pegajosos y húmedos. Sangre. No lo notaba, la conmoción me lo estaba adormeciendo todo, pero me estaba arrancando la piel de la mano con cada tirón. Un paramédico me diría más tarde (después de bajar de la montaña, tras otras tres muertes y un asesino desenmascarado), mientras me atravesaba las tiras de piel colgantes con una aguja de metal curvada, que el término médico era *avulsión*. Me alegré de no haberlo sabido entonces; habría perdido el conocimiento.

Eché la vista atrás, hacia la entrada, para analizar las posibilidades de que me rescataran, pero no eran nada halagüeñas. Erin seguía manteniendo el ritmo a pesar de la nieve, pero la expresión de su rostro delataba su nerviosismo. La veía alargando el brazo hasta el camión, moviendo ligeramente la cabeza a un lado y a otro mientras trataba de agarrarse y trepar dentro, pero siempre acababa resbalando y alejándose, antes de volver a intentarlo.

—Estoy atrapado —grité, sin saber si ella llegaba a ver el ataúd que me comprimía el brazo. Un montón de tornillos y pernos rodaban por el suelo—. ¿Cuánto falta hasta el lago?

—Dudo… —Había empezado a faltarle el aliento; la profundidad de la nieve fresca la estaba agotando más que el ritmo, y le dificultaba aún más el salto al camión, que le llegaba por la cintura—. Dudo que te interese la respuesta.

Aquello respondía a mi pregunta tanto como no haberme

dicho nada. Ya no es que fuéramos cortos de tiempo, sino que ya estábamos en el descuento. Puse los pies sobre el ataúd y traté de moverlo hacia un lado con tantísima fuerza que creía que el brazo se me dislocaría del hombro. No cedió ni un milímetro.

—¿Dónde está la carretera principal? —exclamé—. Los bancos de nieve que la bordean... —Me costaba recuperar el aliento—. Podría bastar para detener el vehículo.

—Ya los hemos pasado, los ha atravesado directamente —respondió Erin a gritos.

Joder. El banco de nieve debía de haber sido el bache que me había tirado al suelo. Mi salvador.

Reinicié mi mapa mental. Si ya habíamos pasado la carretera, la colina estaba a punto de ganar pendiente en un abrir y cerrar de ojos.

—Ern. —Me llegó una voz nueva, la de Sofía. Era difícil distinguirla bajo la tenue luz y la aceleración del camión, pero una parte de su cabeza se asomó por la abertura—. ¿Qué pasa? Te quedan como treinta segundos antes de que esto se nos vaya de las manos. ¡Sal de una vez!

—Me he hecho daño. No puedo moverme.

—Un momento. ¿Eso es un ata...?

—Ayúdame a subir —la interrumpió Erin.

—¿Es seguro?

—Claro que no. Aúpame.

Se me empezaba a nublar la vista. La adrenalina se me debía de estar agotando porque el dolor comenzaba a reptarme por la muñeca y a propagarse por el brazo, lo que hacía que perdiera claridad en los bordes y la visión se me desenfocara. Hice todo lo posible por centrarme en Erin y Sofía. Estaban en la luz. Eran objetos sólidos. Parecían estar a una distancia infinita de mí. Y ahí fue cuando apareció una tercera sombra.

—No he podido. —Una voz masculina: Crawford—. He roto la ventana, pero está demasiado alto. No tenemos tiempo de... Esperad... —Las palabras siguientes las masculló, pero entendí lo suficiente—. ¿No lo habéis sacado?

—Está atrapado —dijo Sofía.

—¿Perdón?

—Está herido.

—¿Es grave?

—No lo sé.

—Lo bastante grave como para que no esté aquí con nosotros —le espetó Erin.

—Oye, vigila dónde pisas —le reprendió Crawford a Erin. Entre los tres debían de haber podido levantar un poco más la puerta, puesto que una luz intensa bañó el interior. Crawford volvió a hablar—. Dios santo. ¿Eso es un…?

En ese momento, lo que antes había sido una alarma controlada se convirtió en un pánico sin paliativos. Los tres habían empezado a correr; debíamos de haber llegado a la cuesta más empinada. Deduje que la luz adicional también había revelado parte de mi lesión, lo que no hizo sino contribuir al caos general. Erin había empezado a gritarle a Crawford que la aupara. Oí a Crawford negándose: era demasiado peligroso; demasiado arriesgado. Argumentos que a ella le habrían puesto las orejas coloradas, un machismo que asomaba la cabeza tras un falso heroísmo.

Esperé a que las botas de Crawford pisaran el camión. Una correa me golpeó el rostro. La agarré con la mano libre y tiré con todas mis fuerzas. El que la había colgado de la pared no la había atado demasiado bien, porque se soltó y la hebilla que llevaba adherida repicó contra el suelo. Era como un cinturón gigantesco. La recogí y me la até como pude alrededor de la muñeca con un nudo simple. Estaba algo suelto, pero podría bastar.

—¡Corre! ¡Hostia puta, Ernie, haz algo!

Aquella era Sofía, esta vez con un chillido agudo y desesperado. Y la veía un poco más lejos. Caí en la cuenta de que no había oído a Crawford subirse al camión, y comprendí que no se lo había impedido a Erin para rescatarme cual caballero, sino que la estaba deteniendo por completo. Levanté los ojos de la correa y vi como iban empequeñeciéndose con cada segundo que pasaba. Fue entonces cuando me di cuenta de que las correas volvían a colgar en vertical. La gravedad había vuelto a la normalidad. El

estómago dejó de darme vueltas, lo que indicaba que el camión se había parado.

Debería haberme parecido una buena noticia. El problema era que el camión no había dejado atrás a Sofía, Erin y Crawford; habían dejado de perseguirlo porque ya no era seguro seguir adelante. Se habían quedado sin tiempo.

En definitiva, a esas alturas estaba ya atrapado dentro de cuatro toneladas de metal en mitad de un lago helado.

Te voy a ahorrar el falso suspense del hielo que se resquebraja lentamente y de las grietas con aspecto de telaraña sobre la superficie: el camión estuvo inmóvil menos de cinco segundos antes de hundirse varios metros con una sacudida e inclinarse treinta grados. La cabina, a mis espaldas, había sido lo primero en caer. Tras otro violento vaivén, el camión se puso a cuarenta y cinco grados. Sabía que tenía que pensar en algo, y rápido.

Concebí las bases de un plan. Lancé la pesada hebilla lo más lejos que pude, pero me pasé de altura y rebotó contra la puerta medio cerrada y volvió a mí. En el siguiente intento, la deslicé por el suelo y patinó hasta salir por la abertura. No esperaba que se agarrara a nada que pudiera soportar mi peso (la superficie del lago era un yermo), pero quería que hubiera algo en la superficie. Si me hundía, mi objetivo principal debería ser volver a encontrar el agujero en el hielo. Si no tiraba de la correa, suelta como estaba, probablemente podría seguirla hasta la superficie. Las paredes gemían con la presión del agua. Oía el goteo del agua y olía el frío. No lo tengo claro, pero era posible que en ese momento ya estuviera hundido por completo. Me agarré al asa cromada del ataúd con la mano buena, preparado para lo que ocurriría a continuación. Solo tendría una oportunidad.

Todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. Otro crujido del hielo y, de repente, me encontraba de espaldas, contemplando el cielo a través de la puerta semiabierta. El camión estaba a noventa grados. Era lo único que necesitaba. En lugar de empujar el ataúd contra la fuerza de la gravedad, que era lo que había estado tratando de

conseguir, tiré del asa cromada hacia el techo. Antes de que se hundiera, aquello habría sido como hacer pesas de banco, pero ahora el féretro estaba básicamente de pie sobre uno de los extremos. Solo tenía que volcarlo. Ignorando el hecho de que estaba triturándome el antebrazo, di todo lo que tenía. Y, por fin, algo salió bien.

Se volcó.

Te pido perdón por no haberte transmitido todo mi entusiasmo. ¡Se volcó!

El ataúd chocó contra el techo (ahora la pared), se colocó en diagonal sobre mí con la tapa abierta, esparciendo polvo y huesos por toda la pared trasera (ahora el suelo), y, en el proceso, me dejó la mano libre (ahora aplastada). Rodé a un lado por si le daba por asentarse, agarrándome la mano mutilada, notando la humedad, pero sin tener todavía la fuerza de voluntad necesaria para evaluar los daños. Hacía demasiado frío o estaba demasiado en shock para procesar el dolor de forma adecuada.

Me puse en pie y miré al cielo. La correa que había lanzado seguía serpenteando hacia el exterior por encima de mi cabeza. Me pareció oír gritos, probablemente con mi nombre. No habría podido asegurarlo. Observé mi prisión. No había forma de escalar el suelo/pared con un brazo destrozado. La correa no estaba cogida a nada, así que tampoco podía colgarme de ella. Y el camión seguía hundiéndose, como es obvio. El agua me llegaba por los tobillos, proveniente de una filtración que había aparecido en una de las paredes. Puede que los esquimales tengan mil palabras para la nieve, pero no hay término en el mundo que pueda describir lo exageradamente fría que estaba el agua. Años atrás, cuando esperaba los resultados de la clínica de fertilidad (tras descubrir que la temperatura de la bolsa escrotal era, por lo visto, un factor importante en el recuento de espermatozoides y empezar a cambiar los *slips* por bóxeres, cargando con una bolsa de hielo de la gasolinera hasta nuestra bañera), podría haberme emocionado el potencial de un agua tan gélida. Pero ya no. Me anestesiaba. Podía llegar a pararme el corazón. Se abrió paso el recuerdo de que así es como preparan el caviar: aturden a los esturiones en agua helada

antes de abrirlos en canal.

El agua no tardó en caer por el borde de la puerta. Primero fue un chorro constante desde una de las esquinas, pero no tardó en dar paso a media docena de cascadas que descendían por todo el marco. El líquido gélido me salpicaba las rodillas. No apartaba la mirada de la correa, rezando por que siguiera inmóvil sobre el hielo y no resbalara hacia el camión. Eché un vistazo al nudo que me había hecho en la muñeca con la mano buena. Mi plan era simple: dejar que el agua se encargara de acercarme todo lo posible a la salida del camión y, entonces, cuando el vehículo estuviera lleno, lo único que tendría que hacer sería nadar en línea recta mientras el camión se hundía bajo mis pies. Debía acordarme de aprovechar el suelo para guiarme a través de la abertura de la puerta y no quedarme atrapado. Y de no perder el conocimiento por la impresión del agua helada. Y de no tirar de la correa. Pero, incluso en ese caso, era crucial ir hacia arriba. Era sencillo. ¿No? Noté la correa arrastrándome de la muñeca, como si alguien estuviera tirando de ella.

El agua me llegó al pecho. No oía más que su rugido en los oídos. No veía más que una porción de cielo salpicado de agua y espuma que iba menguando más y más. De cuello para abajo, el frío me lo había paralizado todo. Pensé en los esturiones. Me reconfortaba pensar que, si se me paraba el corazón del shock, al menos me ahorraría darme cuenta de que me estaba ahogando.

«Arriba, arriba, arriba», coreé mentalmente. Y el cielo desapareció. Cogí aire. «Arriba, arriba, arriba.»

Capítulo 26

Me desperté desnudo.

Mi cerebro intentó procesar si alguien me habría arrastrado por el hielo hasta la orilla, pero, a medida que iba recuperando los sentidos, caí en la cuenta de que no hacía bastante frío como para estar al raso. Me hallaba en una cama. Me habían metido las sábanas por debajo del cuello, como si fuera un crío con tendencia a las pesadillas, lo bastante apretadas como para estar en un manicomio. Parpadeé hasta aclarar la vista.

No estaba en alto, así que no era mi cama, en la buhardilla del bungaló. Supuse que debía de estar en una de las habitaciones del albergue. Había muy poco que pudiera ayudarme a identificarla; la estancia se encontraba pobremente iluminada y las cortinas, corridas. Y era un fastidio, porque no podía saber la hora, y no quería caer en el tópico de despertarme y que lo primero que preguntara fuera «¿qué hora es?» o «¿cuánto llevo inconsciente?». Dos sombras mantenían una conversación susurrando al otro lado de la habitación, ignorantes de que había recuperado el conocimiento. En la mano derecha notaba un dolor constante y palpitante. Bajé las sábanas para examinar los daños y descubrí que llevaba puesta una manopla de horno con motivos florales. Tiré de ella, torciendo el gesto al ver que se resistía. Metí un dedo en la abertura y noté una membrana viscosa; parecía que la piel se me había pegado a las fibras de algodón. Me había fundido con la puta manopla.

Alguien me puso una mano en el hombro y evitó que siguiera tirando.

—No te lo recomiendo. —Levanté la vista y vi a Juliette, la propietaria del complejo, negando con la cabeza. Aloysia estaba detrás de ella—. No quieras verlo.

Aloysia me ofreció una pastilla de un botecito naranja. La acepté y la examiné.

—Oxicodona. Un analgésico. Es de los fuertes —me explicó, y ya me bastaba, así que me la metí en la boca. Estuvo pensando unos segundos, supongo que preguntándose qué diría de su sobriedad lo de que llevara encima esas pastillas, y, a la defensiva, añadió—: Son para la pierna.

Me decepcioné a mí mismo al preguntar:

—¿Cuánto llevo inconsciente?

Aloysia se acercó a la ventana y descorrió las cortinas, dejando a la vista la misma negrura infinita del cielo bajo el que me había quedado dormido la noche anterior. Parecía que había dejado de nevar, pero el viento debía de ser todavía bastante virulento: la ventana repiqueteaba en el marco.

—Unas horas —respondió Juliette.

Me incorporé, lo que me provocó un acceso de tos y un forcejeo al tratar de conservar la dignidad cuando las sábanas se movieron. Aloysia me alargó un albornoz blanco de hotel, tapándose los ojos con la otra mano. Me di cuenta de que Marcelo también estaba en la habitación, sentado en un sillón, observándonos a los demás. Aquello me sorprendió; aunque nunca se lo podría acusar de estar ausente, tampoco era el tipo de padrastro que te vela sentado junto a la cama.

Seguí tosiendo y los ojos se me llenaron de chiribitas. Era demasiado pronto. Juliette me empujó para que volviera a tumbarme, exigiéndome que descansara. Le alargó una mano a Aloysia, quien negó con la cabeza, poco generosa con las pastillas. Juliette carraspeó sonoramente, y reconocí el suspiro resignado de Aloysia. Lo que sentí a continuación fue la delgada pastilla entre los labios, y poco después todo se oscureció y volvía a estar bajo el agua.

Las noches en la montaña traen consigo una negrura especial, sobre todo en el lado oriental del pico, donde el sol sale temprano y se pone rápido. Sin las interferencias del fulgor de las ciudades,

es fácil confundir el momento del día a partir de la última hora de la tarde y la oscuridad impenetrable que va de la medianoche al amanecer. Me desperté a oscuras. Al menos esa vez llevaba el albornoz puesto.

Aloysia y Juliette se habían marchado, pero Marcelo seguía sentado junto a la ventana, iluminado por la luz de una única lámpara, leyendo algo que había sacado de la biblioteca. Me oyó moverme, dejó el libro y arrastró el sillón hasta la cama. Yo volví a incorporarme, reprimiendo la necesidad de toser. Me sentía ligero, casi en una nube, pero con muchísimo menos dolor que antes. Debió de ser la pastilla. Agradecí que Juliette le hubiera arrancado a Aloysia una segunda dosis del hermético bolso.

—Me alegro de que estés bien —gruñó Marcelo, con ese tono al que recurren los hombres mayores que intentan expresar alguna emoción: dejando atrás lo más rápido posible cualquier cosa que pudiera percibirse como una muestra de afecto, como con un estornudo.

—Sobreviviré —contesté sin mirarme la mano; no quería tener que cambiar la respuesta—. ¿Dónde están los demás?

—Te has desmayado, no sé si te acuerdas, poco después de despertarte la primera vez. Nada, un momento. Aloysia y la del complejo se han ido a buscarte algo de comida.

—¿Cómo está Michael?

Marcelo se encogió de hombros.

—Esperaba que me lo dijeras tú. Crawford sigue sin dejarme entrar.

—Me sorprende que no hayas entrado a la fuerza cuando Crawford ha salido a rescatarme. La Sala de Secado ha debido de estar desprotegida un buen rato; la única protección es el pestillo que hay fuera.

—Ojalá se me hubiera ocurrido entonces.

Marcelo sacó la lengua por una de las comisuras de la boca. Era difícil saber si se trataba de una señal o si tenía los labios secos. El aire de la montaña era inclemente. De repente, caí en la cuenta de que estaba sediento y tenía la garganta seca. Me provoqué tos y Marcelo se levantó y se fue al baño, exclamando:

—Además, estábamos todos bastante pendientes del numerito que has montado en el lago. Tendríamos que haberles cobrado a los otros invitados por el espectáculo; creo que estaban todos mirándote. —Regresó a su asiento y me dio un vaso de agua—. Pero tienes razón. Habría sido una oportunidad perfecta de colarme y ver a Michael.

Vacié el vaso de un sorbo, pero seguía sediento cuando me lo terminé. Porque, por raro que parezca, así son los ahogamientos. Al menos podía hablar.

—Y ¿qué?, ¿te ha tocado velarme o te has quedado para asegurarte de que eras la primera persona en hablar conmigo cuando me despertara?

—¿Tan terrible te parece que quisiera comprobar si estabas bien? —Se removió en su asiento, e intentó tomárselo a guasa—. Aunque eso no significa que no tenga preguntas.

—Creo que empezaré yo, si no te importa.

Los dos sabíamos que las preguntas no las haría yo. Era difícil coger a Marcelo García por sorpresa, tan inmune a las presiones de los tribunales y la ley. Quería enterarse de lo que sabía y, por tanto, inmóvil como estaba, tenía el poder en mis manos. Ese parco placer me ayudó a mitigar el dolor de la mano, que, a medida que mi cuerpo se desperezaba, volvía a palpitarme.

Marcelo suspiró largamente y el aire le silbó entre los dientes.

—¿Qué te ha dicho Michael?

—Me ha hablado de Alan.

Marcelo cerró los ojos y tardó unos instantes en volver a abrirlos. Conocía ese lento parpadeo. Es lo que la gente hace cuando desearía poder rebobinar algo unos pocos segundos. No ver a su pareja en la cama con otra persona. No oír algo que saben que es mentira. No oír algo que saben que es verdad. Con los ojos cerrados, reconstruyen un mundo intacto, tal como era antes. Es el tipo de parpadeo que se ve en las mesas del desayuno en las que se desea que no se hubieran leído determinadas cartas.

—Entonces ya conoces a los Sables.

—Un poco. Menos que tú, supongo, así que me gustaría que me pusieras al día.

—Era más una cooperativa que una banda. A tu padre ni siquiera le gustaba el nombre, pero necesitaban llamarse de alguna forma. Robaban, sobre todo, lo bastante como para que la ley los tuviera en el punto de mira, pero sin llegar a perseguirlos. Tu padre era más una molestia que un criminal; hacía lo justo para ir tirando. Pero eso fue antes de que las cosas, bueno, empeoraran.

Sabía que me estaba intentando descifrar, ver cuánto me había contado Michael, dónde podía recortar, arrancar porciones de la verdad. El póker se me da de pena, pero supuse que mi mueca firme (la mano mutilada me exigía atención; solo podía apretar los dientes en un esfuerzo por concentrarme en Marcelo) solo podía interpretarse como estreñimiento o consternación.

Marcelo prosiguió.

—Conocí a tu padre y a sus amigos de casualidad. Por aquel entonces todavía no me había metido en el derecho corporativo; aceptaba a cualquier que entrara por la puerta. Era barato y terco, y había conseguido rebajar varias acusaciones de robo a cargos por allanamiento, cosas así. Y fue entonces cuando empecé a recibir más llamadas. Supongo que era discreto, que le caí en gracia a alguien que conocía a alguien, el boca a boca. No era el abogado habitual de los Sables, y jamás infringí la ley, pero tampoco voy a negar que había un grupo determinado de personas que confiaban en mí para ciertos asuntos. No era tan necio como para ignorar por completo lo que se traían entre manos, pero necesitaba el dinero. Por Sofía.

—Por Sofía —repetí, inconscientemente.

Estaba pensando en lo que Michael me había dicho en la Sala de Secado: «Papá infringía las leyes para alimentarnos, para protegernos». Marcelo me estaba diciendo lo mismo, pero no me lo creía. Porque lo que Michael insinuaba era que papá no había recurrido al crimen para financiarse sus excesos, pero el caso de Marcelo era distinto, ¿no?

—Es verdad. —Marcelo parecía estar a la defensiva. Me había descubierto mirándole el Rolex mientras repasaba las palabras de Michael. Lo levantó y le dio unos golpecitos con el dedo—. Esto no fue un capricho. Tu padre se lo dejó a Jeremy, de hecho. En su

testamento. Es una lástima que no llegara a recibirlo.

Aquello me cogió con la guardia baja. Igual que había partes de la historia de Michael que empezaban a cobrar sentido, las falsedades más sutiles podían tirarlo todo otra vez por tierra. Michael me había jurado y perjurado que papá era el Robin Hood de los criminales, el ladrón honorable, pero si había ido por ahí gastándose sus beneficios ilícitos en joyas caras, tal vez su motivo siempre hubiera sido la codicia. Y si había podido legar un reloj de lujo en su lecho de muerte, era posible que también tuviera otros objetos de valor escondidos en algún sitio. Eso era claramente lo que Erin esperaba. Quizá eso era lo que Michael creía que iba a comprarle a Alan. Quizá por eso había otra persona matando.

—¿Sabes cómo se publicitan los Rolex? —me preguntó Marcelo.

Me pareció una pregunta extraña, y tampoco tenía tiempo para aguantar a Marcelo fardando de sus éxitos, pero recordaba las sucintas campañas publicitarias que había visto, así que respondí:

—Los venden como una especie de legado, para dejarlos en herencia.

—Exacto. Estuvimos un tiempo sin tocarlo cuando Jeremy... —Carraspeó, incómodo—. Es tuyo y de Michael. Yo solo lo estoy cuidando.

—Pues para estar cuidándolo, hace muchísimo tiempo que lo llevas encima.

—Tu madre y yo decidimos que uno de vosotros se lo quedaría cuando ella muriera; no tiene nada que ver conmigo. Está en su testamento. Pero, mira, puedes quedártelo ahora mismo si quieres.

Hizo ademán de desabrochárselo, aunque bien podría haber sido un farol, como ofrecerle a un amigo el último trozo de pizza con la esperanza de que lo rechace. Levanté la mano de la manopla.

—Ahora mismo no me interesan demasiado los relojes de muñeca.

—Este es tuyo, y de Michael, cuando lo queráis. Pero, sobre todo, es un reloj pensado para que pase de generación en

generación. Lo llevo para recordármelo. —Hizo una pausa, contemplando el reloj con un sentimentalismo que no creía que mi padrastro les profesara a las baratijas—. Para cuidar de vosotros. Y de vuestra madre.

Tapé mi desdén con otro acceso de tos fingido. Lo único que veía era a un hombre rico venerando sus posesiones, justificando la conquista de la viuda de su amigo como un acto de nobleza. Habría sido un tremendo placer echarle en cara a Marcelo su vanidad, más que el que me producían las pastillas de Aloysia (aunque, no te voy a engañar, necesitaba otra con desesperación), pero nos habíamos desviado demasiado del tema y quería volver a centrar la conversación.

—O sea, si ayudaste a los Sables, ¿me estás diciendo que representaste a mi padre? ¿Eras su abogado?

—Así nos conocimos. Y fuimos estrechando vínculos, nos hicimos amigos. Yo hice todo lo posible, pero tu padre iba por un camino del que no siempre es fácil desviarse. No paraba de encadenar faltas, y al final ni siquiera yo pude evitar que se pasara cuarenta y cinco días con todos los gastos pagados, no sé si me entiendes. Creo que en aquella época tenías tres o cuatro años. —No recordaba las estancias de seis semanas de mi padre, pero me cuadraba con lo que sabía del hombre que yo valoraba por sus ausencias. Marcelo continuó—: Aquello fue un punto de inflexión para los dos. Me dijo que estaba preparado para empezar de cero, y yo ya me había hartado de aceptar sobres de dinero sin conocer su procedencia. Pero aquellos chanchullos... No sé cómo decirlo, pero tu padre volvió a verse arrastrado por la corriente. Y era como si algo hubiera cambiado. Los Sables comenzaron a ser más violentos, y las fuerzas del orden, mucho menos indulgentes.

—Michael me contó que salían más a cuenta los rescates que los robos —le dije.

—Exacto. A un agente inmobiliario le pegaron un tiro cuando se negó a abrir la caja fuerte. Sobrevivió, pero no era el tipo de incidentes por los que se conocía a los Sables. No se conformaban con las joyas que pudieran sacar de los cajones; querían acceder a las cajas fuertes de la gente y, cuando eso no les bastaba, a sus

cuentas corrientes. Era finales de los ochenta, los rescates estaban en boga. Los Sables lo probaron, y vieron que les encajaba. La policía levantó las orejas de inmediato. Por aquel entonces, cualquier persona involucrada podía considerarse contingente hasta cierto punto. Robert sabía que, si se ganaba otra falta, la próxima vez que te viera ya te estarías afeitando.

—Y le conseguiste un trato. —Tuve que escupir las palabras. La mano me ardía con un dolor tal que me sentía capaz de vaporizar la nieve si salía al exterior y me tumbaba encima—. ¿Compartía información a cambio de inmunidad?

Marcelo hizo girar el reloj alrededor de la muñeca. Otro parpadeo parsimonioso; borrando las historias que no quería afrontar.

—Eché una mano para organizarlo. El pacto era que les describiera sucintamente a los cabecillas. Pero siempre que Robert le daba una respuesta a la inspectora, ella le formulaba dos preguntas más. Quería tenerlo dentro, trabajando con los Sables, y ahí estaba la trampa, porque no hacía más que incriminarse a sí mismo en un esfuerzo por contentarla, pasándole la información que iba recibiendo. En concreto, ella quería saber los nombres de los policías corruptos, de los agentes a sueldo de los Sables. No estaba dispuesta a dejarlo en paz hasta que tuviera el cuchillo ensangrentado.

—¿Te refieres a pruebas irrefutables contra Holton y su compañero? Michael me contó que la noche que Robert murió fue un montaje, ¿y ahora me estás diciendo que era a esos dos a quienes Robert tenía que incriminar para cumplir su parte del trato? A lo mejor al final consiguió algo contra ellos.

Marcelo se encogió de hombros.

—Es lo que he pensado siempre. Robert nunca me enseñó las pruebas; era algo entre él y su contacto. Solía reírse cuando hablábamos de lo que le estaban obligando a hacer, decía que estaba metido en cosas de espías de verdad. Le parecía bastante fardón lo de ser un agente encubierto. Al menos al principio.

Marcelo se recostó en el sillón, se pasó las manos por las rodillas varias veces y dejó de hablar durante unos minutos. Se

había sumido en sus recuerdos. Echaba de menos a su amigo. Me resultaba extraño pensar así de mi padre, en que alguien pudiera echarlo de menos. ¿Podían los recuerdos dejar a un lado el descrédito? La historia de Marcelo rellenaba algunos vacíos del hombre que yo conocía. Un hombre que bromeaba sobre las «cosas de espías». Un hombre que tenía amigos. Aproveché la introspección de Marcelo para apoyar la cabeza en la pared, cerrar los ojos y tratar de alejar la mente del dolor de la mano.

Un agente encubierto. Un contacto. Cosas de espías. Repasé las palabras mentalmente. Había publicado una guía sobre cómo escribir novelas de espías, así que había aprendido algo del oficio gracias a Ludlum y Le Carré, pero no había vendido demasiado.

—No tengo nada más.

La voz de Marcelo logró colarse en mi meditación.

—¿En serio?

Mantuve los ojos cerrados, con la esperanza de que aquellas pintas de moribundo mías le resultaran lo bastante poco amenazadoras como para seguir confesándose. Marcelo no mordía, así que no dudé en presionar un poco. A fin de cuentas, técnicamente yo también era abogado en ese momento; tenía permiso para ser implacable.

—Ya estabas al tanto de todo esto durante el juicio de Michael. Usaste la historia de Alan para manipular a la acusación, consciente de que preferirían suprimir la información que enfrentarse a tanta sordidez en un juicio abierto. Por eso nadie hurgó en el dineral que sacó ni intentaron encontrarlo, ni tampoco investigaron las extrañas circunstancias del disparo.

—¿Qué dinero?

Aquello me inquietó. Marcelo debía de haber echado un ojo a las cuentas bancarias de Michael, ¿no? ¿Cómo era posible que a nadie le hubiera llamado la atención una cifra tan significativa en un juicio por asesinato? Aunque Michael hubiera ido sacando el dinero poco a poco, debió de ser algo más que evidente. No tenía claro cómo funcionaban los descubrimientos de pruebas legales. Me hice la nota mental de leer más *thrillers* legales.

—No sé qué insinúas, pero le conseguí a Michael el mejor

acuerdo posible, aprovechándome de todo lo que tenía a mano. En eso consiste mi trabajo.

—Deformas las normas para ayudar a Michael, pero no haces lo mismo con Sofía.

Recordé que había optado por no ejercer como abogado de su hija contra la demanda por mala praxis.

—Eso... —Se enervó. Oí el roce de la ropa al enderezarse—. Eso no es del todo cierto. Lo creas o no, estoy haciendo lo mejor para ella.

—Y ¿cuál es entonces la verdad, Marcelo?

Levanté la voz y abrí los ojos para ponerlo en un brete. Era consciente de que debía de tenerlos inyectados en sangre, intensos, a medio vidriar. Marcelo desvió la mirada hacia el pasillo. Capté el gesto, e interpreté que le preocupaba que pudieran interrumpirnos, porque seguía necesitando estar conmigo a solas. Me estaba alterando y me empeoraba el dolor de la mano, pero también estaba sacando de quicio a Marcelo, así que continué presionándolo.

—No puede ser casualidad que el camión se haya despeñado colina abajo después de que yo hablara con Michael y empezara a echar un vistazo con detenimiento a la víctima de esta mañana. El freno de mano estaba quitado. Erin creyó ver líquido de frenos. Ha tenido que ser un acto deliberado. Alguien intenta ocultar algo que confiaba en mantener enterrado hace treinta y cinco años, algo que Alan y Michael sacaron a la superficie. Mi padre buscaba el arma del delito antes de morir, y sabemos que Alan le vendió a Michael información sobre algo...

—Que sí, vale. —Marcelo me chistó entre dientes y los ojos se le fueron de nuevo hacia la puerta—. Lo único que sé es que aquella noche tenía que ver a su contacto y darle algo importante. Creo que Robert fue testigo de un asesinato.

Bingo.

—De un niño —añadí con frialdad.

Él palideció, paralizado como un esturión.

—¿Cómo lo sabes?

—Es un pálpito.

—Eso es todo lo que tengo yo también. Pálpitos y teorías. —Lo dijo con un tono que no me creí del todo, como si aún estuviera decidiendo qué contarme y qué guardarse—. Después de la muerte de Robert, estuve un tiempo intentando descubrir qué podía ser tan gordo como para que alguien lo hubiera matado por ello. Ah, bueno, y qué podía haberlo asustado tanto como para que empezara a llevar encima un arma. Créeme: no era ni medio normal. Te he dicho que los Sables comenzaron a ser más volátiles. Ya no era que les hicieran daño a determinadas personas; tú mismo has dicho que los rescates les salían más rentables. Pero aquel era el límite de tu padre, teniendo en cuenta que él también tenía hijos. Pero una semana antes de que muriera... Es una historia más vieja que el mundo, seguro que te suena. Secuestraron a una niña rica para pedir un rescate. La familia la cagó con el pago. Aunque pudieran permitírselo, intentaron llenar una maleta con panfletos en lugar de billetes. Y no volvieron a ver a la niña. No se pudo demostrar nada, pero tenía la firma de los Sables por todas partes. ¿Te dijo Michael...?

—¿Cómo se llamaba la niña? —balbucí.

—McAuley.

—Y ¿el nombre?

Quería que tuviera un nombre real. Un legado.

—Rebecca.

—¿Cuánto pidieron por el rescate?

—Trescientos mil.

La cabeza me daba vueltas, pero recordé algo que me había dicho Michael. «Le llevé lo que pude, pero era menos de lo que quería.»

Alan le había vendido a Michael información sobre Rebecca McAuley, la víctima de un secuestro ocurrido décadas atrás a la que no habían podido salvar. Posiblemente la identidad de su asesino. Y sin duda dónde podían encontrar el cadáver: enterrado con los restos en el féretro de un policía. El escondite perfecto, oculto bajo varios metros de tierra en el ataúd de otra persona. Con la ventaja que me ofrece tener una conexión a internet de alta velocidad, nada que ver con la de la montaña, mientras escribo

esto, he encontrado que era un truco habitual de la mafia de Chicago para hacer desaparecer a sus víctimas, así que por descontado que la policía estaba al tanto. Iba de la mano con los zapatos de cemento.

Tenía sentido que Alan supiera dónde estaba el cuerpo; él fue quien lo escondió.

Me acuerdo de la discusión que hubo en el funeral con la familia: el policía, que a esas alturas ya sabía que era Alan, había pedido que incineraran el cuerpo, arguyendo que ese era el deseo de su compañero, algo de lo que habían hablado estando de servicio. Pero la familia, ateniéndose al testamento, había insistido en el entierro. Alan se había mosqueado, y con razón, porque inhumar el cuerpo de Rebecca no era un plan tan perfecto como reducirlo a cenizas.

Y ¿el precio? Eso era lo fácil. Alan quería que Michael saldara la deuda que sentía que tenía con la familia por no haberle pagado. Un rescate de treinta y cinco años de antigüedad. Y Michael estaba dispuesto a darle el dinero solo por descubrir al responsable de la muerte de nuestro padre.

Intenté imaginarme a Alan tratando de ocultar desesperadamente sus fechorías: el cadáver de una niña y un rescate sin pagar. Si sabía que mi padre disponía de pruebas, tenía sentido que lo hubiera matado. Cuando el compañero de Alan murió, la oportunidad llamó a su puerta, y fue capaz de esconder sus secretos.

—Michael encontró el cuerpo de Rebecca. —Decidí dar un salto de fe, tanto al compartir aquella información con Marcelo como al dar por sentado que el segundo esqueleto del camión era el de la niña (aunque, vamos a ver, ¿quién iba a ser si no?). Marcelo puso los ojos como platos, y proseguí—. Está en la parte trasera del camión. Fue lo primero que hizo cuando lo soltaron, así que si asumimos que ha estado tres años esperando a desenterrarlo, también podemos asumir que Alan le dijo dónde estaba. El problema es que mi padre tenía pruebas sobre el asesinato de Rebecca, pero no sobre la ubicación del cuerpo.

—Porque la enterraron después de matarlo —coincidió

Marcelo—. O sea, que tu padre intentó entregarle a su contacto otra cosa esa noche. Otra prueba. ¿Crees que era eso lo que Alan vendía? ¿El mensaje final de Robert a su contacto?

—Puede ser. Pero lo que no soy capaz de entender es por qué querría Alan venderle a Michael información sobre el asesinato que él mismo había cometido.

Nada de aquello tenía sentido sin la respuesta a este acertijo, y no estaba claro que lo hubiera comprendido todavía.

—A menos que Alan no hubiera matado a nadie y estuviera protegiendo al verdadero culpable. No te olvides de que Alan es un policía; si estaba en deuda con alguien, seguro que era una persona peligrosa.

Eso encajaba con lo que Michael me había contado poco antes en la Sala de Secado, lo de que creía que Alan estaba traicionando a otra persona. Y también arrojaba luz sobre la sentencia de Michael y esos exiguos tres años, porque, según sus palabras, había personas interesadas en que la historia de Alan no se aireara en un juicio público. Las piezas empezaban a encajar. Y no, no se me escapa que esta es una de las escenas en que todo parece apuntar a las altas esferas.

Marcelo me observaba mientras yo digería toda la información, intentando discernir si confiaba en él o no.

—Tres años más tarde, la vida de Alan se va al traste, entra y sale de la cárcel cada dos por tres y sobrevive a duras penas. Puede que piense que con Rebecca McAuley comenzó a irle todo mal, y decide que está preparado para hundir a alguien. Y por eso vuelve a donde todo empezó y atrae a Michael prometiéndole revelaciones sobre su padre.

—Lógico que no me escogiera a mí. —Negué con la cabeza—. La historia familiar no es lo mío. Por eso Michael solo se fía de mí. Estaba dispuesto a testificar contra él en el juicio, lo que demostraba que no sabía lo suficiente como para estar asustado, un error por mi parte, por lo visto. Así me gané su confianza.

Marcelo tensó la mandíbula, probablemente a punto de proclamar que con lo que había hecho para rebajarle la sentencia a Michael también merecía haberse ganado su confianza, pero

pareció echarse atrás.

No lo verbalicé, pero la edad de Marcelo lo situaba sin duda en la lista de sospechosos. Ahora sabía que estaba buscando a alguien que hubiera cometido un asesinato tres décadas atrás y otro esa misma mañana. Los únicos autores posibles eran Audrey, Marcelo, Andy y tal vez Aloysia, que en aquel momento era joven pero tuvo una adolescencia más bien descontrolada; a saber en qué se podría haber visto inmersa. Yo aún seguía mojando la cama, así que no era precisamente uno de los sospechosos principales. Aunque, claro, también daba por sentado que ambos asesinatos eran obra de la misma persona; y ¿si el móvil no era más que la venganza? La ira es una herencia igual de valiosa que un Rolex. Si eliminas el filtro de la edad, cualquiera podría ser sospechoso. Coño, puede que incluso Rebecca hubiera crecido y estuviera matando gente.

—Nos olvidamos de lo más obvio. En las últimas doce horas, me han dicho más veces que mi padre era un buen hombre que en toda mi vida. Y ¿si no lo era? Y ¿si fue mi padre quien secuestró y mató a Rebecca?

Marcelo se inclinó hacia mí y me dio un apretón en el hombro.

—Siento mucho que no tuvieras la oportunidad de conocerlo mejor. Sé que como defensa vale más bien poco, pero, si lo hubieras conocido, no lo creerías capaz de algo así. De hecho, si te soy sincero, me sorprende hasta de Alan.

—Total, que seguimos buscando un vínculo. ¿Cómo se llamaba el compañero de Alan?

—Clarke. Brian Clarke. ¿Te suena de algo?

Si esperabas oír un nombre que atara todos los cabos —Crawford, Henderson o Sansone (el apellido de Andy, que Aloysia adoptó cuando se casó. Probablemente sea un buen momento para mencionar que en la vida real es Milton; ya te he dicho que he cambiado alguno de los nombres por pura diversión, y este es uno de ellos)—, siento decepcionarte.

—No me encaja con nadie que conozca. ¿Tenían hijos? ¿Él o Holton? Sería exagerado pensar que alguien pudiera defender el

legado criminal de su familia hasta el extremo de poner en el punto de mira a toda nuestra familia...

—Tienes razón. Y no, no tenían hijos.

Marcelo se quedó callado, como si se hubiera llevado una decepción. Habíamos llegado a un callejón sin salida con el compañero de Alan. Yo me esforzaba por mantener todos los hilos y teorías: la cabeza se me había unido a la mano en un ritmo constante, con punzadas de dolor que iban y venían. No sabía cuánto tiempo llevábamos charlando Marcelo y yo, pero estaba exhausto. Debí de cerrar los ojos unos segundos que se convirtieron en bastante más tiempo en el mundo real, puesto que unos golpecitos suaves en la mejilla me devolvieron a la vida y me encontré el rostro de Marcelo frente a mí.

—Lo siento. En cuanto Aloysia vuelva, le pido otra pastilla. Pero escúchame. Tengo miedo, ¿vale? Me preocupa que puedan hacerles daño a los que saben algo, y eso ahora, por desgracia... —alargó la palabra con un tono pesaroso—... te incluye a ti. No había oído hablar del Lengua Negra hasta que Sofía lo sacó en el desayuno. Y me pediste que echara un ojo a sus víctimas. Y ahí quedaba la cosa, para mí. Todo lo que te he dicho que llevo años pensando... eran ideas apenas meditadas. Nunca se me había ocurrido compartirlas con nadie. Pero lo de esta mañana, lo del Lengua Negra, no puedo ignorarlo. Esa es una de tus reglas, ¿no? ¿Que no hay casualidades?

Me reí. No era una de las reglas de Knox, pero sí formaba parte del juramento que seguía en el contexto del Detection Club, así que le valoraba a Marcelo el intento.

—Te has leído mis libros.

—Te aprecio de verdad, aunque no lo creas. —Otro estornudo verbal, tan rápido y sutil que casi me pasó por alto. Como la disculpa de un niño—. Estoy convencido de que hay alguien haciendo limpieza. Porque había tres personas involucradas en el trato que acabó con la muerte de tu padre. No solo él y yo.

Aquello me despejó más que los golpecitos. Me acordé del momento en que Marcelo había vacilado cuando le pedí que investigara sobre las víctimas del Lengua Negra; me pidió que

repitiera uno de los nombres.

—La inspectora... El contacto de mi padre. ¿Cómo se llamaba?

—No te va a gustar ni un pelo.

—Sorpréndeme.

—Alison Humphreys.

Capítulo 27

—¡Se ha despertado! —gritó Aloysia, abriendo la puerta con el hombro.

Llevaba un maletín grande de plástico verde caqui, con una cruz roja pintada torpemente con espray en uno de los lados, donde estaba bastante convencido de que alguna vez habían guardado aparejos de pesca. No me importaba que hubiera interrumpido mi conversación con Marcelo; me alegraba de verla. Me alegraba muchísimo de verla.

—Me duele la mano —le dije. No fui especialmente sutil.

—La próxima toma sería de aquí a... —Aloysia dejó el kit de primeros auxilios sobre la mesita auxiliar y se inclinó a mirar el reloj de Marcelo—. Mira, lo mejor es que no lo sepas.

—Por favor.

Levantó los cierres y rebuscó en el interior, antes de chasquear la lengua con satisfacción y tirarme algo. Un paquetito verde cayó sobre las sábanas.

—De momento tendrás que conformarte con el paracetamol. —Debió de percibir la acusación de traición en mis ojos, porque se enterneció—: Sé que te duele, Ern, pero después de todo lo que ha pasado, lo último que quiero es provocarte una sobredosis. Que ella ya ha tenido que reanimarte.

Señaló con el pulgar a Juliette, y no debería sorprenderte: te he dicho que nos leerías juntando los labios en este capítulo. Igual que te he dicho que alguien moriría a lo largo del mismo.

—Perdón por haberte desnudado —se disculpó Juliette tímidamente—. La hipotermia entra a través de la ropa, seguro que lo sabes. —Lo dijo como si, de hecho, pudiera no saberlo. (Algo que, si hubieras visto el borrador de este manuscrito, sabrías que ignoraba: mi editora me tachó la primera versión de la frase y me

escribió «hipo = frío, hiper = caliente» en el margen, con esa vocecilla útil pero petulante con la que nacen los editores, ese deseo de corregirte y de inculcarte su corrección al mismo tiempo.) Juliette prosiguió—: Pero tampoco te creas que hice mucho. Si no te hubieras atado la correa a la muñeca, no sé si Erin habría podido.

—¿Erin? —Todo cobró sentido. La voz en el hielo. El tirón de la correa justo antes de que me sumergiera—. ¿A qué te refieres?

—Vio que habías tirado la cuerda por la puerta. Sofía dice que Crawford no pudo retenerla. —Aloysia hablaba con parsimonia y demasiada indiferencia para lo que yo me estaba imaginando—. Te ha salvado la vida.

—¿Qué hizo? ¿Está bien? —Me puse en pie. La sangre me subió a la cabeza y me mareé. Cuatro manos me sujetaron. Aloysia intentó devolverme a la cama, pero la aparté y me dirigí a la puerta—. ¿Dónde está?

—Se desmayó en el hielo —respondió Aloysia.

—¡Erin! —Abrí la puerta, tambaleándome hacia el pasillo—. ¡Erin!

En ese momento, me choqué con ella.

—Joder, Ernie. —Erin reculó y recuperó el equilibrio de la bandeja que llevaba, en la que había una lata de refresco y dos cuencos de patatas fritas. Frunció el ceño y añadió—: No deberías haberte levantado. —Acto seguido, miró por encima de mi hombro y exclamó—: No debería haberse levantado.

No recuerdo si perdí el equilibrio o si directamente me abalancé sobre ella, porque no soy mucho yo de tirarme encima de la gente, pero lo siguiente que recuerdo es abrazar a Erin con toda la fuerza que me permitían las extremidades entumecidas por la oxicodona. Erin me devolvió el gesto, y así nos quedamos varios segundos, como si la montaña no existiera. Como si nunca hubiéramos cambiado. Como si no estuviera a punto de dedicarle un capítulo entero.

—Hace mucho que no me daba un baño de hielo —le susurré al oído.

Ella me agarró con fuerza de los hombros. Su risa era

contagiosa y se entremezclaba con algún que otro sollozo, y no tardamos en acabar los dos temblando en los brazos del otro. Noté lágrimas en el cuello.

Creo que ya va siendo hora de que me lo quite de encima. Se suponía que la carta de la clínica de fertilidad que abrí durante aquel desayuno traía buenas noticias. Mis nadadores eran un equipo olímpico. Los baños de hielo, los bóxeres, lo de no tomar alcohol y las ostras no habían servido de nada. No entendía nada, y estaba intentando descubrir cuál era el problema, hasta que llamé a la clínica. Me dijeron que mi mujer se había alegrado muchísimo al enterarse de la noticia, y que se la habían comunicado a ella al ver que yo nunca les cogía el teléfono. Les dije que yo no tenía ninguna llamada perdida y, cuando lo comprobaron, descubrí que tenían el número de Erin, no el mío, en los datos de contacto. Ella les había comentado que yo prefería que me enviaran los resultados por correo; tenían una nota en mi ficha. Y tenían la dirección correcta, así que no entendían por qué no dejaba de enviarles correos electrónicos solicitándoles que enviaran otra vez los resultados. En mitad de aquella conversación, recordé la insistencia de Erin en ser la primera en recoger el correo. Lo de que la primera se había perdido. Lo de que la segunda se había mojado con la lluvia.

Todos esos momentos se me arremolinaban en la cabeza como un ciclón mientras leía la carta aquella mañana durante el desayuno. Había sido pura casualidad que llegara antes que Erin al buzón. Quizá lo hubiera hecho tantas veces que había acabado confiándose. Mientras la leía, se me fue formando la idea oscura y desconfiada de echar un vistazo en los contenedores de la basura que había en la acera. Había regresado con un líquido hediondo del revuelto de la semana anterior goteándome por la muñeca, sosteniendo un pequeño blíster de aluminio. Ya sabes a los que me refiero; los que tienen los días de la semana marcados.

Adiós a la chispa.

Pero ya no importaba. Me había salvado la vida. Seguía allí.

Sentía inconscientemente a las tres personas que tenía a mis espaldas, presionándome. No me quitaban ojo de encima, por si

acaso volvía a desmayarme, pero me agobiaban. Era muy consciente de que alguien había tratado de enviar aquel ataúd al fondo del lago. Puede que también quisieran matarme a mí, o quizá solo estuviera en medio. Michael me había enviado allí, algo harto sospechoso, pero le había costado demasiado subir el féretro hasta la montaña como para deshacerse de él así como así. Si hubiera querido atraerme hasta una trampa para matarme, me habría puesto algo mejor delante de la cara. O me habría atacado directamente en la Sala de Secado. Confiara en él o no, había compartido conmigo un secreto mortal. Ahora solo me quedaba preguntarle cómo encajaban el resto de las piezas.

Erin me ayudó a bajar la escalera entre las protestas de los demás, que insistían en que siguiera descansando. Pero la cabeza me bullía, activada por los analgésicos y la adrenalina. Corría una brisa fresca por el pasillo y unas luces brillantes lo inundaban todo; no tenía claro qué eran, pero relucían con fuerza a través de las ventanas llenas de escarcha. La puerta de la Sala de Secado emitió un sonido familiar. Estaba sellada. Hermética. Por eso no noté el extraño olor del interior hasta que abrí la puerta. Hedía a ceniza.

Mi tía

Capítulo 27,5

Esto no es un destripe.

Si has estado leyendo con atención, tal vez hayas deducido que el nombre de las partes dicta que, en este caso, Marcelo, mi padrastro, debe de haber matado a Michael, cuyo cuerpo acabo de descubrir en la Sala de Secado. Tiene sentido; he creado la expectativa de que habría una muerte en cada parte y, créeme, así ha sido.

Siempre he creído que en las novelas negras hay más pistas que las que aparecen en la página. A fin de cuentas, un libro es un objeto físico, y puede delatar algunos secretos que escapan a la intención del autor: la ubicación de los saltos de las partes; páginas en blanco; títulos de capítulos. Hasta la faja que sugiere que la obra incluye un giro inesperado puede, por el mero hecho de revelarlo, arruinar dicho giro, por lo demás bien ejecutado. En una novela de misterio como esta, hay pistas en todas y cada una de las palabras; ostras, y hasta en cada punto y cada coma. Si no sabes de lo que hablo, piensa en el dispositivo que tienes entre las manos. Si se revela la identidad de un asesino cuando todavía no has llegado ni al 80% del "porcentaje leído", no es posible que sea el verdadero culpable; te queda todavía demasiado libro por leer. Y esto también se aplica a la hora de destripar películas: el actor más famoso y con menos líneas de diálogo siempre es el villano, y un plano general inesperado de alguien cruzando una calle indica que están a punto de atropellarlo. Un buen autor no solo debe hacer tropezar al lector dentro de la narrativa, sino con el formato de la novela en sí mismo. Hay pistas grabadas también en el objeto.

Lo que te quiero decir es que debo ser consciente de que tú eres consciente de lo que estoy escribiendo.

Antes de que se te suban los humos a la cabeza, que sepas que

no me has pillado. La lógica interna del libro oculta algo, sí, pero no es a eso a lo que me refiero. De hecho, voy a ir al grano, con destripe y todo. Marcelo no mató a Michael. Él no es el Lengua Negra.

No he sido deshonesto, y esto no es un agujero de guion, aunque te he prometido que hay uno. Cómo son las casualidades, que el agujero de guion estaba, de hecho, en la parte anterior. Si te acuerdas, te he dicho que habría un agujero por el que podrías meter un camión. Y no era un uso figurado.

Capítulo 28

La ceniza flotaba en el aire. La nariz me picaba con las diminutas partículas que me danzaban alrededor de la punta. La Sala de Secado no estaban tan oscura como durante mi última visita: al fulgor naranja de la lámpara térmica se le sumaba un haz de luz de luna natural que se colaba por la ventana trasera, ahora rota, y alguien había hecho un agujero con forma cilíndrica en el banco de nieve. Michael estaba desplomado justo debajo, una sombra oscura incluso con aquella iluminación relativa, cubierto de pies a cabeza por una fina capa de residuo negro. Tenía las muñecas atadas al puntal vertical del perchero más cercano.

El grito debió de ser mío, porque Erin no habría podido proferirlo (tenía la boca tapada con la mano) y a Juliette la atrajo el ruido y apareció poco después con un gesto de preocupación, aunque yo no me acuerde. Lo que sí recuerdo fue que me tiré de rodillas delante de Michael, me arranqué la manopla (con una buena porción de piel, pero no lo noté) y tiré de las bridas, pero era un esfuerzo fútil con los dedos destrozados. A mis espaldas, me acuerdo de que Erin le gritó a Juliette que fuera a buscar unas tijeras o un cuchillo y que, si estaba en el bar, se trajera a Sofía con ella.

Renuncié a seguir forcejeando con las bridas y opté por pasarle a Michael la palma buena por la cara, repartiendo la ceniza acumulada como si estuviera abriendo un capullo. La piel que ocultaba estaba fría. El pelo se le había vuelto gris del polvo de carbón. Necesitaba tumbarlo para poder insuflarle aire, pero Juliette no había vuelto con algo para cortar las bridas. Me puse en pie y empecé a darle patadas a la estructura hasta partir la madera y convertir el poste en una lanza irregular, lo que hizo que Michael cayera de lado. Le di la vuelta, me puse a horcajadas sobre él y le

golpeé el pecho con una mano. Le limpié más porquería negra de la boca e intenté hacerle el boca a boca. No encontré más que un aliento repugnante y unos labios viscosos y ennegrecidos. Me enderecé. Volví a levantar el puño. Una punzada de dolor me recorría el brazo con cada movimiento. Le presioné de nuevo los labios con los míos, pero me alejé con arcadas y acabé vomitando en el suelo, junto a su cabeza. No es agradable, pero es la verdad. Ya sabía que llevaba muerto mucho tiempo. Con todo, me limpié la boca y lo intenté una vez más. Y otra. Hasta que alguien me puso una mano en el hombro y me apartó.

Al echar un último vistazo, distinguí puntitos de piel limpia entre la mugre de las mejillas, y comprendí que era allí donde habían caído mis lágrimas.

La familia se reunió en el bar, repartida por el lugar en grupos. Marcelo estaba sentado con Audrey, y la cogía con fuerza de la mano. Lucy estaba con ellos, acurrucada bajo el ala de Audrey. Como todas las nueras y las suegras, nunca se habían llevado del todo bien, pero en ese momento tenían un duelo que compartir. Las dos habían amado a Michael. Jamás habían dudado de su inocencia. Ahora, las dos sentían que les habían robado algo. Aloysia andaba de un lado a otro. Andy estaba tumbado de espaldas en el suelo.

Yo estaba allí porque no me dejaban volver a la Sala de Secado. Me han dicho que, por lo visto, estaba histérico. Erin estaba conmigo, vigilándome, pero también desconsolada. Ella también había perdido a Michael, pero no la habían invitado a compartir el dolor de Lucy y Audrey. Con Michael muerto, debía de estar preguntándose cuál sería su lugar en la familia a partir de entonces. A pesar de la expresión de entereza, no había podido evitar que varias lágrimas tozudas y llenas de mocos se le acumularan en el labio superior.

Juliette estaba ocupada detrás de la barra, supongo que para distraerse. Poco antes, me había cubierto los hombros con una manta y me había llevado un chocolate caliente, algo que había

resultado sorprendentemente efectivo para calmarme. Igual que la mano cálida y amable que había puesto encima de la mía, de la buena, mientras me daba la taza. Alguien me había devuelto la manopla. Había visto a Aloysia acercarse a Juliette y pedirle también algo caliente, a lo que Juliette había respondido:

—¿En qué habitación estáis?

Aloysia se había ido por donde había venido, ofendida.

Las únicas ausencias eran las de Sofía y Crawford; estábamos esperando a que volvieran con el informe *post mortem*. Aquí me gustaría engañarte y afirmar que yo también estaba en la Sala de Secado haciendo mis pesquisas y deducciones propias de un genio, pero la realidad era que estaba sumido en un profundo estado de shock. No tenía la capacidad de analizar una escena del crimen.

Si a esas alturas ya hubiera sabido la respuesta al misterio, habría considerado que este era un buen momento para una gran recapitulación, teniendo en cuenta que nos hallábamos todos reunidos. Pero en el bar se respiraba un ambiente muy distinto al del salón o la biblioteca por donde suelen pasearse detectives, con una mano en el bolsillo, mientras revelan su astucia. La primera diferencia era que yo seguía con el albornoz y, por tanto, corría el riesgo de revelar algo más que mi astucia. Pero la actitud de la sala también estaba fuera de lugar. No era una estancia llena de sospechosos, sino de supervivientes.

Todo había cambiado. Antes, nos enfrentamos al cadáver de un desconocido, víctima de un asesinato brutal pero, hasta cierto punto, casi cómico. Porque era tan extraña su muerte en un incendio y la nieve sin derretir que podíamos afrontarla, por morboso que parezca, desde una curiosidad intelectual, o, en el caso de las personas que rechazaban la teoría del asesino en serie propuesta por Sofía, ignorarla por completo. El Botas Verdes era un puzle que debíamos resolver: un inconveniente, una anomalía. A pesar de que me hubiera estado paseando y fingiendo ser un detective literario, ¿acaso me había importado de verdad? El problema era que esta vez la víctima tenía nombre. Joder, y un nombre completo, por desgracia. Michael Ryan Cunningham.

Y ¿yo? Había estado intentando descubrir qué le había

ocurrido al Botas Verdes para poder liberar a mi hermano de su prisión improvisada, sintiéndome en parte responsable por el halo de sospecha que lo rodeaba y culpable por haber sido el causante de que lo hubieran encerrado allí. Ahora, por lo visto, tendría que vivir con la responsabilidad de haberlo enviado también a la tumba. Solo podía pensar en Michael, atado al perchero, contemplando la ceniza que llenaba el aire. En el Botas Verdes agarrándose el cuello, astillándose las uñas. Empecé a temblar —se me estaban pasando los efectos de la oxicodona—, así que le di un sorbo torpe al chocolate caliente.

En la calle había colas de personas con equipajes y niños en brazos. Las luces que había visto mientras bajaba la escalera provenían de los faros de dos autocares con enormes neumáticos para la nieve, aparcados en la rotonda frente a la entrada. El gélido aire entraba por las puertas abiertas del vestíbulo que ya llenaban los visitantes. Harta de rellenar quejas, Juliette había aprovechado el respiro de la tormenta y contratado autocares para que subieran desde Jindabyne y se llevaran a los huéspedes que desearan bajar de la montaña. Era una oferta temporal; el tiempo se estaba tomando un descanso para echarse un piti y volvería con fuerzas renovadas. Mis instintos me decían que las condiciones meteorológicas no habían sido razón de peso para que Juliette organizara un éxodo de tales dimensiones, por no mencionar los rembolsos que tendría que procesar. Me había parecido que no quería alarmar a los huéspedes cuando habíamos hablado en su despacho, pero, en algún punto entre mi «accidente» y el descubrimiento del cadáver de Michael, había cambiado de idea y llamado a los autocares. Y había resultado ser la decisión correcta.

En un primer momento, la gente había ido ocupando los asientos sin demasiado entusiasmo. El tiempo era nefasto, vale, pero había chimenea, juegos de mesa y un bar que lo compensaba, algo que, la verdad sea dicha, era lo que la mayoría de las personas tenían en mente desde el principio. Que sí, que había que tener en cuenta el cadáver. Pero nadie sabía quién era, y te recuerdo que los Cunningham éramos los únicos que estábamos metiendo las narices donde no nos llamaban. La historia oficial seguía siendo que el

Botas Verdes había muerto congelado. Una tragedia, sin duda, pero no justificaba que tuvieras que acortar las vacaciones. La verdadera tragedia sería explicarles a los niños por qué no podrían tirarse en trineo durante el viaje de ocho horas de vuelta a Sídney. Sin embargo, a la luz de la segunda muerte, esta vez claramente más violenta, los chismorreos susurrados de «¿te has enterado?» se habían convertido rápidamente en rumores aterrorizados de «¿de verdad no te has enterado?». Los que habían subido con todoterrenos los habían desenterrado y habían salido por piernas. El resto se peleaba por conseguir un asiento en los autocares, obligados en su mayor parte a dejar los coches allí unos días más, hasta que la tormenta amainara.

Crawford acompañó a Sofía hasta el bar. Ella se estaba frotando las manos; parecía que se las hubiera manchado de tinta, o eso fue lo que me dije a mí mismo. Todo el mundo se inclinó hacia delante. Incluso Andy se incorporó y prestó atención, cruzando las piernas como un crío.

—Michael está muerto —anunció Sofía, aunque apenas hubiera hecho falta. Tenía el diagnóstico grabado en la cara. Ya estaba pálida cuando vomitó después de cargar con el Botas Verdes, frágil mientras se tomaba un té aquella mañana, pero ahora tenía un aspecto muy demacrado. Puede que se debiera al frío, al estrés y a la pena, pero saltaba a la vista que solo podría soportar un cadáver más. La parte positiva es que su expresión de congoja era tan sincera que ni siquiera Aloysia se atrevió a discutir su opinión médica—. Lo han asesinado, no me cabe la menor duda. Lo han atado y lo han asfixiado.

—Joder.

Ese era Marcelo. Crawford había hecho todo lo posible para mantener a todo el mundo lejos de la Sala de Secado después de que yo encontrara el cuerpo, rindiéndose solo ante Sofía. Y a pesar de que la noticia de que habían matado a Michael había conseguido abrirse paso entre el grupo, y por eso la primera declaración de Sofía no había cogido por sorpresa a nadie, solo Erin y yo sabíamos cómo había muerto. Veía el pavor en el rostro de Marcelo, mezclado con el dolor. Estaba rememorando nuestra

última conversación, igual que yo.

«Estoy convencido de que hay alguien haciendo limpieza.»

—Hostia puta, Sofía —le espetó Erin, saltándose por completo la fase de la negación y yendo directamente a la de la ira—. Tenías razón, ¿vale? Déjate ya de numeritos.

Sofía escudriñó a los presentes, tal vez tratando de discernir lo provocativas que podían llegar a ser sus siguientes palabras, y si ya era demasiado tarde para conseguir un asiento en el segundo autocar. Suspiró, consciente de que no podía mentir. No era justo que le hubieran encasquetado la función de contarnos todos aquellos horrores, que no pudiera desplomarse como el resto de nosotros, pero cogió aire y reunió todo lo que sabía sobre el trato de pacientes. Cualquier doctor te dirá que su talento especial es comunicar malas noticias.

—Sí, Erin. Creo que a Michael lo han matado con el mismo método que al hombre de esta mañana.

—No hay forma de saberlo —objetó Lucy sin perder un instante. Me recordé que no había visto el cuerpo del Botas Verdes en absoluto, así que no tenía razón para dudar de la historia oficial —. ¡Qué ridiculez! Estás asustando a la gente. El otro tipo probablemente murió por congelación.

—Tienes que ser más realista, Lucy. Al otro también lo asesinaron. —Sofía retó a los presentes a que le llevaran la contraria. Era evidente que Lucy estaba impaciente por contribuir con otro comentario, pero no sabía qué decir—. Al Botas Verdes le taparon la cabeza con una bolsa y la llenaron de ceniza. Se habría muerto igualmente sin tanta teatralidad, asfixiado con el plástico, pero es la tarjeta de presentación del asesino. Le ha hecho lo mismo a Michael, aunque en este caso el ingrediente letal ha sido la ceniza. Hemos encontrado —le hizo un gesto a Crawford, como pidiéndole que validara sus hallazgos; él se limitó a asentir— el residuo pegajoso de una cinta adhesiva en la ventana rota. La nieve que hay detrás tiene un túnel estrecho excavado. Como recordaréis, la Sala de Secado es bastante hermética y la puerta tiene una junta de goma, lo que habría ayudado también a amortiguar el sonido. Aunque, de todos modos, los demás

estábamos en el lago. Si el asesino ha empujado el sistema de circulación a través del túnel de nieve para luego sellarlo a la ventana con plástico y cinta, puede que incluso algo de nieve compacta, la habitación seguiría siendo hermética. Apenas le habrá costado mezclar la ceniza con el aire.

Aloysia intentó hacerle una pregunta, pero se atragantó con las lágrimas. Se secó los ojos con las muñecas y siguió deambulando.

—Lo siento. —Andy levantó la mano. Era el que estaba menos afectado y, a la vez, el más preocupado; no dejaba de mirar hacia la ventana, hacia las colas que desfilaban en dirección a los autocares. Aunque no fuera más que un instinto de supervivencia, me alegré de que alguien estuviera formulando preguntas, porque yo no me veía capaz—. ¿Un sistema de circulación?

—Para usar la ceniza así, necesitas mover el aire. La nieve tiene un agujero cilíndrico, así que diría que alguien introdujo un soplador de hojas.

Recuerdo vagamente haber creído oír un ruido como de motosierra en el viento cuando Sofía y yo nos tambaleábamos hacia la cabaña de mantenimiento. Y digo vagamente porque era un recuerdo vago, pero también porque me considero bastante idiota: en aquel momento, habría tenido que procesarlo como algo antinatural. Pero el viento en los oídos te puede sonar a todo tipo de cosas (motosierras, trenes, gritos), así que no omití la información a conciencia, algo que infringiría la octava regla. Si el sonido que oí era, en efecto, el rugido de un soplador de hojas, a Michael lo habían asesinado mientras yo estaba jugando a los detectives. Lo que también significa, si has estado llevando la cuenta, que Sofía, quien estaba conmigo en ese momento, tenía una coartada para ambos asesinatos.

—¿Cómo sabes que ha sido con un soplador de hojas?

Lucy al fin había encontrado su objeción. Me resultaba extraño que estuviera intentando buscarle fisuras a la muerte de Michael, pero supongo que su rechazo incuestionable a los hechos era señal de que le estaba costando aceptar lo ocurrido.

—Bueno —admitió Sofía—, son conjeturas mías a partir de

los reportajes sobre el Lengua Negra. De todos modos, ya he dicho que había un túnel cilíndrico en la nieve.

—No. No te creo. El idiota de las narices ha acabado muerto por las inclemencias del tiempo, y luego tú... —Lucy señaló a Crawford—. Tú has encerrado a mi Michael y alguien... —La voz se le empezó a quebrar, pero se resistió—. Alguien ha aprovechado el pánico que estabais montando..., le ha parecido una buena oportunidad para... —Se recompuso—. Tan difícil no puede ser encontrar estas muertes por fuego o lo que sea en las noticias, para copiarlas, digo. Yo misma las busqué. —Vacilaba entre las distintas explicaciones. Su cabeza giraba alrededor de la sala. Era evidente que estaba buscando a más culpables. Procedió a atacar a todos los presentes de uno en uno, perdiendo más los estribos y los nervios con cada acusación. Crawford—: Lo has dejado a merced de cualquiera. —Sofía—: Tú has desatado el pánico. —Aloysia—: Y tú nos has traído a todos aquí.

Luego le llegó el turno a Erin. Sería una hipérbole decir que una sombra le cruzó el rostro, pero sí que hubo una especie de cambio salvaje en sus ojos. Se le había ocurrido algo. Algo a lo que aferrarse.

—Como he dicho, es posible que alguien con la motivación necesaria hubiera aprovechado la oportunidad que se le había brindado. Se aferró a ti mientras estuvo en la cárcel. Eras un pasatiempo. Un juguete. Porque sabía que yo lo estaría esperando fuera. Cuando salió, dejó de necesitarte. Yo sabía que se le pasarían las tonterías en cuanto me viera. Si no me quería, ¿por qué arregló el...? —Esbozó una sonrisa cruel—. Probablemente te lo contó, ¿verdad? ¿No? En cuanto llegasteis... ¿No te dijo que se había dado cuenta de que había cometido un error? Me gustaría saber cómo te lo tomaste...

Acto seguido, me fulminó a mí con la mirada.

—Y tú... —La palabra se le pudrió en la boca. El corazón me martilleaba en el pecho cuando, durante un instante, la creí capaz de revelar que sabía lo del dinero. Aquello me daría un móvil más que convincente. Pero lo que hizo fue espetarme—: Puede que lo hicierais juntos. ¿Por qué estabas, Ernest, tan desesperado por

bajar y ver a Michael en cuanto se despertó, eh? —Se dirigió al resto del bar—. Porque nadie lo había descubierto todavía y quería ser el primero. No digo nada y lo digo todo.

Me he dado cuenta de que la gente tiene la costumbre de decir «no digo nada y lo digo todo» cuando son incapaces de callarse. Oía a Erin rechinar los dientes a mi lado y mover sin descanso la pierna por debajo de la mesa.

Decidí defenderme.

—¿Por qué iba a querer hacerle daño a Michael?

—Para empezar, se estaba follando a tu mujer.

—¡Lucy! —siseó Audrey, apartándose de ella. No sé quién estaba más desconcertado, si Lucy o yo, de que mi madre me estuviera defendiendo—. Puedes culpar a quien quieras, pero solo hay una persona aquí que insistió en encerrar a Michael en la única habitación con el pestillo por fuera.

La sala se sumió en el silencio. Audrey tenía razón. Y aunque no hubiera despegado los labios hasta entonces, estaba hecha una furia. Como todos los demás, había encontrado a un culpable. No me estaba defendiendo; lo único que quería era lanzarle un puñal a Lucy. Lucy había sido quien había propuesto la Sala de Secado. La única estancia de la que Michael no podría escapar. Puede que yo me hubiera sentido culpable de que mi hermano hubiera acabado allí, pero Lucy había sido literalmente la que lo había metido allí. Por eso estaba repartiendo acusaciones a diestro y siniestro: ella también se sentía culpable.

Sofía le susurró algo a Crawford, quien desbloqueó su teléfono y se lo dio. Ella se levantó, se arrodilló frente a Lucy y le mostró la pantalla.

—Creo que todavía no habías visto esto —le dijo Sofía con delicadeza y tranquilidad—. Sé que lo que digo te parecerá una locura. Pero si hubieras visto... —Dejó que la imagen del móvil terminara de explicarse por ella—. Hay un asesino suelto. Este hombre no murió congelado.

Lucy se quedó lívida. El odio se había escabullido hacia sus límites, como un armario lleno de cucarachas y expuesto a la luz. Cuando levantó la vista de la pantalla, casi parecía confusa, como

si no recordara qué hacía en aquel lugar con todos nosotros. Una resaca de ira, lo llamábamos Erin y yo: cuando discutes por nada y bajo la fría luz de la mañana te das cuenta de que has hecho el ridículo. Ese era el aspecto de Lucy, el de una persona confusa y humillada.

—¿Este es el hombre que encontrasteis fuera? —susurró.

Por fin podía ver lo que todos los demás habíamos percibido en aquel rostro ennegrecido: que el Botas Verdes había sufrido una muerte extraña y violenta. Algo que no hacía sino reforzar que Lucy, al sugerir un lugar del que no podía escapar como la Sala de Secado, le había servido a Michael en bandeja al asesino.

Sofía asintió. Yo sabía que estaba tratando de consolar a Lucy, no de acosarla, al presentarle los hechos. Pero no funcionaba. Ella no veía más que una acusación.

—No puedo seguir aquí. —Lucy se puso en pie—. Lo siento, Ernest, Erin, por haberos dicho esas cosas... a todos. Lo siento muchísimo.

Se marchó y nadie intentó detenerla, no con convicción. Crawford hizo ademán de seguirla hacia el vestíbulo, gritándole que no se fuera, pero ella se lo quitó de encima con algún comentario mordaz que apenas oí, pero que sonaba a «eres el jefe», lo que claramente implicaba que, en el fondo, no lo era. El resto de la familia asomamos la cabeza por el marco de la puerta para asegurarnos de que evitaba la Sala de Secado, donde el cuerpo de Michael seguía tumbado, por si acaso. Se dirigió hacia el piso de arriba, probablemente a la biblioteca. O puede que a la azotea para intentar tener algo de cobertura. No para fumarse un cigarrillo. Tú y yo sabemos que se ha fumado el último.

Capítulo 29

—Sofía —dijo Audrey con suavidad cuando Lucy se hubo marchado. Eran las palabras más calmadas que había pronunciado en todo el fin de semana, así que le prestamos atención—. Mi hijo ha muerto y quiero saber por qué. Todos estamos muy afectados, y todos tenemos a alguien a quien nos gustaría culpar. —No sé si en ese momento sus ojos se volvieron hacia mí o si no fueron más que imaginaciones mías—. Pero cuanta más información tengamos, mejor. Porque me gustaría encontrar al culpable. Y, si sigue aquí, me gustaría hacerle daño. —Cogió aire y recuperó el control. Había confundido su voz con un tono relajado, pero era, en cambio, gélido—. Así que, si no te importa, ¿podrías explicarnos cómo es posible matar a una persona con un soplador de hojas y un saco de carbón?

—Ceniza, de hecho, no carbón. Como escamas —respondió Sofía, sin poder ocultar el sutil tono de entusiasmo en su voz, satisfecha de que al fin alguien le pidiera que expusiera sus teorías —. Al haber tantas micropartículas, se te forma una especie de cemento en los pulmones cuando las inhalas. Básicamente, te ahogas desde dentro.

Mi madre se quedó pensativa unos instantes antes de girar la mano, en un gesto que recordaba al de una persona agitando una copa de vino, imitando el ciclo imaginario del arremolinamiento de la ceniza.

—Es decir, que tendrías que respirar bastante cantidad para que fuera dañino, ¿no?

—Sí —contestó Sofía—. Una cantidad significativa. Menos en una habitación sin ventilación.

—Está preguntando cuánto tardaría en hacer efecto —añadí, también interesado. Fue casi imperceptible, pero distinguí un leve

gesto de cabeza de aprobación por parte de Audrey.

—Ah. Pues horas.

—¿Horas? —preguntó Audrey horrorizada, sin guardar las apariencias.

—¿Duele? —balbució Aloysia.

Sofía no dijo nada, pero era toda la respuesta que necesitaba. Debía de ser algo agónico.

—¿Horas? —repitió Audrey, y me di cuenta de que esta vez se estaba dirigiendo a Crawford. Y no esperaba una aclaración, sino una explicación—. La doctora presente ha sido tan amable de ofrecernos una explicación científica. Ahora dime tú, agente del orden, cómo es posible que mi hijo haya tardado horas en morirse dentro de la habitación que estabas vigilando.

Crawford carraspeó.

—Señora, con el debido respeto… —Mal empezábamos; mi madre no se tomaba nada bien ni las formalidades ni las excusas—. La junta de goma de la puerta aísla bastante el sonido.

Estuve a punto de añadir que la tormenta también había sido muy escandalosa, pero aprendí la lección la última vez que apoyé a un agente de policía, así que cerré la boca.

—Pero, sinceramente, no oí nada porque…

Crawford se interrumpió.

—Adelante.

—No estaba allí.

La sala se sumió en un silencio sepulcral pero cargado de energía, como si pudiera explotar de un momento a otro. Había dos opciones: que el silencio se prolongara o que Audrey se levantara y le arrancara la cabeza de cuajo a Crawford. Al final, ni la una ni la otra, pero Audrey fue la primera que habló. No fue capaz de producir más que un grave susurro.

—¿Encerraste a mi niño en una habitación y lo dejaste solo?

Marcelo le dio unos golpecitos en la espalda, firmes pero tiernos.

—Au… —Crawford parecía nervioso. Volvió a empezar, esta vez dirigiéndose a ella como señora Cunningham, sin guion, y dijo —: La habitación ni siquiera estaba cerrada.

Los que habían ido perdiendo el interés, sobre todo Andy, o estaban a punto de caer rendidos, sobre todo Sofía, que se mecía de puro agotamiento, y yo nos volvimos hacia Crawford con los ojos como platos.

—Juliette había echado un ojo al pronóstico y me había dicho que bajaría a algunos invitados de la montaña cuando el tiempo nos diera un respiro, antes de que empeorara. Así que decidimos que, al ver que hasta el momento había cooperado, moveríamos a Michael a una de las habitaciones. Cuando fuimos a decírselo, después de que tú hablaras con él, Ernest, pero antes de que os siguiera a la cabaña, estaba dormido. Hecho un ovillo en el banco, de espaldas a la puerta. Tenía cojines y tal; lo vimos a gusto, así que no quisimos despertarlo. Juliette estaba conmigo. Puedes confirmarlo todo, ¿verdad?

—Sí, tiene razón. Yo estaba con él.

—Luego tuve que perseguir a estos dos —nos señaló con la cabeza a Erin y a mí, sin incluir a Sofía— hasta la cabaña de mantenimiento, y luego el chaval vivió su *Titanic* particular, y cuando volvimos aquí, ya habían llegado los autocares y me convencieron para ayudar a organizar a la gente. Y teníamos que desenterrar los coches de los huéspedes. Ha sido un no parar. Pero juro que no quería que Michael estuviera encerrado allí sin estar yo presente, por si se despertaba y no podía salir. Por si hubiera habido un... —Se detuvo antes de pronunciar la palabra «fuego», quizá al tomar conciencia de la ironía—. Abrí el pestillo antes de marcharme. No me cabe duda.

Me estaba devanando los sesos para recordar si yo había descorrido el pestillo antes de abrir la puerta, y creía que no. Crawford tenía razón: la puerta no estaba cerrada.

—¿La ventana estaba rota cuando lo viste por última vez? —le pregunté.

Crawford se giró hacia Juliette, quien se encogió de hombros. Él negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Estás seguro de que estaba dormido?

—Bueno, no se lo pregunté.

—¿Respiraba? —pregunté, esta vez a Juliette.

—No... Mira, no lo comprobé. No vi nada sospechoso.

—¿En qué piensas, Ern? —me preguntó Sofía.

—El Botas Verdes tenía un corte dentado en el cuello provocado por las bridas de plástico —respondí—. Si Michael se hubiera resistido, le habrían abierto las muñecas. No le he visto heridas en las manos cuando lo he encontrado. Y ¿tú, Sofía?

Estuvo pensando unos segundos.

—No. Pero tampoco tenía sangre ni magulladuras, que es lo que esperas de alguien que ha forcejeado. Aunque, claro, había tantísima ceniza que a lo mejor no lo he visto. —Era obvio que no lo creía posible—. Puede que haya sido un golpe limpio, pero eso significa que el culpable debía de ser una persona en la que confiara lo suficiente como para darle la espalda.

Pensé en voz alta.

—Es decir, que la ventana podía o no estar rota. Era bastante obvio cuando lo he encontrado; había cristales en el suelo y más luz, y está claro que os habrías dado cuenta del viento que entraba, porque la tormenta seguía siendo muy virulenta, así que asumamos... —Erin me dio un codazo en las costillas, pero la ignoré. Todo el mundo me observaba mientras yo ordenaba la progresión de los hechos. Aquella energía analítica de la investigación me estaba ayudando a superar poco a poco la conmoción. Seguro que los demás habrían preferido escabullirse hacia sus habitaciones y venirse abajo en privado, pero todos sabíamos que aquello era importante. Podía conducirnos hasta un asesino—. Asumamos que la ventana no estaba rota cuando lo visteis. Aunque podía o no estar durmiendo. —Erin volvió a darme un codazo—. ¿Qué? —le siseé.

—Esto es utilísimo, pero solo refuerza la idea de que tú fuiste el último que lo vio despierto —me susurró Erin, aunque los demás también la oyeron.

Me volví hacia la sala. Ah. Por eso había captado su atención.

—Estaba vivo cuando me fui —me defendí.

Sin embargo, con los rostros circunspectos de los presentes, sentía como si me estuviera dirigiendo a un tribunal. Sabía que no

debía hacerlo (si has visto algún interrogatorio, solo las personas culpables se repiten sin que se lo soliciten), pero no pude evitarlo. Y sonó a súplica.

—Estaba vivo cuando me fui.

Ningún miembro de la familia subió a los autocares. Hubo un acuerdo tácito en el bar de que quienquiera que quisiera bajar de la montaña lo antes posible probablemente sería el asesino, que trataba de darse a la fuga, así que todos nos convencimos en silencio para quedarnos. A esas alturas, la mayoría de nosotros pensaba que el asesino era uno de los presentes. Algunos de nosotros, Sofía y yo incluidos, queríamos quedarnos y descubrir quién era. El resto iba alternando entre actitudes de miedo y desafío. Audrey no estaba dispuesta a marcharse sin el cuerpo de Michael, pero tampoco podía cargarlo sin más en el compartimento del equipaje de un autocar. Aloysia se quedó porque estaba preocupada por Lucy. Andy se quedó porque Aloysia se quedó. Marcelo puede que se quedara porque por fin le habían prometido una habitación en el albergue. Crawford no llegó a decirnos si nos permitía irnos o no, pero sabía que no podía perdernos de vista si no quería tener que explicarles una matanza a sus superiores cuando por fin se dignaran aparecer. Juliette bromeaba diciendo que no quería dejarnos solos por si quemábamos el edificio. Que era lo que ocurriría, pero ella todavía no lo sabía.

Nos quedamos en el bar, y nuestro dolor, ira, culpa y acusaciones se fueron reduciendo poco a poco a recuerdos compartidos mediante voces acongojadas. Andy me recordó el discurso que hizo Michael como padrino en mi boda. Le pareció una idea brillante imitar uno de mis libros, y se había preparado las diez reglas para un discurso de padrino perfecto, pero acabó bebiendo demasiado para no cohibirse y, de las diez, se le olvidaron siete. Me pareció una estupidez sacar aquella historia teniendo en cuenta la compañía, pero la incomodidad no tardó en dejar paso a risas mocosas e interrumpidas por el hipo. No soy tan frívolo como para tildar las acciones de Michael de simples errores,

pero mi hermano era mucho más que lo que había pasado aquellos tres últimos años.

Cuando entendimos que no íbamos a movernos de allí, alguien sugirió que lo mejor era que descansáramos un poco y un murmullo exhausto de aceptación recorrió el bar. Crawford cerró la Sala de Secado; no quería mover el cuerpo de Michael, y nos conminó a que no nos acercáramos. Juliette entregó las llaves de las habitaciones que habían dejado vacías los huéspedes. Yo la rechacé; prefería mi bungaló. Si alguien intentaba matarme, al menos lo vería llegar desde la escalera de la buhardilla. Además, necesitaba volver a mi habitación de todos modos; no había visto la bolsa de dinero desde aquella mañana. Quería tenerla cerca. Después de saber que Marcelo no tenía ni idea de lo del dinero, agradecí que solo Sofía y Erin estuvieran al tanto, porque me daba un móvil. Sumado al hecho de que yo había sido la última persona que había hablado con Michael, el grupo, que en su mayor parte me había despedido con una expresión recelosa de sospecha, me habría descuartizado de haber sabido que tenía el cuarto de millón de dólares de mi hermano. El dinero de la familia.

La gente fue marchándose del bar, bostezando. Cuando Aloysia pasó a mi lado, le di un golpecito en el codo y le pregunté si podía quedarme con el bote de analgésicos para la noche.

—Lo siento, Ern, son demasiado fuertes. Me los quedo yo.

Esbozó una sutil expresión de disculpa antes de meterme una única pastilla en la manopla.

Ya me había parecido raro que me hubiera dado las pastillas en la habitación, pero esa actitud protectora me extrañaba aún más. Era indudable que le dolía la pierna, un dolor que en ocasiones debía de ser atroz y que en un principio habría gestionado con algún tipo de medicación. Pero había escogido terapias naturales desde el accidente. En palabras suyas, «medicina alternativa». En la jerga de los médicos, un «engañabobos». Pero a Aloysia le resbalaba; se había reformado y estaba sobria, y no había nadie que pudiera quitárselo. Ni un paracetamol para la migraña ni una copa de vino para soportar un mal día en el trabajo. Después de dar a luz a Amy, incluso había renunciado a

los analgésicos. Iba en un tren del que no estaba dispuesta a bajarse.

A medida que me he hecho mayor, he empezado a comprender lo importante que es para ella. Estaba borracha cuando tuvo el accidente que le destrozó la pierna, y por eso despreciaba cualquier cosa que alterara su conciencia, aunque fuera por su propio bien. Sus facultades eran más importantes para ella que el dolor: no quería volver a perder el control. Es por eso por lo que le había recomendado a Sofía que le preguntara sobre Alcohólicos Anónimos si llegaba a necesitarlo, porque Aloysia era estoica, inamovible. Era una mujer —y nunca se lo diría a ella en persona— inspiradora.

Por si fuera poco, siempre me ha parecido que el dolor de la pierna, y su cojera, eran algo así como una penitencia. Un recordatorio de la persona que la acompañaba aquella noche, de su mejor amiga. Una penitencia que no quería paliar. Una penitencia que creía merecer. Si te estás preguntando si la copiloto sobrevivió, echa un vistazo al número de capítulo.

Puede que le estuviera dando demasiadas vueltas. Puede que la lesión le hubiera empeorado con la edad y Aloysia hubiera sucumbido al fin a los consejos del doctor. Puede que fuera algo insoportable en ambientes fríos, a pesar de que el complejo lo hubiera elegido ella; me parecía una elección inusual si realmente le dolía tanto. Tal vez hubiera cedido a las presiones, sobre todo de Andy (aunque en ese momento recordé también a Juliette aclarándose la garganta, sacándole otra píldora), de que necesitaba las pastillas para mi lesión, pero, con todo, solo había sido capaz de racionarlas desde la perspectiva más conservadora posible. De haber sido por ella, es probable que me hubiera recomendado ejercicios de respiración. Lucy incluso podría haberle vendido algún aceite esencial, que creo que son los siguientes en la lista de posibles negocios independientes después de los táperes y los productos cosméticos.

En definitiva, decidí ser agradecido con la escasa dosis que había conseguido; me tragué la pastilla con un chupito del chocolate, ya frío, y dejé la taza en la barra de camino a la salida.

Me sorprendió encontrar a Erin esperándome en el vestíbulo. Habían dejado la puerta principal abierta, y guijarros de hielo se deslizaban por las baldosas.

—No sé cómo pedírtelo... —empezó, pero las palabras desaparecieron antes de que pudiera encontrarlas. Se miró los zapatos. El viento le mecía los cabellos. Poco después, volvió a levantar la vista. Los átomos del aire mutaron—. No quiero pasar la noche sola.

Mi esposa

Capítulo 30

El susurro con mi nombre me llegó flotando desde arriba. La tormenta había arreciado, y la cápsula diminuta que era mi bungaló gruñía con los embates que recibía por todos los lados: era como si estuviéramos en un submarino. Yo estaba en el sofá, le había cedido la buhardilla a Erin, y por fin había podido quitarme el albornoz y ponerme unos bóxeres y una camiseta de un grupo que ya no escuchaba. La petición de Erin de pasar la noche conmigo nacía de la soledad y el miedo, no de la seducción, así que no tenía expectativa alguna de acabar subiendo la escalera con ella. No hay escenas de sexo en este libro.

—Estoy despierto —respondí.

Oí un ruido en la buhardilla cuando, por lo que pude imaginar, ella se dio la vuelta. Su voz parecía estar algo más cerca al hablar de nuevo.

—¿En qué piensas?

—No lo sé —contesté con sinceridad—. No me quito lo del Lengua Negra de la cabeza. Estas torturas son tan específicas... Quedarían de lujo en una novela negra.

—Casi infringen la cuarta regla —dijo con una cierta indiferencia—. Exige una explicación científica. Aunque no sé si un túnel en la nieve cuenta como pasaje secreto.

Llevaba tantísimo tiempo escribiendo mis guías literarias que Erin se conocía las reglas de Ronald Knox al dedillo. Me pregunté si me las habría soltado para que nos sintiéramos como un equipo. Me resultaba algo extrañamente posesivo viniendo de una mujer que me había engañado con descaro para no tener hijos conmigo. Y que me había robado la buhardilla.

—Ese es justo el problema —dije—. Estos asesinatos ocuparían titulares. Son perfectos para una primera plana;

acabarían estrenándose documentales al cabo de unos pocos meses. Son mensajes y, por tanto, fáciles de copiar.

—¿Me estás diciendo que a lo mejor alguien quiere que pensemos que el Lengua Negra está aquí arriba?

—¿Qué te parece más realista, que un infame asesino en serie nos haya seguido hasta aquí o que haya alguien intentando que parezca que ha sido obra suya?

—Sofía se ha esforzado bastante por convencer a la gente de sus explicaciones —apuntó Erin—. A veces parece que quiera asustarnos.

—Es doctora. Trató a una de las víctimas. Tampoco nos ha dicho nada que no haya aparecido en las noticias.

—Parece que la estés defendiendo.

—En alguien tendré que confiar. —Me pareció un poco cruel y cambié de tema—. Una cosa: ¿cómo te convenció Michael para que fueras a asaltar tumbas con él?

Aquello la cogió por sorpresa.

—Bueno, en un primer momento no sabía que íbamos a asaltar tumbas. Me lo soltó de improviso.

—¿Cómo acabasteis juntos para empezar?

El doble sentido de la pregunta se hinchó y ocupó todo el bungaló.

—Michael y Lucy tenían problemas económicos. Tú y yo estábamos mal desde... Total, que dicen que las cargas compartidas son menos cargas. Nos consolábamos, Ern. Nada más. —No era a eso a lo que me refería, pero no fui capaz de interrumpirla—. Es como la nieve de esta mañana, no se me ocurre otro símil. Montones de copos diminutos, y sin darte cuenta acabas hundida hasta las rodillas. O como la ceniza en los pulmones, supongo. ¿Me he pasado? Crees que las cosas van lentas, pero luego echas la vista atrás y te das cuenta de que se han movido muchísimo. No fue hasta que tú y yo empezamos a dormir en habitaciones separadas, pero Lucy no lo sabía.

La revelación de que llevaban juntos más tiempo de lo que creía, antes de que Michael se presentara en mi puerta, debería haberme destrozado. Pero había acabado el día con tantas partes

de mí destrozadas que aquello casi me rebotó.

Aunque sí recordé algo que me había dicho Michael aquella noche. «Lucy se enterará.» Porque un juicio por asesinato, en el que no quedaría piedra sin remover, dejaría ciertamente al descubierto su aventura. Lucy no debía de saberlo, porque de lo contrario habría reaccionado de una forma muy distinta al enterarse de la noche que habían pasado juntos. ¿Te imaginas si supiera la historia completa? «Lucy se enterará.» Eso me había dicho Michael cuando él y Erin ya estaban saliendo juntos. Me pregunto si Erin sabía que él seguía aferrándose a su matrimonio en aquel momento, que la decisión la tomó mucho más tarde. Era muy revelador que Lucy estuviera mucho más devastada por la muerte de Michael que Erin. Quizá supiera más de lo que yo creía. Ya lo investigaría más tarde.

—Quería decir juntos en esto.

—Michael y yo, y no es que importe, pero nuestra intención nunca fue...

—No necesito que me hables de eso. Dime lo que Michael te contó. Y, sobre todo, por qué lo creíste.

—La primera vez no lo creí. Le costó convencerme. Pero, bueno, luego encontré la bolsa de dinero que ocultabas. Michael me dijo que la buscara. No esperaba que hubiera nada, pero tampoco entendía qué podía ganar él mintiéndome, así que husmeé un poco. No la escondiste nada bien, Ern. —Lo dijo como si hubiera sido culpa mía. Como si me hubiera acusado, en la época en que todavía éramos felices, de haberse comido una tableta de chocolate solo porque se la había dejado a la vista—. Y luego empecé a pensar en qué otras partes de la historia podían tener sentido. Y quizá quisiera que fuera verdad. Todavía le estaba dando vueltas a cómo terminó lo nuestro, y aquello..., bueno, era una locura, pero también una redención. Se lo compré porque creía que así podríamos compensártelo. Obligué a Michael a que me prometiera que te incluiría. Se suponía que iba a ser nuestro dinero, Ern. De los tres.

«Es el dinero de la familia.»

Otra vez la misma cantinela. Con la salvedad de que, esta vez,

por fin lo comprendí.

—No estás hablando de la bolsa. Pensabas que estabais desenterrando... —«¿Tanto alboroto por un mapa del tesoro?»—. Un momento: ¿qué creías que estabais desenterrando exactamente?

—Antes de que lo soltaran, me había dicho que engañara a todo el mundo con la fecha exacta. Y me pidió que alquilara un camión porque debíamos recoger algo, y que tenía que ser por la noche. Me dijo que sabía adónde iba y que solo necesitaba un día para atar cabos sueltos. Por eso le seguí el juego, hasta que nos plantamos en un cementerio y yo le dije que no quería tener nada que ver con aquello, y él me dijo que no era más que tierra y madera, y que necesitaba mi ayuda. Así que aprovechamos las correas, las poleas y el motor del camión para sacar el ataúd del suelo. Michael lo abrió, echó un vistazo dentro y me dijo que lo teníamos que subir hasta aquí. Total, lo metimos en el camión y para aquí que vinimos. Creo que estaba bastante satisfecho consigo mismo. Creo que no pensaba que pudiera acabar muriendo. Tu padre robaba, así que sumé dos y dos, y supuse que en el féretro habría algo de valor. Yo qué sé... ¿Diamantes? Obviamente no pensaba que estuviéramos exhumando un cadáver, por si no ha quedado claro. Habría echado a correr sin mirar atrás.

—Antes me has dicho que Michael no te contó lo que Alan quería venderle. Si te habías tomado la molestia de desenterrar un ataúd, ¿por qué no le preguntaste qué había dentro?

—Sí que se lo pregunté. Me dijo que era más seguro que no lo supiera.

—A mí tampoco me lo has preguntado.

—Me da la impresión de que todas las personas que conocen realmente lo que hay ahí dentro acaban o muertas o malheridas —arguyó, lanzándome una mirada incisiva al brazo—. Supongo que algo se traería entre manos.

—Y puede que eso también forme parte del plan. Imagínate que el Botas Verdes es, en efecto, un don nadie. Lo mataron para dejar claro que el Lengua Negra, o quienquiera que se esté haciendo pasar por el Lengua Negra, se encuentra aquí. O puede que lo mataran porque se interpuso en su camino. Y ¿si Michael

había sido el objetivo real desde el principio?

—Pues entonces cualquier persona que conozca el contenido del ataúd corre peligro —dijo.

Marcelo había expresado la misma idea. Marcelo no sabía que en el camión había un féretro, y Erin no sabía lo que había en el ataúd. Siguiendo esa lógica, yo, que era quien más sabía, sería la próxima víctima de la lista del Lengua Negra.

—En ese caso, necesito hacerte otra pregunta. Se acabó lo de engañarnos. Estuvimos casados cuatro años, y todavía te echabas a temblar ante la idea de besarnos en público. Pero Michael y tú... No tiene ningún sentido.

Hice una pausa, con la esperanza de que no hiciera falta que lo verbalizara, algo que además habría implicado admitir que no me perdía detalle de su relación.

—No tengo claro adónde pretendes llegar. ¿Tú crees que ahora es el mejor momento para analizar nuestros problemas íntimos?

—En la escalera principal, antes de que Crawford se lo llevara, ¿qué le quitaste a Michael del bolsillo trasero del pantalón?

El abrazo que Erin le había dado a Michael delante de todo el mundo ya me había parecido extraño desde un principio, pero lo había achacado a mis celos y a la necesidad de Erin de fardar delante de mí. Había vuelto a ver la misma escena, la mano de Erin en el bolsillo trasero de los vaqueros de Michael, en las grabaciones de la cámara meteorológica de Juliette, y me había parecido, de nuevo, incoherente. Michael, en la Sala de Secado, había intentado mostrarme algo antes de entregarme las llaves del camión, pero no había sido capaz de encontrarlo. Pero mis celos habían enmascarado la verdadera razón por la que aquello no me cuadraba. Conocía a mi mujer. No era dada a ese tipo de muestras de afecto.

Encima de mí, Erin se movió y algo ligero cayó en el cojín que tenía junto a la cabeza. Lo busqué a tientas hasta que rocé con los dedos un pequeño objeto de plástico. La forma era similar a la tapa de una botella, aunque un poco más grande y grueso. Más bien

como un vaso de chupito. Lo sostuve frente a mí; entre las nubes se colaba la luz de luna justa para que el objeto fuera cobrando forma poco a poco. La superficie titiló. Era reflectante. Plástico transparente, o incluso vidrio.

—No tienes un pelo de tonto, ¿eh? —me dijo.

Recordé el vaso de chupito que rodaba por el salpicadero de Michael cuando sacó el coche de la entrada de mi casa. En aquel momento, estaba algo distraído con lo que había en el asiento trasero, pero me di cuenta de que era el mismo objeto. Y no era un vaso de chupito, sino un monóculo de joyero. De esos cuyo extremo abierto te colocas en el ojo y en cuya parte superior hay una lente de aumento por la que mirar. (Mi editora me ha dejado una utilísima nota para informarme de que a eso también se le llama cuentahílos, así que fingiré ser una persona leída y utilizaré esa palabra a partir de ahora.)

Había sido lo bastante inocuo como para que no lo requisaran como prueba, pero lo bastante importante como para que Michael hubiera rebuscado debajo del asiento antes de que lo arrestaran y para conservarlo como parte de la pequeña bolsa de posesiones que le habían devuelto al soltarlo de la cárcel.

—¿Por qué se lo cogiste? —pregunté.

—Piensa un poco, Ern. Pensaba que habíamos desenterrado algo valioso. Yo qué sé, ¿diamantes? ¿Lingotes de oro? ¿Qué robas y escondes en un ataúd? ¿A santo de qué tendría algo así si no hubiera necesitado comprobar cosas por el estilo? Alan vendía joyas de segunda mano, ¿no? Me pareció bastante obvio de lo que hablaban. Y me lo llevé porque, bueno... —Carraspeó, avergonzada —. Porque Michael no me dijo nada sobre el ataúd, y puede que quisiera verlo con mis propios ojos. Por si el finde no salía como yo me esperaba. Con Lucy.

—¿Sentías que no podías fiarte del todo de él? ¿Quien pone los cuernos puede volver a ponerlos?

Estaba hurgando en aquel tema por pura validación personal, consciente de lo patético que era. Las pastillas de Aloysia me debían de haber soltado la lengua. Jamás le habría dicho algo así estando sobrio.

—Puede que en parte sí —admitió con ese tono bajo y lamentable al que recurre la gente cuando debe admitir algo—. Tardó tanto en contarle a Lucy lo nuestro, y sabía que yo no podía decirte nada a ti antes de que él accediera a contárselo a ella... Le supliqué que pagara sus deudas para que pudiéramos empezar de cero. Cuando por fin le envió los papeles, pensé que era porque seguía cabreadísimo contigo. Esa fue la primera vez que pensé que quizá quisiera algo de ti. Este finde ha vuelto a sacarlo todo a la luz. Me he sentido expuesta.

—Por eso se lo quitaste, porque sabías que no podría mantenerte al margen de lo que hubiera en el ataúd si no podía comprobar su valor hasta que bajara de la montaña.

—Dicho así, suena a paranoia —dijo—. Pero piensa que las llaves te las dio a ti, no a mí. Y sabía que si no entrabas tú solo, Crawford y Sofía también lo verían, y los demás también se acabarían enterando. Yo sabía, al menos, que querías mantener en secreto lo de la bolsa de dinero, así que consideré que también querrías ocultar eso, fuera lo que fuera. Por eso insistí en que entraras solo. —La oí sorber aire entre los dientes. Solía hacerlo cuando algo le rondaba la cabeza y no podía dormir. Yo solía acariciarle los hombros para recordarle que me tenía ahí y que todo iba bien. Me sorprendí al verme haciendo el mismo movimiento hacia el espacio vacío que había a mi lado en el sofá. Memoria muscular—. Obviamente me equivoqué con el contenido del ataúd. —Hizo una pausa, expectante, pero no piqué el anzuelo —. Tengo una teoría nueva: creo que lo que quería era comprobar si el dinero era auténtico.

Estuve pensando en ello unos segundos. Tenía sentido. Apenas sabía nada de billetes falsificados, pero supuse que habría alguna marca microscópica en alguna parte, un número de serie o algo parecido. Más tarde lo consulté y, en efecto, tenía razón.

—No creas que es especialmente lujoso o valioso —le dije mientras hacía rodar el objeto entre las puntas de los dedos. Ahora, con los ojos adaptados a la oscuridad, pude verlo mejor—. Me parece idéntico a lo que yo utilizaba en mis clases de Ciencias del cole. Puedes comprarlos en cualquier lado. Pero tienes razón sobre

el trabajo de Alan. Esto era con toda probabilidad suyo; Michael se lo debió de quitar.

—Así que es posible que Alan lo llevara para examinar el dinero de Michael y no diera la talla, ¿no? Y que por eso se pelearan...

—Llevo tiempo preguntándome cómo es posible que Michael consiguiera doscientos sesenta y siete mil dólares sin que Lucy se enterara —confesé—. Es muchísimo dinero. Ni siquiera Marcelo estaba al tanto. Ni tú, de hecho, y no me sorprendería que Michael te hubiera pedido que lo buscaras solo para asegurarse de que seguía ahí.

—Pero si ya sabía que el dinero era falso, ¿para qué querría comprobarlo?

—No lo sé.

—Y ¿si nos estamos equivocando? —sugirió—. Y ¿si Alan llevó el dinero y Michael no estaba satisfecho?

Dejé que la idea me calara. Michael me había dejado claro que iba a comprarle algo a Alan. ¿Sería verdad? ¿Qué podría llegar a vender Michael?

—Si el dinero no valía para nada, aunque lo bastante como para matar por él, ¿por qué se lo quedaría?

—Tú te has gastado un poco —apuntó. No era una pregunta.

—Un poco, tú lo has dicho. Y no tuve ningún problema.

—Que sea falso no significa que sea inútil. O puede que esté marcado. ¿Sabes eso de que la policía marca billetes y tal?

—Puede ser.

Algo se me escapaba, pero no tenía claro el qué. Mi intuición me decía que una de las teorías de Erin, algo de lo que había dicho, se acercaba a la verdad. Pero no sabía bastante como para identificarlo. Michael me había dicho que el problema era que le había faltado dinero, así que pensé que era improbable que los billetes fueran falsos.

Nos quedamos sin teorías y volvimos a sumirnos en el silencio. El submarino en que se había convertido el bungaló pareció hundirse otros cien metros entre gruñidos. Llegué a pensar que Erin se había quedado dormida. Poco después, el pálido orbe

de su rostro apareció encima de mí, asomándose desde la buhardilla.

—¿Vale de algo que te pida perdón? —me preguntó.

—¿Por qué?

—Por todo, supongo.

Hay algo casi metafórico en esa voz que descendía hasta mí, mientras yo, tumbado de espaldas, les hablaba a las estrellas, pero no sé encontrarlo.

—Vale.

—Y ¿ya está?

—Mmm.

Imité lo mejor que pude un murmullo somnoliento e indiferente, pero seguro que a Erin le llegaban los latidos de mi corazón. Tenía la sensación de que temblaba todo el cojín.

—¿No quieres saber por qué?

—¿Me estás hablando porque tienes algo que decirme o porque no puedes dormir?

Mi intención no era sonar borde —en el matrimonio, hay un cierto margen donde la crueldad se funde con el afecto—, pero, ahora que ya no estábamos juntos, hasta la más delicada de las provocaciones parecía una pulla.

—Y ¿no puede ser por las dos cosas?

La súplica en su voz era evidente.

—Claro. —Me suavicé—. Pero si mañana pierdo la pista de un asesino a sueldo porque no he dormido bien, te echaré la culpa a ti.

Sus dientes emitieron un destello blanco en la oscuridad. Una sonrisa.

—Por fin.

—No tienes que disculparte, Erin. No tendría que haberte presionado tanto. Pensaba que eras feliz, y que habíamos tomado juntos la decisión de tener niños, pero debería haber visto lo mucho que te estaba insistiendo. Estuve muy enfadado un tiempo, pero ¿qué derecho tengo yo sobre tus decisiones? No deberías haberme mentido, y ojalá hubiera sido con cualquier otra persona y no con Michael, eso no lo superaré jamás, pero ya te he pedido

suficiente. No necesito una disculpa.

Aquello era una verdad a medias. Lo cierto era que no quería estar allí tumbado escuchando cómo balbucía excusas. No era la primera vez que tenía que oírlas: en terapia, en casa, susurradas y gritadas, en mensajes y por correo electrónico, salpicadas de lágrimas y cargadas de odio. Creía haber oído las excusas en todas sus formas posibles.

Fue entonces cuando me sorprendió al decir:

—Maté a mi madre.

Capítulo 31

Las palabras cayeron como una bomba en el habitáculo. No supe cómo reaccionar a su confesión. Sabía que la había criado su padre (era una de las razones por las que podíamos empatizar con el otro cuando empezamos a salir), pero Erin me había dicho que su madre había muerto a causa de una enfermedad cuando ella era pequeña.

—Murió al darme a luz. —Su voz era apenas un susurro—. Estás a punto de decirme que no fue culpa mía, pero me da igual. Porque mi padre me dijo lo contrario, y me lo creí. Y lo sigo creyendo. La maté yo. Ya lo sé, son cosas que pasan. Sé que no es culpa mía. Por eso empecé a decirle a la gente que había muerto de cáncer, porque así se limitaban a soltarme un «vaya, cuánto lo siento» en vez de todo lo demás. Pero mi padre me repetía todos los días, hasta su muerte, que había sido mi culpa. Siempre supe que me habría cambiado por ella sin dudarlo.

Sabía que su padre la había maltratado, pero nunca llegó a contarme que hubiera sido algo tan concreto, tan cargado de culpa y odio.

—Es deleznable decirle algo así a una niña —contesté—. No lo sabía.

—Por favor, créeme cuando te digo que mi intención nunca fue hacerte daño. Lo que pasa es que, bueno... Después de que habláramos sobre buscar un bebé... —Tuvo que reprimir un sollozo y dedicó unos segundos a recomponerse—. Ern, estabas que no cabías en ti. No me podía creer lo feliz que te hacía solo hablar del tema. Estabas enamorado de la idea antes incluso de que empezáramos a buscarlo. Yo quería ser lo que tú querías que fuera. Y lo contento que te pusiste cuando accedí. Pero luego... No digo que sea tu culpa, estoy intentando explicarme. Tenía miedo.

Necesitaba más tiempo.

»Mi plan era tomar las pastillas unas semanas —prosiguió—, hasta que me acostumbrara a la idea del embarazo. Y, Dios mío, aquellas primeras semanas fueron maravillosas. Creo que nunca habíamos sido tan felices. Tenías un brillo en los ojos que no me veía con corazón de apagarte. Pero las semanas se convirtieron en meses, y luego en un año, y de repente quisiste saber cuál podía ser el problema y acabamos liados con clínicas y doctores, y te veía con ese botecito de plástico, y me di cuenta de que estaba atrapada y que jamás podría confesártelo, así que decidí seguir adelante, consciente de que la única solución era dejar de tomar la píldora y revelar un embarazo milagroso antes de que otra persona te lo dijera. Y no tuve el valor de hacerlo. Era como ir metiéndole billetes a una máquina tragaperras. Iba posponiendo lo de la clínica. No dejaba de pensar que solo necesitaba deshacerme de una carta más, ignorar otra llamada, y estaría lista. Todas las recetas eran la última, pero luego acababa viéndome otra vez en la farmacia en busca de otra.

En ese momento, yo también estaba llorando.

—Yo te quería... tal y como eras. No quería un recipiente. Estaba que no cabía en mí porque creía que los dos estábamos de acuerdo. Te habría escuchado.

—El problema es que, si te lo hubiera dicho, me habrías presionado. No habrías sabido contra qué estabas presionando, y lo habrías hecho con tu humor y tus encantos, y puede que incluso lo hubieras dejado estar uno o dos años, pero me habrías presionado. No podía contarte lo de mi madre. No se lo he contado a nadie desde mi adolescencia, porque fue entonces cuando caí en la cuenta de que era más fácil decir que había estado enferma. No podía soportar los juicios. Pensé que, con el tiempo, podría darte lo que querías. De verdad que lo intenté.

»No quiero que te compadezcas de mí. Lo que trato de decirte es que tenía miedo. Tenía miedo del daño físico, claro, de morir como ella. Pero sobre todo tenía miedo de que, si me llegaba a pasar algo, mirases a nuestro hijo, al bebé que tanto querías, con los mismos ojos con los que mi padre me miraba a mí.

—Me hacía tantísima ilusión formar una familia...

—Ay, Ernie. Ya lo sé.

—... que quizá me olvidé de que ya la tenía. —Suspiré—. Lo siento.

—La que se está disculpando soy yo, capullo. —Dejó escapar una risa ahogada—. Siento haberte mentido. Me aterraba ser yo la que no pudiera darte lo que querías.

—Te habría querido igual.

Porque seguía queriéndola, pero eso no se lo dije. Era una confesión demasiado dolorosa incluso con la oxicodona. Tal vez tendría que haberle dicho algo. Tal vez por eso estoy escribiendo todo esto. Recuerda que un libro es un objeto físico. Se escribe para que alguien lo lea.

Tras una pausa, su voz volvió a flotar hasta mí.

—¿Quieres subir aquí?

Sabía que solo buscaba esa intimidad como reacción a la muerte de Michael. Sabía que sería algo falso y vacío, y que solo conseguiría que al día siguiente todo volviera a doler. Era consciente de todo eso y, sin embargo, me quedé callado, sin saber qué responder.

—Más que nada en el mundo —respondí al fin—. Pero creo que me quedaré aquí.

Capítulo 32

Soñé con el día de mi boda, aunque fue más un recuerdo que un sueño. Michael se apoyaba en el atril como si fuera lo único que lo mantenía en pie, balbuciendo palabras mientras intentaba exponer la tercera regla del padrino y los invitados se reían a mandíbula batiente con cada intento. Incluso Audrey sonreía. Michael le dio un sorbo a la cerveza y levantó un dedo —«un momento, que ya lo tengo»—, hipó, se secó la boca con la manga y trató de forzar su lengua de nuevo para que formara las palabras «esposa feliz, vida feliz». La sala estalló en carcajadas y él sonrió, creyendo que se había ganado los vítores gracias a su talento, no a sus bufonadas. Volvió a hipar, pero esta vez el sonido fue distinto, casi como una... Otro acceso de hipo, pero esta vez era claramente algo más cercano a una arcada, y poco después se agarró la garganta, los ojos se le salieron de las órbitas y el hipo se convirtió en una asfixia descontrolada. Y la sala seguía riéndose, alborotada, mientras una sustancia negra y burbujeante le emanaba de los labios.

La mañana se levantó con un cielo plomizo, sombrío; la tormenta había regresado con fuerzas renovadas. Había caído tanta nieve que tuvimos que empujar la puerta con un golpe de hombro para poder salir. Fuera, acabamos con las espinillas mojadas y tiritando a los treinta segundos. Los remolinos de copos de hielo me mordían la piel como moscas de la arena. Los coches que aún quedaban mostraban tupés blancos, y los montículos de nieve se acumulaban contra las paredes del albergue como olas suspendidas.

Erin y yo nos habíamos vestido y habíamos salido del bungaló sin apenas mediar palabra; el espacio que nos separaba tenía el extraño ambiente de los amigos que se acuestan después de mucho

tiempo sin verse. Después de las confesiones de la noche anterior y de su propuesta, no teníamos claro qué decirnos. Yo había dormido con la manopla, y ahora era casi parte de mi cuerpo. No me la podría haber quitado ni aunque hubiera querido. Había tenido que forzarla, tirando de las costuras, para que me entrara en la ropa térmica. Erin, al verme forcejeando con una sola mano, me había ayudado a calarme un gorro hasta las orejas. El día anterior me había visto expuesto al frío mucho más a menudo de lo que me permitía mi armario, lleno de ropa para estar frente a una lumbre crepitante, así que había decidido prepararme. Me metí con los dientes un guante en la muñeca buena hasta ocuparlo del todo con los dedos. Cuando nos marchamos, cogí una plancha que había encontrado en uno de los armarios de la parte trasera del bungaló. Erin arqueó las cejas cuando me vio, pero vi que la pregunta le ascendía por el pecho y tiraba la toalla a medio camino, sin duda después de decidir que no le importaba.

Yo tenía la lupa en el bolsillo. Me había despertado antes que Erin y había examinado el objeto bajo la luz de la mañana. Tenía un «50x» escrito en un lateral; supuse que sería el aumento. Había sacado un billete de cincuenta dólares de la bolsa y lo había sostenido en el aire, observándolo a través del monóculo por si detectaba algo interesante.

Había algo que sí sabía sobre los billetes de cincuenta dólares australianos, gracias a un viejo truco para fiestas que les viene muy bien a los escritores. En 2018, rediseñaron el billete amarillo de cincuenta dólares para incluir el discurso de investidura de Edith Cowan en el Parlamento bajo su retrato. Por desgracia, incluía un error ortográfico en la palabra «responsabilidad» que no se detectó hasta pasados seis meses, cuando ya había millones de billetes en circulación. Era una anécdota fácil para fiestas y cenas: pedía billetes de cincuenta y, al detectar uno con el error, me lanzaba a contar la historia, culminándola con una exclamación que hacía tintinar las copas.

—Ahí tenéis la prueba de que a los escritores no nos pagan lo suficiente; ¡habríamos encontrado el error mucho más rápido si nos hubieran dado más billetes de estos!

Con eso daba pie a unas carcajadas escandalosas. Pero ahí terminaban mis conocimientos sobre la moneda. Al examinar el billete, comprobé que, efectivamente, conservaba el error ortográfico, conque lo más probable era que no fuera una falsificación.

Había, en efecto, un número de serie, tal como había supuesto, así como unas líneas de colores entrelazadas y un pequeño holograma en la parte inferior izquierda. Sin embargo, todos esos detalles, incluido el error ortográfico, eran visibles a simple vista. La lupa no era necesaria. El aumento de 50x era lo bastante potente como para poder distinguir las fibras del plástico, los puntos en los que las distintas tintas de colores se fundían. La lupa era para comprobar otra cosa. Tiré la toalla. No tenía sentido seguir mirando si no sabía qué estaba buscando.

Al pasar junto a los coches, le di un golpecito a Erin en el codo para llamar su atención. No tenía demasiado sentido que habláramos bajo los aullidos de la tormenta, así que me limité a levantar la plancha y señalar el Mercedes de Marcelo. Nos arrastramos hasta allí. Con la plancha, el objeto más pesado que había encontrado en el bungaló y con el que podía cargar, le di un golpe al vidrio, que se resquebrajó pero no llegó a romperse; se hundió ligeramente y se formó una especie de cráter en el centro. Unos largos trazos blancos se extendían por la ventanilla tintada.

Llevaba desde el día anterior rumiando aquella idea, después de ver los vidrios alrededor del coche de Aloysia, pero lo de estar moribundo me había quitado demasiado tiempo. Deduje, al descubrir que el Volvo de Aloysia había sufrido daños similares por la tormenta, que a nadie le sorprendería otra ventanilla rota. Pero no había contado con la alarma, que empezó a chillar con el viento en cuanto golpeé la ventanilla. La tormenta rugía con fuerza, pero no sabía si bastaría para amortiguar los aullidos, y la dirección del viento me jugaba a la contra, arrastrando el sonido hasta el albergue. Además, las luces de emergencia parpadeaban como un faro. Erin vigilaba por si a alguien le daba por investigar, pero era completamente innecesario; apenas veía más allá de unos pocos metros. Debía apresurarme.

Volví a darle un trastazo a la ventanilla y se hundió un poco más, permitiendo ya que entrara el aire mientras se doblaba como una cáscara de huevo, pero el cristal seguía aguantando. Solo tuve que darle otro golpe antes de que reventara y la atravesara con la mano. Utilicé la manopla (al menos me servía de algo) para arrancar los trozos de vidrio del marco y asomarme al interior. Erin daba saltitos, inquieta y lista para echar a correr, pero yo tenía claro lo que quería. Tiré de aquello, arrancando un montón de cables de sus tomas, y acababa de ponerme en pie de nuevo y girarme para gritarle a Erin que ya podíamos irnos cuando un puño se me hundió en un costado de la mandíbula.

La nieve fresca de la mañana ayuda mucho a amortiguar una caída, pero no llegué a tocar el suelo. Erin me agarró por las axilas como el entrenador de un boxeador.

—Coño, Ernest.

Marcelo se sacudía la mano, sorprendido de verme. Me enderecé con recelo, tocándome la mandíbula. Me había dado con la mano derecha, así que agradecí que la reconstrucción del hombro le hubiera debilitado el golpe, porque esa era la muñeca donde llevaba el Rolex. Tendría que haber sido como si alguien me hubiera dado un porrazo con una mancuerna. Me extrañó tener aún dientes.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Marcelo—. Estaba echándole un vistazo al coche de Lucy y he oído la alarma. Con la que está cayendo, pensaba que habría alguien... Oye, espera... ¿Qué estabais haciendo aquí?

Miró el coche, preguntándose sin duda qué le habría pasado a la ventanilla rota. Me di cuenta de que había dejado caer la plancha justo debajo de la puerta. Estaba ya a medio cubrir por la nieve, pero seguía siendo visible. La empujé con el pie debajo del coche. Marcelo se acercó a la ventanilla. Si hubiera asomado la cabeza, habría visto los cables arrancados en el salpicadero y habría advertido que algo no iba bien.

—He visto que la tormenta te había roto una ventanilla —grité, demasiado alto, pero conseguí que se girara hacia mí—. Y con esos asientos de cuero... Sería una lástima que acabaran hechos

una ruina. Tenía la esperanza de encontrar dentro algo para cubrirlos.

—Pero, hombre —dijo, rodeándome con el brazo y alejándome del coche—. Olvídate del cuero. Vamos a llevarte dentro. Espera...

Hizo una pausa y hundió una rodilla en la nieve. Mi estómago ya había tenido oportunidades más que de sobra para estar del revés, pero en ese momento encontró otra más. Marcelo gruñó al ponerse de pie, alargó el brazo y me enseñó algo. Pero no era la plancha.

—Se te ha caído el móvil —dijo, y me entregó el dispositivo.

Soy consciente de que aquí estoy al borde de infringir la sexta regla —la del accidente fortuito—, pero todo detective necesita un golpe de suerte. El suspense narrativo consiste en ir acumulando desventajas contra el detective, pero de vez en cuando, igual que en la vida real, las fichas del dominó se inclinan a su favor. Y, sinceramente, no sé por qué Marcelo lo vio. Puede que estuviera distraído, que estuviera calculando cuánto le costaría cambiar la ventanilla, o puede que el frío le hubiera nublado la vista. Tal vez le doliera la mano del puñetazo que me había dado en la mandíbula. Se parecía a un móvil, por descontado (pequeño, rectangular y electrónico, con una pantalla LCD), pero sé que debería haberlo identificado. Aunque tampoco pensaba cuestionárselo. Supuse que, después de lo del día anterior, me merecía también tener algo de suerte.

Así que le cogí el GPS de la mano, recién arrancado de su base en el parabrisas, y me lo guardé en el bolsillo antes de que pudiera verlo mejor.

Había una abominación de vehículo aparcado justo enfrente del albergue. Un cubo amarillo con ventanas descansaba encima de unas estridentes orugas, como si fuera el retoño de un tanque militar y un autobús escolar. El motor estaba encendido, caliente, y emanaba vapor por debajo.

Lo rodeaba un grupito de personas: Sofía, Andy, Crawford,

Juliette y un tipo que no conocía, con quien me permití ilusionarme momentáneamente; tal vez fuera un inspector. Sin embargo, al aproximarme al grupo, vi que llevaba puesto un brillante chubasquero de plástico con las palabras ALBERGUE SUPERSHRED cosidas en el pecho. Todo lo que llevaba puesto tenía algún logo: desde las Oakley holográficas azules y doradas y el pañuelo Skullcandy que llevaba anudado al cuello (con una calavera y unas tibias cruzadas encima de la boca), hasta los pantalones de plástico acolchados con el nombre de Quiksilver adornando la pierna izquierda de arriba abajo. Parecía una nevera de cervezas llena de imanes. Pensé que quizá fuera un surfista de nieve: parecía haberse roto a menudo la nariz, que era la única parte del rostro que tenía al descubierto. Cuando me acerqué, vi la insignia de SUPERSHRED impresa también en el flanco del tanque autobús. Debía de haber llegado desde el otro lado de la montaña, del complejo turístico que había en el valle adyacente.

Me hice sitio entre Andy y Sofía, quien tiritaba intensamente, pálida como la nieve. Saltaba a la vista que no se estaba concentrando en lo que estaba pasando, sino contando los segundos que faltaban hasta que pudiera volver adentro. Esperaba que al menos una persona arqueara una ceja al vernos llegar a Erin y a mí juntos, ella con la misma ropa de ayer, pero nadie parecía tener la energía necesaria para liarse con cotilleos de patio de instituto. Todo el mundo estaba demasiado centrado en Marcelo, que regresaba con nosotros, como para prestarnos atención.

—¿Nos vamos? —pregunté. El vehículo parecía diseñado para viajar a través de capas de nieve gruesa, no para darnos una vuelta.

—¿Qué? —dijo Juliette por encima de mí, en dirección a Marcelo.

—El bungaló está vacío. El coche sigue aquí.

—Joder.

—Os puedo llevar hasta la cresta.

La voz del Cartel Publicitario Andante no desentonaba con la ropa que llevaba ni con el acento patrocinado por Monster Energy. Si no hubiera estado hablando de una mujer desaparecida, estoy

convencido de que habría terminado las frases con las palabras «canalla» o «colega». Tenía un ligero deje canadiense, lo que interpreté que se debía a que sería uno de esos tipos que van persiguiendo la nieve y se pasan seis meses en el hemisferio norte y otros seis en el sur.

—Ahora, no vamos a encontrar a nadie con este tiempo a menos que le pasemos por encima.

—¿Qué ha sucedido?

Volví a intentarlo.

—Lucy ha desaparecido. —Marcelo se dirigió por fin a mí, aunque con el aire distraído de la persona a la que le acaban de preguntar «¿qué me he perdido?» durante una película—. No la ha visto nadie desde anoche.

Tenía sentido. Marcelo me había pillado desvalijándole el coche porque ya estaba allí, comprobando si Lucy se había ido en mitad de la noche. Deduje que por eso Aloysia y Audrey no estaban con el grupo: debían de haberse separado para registrar el albergue.

El Cartel Publicitario repasó al grupo con la mirada.

—Perdonad la indiscreción, pero ¿se puede saber qué coño os ha pasado? Jules, tendría que llevaros a todos a Jindabyne cagando leches.

—Este es Gavin. —Juliette le puso una mano en el brazo. Parecían conocerse bien; debía de ser habitual que se forjaran amistades rápidas entre trabajadores estacionales. No tan bien como para haberle hablado del asesinato de Michael, porque de lo contrario no nos habría preguntado—. El tiempo está empeorando y el *oversnow* —le dio unos golpecitos al lateral del tanque autobús, que emitió un ruido hueco— es nuestra única opción para bajar de la montaña. Gavin se ha ofrecido a llevarnos.

—Pero tenemos que irnos ya —añadió este, observando con nerviosismo el cielo.

—¿Sin Lucy? —preguntó Erin.

—No vamos a tener otra oportunidad. —Gavin se encogió de hombros—. Tenéis a todos los polis aquí. Yo estoy solo. También tengo que preocuparme de mi equipo.

—Tenemos a un poli —lo corrigió Marcelo—. Y a medias. Escúchame, o todos o ninguno. Somos familia.

Me sorprendió que Marcelo dijera algo así, teniendo en cuenta que Lucy era su *exnuerastra*, pero sabía que la política de los García sobre los compuestos por aglutinación distaba de la mía. Además, si enfrentarse a las fuerzas del orden era algo propio de los Cunningham, Lucy se había ganado aquella multa por exceso de velocidad subiendo la montaña, así que supongo que, a fin de cuentas, era una de los nuestros.

—Te agradezco que hayas venido —le dijo Juliette—, pero no podemos dejarla tirada. Danos una vuelta. Te debo una.

—¿Chupitos?

—Chupitos. Como en el Whistler.

El recuerdo de una supuesta noche de desmelene le levantó tanto los ánimos que las gafas de sol le cambiaron de color.

—Vale, ¿quién se viene conmigo?

—Yo voy.

Sospecho que Andy se ofreció voluntario porque las feromonas sucias de un año sabático se le mezclaban con los remordimientos de la mediana edad y asociaba movimiento con utilidad, o tal vez solo quisiera darse una vuelta en aquel mamotreto de metal.

Noté como Erin me daba un codazo. «Uno de nosotros debería ir.»

—Yo también —exclamé.

Gavin pareció darse cuenta de mi presencia por primera vez y me alargó un guante North Face para saludarme. Yo levanté la manopla, rechazándole con respeto el gesto.

—Qué pasada de guante, tío —dijo.

Crawford hizo ademán de seguir a los voluntarios, pero Juliette le bloqueó el paso.

—Deberías quedarte aquí y controlar un poco la situación. Erin, Marcelo: ayudad a Aloysia y Audrey a registrar el resto del complejo. Sofía —la miró de arriba abajo—, si te soy sincera, me da que necesitas tumbarte un rato. —Sofía asintió, agradecida—. Gav, yo también voy con vosotros, así les echo una ojeada a los

papeles. Sí, ya lo sé. —Debía de haberse dado cuenta de que a Gavin se le habían iluminado los ojos—. Pero no me presiones. Solo un vistazo. Ernest y Andrew, arriba.

Me impresionó que se supiera todos nuestros nombres, y así se lo dije. Ella se encogió de hombros y me contestó que, si la lista de huéspedes seguía acortándose, no tendría el más mínimo problema. Aquello me arrancó una sonrisa, por muy sombría que fuera. Me di cuenta de que me alegraba de que viniera con nosotros.

Gavin se fue hacia la parte trasera de la gigantesca máquina y abrió la puerta. Subimos por una escalera de tres peldaños mientras él se dirigía al asiento del conductor. Apenas podía considerarse un vehículo; en la parte de atrás, en lugar de asientos, tenía largos bancos de acero a ambos lados. Hacía tanto frío como en una nevera metida dentro de un congelador, una temperatura que me constreñía el cuerpo como un abrazo que te hace crujir las costillas. Todo olía a combustible. El suelo temblaba con el gutural gruñido del motor mientras Gavin manipulaba una palanca de cambios del tamaño de una rama de árbol.

Empezamos a reptar lentamente entre los edificios, hasta que Gavin le pisó al acelerador para ascender por la montaña y los tres comenzamos a rebotar. Me agarré a una barra de acero que había sobre una de las ventanas y traté de mirar por el cristal congelado. Gavin tenía razón; atropellaríamos a Lucy antes de poder verla. Teniendo en cuenta las gigantescas orugas, dudo que pudiéramos notarlo siquiera. La nieve había caído con demasiada fuerza como para que hubiera sobrevivido alguna huella.

Mientras avanzábamos, me saqué el GPS de Marcelo del bolsillo. Funcionaba con energía solar, pero aún le quedaba algo de batería y apenas me costó encenderlo con una mano. Busqué en el menú los trayectos recientes. Un mapa rudimentario apareció en la pantalla. Sky Lodge ni siquiera estaba marcado; no era más que una flecha diminuta en medio de una zona en blanco. Alejé el zoom hasta que identifiqué la carretera más cercana. La línea verde comenzaba cerca del cartel de ¡CERVEZA!, que se me antojaba a miles de kilómetros y años de distancia, y continuaba hacia

Jindabyne, y luego (me rasqué la barbilla, confuso) subía la montaña por el otro lado del valle. El viaje dibujaba una forma de U perfecta, y se estimaba una duración de cincuenta minutos, solo ida. Por la cámara meteorológica de Juliette, sabía que Marcelo había estado fuera seis horas, lo que planteaba la pregunta siguiente: ¿qué había estado haciendo en el complejo SuperShred durante las otras cuatro?

—Esto no tiene ningún sentido —gritó Andy a los quince minutos.

Debíamos de estar a medio camino. Veía un pequeño haz de luz, que sabía que producían los focos de la parte superior del telesilla, pero nada más. A aquella altura, ni siquiera había árboles ni piedras. Nadie respondía, así que le dio unos golpecitos a Juliette en el hombro y repitió:

—He dicho que esto no tiene ningún sentido. La capa de nieve es tan gruesa que no hay ni huellas. Tendría que estar pirada para haber salido con este tiempo.

—Tenemos que intentarlo —le contestó Juliette a gritos. Era como hablar en la bodega de un avión—. Desde el fondo del valle el telesilla parece estar más cerca de lo que realmente está, y la montaña también parece menos empinada. A lo mejor al ver que no podía mover el coche le dio por subir andando. No se habría dado cuenta del peligro que corría hasta estar a medio camino.

—O se ha ido por la carretera y está haciendo autoestop —añadí.

—Exacto.

—Pero ¿por qué se habría ido...? —Un bache especialmente violento silenció las palabras de Andy, quien poco después siguió balbuciendo—: ¿Por qué se habría ido con esta tormenta?

—Puede que tuviera miedo —apunté.

Andy asintió.

—La vi bastante consternada cuando Sofía le enseñó la foto.

Pensé que simplemente estaba afrontando la muerte de Michael, pero Andy tenía razón. Estaba disgustada, y se marchó del bar sin perder un instante. Y ¿si Sofía la había amenazado? Habría sido un movimiento arriesgado delante de todos nosotros, pero ya

sabía que al Lengua Negra no le faltaba arrojo. Aunque ¿cuál podría haber sido la amenaza? ¿Habría sido un «te he calado» o «voy a por ti»?

Andy estaba pensando lo mismo que yo.

—Pero aunque se hubiera asustado por algo, ¿qué haría aquí fuera?

—Pensó que sería capaz de conseguirlo.

La voz de Juliette tenía una nota sombría; era obvio que ni siquiera ella se creía sus propias palabras. Pero, en ese caso, ¿qué hacíamos nosotros ahí fuera?

—¿Con este tiempo? —Andy negó con la cabeza—. ¡Sería un suicidio!

Al oír aquello, la mirada de Juliette se cruzó fugazmente con la mía, antes de que clavara los ojos en el suelo. Comprendí lo que estaba pensando, por qué creía que Lucy se había adentrado en una tormenta letal. Recordé el momento en que Lucy había repartido las culpas en el bar, antes de que le enseñara la foto del Botas Verdes y se marchara con prisas. Tal vez Sofía la hubiera asustado. Después de todo, lo único que unía las muertes era el método, y Erin no se había equivocado al señalar que el *modus operandi* del Lengua Negra era fácil de buscar. Yo sabía que Lucy lo había encontrado en Google; era la que me había hablado de sus primeras víctimas. Y tenía más rencor guardado hacia Michael que la mayoría de nosotros. Puede que verlo llegar con Erin hubiera sido la gota que había colmado el vaso.

Miré de nuevo a Juliette, cuyos ojos estaban clavados en la escarcha de la ventana.

No estábamos buscando a Lucy. La estábamos persiguiendo.

Mi (ex)cuñada

Capítulo 33

Gavin nos llevó hasta la parte superior del telesilla, en lo alto de la montaña. Una ciclópea columna levantaba gruesos cables negros hacia el cielo, salpicados por bancos de tres asientos que colgaban debajo y que se alejaban de mi ventana hasta desaparecer entre los nubarrones. Por el lado de Andy, los cables ascendían hasta una cabaña de metal corrugado. Gavin se detuvo para que Juliette pudiera bajarse del vehículo y echar un vistazo, creyendo que tal vez Lucy hubiera buscado allí refugio, pero regresó pronto, negando con la cabeza.

Gavin se puso en marcha de nuevo, siguiendo la ruta de los cables montaña abajo. Me pareció una buena idea; los pilares del telesilla se alzaban entre la vorágine como sombras amenazantes, y, si yo me hubiera visto atrapado allí arriba, también los habría seguido. Eso si asumíamos, claro, que Lucy estuviera tratando de llegar a alguna parte. Las sillas se mecían sobre nuestras cabezas con el viento, girándose hasta casi noventa grados. Me alegré de no estar montado en una. Gavin iba haciendo eslalon entre los pilares a medida que se acercaban, manipulando la palanca de cambios con un entusiasmo que podría haberle llegado a provocar codo de tenista. En la parte trasera, con las frentes congeladas apoyadas en el cristal, salíamos despedidos hacia delante con la pendiente de la colina y entornábamos los ojos hacia la ventisca. Y ni rastro de Lucy.

El terreno volvió a nivelarse y pasamos por otra cabaña de metal alimentada por los cables que descendían la montaña. Juliette salió corriendo de nuevo y regresó a la misma velocidad. Nuestra ración de esperanza, ya de por sí exigua, iba desapareciendo. Cuanto más avanzábamos, más improbable era que Lucy hubiera llegado tan lejos.

A los pocos minutos, vimos un conjunto de edificios aparecer ante nosotros; habíamos alcanzado el complejo turístico.

—Me cago en la leche —masculló Andy, dándole golpes al móvil—. Cacharro de los huevos.

—¿No tienes más cobertura aquí? —pregunté.

—Qué va, estoy sin batería. ¿Tú?

—Acuérdate de que el mío acabó en el fondo del lago.

El complejo SuperShred parecía más una base militar que un retiro de vacaciones, lleno de gigantescas casetas cuadradas en las que, por lo que pude deducir, habría montones de dormitorios que costarían una décima parte del precio de los bungalós de Sky Lodge y, como consecuencia, la ocupación sería diez veces superior. El lugar estaba desierto, con ese ambiente inquietante de los parques de atracciones abandonados. (Supuse que la gente estaría resguardada en los edificios; el tiempo era virulento pero no apocalíptico, así que, a menos que tuvieran cadáveres de los que encargarse, no había razón alguna para marcharse.) Casi sentía el fantasma de las actividades pasadas al oír el revoloteo de las banderas triangulares fluorescentes que habían colocado para guiar a las multitudes, los caminos hollados cuya nieve, a pesar de que hubiera estado cayendo con fuerza, seguía comprimida por las pisadas de las botas. Las señales que rezaban ALQUILER o COMIDA y que solo transmitían tristeza en aquel sitio desolado, la promesa de un lugar distinto. Avanzamos con nuestra bestia rugiente igual que si estuviéramos nadando en mitad de un naufragio. El silencio era sobrecogedor: un espacio vivo y muerto al mismo tiempo.

Era todo lo contrario a Sky Lodge, diseñado para emocionar en lugar de rejuvenecer. El dinero que les habían regateado a los dormitorios lo habían invertido en tiques para el telesilla y el alquiler del equipo. Los baños compartidos y la tiña entraban en el paquete, y estoy convencido de que se habrían atrevido a eliminar por completo las camas si la gente no hubiera necesitado algún lugar donde tumbarse entre las tres, cuando cerraba el bar, y las seis de la madrugada, cuando abría el telesilla.

Gavin se detuvo junto a un gigantesco mapa, donde bajo una fina capa de hielo se veían líneas de varios colores que descendían

por la montaña. La parte derecha del plano estaba totalmente congelada, salvo por una serie de lucecitas rojas que sabía que estaban junto a los nombres de los telesillas. Significaba: «Todos los telesillas están cerrados».

—Lo siento, gente. —Se asomó desde su asiento como el conductor de un autobús—. Os llevo de vuelta, pero ¿por qué no os tomáis algo caliente primero? Jules y yo tenemos que hablar de unas cosillas.

Abrió de par en par su puerta.

—¿En serio, Gav?

Juliette no se movió.

—Si está aquí, se habrá metido dentro —respondió Gavin—. Tu amigo puede echarle una ojeada a la lista de huéspedes, por si acaso, aunque ya te digo que no falta nadie.

—Puede servirnos —pensé en voz alta—. A lo mejor reconozco algún nombre que se te haya pasado por alto.

—Para mí un café. Irlandés, si es posible. Y un cargador de móvil. —Andy se levantó del banco de metal y se quedó de pie, encorvado, frotándose las lumbares—. Si no descanso un poco, ya os digo yo que acabo con hemorroides. —Se dio cuenta del gesto impaciente y ceñudo de Juliette—. ¿Qué? Puede que haya llegado hasta aquí.

Abrió la puerta trasera y saltó a la nieve con un ruido cercano a un crujido. Lo seguí, porque creí que no iba tan errado: por improbable que fuera que Lucy estuviera allí, podríamos preguntarles a los huéspedes. Era posible que alguien conociera al Botas Verdes. Por no mencionar que Marcelo se había pasado la noche allí arriba antes de que todo aquello comenzara. Juliette, resignándose a la visita, saltó del vehículo y siguió a Gavin hasta la caseta más grande, que parecía un hangar aéreo.

La tormenta no era menos agresiva en aquella ladera de la montaña. Oía los cables del telesilla gruñir ante los embates del viento. Coches convertidos en grandes nidos blancos de termitas delimitaban la carretera. Habían clavado esquís y tablas en bancos de nieve, probablemente con un cierto orden en su momento, pero ahora estaban torcidos o caídos como dientes podridos. También

habían dejado guantes colgados de bastones de esquí, una prueba de que muchos se habían retirado al interior con la esperanza de tirarse otra vez pronto por las pistas, pero ahora estaban totalmente congelados. Era como una versión de Chernóbil azotada por un alud.

—Qué canguelo, coño —susurró Andy a mi lado mientras nos aproximábamos al edificio, cuyo único signo de vida era un fulgor anaranjado que titilaba en una de las ventanas. Tenía las mejillas tan frías que se me erizaron al notar su cálido aliento—. Es como un barco fantasma. ¿Hay algún ser vivo en este complejo?

A medida que Gavin nos guiaba hacia allí, me pareció oír, desde las profundidades del complejo, el claxon ensordecedor de una sirena antiaérea o una alarma de incendios, así como una serie de golpes secos distantes, lo bastante potentes como para que vibrara el suelo que teníamos bajo los pies. Se me hizo un nudo en el estómago y comencé a diseccionar los hechos. Gavin claramente parecía más interesado en llevarnos hasta allí, o al menos a Juliette, que en encontrar a Lucy. Y a pesar de que Lucy hubiera desaparecido y estuviéramos preocupados, no estaba muerta. En este tipo de libro, no debes creer que alguien ha muerto hasta que aparece el cuerpo. Porque suele aparecer. Todos hemos leído *Y no quedó ninguno*.

Por otro lado, y por mucho que pudiera sospechar de Gavin, sería directamente injusto que introdujera al asesino pasada la mitad del libro. Knox me habría tirado de los pelos y descuartizado; esa es su primera regla. Y tu intuición debería decirte que todavía queda mucho por delante.

Sea como sea, deberíamos haber visto cientos de personas por el complejo: era temporada alta y aquel era el destino preferido por los amantes de la adrenalina más acérrimos, así que era improbable que pudieran asustarlos el viento o el hielo. ¿Dónde se habían metido?

Encontré la respuesta cuando Gavin abrió la puerta.

El rugir de la tormenta palidecía en comparación con el rugido que

nos recibió cuando cruzamos el umbral. Sonaba música electrónica a todo trapo, acompañada por destellos de colores cegadores y bajos que retumbaban en las paredes con golpes secos, graves y repetitivos. Focos rotatorios iluminaban cuerpos que se retorcían, con palos de luz colgados de cuellos y muñecas. Un tipo subido a una plataforma y rodeado de láseres verdes sacudía un brazo en el aire. Habían empujado hasta las paredes sillas y mesas, y lo que antes era un comedor se había convertido en una pista de baile. Nos habíamos metido de lleno en una *rave*.

Gavin se abrió paso entre la multitud y los demás tratamos de no despegarnos de él. Hacía días que no notaba tantísimo calor, y el aire estaba viciado por el sudor. La gente se daba un festín con las caras de las otras personas. Andy estaba extasiado, embelesado por la carne y las fantasías. Llevaban gafas de esquí con ropa interior, bañadores con chaquetas de nieve, toallas como capas, cascos, guantes y camisetas anudados alrededor de la cabeza. Una mujer se había puesto un *lei* hawaiano, un pasamontañas, un bikini y un enorme sombrero mexicano multicolor. Mi manopla no desentonaba.

Estuve a punto de que me decapitara una hilera de hombres sin camiseta bebiendo de un esquí horizontal con seis vasos de chupito clavados a la madera. La muchedumbre era mucho más densa en torno a la barra, donde habían tachado a toda prisa los precios de la carta y los habían rescrito, inflados a más no poder, con un rotulador negro grueso junto a un letrero de SOLO PAGO EN EFECTIVO. Gavin abrió otra puerta y nos la aguantó para que entráramos en un pasillo. Tuve que empujar a Andy para que diera los últimos pasos.

—Madre de Dios, Gav —suspiró Juliette, apoyándose con alivio contra la pared. El suelo seguía temblando con los bajos, pero al menos el aire era respirable—. Se les ha ido de las manos.

—¡Menuda locura! —Los ojos de Andy se le iluminaron con una juventud reprimida—. ¡Nos hemos equivocado de *resort*!

Me pareció una lástima que Aloysia no estuviera presente para reaccionar a ese comentario.

—Surgió de la nada. Un tipo dijo que se había traído el

equipo de DJ y me preguntó si podía montarlo; no habría sido la primera vez que habíamos tenido grupos y cosas por el estilo, así que le dije que sin problema. Me pareció que podía ser un buen plan hasta que amainara la tormenta. Pero a medida que el tiempo se iba de madre, la fiesta se descontrolaba aún más, y se ha acabado convirtiendo en una señora juerga. —Se encogió de hombros—. La gente se divierte. No le hacen daño a nadie.

—La ayuda ni siquiera puede llegar a Sky Lodge —lo advirtió Juliette—. Si hay algún problema, ¿quién va a venir a auxiliarte?

—Tú tienes dos muertos y una desaparecida, y ¿cuántas fiestas habías montado? —Gavin la miró por encima del hombro mientras nos guiaba por el pasillo—. Mira, no puedo impedirla. Ya no. Si les corto la luz, se pondrán a cantar a capela. Si quito la barra, me destrozarán y vaciarán las neveras. Cuando la tormenta amaine y puedan volver a salir, se irán yendo por su cuenta. No me queda otra que dejar que se cansen. —Soltó una risita—. Hostia, me sabe mal por la pareja mayor. Seguro que están arrepintiéndose de no haber reservado en la otra ladera de la montaña.

—Y seguro que los precios inflados de la barra no te hacen ningún mal.

—No querrás que me muera de inanición, ¿no? —replicó, y esbozó una sonrisa.

Fuimos avanzando por las entrañas del hotel. Tal como había previsto, era un lugar diametralmente opuesto a Sky Lodge: se parecía más a una residencia universitaria que a un hotel, con espacios abiertos como cocinas compartidas en lugar de bibliotecas, y televisores de pantalla plana donde podría haber habido chimeneas. Y abundante acero inoxidable. El despacho de Gavin no era mucho más sofisticado: tenía una mesa de billar con una cicatriz que atravesaba el fieltro y tapones de botella en el perímetro de roble, un escritorio alto adornado con un ordenador mucho más caro que el de Juliette y dos monitores, un tablón de corcho con un mapa en tamaño A3 de toda la montaña, Sky Lodge incluido, y varias imágenes meteorológicas y satelitales. Gavin rodeó el escritorio en dirección a lo que creí que sería una pequeña caja fuerte negra y que al final resultó ser una nevera. Sacó varias

cervezas Corona, colgándoselas entre los dedos, y nos las ofreció como si fuera Eduardo Manostijeras. Andy le cogió una sin pensarlo dos veces, pero yo negué con la cabeza.

—Tenemos prisa, Gavin.

Juliette rechazó el botellín. Andy, al darse cuenta de que los dos la habíamos declinado, sostuvo la botella con un gesto incómodo, sopesando si bebérsela sería un acto de traición.

Gavin levantó las manos en actitud de rendición.

—Que sí, ya lo sé.

Tocó varias teclas del ordenador y el monitor cobró vida. La pantalla tenía una gruesa capa de polvo encima. Hizo varios clics y nos dedicó un gesto a Andy y a mí para que nos acercáramos. Había abierto una hoja de cálculo de Excel. Por un momento, pensé que la tía Aloysia lo había invitado a la reunión, pero es algo que atribuyo al THCPT: trastorno por hoja de cálculo postraumática.

—Ahí tienes la lista de habitaciones —me dijo—. Y también tenéis internet. ¿Cinco minutos? —La pregunta iba dirigida a Juliette; quería llamarle la atención. Nos estaba ofreciendo el ordenador a Andy y a mí para tenernos entretenidos de la misma forma que le ofreces un videojuego a un crío—. Te prometo que valdrá la pena.

—Ya te he dicho que no es por el dinero. —Juliette se dirigió a la puerta y la abrió—. Vamos a hablar fuera.

Gavin esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Andy tiró la toalla y le dio un sorbo culpable a su cerveza.

Yo me volví hacia la pantalla del ordenador. La hoja de cálculo estaba, a diferencia del resto de SuperShred, bastante organizada. Había una pestaña etiquetada como «Lista de habitaciones» y otra como «Registro de habitaciones». Estaba deseoso de leerlas, pero la posibilidad de usar internet me resultaba demasiado tentadora, así que abrí el navegador.

Si Ronald Knox hubiera nacido cien años más tarde, estoy seguro de que su undécima regla habría sido prohibir las búsquedas en Google. Pero qué quieres que te diga: lleva tiempo muerto y yo estaba intentando no unirme a él. Cuanta más

información tuviera, mejor.

Entiendo que buscar noticias en Google no son los momentos de intenso drama que uno espera leer en un libro. Te ahorraré la escena de mí clicando y desplazándome por páginas mientras buscaba «el Lengua Negra» y «las víctimas del Lengua Negra», porque no soporto cuando reproducen noticias al pie de la letra en los libros. Y, oye, estamos en el siglo XXI y llevaba dos días sin internet, así que permíteme esa navegación extra. Esto es lo que encontré:

- Confirmé lo que ya sabía por Lucy y Sofía. Ceniza; asfixia; antigua tortura persa. Tal como Lucy me había dicho, la información era muy fácil de encontrar. Cualquiera podría haberlo imitado.
- De hecho, cuando empecé a escribir «el Len...», Google me lo autocompletó con «el Lengua Negra» a partir de su historial. Gavin también lo había buscado, lo que significaba que la voz había corrido más de lo que creía.
- Los asesinatos estaban, de hecho, muy distanciados; el primero había ocurrido hacía tres años (después de la muerte de Alan), y el segundo, dieciocho meses más tarde.
- Andy me pidió que le echara un vistazo al valor de las criptomonedas.
- Las primeras víctimas, Mark y Janine Williams, eran de Brisbane. Mark tenía sesenta y siete años, y Janine, setenta y uno. Se habían jubilado después de haber regentado una tienda de pescado frito en Brisbane durante treinta años. Habían escrito el artículo desde la perspectiva de «qué injusta es la vida»; se los describía como los pilares de su comunidad (hacían labores de voluntariado, eran miembros de la junta, habían acogido a incontables niños porque ellos no habían podido tenerlos) y, por tanto, sus muertes eran todavía más tristes. Un artículo incluía una foto del funeral y de la cola que salía de la puerta. Eran muy queridos. A lo que voy,

que no eran el típico material de miembro de una banda. La descripción que Sofía había hecho de sus muertes había sido muy precisa: los habían atado con bridas al volante del coche dentro de su propio garaje, mientras el asesino hacía circular la ceniza por el techo panorámico con un soplador de hojas.

- A la segunda víctima, Alison Humphreys, la encontraron todavía con vida en su piso de Sídney, en un lavabo cuya ventana alguien había sellado con cinta mientras le lanzaba ceniza a través del ventilador del techo. Había muerto tras pasar cinco días en el hospital donde Sofía trabajaba (comprobé que aquella información coincidía con la que ella había aportado en la cabaña de mantenimiento), después de que se decidiera retirarle la respiración artificial. La gente había relacionado su muerte con la de Mark y Janine, y de repente le había tocado a un redactor ponerle nombre a un asesino en serie. Y así fue como nació el Lengua Negra.
- Eché un vistazo rápido a mi Facebook.
- Según el LinkedIn de Alison (no hay nada más triste que la cuenta de LinkedIn póstuma de una persona: «empleada 2010-presente»), era una exinspectora que había pasado a ser «consultora». No queda claro sobre qué la consultaban.
- El precio de venta de Sky Lodge (recordaba el nombre de la inmobiliaria que había visto en los contratos) solo podía consultarse bajo demanda. TripAdvisor le daba al complejo una nota de 3,4, algo que, cadáveres aparte, me pareció un poco duro.
- Abrí la cuenta de Instagram de Lucy después de pensar que, si la noche anterior había subido hasta el tejado, la cobertura y las redes sociales le habrían resultado demasiado tentadoras como para resistirse. En efecto, había una publicación nueva: una captura de pantalla de un ingreso en su cuenta bancaria, de unos miles de

dólares, con el resto de la información emborronada. El texto rezaba así: «Es un trabajo duro, pero al final todo tiene sus frutos; escríbeme si quieres saber más sobre la independencia financiera. Desliza la imagen para ver lo que esta fantástica empresa me ha proporcionado #rutinadiaria #aprenderyganar #retiroempresarial #jefaza». Al deslizar la imagen aparecía una segunda foto (unas vistas hermosas de una montaña, tomada desde el tejado) y una tercera (una foto de todos juntos menos yo, que llegaba tarde, sentados a la mesa de la comida el primer día). No tenía ni fuerzas para burlarme de que estuviera fingiendo que aquella reunión familiar era un retiro empresarial; #repiteunamentirahastaqueseaverdad habría sido un *hashtag* mucho mejor. Me llevé una tremenda decepción al ver el deslumbrante cielo soleado que se alzaba por encima de la cresta de la montaña. Había publicado aquellas fotos la tarde previa a la tormenta. No me aportó nada nuevo.

Abrí la página de inicio de Sky Lodge en el segundo monitor e hice clic en la cámara meteorológica. Se veía poco más que una mancha blanca, pero Juliette y Gavin regresaron en ese momento, así que volví a centrar la atención en la hoja de cálculo de las habitaciones. Revisar los nombres de los huéspedes fue tan fútil como había previsto. No había más que nombres genéricos que se me mezclaban y, aunque hubiera habido alguno que pudiera haberme llamado la atención, lo más probable era que hubiera pasado de largo. Busqué, por probar, Williams, Humphreys, Holton y Clarke. Nada. Lo único que de verdad me sorprendió fue que había demasiados Dylan. Surfistas de nieve. Finalmente pasé a la pestaña de «Registro de habitaciones». Había una columna para los números de las habitaciones, otra para la cantidad de camas reservadas y una tercera titulada «Registro» con el correspondiente «Sí/No», en principio para verificar quién se había presentado e identificar posibles desapariciones. Examiné las columnas. No

había ningún «No», todos los huéspedes estaban localizados.

Juliette se encontraba ocupada analizando el mapa de la montaña que había colgado del tablón de corcho, pero la notaba impaciente, ansiosa por marcharse. A fin de cuentas, Lucy seguía desaparecida.

—¿Ha habido suerte? —me preguntó al fin, después de decidir que ya me había dado bastante tiempo. Se asomó por encima de mi hombro—. Yo tenía a un amigo metido en una de esas estafas. —Me di cuenta de que estaba mirando la cuenta de Instagram de Lucy en el otro monitor; la había dejado abierta en la captura de pantalla de su cuenta bancaria—. Es un timo. Le sugieren a la gente que manipulen las cuentas y las publiquen para que parezca que están ganando dinero. Y aunque el dinero sea real, nunca enseñan lo que se han gastado para conseguirlo. Suele ser siempre dinero propio que se les ha acabado devolviendo con pérdidas.

Erin me había contado que Michael había compartido con ella los problemas financieros de Lucy, y que por eso en parte habían hecho buenas migas. De todos modos, mi hermano había sacado 267.000 dólares de alguna parte. Puede que los dos estuvieran ocultándose mutuamente sus deudas.

Revisé una última vez la lista de habitaciones, con la esperanza de ver algo que pudiera darme una pista. Abundaban los Dylan. Volví a recordarme que aquel era el complejo de las fiestas, todo lo contrario a Sky Lodge. Era inútil buscar a una persona asociada a un crimen histórico ejecutado treinta y cinco años atrás: ninguna persona mayor de cuarenta años se atrevería a poner un pie en aquel *resort*. Sería como hacer un crucero para jubilados a Cancún.

Aunque...

—Gavin. —Empecé a desplazarme con rapidez por la hoja de cálculo—. Me has dicho que había una pareja mayor, ¿verdad?

—Sí. Se han encerrado en su habitación. Creo que se han equivocado de *resort*, porque, para ser sincero, he visto de todo, pero no son el tipo de clientela que solemos recibir. Les hemos ofrecido servicio de habitaciones, aunque no sea habitual, pero me

siento un poco mal, ¿sabes?

—Y seguro que dejan propina —añadió Juliette.

—Como os digo, no son el tipo de clientela que solemos recibir.

—¿Están en la habitación 1214? —le pregunté, saliendo ya del despacho—. ¿Puedes llevarme?

—Vaya, pues sí —resopló Gavin, intentando seguirme el ritmo tanto física como mentalmente. Juliette y Andy venían detrás de nosotros—. ¿Es que los conoces?

Dudaba que el nombre de la hoja de cálculo les hubiera dicho algo a los demás. Doce horas atrás, a mí tampoco me habría dicho nada. Pero las casualidades no existen, y estaba escrito en la hoja de cálculo, claro como el agua.

Llegamos a la puerta. Y pensar que todo había comenzado con una hoja de cálculo y que ahora sería otra la que desencadenaría su final.

Habitación 1214, McAuley.

—Aún no —dije, y llamé a la puerta.

Capítulo 34

Edgar y Siobhan McAuley no veían el momento de invitarme a entrar en cuanto me presenté como uno de los Cunningham. Eran mayores que mi madre, pero parecían más ágiles. Edgar tenía la nariz bulbosa de los bebedores de whisky y llevaba un polo verde lima metido dentro de unos pantalones marrones con cinturón. Siobhan era una mujer baja con un corte pixie gris platino y brazos delgados que me recordaron a las ramas del árbol pelado con el que me había cruzado de camino a la montaña. Iba envuelta en una bufanda Burberry. En efecto, no era el tipo de clientes que Gavin solía hospedar.

La habitación era estrecha: tenía unas literas a la izquierda y un perchero (no había espacio para un armario) a la derecha, junto a una silla solitaria, sin escritorio. Una maleta, colocada sobre un montón de libros entre la silla y la litera inferior, hacía las veces de mesa, y había naipes esparcidos por encima. Cerca de la entrada había un baño del tamaño de un armario. Aquel complejo estaba construido a semejanza de un crucero: la máxima ocupación posible en el menor espacio posible. La habitación olía como todo lo demás: a cerrado y a humedad. Hasta donde sabía, no había ceniza en el aire.

No sabían qué ofrecernos mientras nosotros nos acomodábamos, Edgar charlando sobre la tormenta y Siobhan armando alboroto con una tetera eléctrica y disculpándose porque solo tenían dos tazas y uno de nosotros tendría que quedarse sin nada. Andy, que seguía con la botella colgada entre los dedos, la levantó ligeramente para declinar su ofrecimiento. Juliette, Andy y yo nos sentamos como pudimos en la litera inferior, pero se hundía y las rodillas nos quedaron casi a la altura del pecho. Gavin se quedó en la puerta.

Edgar se sentó en la silla solitaria y se inclinó hacia nosotros con los codos en las rodillas.

—No teníamos claro que fuera a venir nadie con la tormenta y demás, así que no sabes lo mucho que agradecemos que hayáis subido hasta aquí. —Hablaban con una especie de acento británico que trataba de esquivar el australiano. Clase alta, y entrenados para aparentarlo—. No sabemos nada de Michael desde... Pensamos que quizá estaríais atrapados como nosotros, y por eso decidimos esperar. No solemos alojarnos en este tipo de lugares, obviamente, pero la verdad es que ha sido toda una aventura. ¿Verdad, cielo? —exclamó.

—Ay, sí, cariño.

Siobhan asomó la cabeza por el baño con las gafas empañadas del vapor de la tetera.

—Las habitaciones de Sky Lodge estaban todas reservadas, y yo ya estoy mayor para ir caminando por la nieve desde los bungalós, y bonitos son un rato. Michael pensó que lo mejor era que nos alojáramos aquí de todos modos, aunque hace muchísimo que no dormía en una litera. Pero, oye, ¿por qué no? Supongo que, con lo que estamos haciendo y con la que está cayendo, eso nos da todavía más sensación de aventura.

Me desconcertó que estuvieran esperando a Michael, y aún más su actitud. Creía que me encontraría con una pareja hostil, o incluso temerosa, pero no... ¿emocionada? Nadie más en aquella habitación conocía a los McAuley, así que dependía de mí que la conversación fluyera, pero no sabía por dónde empezar. Apenas si era capaz de procesar que el cadáver de su hija, muerta hacía tanto tiempo, estuviera al otro lado de la montaña.

—Bueno... —Edgar rompió el hielo por mí—. ¿La habéis encontrado?

Aquello me bastó para hacerme una idea bastante completa de lo que estaba pasando. Decidí seguirles el juego en la medida de lo posible para comprobar si mis suposiciones iban o no desencaminadas.

—Sí, la hemos encontrado —respondí, ignorando los ojos como platos de Andy. Debía de estar pensando: «¿A quién?»—:

Pero ha habido algunas complicaciones.

—Quiere más dinero otra vez —anunció Siobhan, saliendo del baño con dos tazas de té hirviendo. Pero no parecía desconcertada ni ofendida en absoluto, y nos ofreció con calma las tazas—. No pasa nada, cielo, ya pensamos que quizá Michael necesitaría más. Hemos traído un extra.

Le dio un empujón a la maleta convertida en mesa.

—¿Podrían...? —Vacilé, sin saber qué decirles. No parecía que supieran que Michael había muerto. De hecho, pensaban que yo actuaba en su nombre. Aunque bien podría haber sido una pantomima, y en ese caso lo mejor era que me guardara algunas cartas bajo la manga e intentara descubrir si mentían—. ¿Les importaría que les hiciera algunas preguntas antes de nada? —Los noté confusos, así que me apresuré a ofrecerles una explicación, esbozar una sonrisa lo más relajada y cálida posible y quitarle importancia al asunto—. Son cosas... de familia, no sé si me entienden. Mi hermano me pide ayuda, y me ha enviado hasta aquí arriba sin contarme demasiado. Solo quiero comprobar que el pago sea justo. No por su parte —añadí, señalando la maleta con la esperanza de que no creyeran que los estaba extorsionando—. Temas familiares, ¿saben? —Seguía sin notarlos convencidos, y no dejaban de intercambiarse miradas nerviosas, así que insistí—: Como les he dicho, la hemos encontrado.

Edgar parecía haber picado el anzuelo.

—¿Qué quieres saber?

Me la jugué.

—¿Cuánto le han dado hasta ahora?

—La mitad —respondió Edgar.

Quería empezar por preguntas cuyas respuestas creía haber deducido. Michael había sido sin duda el intermediario entre los McAuley y Alan Holton; hasta ahí había llegado. El dinero de la bolsa debía de ser de los McAuley, y eso explicaba por qué nadie, ni Lucy, ni Marcelo ni la policía, lo había echado de menos de las cuentas de Michael. También sospechaba que Michael quería venderles a los McAuley algo que no tenía: pretendía usar el anticipo para pagar a Alan, conseguir lo que necesitaba venderles y

luego recoger la segunda mitad del pago como beneficio. Pero había acabado en la cárcel después de la compra, así que hasta ahora no había sido capaz de completar el trato. Por eso había traído los cuerpos a la montaña. Era un intercambio.

Seguía habiendo preguntas en el aire. Suponía que Alan había estado vendiendo el último mensaje de mi padre, pruebas incriminatorias sobre el secuestro y asesinato de Rebecca por las que mi padre había muerto al tratar de hacérselas llegar a su contacto, Alison Humphreys. Tenía sentido que los McAuley quisieran esa información y estuvieran dispuestos a pagar por ella una cifra considerable, pero el mensaje de mi padre no podía incluir la ubicación del cadáver de Rebecca, puesto que él había muerto antes de que enterraran a la niña.

—Bueno, pues ahí llevamos cuatrocientos mil —dijo Siobhan de improviso, señalando la maleta y ahorrándome que tuviera que pedirles que concretaran. Le dirigió a Edgar una sonrisa de disculpa; resultaba evidente que la negociación no era lo suyo, y que estaba impaciente por saber más sobre su hija—. Hemos añadido cien más. Por las fotos.

Las cifras cuadraban. Si los trescientos mil de la maleta eran la segunda mitad del pago, encajaba con lo que creía que había pedido Alan: la cifra inicial para el rescate de trescientos mil dólares. Pero había preguntas que seguían bulléndome en la cabeza: si Michael había recibido el dinero de los McAuley, ¿por qué no se lo había llevado todo a Alan? Si eran capaces de ofrecerle cien mil más por las fotos, no habrían tenido motivos para... Un momento... ¿Qué fotos?

—Un momento —dije—. ¿Qué fotos?

—Michael nos dijo... —balbució Siobhan.

—Lo siento. —Edgar se inclinó para acercarse la maleta y las cartas salieron disparadas. Posó una mano encima en actitud protectora, pero en los ojos le veía un atisbo de miedo. Sabía que, si queríamos, podíamos quitársela. Y su mujer nos acababa de decir cuánto dinero había dentro. No estaban acostumbrados a tratar con criminales. Ni con los Cunningham—. ¿Quién me habías dicho que eras?

Siobhan se enderezó para demostrar que no la estábamos intimidando.

—¿Quién es esta gente? ¿Dónde está Michael?

—Michael ha muerto.

La sorpresa los dejó sin palabras.

—Pero es cierto que encontró el cuerpo de su hija. Y les diré dónde está.

—Ay, gracias a Dios. —El alivio de Siobhan fue tan intenso que tuvo que agarrarse al perchero para no perder el equilibrio—. Lo siento, no quería...

—Tranquila. Pueden quedarse el dinero. —Noté el codazo de Andy mientras lo decía: «¿Tío, ya lo tienes claro?»—. Pero Michael está muerto por lo que encontró. Fuera lo que fuera que desenterrara..., hay alguien que está intentando volver a enterrarlo. Lo que les pido es que me ayuden a atar cabos. Porque todas las personas que saben demasiado sobre su hija parecen correr peligro, y eso me incluye a mí y a mi familia. Y ahora a ustedes, supongo.

—Dinos cómo podemos ayudarte —respondió Edgar.

Siobhan asintió detrás de él. Era evidente que no le preocupaba el riesgo; lo único que quería era conocer el paradero de su hija. Estaba desesperado por preguntarles por las fotografías, pero sabía que debía empezar por lo más lógico.

—¿Cómo conocieron a Michael?

—Fue él quien se puso en contacto con nosotros, de hecho —respondió Edgar—. Nos dijo que estaba desentrañando algo gordo, y, sinceramente, no era la primera vez que nos lo decían. Estuvimos años probando con diferentes detectives privados, más o menos ilegales, pero todos obtenían los mismos resultados: nada. También intentamos ofrecer recompensas y, créeme, el teléfono no paraba de sonarnos, así que reconozco a un estafador cuando lo veo.

—Pero hace veintiocho años que dejamos de hacerlo —añadió Siobhan. Me sorprendió que la cifra fuera tan concreta—. Ahora lo más habitual es que se pongan en contacto con nosotros para hacer una película, grabar un pódcast o escribir un libro.

Edgar le tomó el relevo a su mujer.

—Pero Michael era distinto. Lo calamos de inmediato. Nos habló del policía que estaba de servicio cuando debía efectuarse la entrega original del dinero, la que no salió bien. Un tipo llamado Alan Holton. Tu hermano nos dijo que ese policía sabía dónde estaba enterrada Rebecca, y no solo eso, sino que también tenía pruebas de quién la había matado.

—Fotografías... —susurré casi para mis adentros.

Marcelo creía que mi padre había sido testigo de un asesinato, pero en ese momento caí en la cuenta de que también lo había registrado. No me sorprendía que hubiera alguien tratando de ocultar esas imágenes.

—Del asesinato. Eso es lo que nos dijo, vaya. En teoría, iba a traérnoslas. ¿Las tienes?

—Retrocedamos un momento. ¿Alan Holton trabajó en el secuestro de su hija?

Siobhan asintió.

—Junto con unos cincuenta agentes de policía más. Y el inspector. No quiero sonar condescendiente, pero no fue un secuestro más.

Entendí a qué se refería. Los niños ricos salen en las noticias.

—¿Michael te ha enseñado las fotos? —repitió Edgar, molesto por haber ignorado su pregunta la primera vez.

—No. No las he visto. Pero creo que las tiene Michael, o las tenía, supongo. Mi hermano era una persona meticulosa. Las habría guardado a buen recaudo..., pero todavía no sé dónde. —Me volví hacia Siobhan—. ¿Por qué ahora? Si están dispuestos a poner setecientos mil dólares por esto, ¿por qué no pagaron los trescientos mil entonces? Podría haber sobrevivido.

—No quiere faltarles al respeto, pero vamos justos de tiempo —intervino Juliette, disculpándose.

—No pasa nada —dijo Edgar por encima de su mujer, frunciendo el ceño—. El tiempo te hace valorar las cosas de otra forma. Ahora es fácil ver que cometimos un error. En aquel entonces, confiamos en la inspectora cuando nos dijo que lo más recomendable era posponer el pago. Y..., bueno, en aquel momento nos pareció muchísimo dinero. Pero podríamos haberlo pagado.

Deberíamos haberlo pagado. Ahora seríamos capaces de darles lo que nos pidieran.

—¿La inspectora se llamaba Alison Humphreys?

Edgar y Siobhan asintieron al unísono. Andy hizo ademán de darle un sorbo sutil a la cerveza, pero no llegó a la boca y se la tiró encima. Se puso rojo de la vergüenza.

—¿Por qué no les vendió Alan la información directamente?

—No sabíamos que Michael tuviera relaciones con Alan. Simplemente nos dijo que Alan había metido la pata desde dentro. Estábamos comprando la información que Michael nos ofrecía.

—No le pagamos para que matara a Alan, si es a eso a lo que te refieres —apuntó Siobhan—. Lo leímos en las noticias. Nosotros no somos así.

—Supusimos que serían socios o algo por el estilo —explicó Edgar—. Alan sabía que éramos vulnerables, y le proporcionó a Michael la información suficiente sobre nuestra hija como para apelar a nuestra fragilidad, y funcionó. Pero riñeron por el dinero, un clásico. Creíamos que nuestra inversión inicial probablemente se había ido al traste.

La palabra «inversión» había sido una opción inusual, pero Edgar llevaba un polo verde estando en la nieve, así que supongo que encajaba.

—Hasta que Michael nos escribió desde la prisión —prosiguió Siobhan—. Nos dijo que tenía las fotografías y que cuando subiera a la montaña también tendría el cuerpo. Y por eso estamos aquí.

—Cumpliendo nuestra parte del trato —añadió Edgar con una gravedad en la voz que no dejaba lugar a dudas de que esperaba que yo lo respetara.

Debo reconocerle a Michael que era dinero fácil. El único problema fue presentarse ante Alan con treinta y tres mil dólares menos de lo previsto. Me había contado que por eso Alan había desenfundado el arma. Creía poder entender esa parte, y no implicaba a los McAuley. Me guardé el pensamiento para reflexionar sobre él más tarde y me concentré en el resto de los actores.

La inspectora Humphreys, por su parte, había dirigido una

operación que provocó la muerte de Rebecca, un caso muy notorio. Debía de haberse agarrado a un clavo ardiendo para conservar su empleo, y por eso había presionado tanto a Robert Cunningham, incumpliendo el acuerdo inicial y formulando, en palabras de Marcelo, dos preguntas por cada respuesta. Alison estaba desesperada por descubrir qué agente había traicionado a su equipo. La respuesta era Alan Holton y su compañero Brian Clarke. Mi padre lo había destapado por las malas. Puede que Alison hubiera reabierto el caso dieciocho meses atrás. Y ¿si esa era la razón de que la hubieran atacado?

Seguía habiendo muchas lagunas en mi teoría —Alan y Brian estaban muertos, así que no podían ser ellos quienes estuvieran matando para ocultar las fotografías—, pero algo estaba saliendo a la luz, como la columna del telesilla que atraviesa la niebla.

—Michael fue la segunda muerte en Sky Lodge —dije, regresando de mis pensamientos solo para ver a Edgar y Siobhan contemplándome expectantes—. Puede que, si están relacionadas, reconozcan a la primera víctima. Puede que fuera alguien que también participó en las negociaciones del secuestro. Juliette, ¿te importaría enseñarles la foto?

—No la tengo —se disculpó Juliette—. Yo ni siquiera la he visto; después de comprobar el inventario de huéspedes, no vi necesidad alguna, no faltaban ni miembros del equipo ni clientes. Crawford solo se la mostraba a los huéspedes que pudieran causar menos alboroto. Yo, por lo visto, no estaba en esa lista.

Me volví hacia los McAuley.

—¿Ha venido alguien más con ustedes? ¿Algún amigo? ¿Un guardaespaldas?

—Hemos venido solos —respondió Edgar.

—Mira, hasta aquí hemos llegado. ¡¿Dónde está nuestra hija?! —Siobhan lo soltó todo en un único quejido, incapaz de esperar más a que yo respondiera—. Llévatelo. ¡Cógelo! —Me plantó la maleta encima, pero yo la empujé con demasiada fuerza e hice que la mujer se tambaleara hacia atrás. No llegó a caerse (la habitación era demasiado pequeña), pero rebotó ligeramente contra la pared y se quedó con la maleta apretada contra el pecho, exhausta—. No

sabemos nada más, te lo prometo. Lo único que queremos es que descanse. Aunque no lleguemos a encontrar al culpable, solo queremos darle un entierro digno. Por favor.

—La enterraron en el ataúd de un policía; así es como la ocultaron. Debieron de untar al forense. —Sabía que oír aquello no debía de resultarles agradable, de modo que dejé que lo encajaran para así tener tiempo de reunir el coraje necesario y confesarles las malas noticias—. Por desgracia, el ataúd está ahora mismo en el fondo del lago de Sky Lodge.

Siobhan dejó escapar un grito ahogado y los ojos se le anegaron de lágrimas.

—Podemos contratar submarinistas, cielo —la consoló Edgar.

—Me parece bastante macabro lo de comprar el cadáver de su hija —soltó Juliette de improviso.

—A mí lo que me parece macabro es venderlo —replicó Edgar.

Les hice un gesto a Andy y Juliette para que se levantaran. Los tres saltamos de la litera. Edgar y Siobhan se habían fundido en un abrazo. Lo último que quería era interrumpirlos, y después del comentario de Juliette probablemente quisieran perdernos de vista, pero necesitaba saber una cosa más.

—Siento que tengan que pasar por esto, pero debo hacerles otra pregunta. ¿Es posible que les visitara mi padrastro hace dos noches? Es un hombre sudamericano de complexión fuerte. Se llama Marcelo.

—No. —Edgar negó con la cabeza—. Pero sí nos visitó una tal Audrey.

Capítulo 35

Andy se adueñó del asiento del copiloto cuando emprendimos el camino de vuelta por la cresta de la montaña. Juliette se sentó delante de mí en la parte trasera, como si nos hubieran arrestado. Gavin le estaba apretando con ganas, hasta el punto de que nos castañeteaban los dientes. Ninguno se molestó en mirar por las ventanas.

—O sea, que tu madre sabe más de lo que dice —aventuró Juliette.

Antes de que nos marcháramos, le había pedido a Gavin que comprobara las cámaras de seguridad por si aparecía algo en las grabaciones. Su respuesta había sido: «Colega, en el bar solo aceptamos pagos en efectivo», como si eso explicara la falta de tecnología, y ahí lo habíamos dejado.

—No entiendo nada —respondí.

—Súmalo a la lista. —Se llevó un dedo a los labios—. Anoche me bajé tu libro. ¿Tu madre tiene una gemela?

¿Estaba intentando impresionarme? Décima regla: hay que preparar a conciencia al lector para introducir gemelos.

—Knox me mataría.

Juliette soltó una carcajada y apoyó la frente en la ventana, moviendo los ojos sin cesar hacia las nieves cegadoras. El aliento se le condensaba delante de la boca.

—Deberíamos marcharnos.

Supe leer entre líneas. Si a Lucy la había atrapado la tormenta, ya estaría muerta. En las películas de terror, los personajes mueren al separarse, pero así no es como muere la gente en las montañas: mueren buscándose los unos a los otros. Habíamos llegado al punto en que lo que debíamos hacer era salvarnos.

Me incliné hacia Juliette. No había ninguna necesidad de hablar en voz baja, el rugido del *oversnow* habría ahogado cualquier sonido a menos que le hubiera gritado deliberadamente al conductor, pero quería demostrarle físicamente que quería hablar con ella en secreto.

—¿Gavin quiere comprar Sky Lodge?

Juliette frunció el ceño.

—Y ¿tú cómo lo sabes?

—Vi el contrato de una inmobiliaria en tu escritorio, pero no estaba firmado. Gavin tiene un mapa de tu complejo en su tablón de corcho. Nadie lo está ocultando. Pero, si me perdonas las deducciones, creo que tienes, digamos, una visión empresarial distinta, a juzgar por el polvo de su carísimo ordenador y la cara que has puesto al atravesar la fiesta. Me parece a mí que él trabaja menos pero gana más. Y eso te saca de quicio, y de ahí que estés posponiendo la venta.

Había tentado a la suerte para fardar de deducciones. Puede que yo también estuviera intentando impresionarla.

—No quiere Sky Lodge —respondió—. Lo que quiere son los terrenos. Lo echará todo abajo solo para levantar otro SuperShred a este lado de la montaña. Y así controlaría los dos valles. Que suena ridículo cuando lo que se me ofrece son mill... Bueno, muchísimo dinero, pero es que no tiene encanto.

Volvió a echar la vista hacia el exterior. Las luces del albergue se hicieron visibles. Valoré lo que significaba para mí regresar a aquella casa de calendario navideño comparado con conducir entre el conjunto de hangares que componían SuperShred. Al final, no parecía tan ridículo.

Es evidente que ella estaba pensando lo mismo.

—Te conté que regresé después de que muriera mi familia y que acabé atrapada aquí. Es algo habitual en este tipo de vida, ¿sabes? La montaña te retiene, por así decirlo. Y el negocio iba viento en popa, pero luego tuvimos dos inviernos cálidos... La gente no para de decir que no serán los últimos que habrá. —Hizo una pausa—. No puedo permitirme poner esos cañones de nieve que tiene Gav. Por eso cuando me hizo una oferta, una buena

oferta, me alegré. Gav y yo tenemos nuestra historia. Los dos venimos de familias propietarias de *resorts*.

—¿El Whistler?

—El Whistler. —Sonrió cuando la asaltó el recuerdo—. Es un buen chaval, de verdad. Y me ofreció un salvavidas. —Me leyó los pensamientos y arqueó una ceja—. Quiere los terrenos, pero no está dispuesto a cualquier cosa por conseguirlos.

El dinero es, obviamente, un móvil demasiado habitual. No le había dado muchas vueltas a lo de Sofía porque cincuenta mil me había parecido una cifra por la que no merecía la pena matar, pero si aquellos terrenos valían millones...

—Total, que accedí —prosiguió—. Cuando aún pensaba que seguiría gestionando el hotel. Me emocionaba pensar que por fin sería libre de aquella... herencia, supongo. Pero cuando llegó el momento de firmar y descubrí que lo que quería era cargárselo todo, bueno, que por algo fue una herencia, ¿no? —El aliento le formó una columna de humo cuando suspiró—. No puedo darle la espalda así como así a la historia de ese edificio. Mi familia vive en esos muros.

Sopesé por qué Gavin parecía tan entusiasmado por llevarse a Juliette a su despacho. Por qué le había dicho que valdría la pena.

—¿Ha subido la oferta? ¿Justo ahora?

Ella asintió.

—Tiene un inversor nuevo.

—Hombre, seguro —dije—. ¿Te lo estás planteando?

—Después de lo de este finde...

Miró por la ventana y dejó que el silencio terminara la frase.

—Hostia puta —soltó Andy desde los asientos delanteros.

Estaba pasando el antebrazo por el vaho de la luna frontal. A través del círculo que había dejado, veía un borrón grande, que por el tamaño solo podía ser Marcelo, agitando los brazos por encima de la cabeza como si estuviera ayudando a aterrizar a un avión. Detrás de él brillaba una bengala roja, clavada en la nieve en uno de los laterales del edificio. Había más sombras a su alrededor. Una en cuclillas.

—Creo que la han encontrado.

Lucy debía de haberse pasado allí toda la noche, a juzgar por los metros de nieve que la cubrían. Solo se le veía la mano, pálida y fría, asomando por el montículo.

Nadie había tratado de desenterrarla. Había un pequeño orificio encima del torso, un agujero lo bastante grande como para echar un vistazo, meter la mano y comprobarle el pulso. Lo que demostraba por qué habían dejado de cavar tan rápido. Si hubiera habido alguna esperanza, el agujero habría sido mucho más grande.

El fulgor de la bengala teñía la nieve que nos rodeaba de rojo. Me asomé, vi fugazmente el rostro de Lucy y me aparté de inmediato. El pintalabios fluorescente le brillaba aún más contra el rostro ceniciento. Seguía llevando el mismo suéter de cuello alto amarillo que se había puesto el día anterior. Nada que hubiera podido protegerla del frío. Había una corona de hielo carmesí detrás y encima de su cabeza. Y, lo más importante, no tenía ceniza en la cara. Se me revolvió el estómago. ¿Le había dicho alguien que la Sala de Secado no estaba trancada?

—La he encontrado porque le he pisado la mano… —empezó a decir Aloysia. Rodeaban el cuerpo ella, Sofía y Crawford. Audrey estaba dentro, entrando en calor, y después de que Marcelo nos hubiera hecho señas para pararnos, se había ido a hacerle compañía. No tenía claro dónde se había metido Erin.

—Tapad el agujero —dijo Juliette.

Todo el mundo la miró con extrañeza; parecía algo tremendamente cruel dadas las circunstancias.

—Tenemos que irnos. No podemos llevarnos los cadáveres. Volveremos cuando la tormenta haya amainado. Por eso digo que hay que taparla, para protegerla de los animales. —Se agachó y empujó con el antebrazo un montón de nieve hacia la tumba improvisada de Lucy. Yo la ayudé con otro montón—. Gavin, ¿cuándo podremos irnos?

Era injusto pedirle que nos bajara a todos de la montaña, pero sabía que Gavin le debía a Juliette un par de favores si pretendía

que ella valorara su oferta por el hotel.

—Tengo que llenar el depósito. Y van a ser unos cuantos viajes —respondió.

—¿Me estás diciendo que...? —empezó Andy.

—Que todo el mundo haga las maletas. Nos vamos.

Agradecí la firmeza de Juliette. La búsqueda de Lucy había sido lo único que había impedido que nos marcháramos. No estábamos atrapados por la tormenta, como tantas veces ocurre en este tipo de novelas. De hecho, no estábamos atrapados en absoluto. Pero éramos prisioneros de nuestros propios egos, de nuestros remordimientos, de nuestra vergüenza y de nuestra tozudez. Había llegado el momento de tragárselo todo. Además, creo que ya va siendo hora de que haya un éxodo, teniendo en cuenta que faltan seis capítulos para el final.

Empujé otra brazada de nieve hacia el agujero. Con eso ya bastaría para resguardar a Lucy de los elementos. No se merecía lo que le había ocurrido. Había aceptado hacer aquel viaje solo para intentar ganarse de nuevo el amor de Michael. Quería ser una Cunningham. Por eso estaba allí. Divorciada o no, formaba parte de la familia, pero nadie la había tratado como tal. La ignoramos durante la primera mitad del fin de semana. Luego Audrey permitió que cargara con la responsabilidad por la muerte de Michael, con toda la culpa. Y nadie la había seguido hasta el tejado. Había muerto sola. Era familia. Es difícil llorar cuando las lágrimas se te congelan en el rostro.

La mano estirada de Lucy sobresalía del montículo de nieve, con la palma hacia el cielo, y caí en la cuenta de que aún llevaba puesta la alianza. No fui capaz de decidir si lo más respetuoso sería quitársela y guardarla o dejársela. Resolví que no quería forcejear con los dedos congelados, así que le cubrí la mano con otro montón de nieve. Acto seguido, me quité el gorro, resistiendo el frío que me abrasaba la cabeza, y robé un bastón de esquí abandonado y apoyado sobre uno de los laterales del albergue. Lo clavé encima del montículo, con el gorro encima, para poder encontrarla cuando la tormenta amainara.

—Volveremos a buscarte —le prometí al montículo.

Alguien me rodeó con un brazo, pero con el viento ni siquiera pude ver quién era. Todos entramos en el edificio. Sabía que debía ir a recoger la bolsa de dinero a mi bungaló antes de marcharnos, y debería haber estado pensando en cómo apartar a mi madre para poder preguntarle por los McAuley, pero en ese momento todo me daba igual: lo único que quería era irme. Necesitaba entrar en calor y encontrar un analgésico donde fuera. Al fin comprendí lo que significaba tener una adicción; habría ofrecido la bolsa de dinero entera a cambio de algo que me adormeciera la mente y la mano. Me tambaleé detrás de los demás camino del restaurante.

Erin, por lo visto, no se había movido del albergue, y había sustituido al equipo que Juliette había enviado a casa. Nos había preparado la comida. Acepté un cuenco de sopa de pollo y maíz con una gratitud desesperada, y me senté junto a Sofía en una mesa vacía. Alguien había ido a buscar a mi madre para convencerla de que teníamos que irnos. Antes de empezar a comer, acerqué la cara a la sopa y dejé que el vapor me descongelara hasta que noté que me ardía la punta de la nariz.

—No había ceniza —le dije a Sofía después de varias cucharadas, negando con la cabeza—. No ha sido como los demás.

Sofía torció el gesto, comprendiendo lo que le estaba preguntando a pesar de que no le hubiera formulado pregunta alguna. Y se limitó a explicar:

—Se habría roto muchos huesos.

Miró por las puertas del restaurante en dirección al vestíbulo, y vi como repasaba la escalera con los ojos. Me había equivocado con las sombrías sospechas de Juliette entre los traqueteos del *oversnow*. Andy había dicho: «¿Con este tiempo? ¡Sería un suicidio!». La foto del Botas Verdes que Sofía le había mostrado a Lucy era una representación fidedigna de lo que le había ocurrido a Michael, cuando Lucy ya estaba intentando procesar que había sido ella quien lo había encerrado en una habitación de la que no había podido salir. Y, sobre todo, Lucy se había largado del bar antes de que Audrey le hubiera exigido a Crawford los detalles. La última vez que alguien la había visto, Lucy estaba subiendo la escalera, corroída por la culpa. De camino a la azotea. Lo que

Juliette quería decir era que había que encontrarla antes de que pudiera hacerse daño en mitad de la tormenta. Pero a Lucy no le había hecho falta la tormenta. La azotea del albergue era lo bastante alta.

Sofía y yo dejamos que aquella lamentable revelación nos calara: nadie le había contado a Lucy que la sala de Michael no estaba cerrada. Que no había sido culpa suya.

El título de este libro es cierto: todos los miembros de mi familia han matado a alguien.

Lo que pasa es que no todos han matado a otras personas.

Capítulo 36

Deduzco que mi madre debió de ser un verdadero fastidio para más de un buldócer en los setenta, a juzgar por la minuciosidad con que se había encadenado al cabecero de su cama. Marcelo había bajado al restaurante, donde los demás nos habíamos pasado la última hora amontonando el equipaje en el centro de la sala (yo había vuelto a enfrentarme a la tormenta, y había podido embutir la bolsa de deporte en mi maleta con ruedas), y había negado con la cabeza. Aloysia y yo, después de ofrecernos voluntarios por ser los familiares más cercanos que le quedaban vivos, habíamos subido hasta la tercera planta para encontrar a Audrey recostada sobre los cojines y un brazo encadenado al cabecero de la cama. Sí, encadenada: le había quitado al lerdo de Crawford las esposas de la cintura. Parecía ser una protesta la mar de cómoda.

Hubo un acuerdo tácito de que Aloysia, al ser la menos odiada, tomaría la iniciativa. Alargó una mano.

—No seas ridícula, Audrey. ¿Dónde está la llave?

Mi madre se encogió de hombros.

—Si el chaval del camión de nieve no nos baja ahora, nos quedamos aquí. Nos estás poniendo a todos en peligro.

—Ya os podéis ir.

—Sabes que eso no es justo. No podemos dejarte aquí. Y ¿si la tormenta empeora? Tu familia corre peligro. Han muerto personas.

—Me parece a mí que el asesino va a bajar de la montaña con vosotros. No pienso dejar a Michael aquí para que se pudra.

—Volveremos a buscarlo cuando el trayecto sea seguro y el tiempo se haya estabilizado.

Marcelo deambulaba a nuestras espaldas; lo más seguro era que ya hubiera probado los mismos argumentos a los que estaba recurriendo Aloysia. Mi tía cada vez estaba más frustrada e iba

levantando la voz, dejando a un lado los argumentos racionales a favor de palabras como «egoísta», «difícil» y «burra» mientras tiraba del cabecero para ver si podía desmontarlo. En circunstancias normales, llamar a mi madre «cabrona» habría provocado un cataclismo, pero en ese momento Audrey se limitó a girar la cabeza. Por la mueca que esbozó Marcelo, él también había puesto a prueba aquella estrategia.

—Necesito un destornillador o... —entornó los ojos para ver de cerca la estructura—, una llave Allen —le dijo Aloysia a Marcelo, dándole la espalda al cabecero, asqueada—. Cuatrocientos dólares por noche y esto es de IKEA. —Y una amenaza para Audrey—: Vamos a sacarte de aquí como me llamo Aloysia.

Marcelo, contento de poder escaquearse, se fue a buscar las herramientas.

—Mi hijo ha muerto —dijo Audrey como toda respuesta—. No pienso dejarlo aquí.

Que repitiera lo mismo que había dicho en el bar, después de que Sofía y Crawford le explicaran los detalles del asesinato, me hizo perder los papeles. Yo había suplicado que se me considerara un Cunningham de verdad desde que habíamos llegado. Me preocupaba más eso que lo del Botas Verdes, que Michael incluso. Encontrar al asesino no era para mí una cuestión de justicia, sino la oportunidad de demostrar mi valía, un llamamiento servil a que mi madre viera que merecía llevar el apellido. Pero a ella, en su repetido dolor por la muerte de Michael, ni siquiera se le había pasado por la cabeza que fuera había una mujer muerta en la nieve y que también formaba parte de la familia. Más allá de apellidos o papeles de divorcio, Marcelo había sabido reconocerlo: «O todos o ninguno». Mi madre, a pesar de su insistencia, no sabía lo que significaba la familia.

—¿Tu hijo? —grité, algo que no se esperaban ni Audrey ni Aloysia. Marcelo me diría más tarde que me había oído desde el otro extremo del pasillo. Estaba mucho más enfadado de lo que creía—. ¿Tu hijo? Y ¿qué pasa con mi hermana? ¡Con tu hija! «Político» no es más que una palabra. ¿Sabes que Lucy está

hundida en la nieve? ¿Sabes que ha muerto por lo que le hiciste sentir? ¿Por cargarla con la culpa por la muerte de Michael? Está igual de muerta que él, y tú solo piensas en tu hijo.

—Ern.

Aloysia intentó interponerse entre nosotros, pero yo caminaba hacia mi madre hecho una furia. Audrey, por su parte, ni se inmutó.

—No, Aloysia. Demasiado hemos aguantado. —Me volví hacia mi madre—. Has antepuesto tu dolor al de todos los demás. Nos has criado bajo ese dolor porque *tu* marido murió. Me dejaste de lado por lo que le hice a *tu* familia. Bueno, pues también es mi familia. —Me relajé, porque, a pesar de la ira, había llegado a entenderla mejor. Me senté en la cama—. Sé lo duro que es. Cuando perdiste a papá, tuviste que encargarte tú de todo. Y sé que empezaste a definirte por tu apellido, por lo que la gente opinaba de papá, y sé que la única forma de gestionarlo era cerrarte en ti, adueñarte del apellido. Pero, al hacerlo, empezaste a cumplir las expectativas de la etiqueta que te habían puesto. Cunningham no significa lo que tú crees. Sé... —Me sorprendí a mí mismo al cogerle la mano; ella no lo impidió, pero la dejó inerte—. Sé lo que estaba intentando hacer papá cuando murió.

Mi madre tenía los ojos vidriosos pero la mandíbula firme. Era difícil distinguir si se sentía amenazada o si me entendía. Le sostuve la mirada, negándome a ser el primero que rompiera el contacto visual.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sé lo de Rebecca McAuley. Sé que papá tenía fotografías que implicaban al culpable de su secuestro, y probablemente de su asesinato. Sé que Alan Holton era un policía corrupto. Y sé por qué te dolió tantísimo que me pusiera de parte de la ley en el juicio de Michael. He tardado mucho tiempo en verlo a través de tus ojos, pero por fin soy capaz. Sé que hace dos noches fuiste a visitar a los padres de Rebecca, cuando cancelaste la cena porque, en teoría, estabas enferma. Les dijiste que se fueran a casa. —Le recité todo lo que los McAuley me habían contado del momento en que mi madre se había presentado en su puerta dos noches atrás—. Los

amenazaste, Audrey. Les preguntaste si tenían más hijos, y si esos hijos les habían dado nietos. Esa pareja perdió a una hija. ¿Cómo te atreves a usar lo que le ocurrió a Rebecca para amenazarlos? Cómo, ¿eh?

—No los amenacé —respondió Audrey con voz queda—. Les expliqué cuáles eran los riesgos.

—Ya conocen los riesgos. Perdieron a una hija. —Cogí aire antes de lanzarle algo que creía haber descubierto—. Igual que tú perdiste a Jeremy.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —me espetó entre dientes.

—Siobhan McAuley me dijo algo que me hizo pensar —proseguí—. Que llevaban veintiocho años sin contratar detectives privados. Me pareció una cifra demasiado concreta. A Rebecca la secuestraron hace treinta y cinco años, lo que da una diferencia de siete años. Los mismos que esperaste para organizar el funeral de Jeremy. Siete años. Las casualidades no existen; la cifra es la misma por una razón. Es el tiempo que se tarda en declarar a una persona legalmente muerta, ¿verdad?

—¿Se puede saber qué estás diciendo, Ern? —me preguntó Aloysia por encima del hombro.

Audrey me miraba fijamente y le temblaba la mandíbula, pero se quedó callada.

—A ti también se te escapó algo cuando hablamos en la biblioteca. —Ignoré a Aloysia y le sostuve la mirada a mi madre—. Me dijiste que nuestra familia debía pagar el precio por las acciones de papá. Pero también me dijiste que nos había dejado sin armas con que defendernos. Tus palabras exactas fueron «No había nada en el banco». Pensaba que hablabas de dinero, pero nada más lejos de la realidad, ¿me equivoco? Sabías lo de las fotografías, esa era el arma a la que te referías. Si los Sables, o quienquiera a quien estuvieran protegiendo los Sables, no se las arrebataron a papá la noche que murió, tiene sentido que pudiesen pensar que estuvieran en tu poder. Que pudieran fijarse en el banco en el que trabajabas, donde probablemente papá tuviera una caja fuerte.

—No lo entiendes. Harían lo que fuera por que esto no saliera

a la luz. Las fotografías de Robert... No las ha encontrado nadie. Ojalá hubieran dado con lo que buscaban, con algún sobre amarillo con las palabras «En caso de que muera, enviad esto a la prensa», alguna pista. Lo que fuera. Quería que las encontraran. Te lo prometo. Busqué esas puñeteras fotos por todas partes.

—Pero los Sables no salieron del banco con las manos vacías, ¿verdad? Puede que no encontraran las fotografías, pero al huir por el aparcamiento de la azotea creo que se toparon con la segunda mejor opción sentada en un coche. Decidieron que era la única forma de asegurarse de que tú no tenías las fotografías. Algo con lo que negociar. Una garantía de que, si tenías las fotos, se las darías sin pensarlo dos veces. Y todos sabemos que no les dolían prendas si tenían que secuestrar a un crío; Rebecca era prueba de ello. Siete años, Audrey.

Mi madre dejó caer la cabeza. Había tirado la toalla.

—Se llevaron a Jeremy del coche —susurró. Oí a Aloysia soltar un grito ahogado a mis espaldas. Dejé que el silencio se prolongara hasta que mi madre se sintiera preparada para continuar. Le hablaba a su regazo—. Alan era el mensajero. Solo querían las fotografías, me dijo, nada de dinero. Y no podía denunciarlo a la policía, porque la tal Humphreys ya había conseguido que mataran a Robert y a Rebecca, ¿sabes? Y era evidente que Alan estaba jugando a dos bandas, vete a saber si era el único. Debía protegeros a ti y a Michael.

—Pero tuvo que haber una investigación, ¿no? —pregunté con delicadeza, con miedo a que a la mínima que alzase la voz pudiera romper el trance de confesiones de mi madre. Estábamos todos inmóviles. Aloysia había dejado de buscar las llaves de las esposas.

—Obviamente. Lo trataron como una desaparición más. No sé si estaban metidos en el ajo, la verdad, pero era como si Jeremy hubiera salido del coche a pedir ayuda para ti y para Michael. Tuve que seguirles la corriente. Me corté la frente con el vidrio, pero la ventanilla ya estaba rota. Un crío de cinco años no podía haber llegado demasiado lejos, decían. Y luego, a medida que pasaban los días, sabía que sus teorías habían dejado atrás el «no

ha podido llegar lejos» a favor de «no puede haber sobrevivido demasiado», y que estaban llevando a cabo una búsqueda que no era más que un callejón sin salida. Mientras tanto, Alan no dejaba de pedirme las fotografías, y yo le decía que ni las tenía ni era capaz de encontrarlas. Y él me decía que me creía... —Levantó la cabeza y vi que tenía los ojos enrojecidos—. Me decía que me creía, pero que solo había una forma de asegurarse de que no me estaba quedando con las fotos. Tenían que asegurarse...

No terminó la frase, pero tampoco hacía falta. La única forma que tenían de asegurarse de que Audrey no estaba ocultando las fotos era cumplir con la amenaza, y dejar que pendiera sobre las vidas de los dos hijos que le quedaban. Se me revolvió el estómago al pensar que Jeremy pudiera estar enterrado en el ataúd de otro policía. También caí en la cuenta de que, de hecho, no tenía claro que el cuerpecito que había visto fuera el de Rebecca.

—Mi intención nunca fue tomar partido por nadie, mamá. —Recordé que me había dicho que estaba cometiendo los mismos errores que mi padre, y en ese momento ya la entendía un poco mejor. Noté que apretaba con fuerza la mano, que hasta entonces solo había descansado sobre la mía—. Intentaba hacer lo correcto. Pero una cosa es hacer lo correcto y otra hacer lo que es correcto para nosotros. No sabía que habías tenido que pagar un precio tan alto.

Es normal que los héroes jueguen a policías y ladrones en las novelas y en la tele, pero en la vida real son los personajes secundarios, los Cunningham, quienes reciben los golpes, quienes soportan el dolor, para que otras personas puedan levantar los brazos tras la victoria. Mi padre había intentado hacer «lo correcto». Y le había costado la vida. No le había costado nada al matrimonio rico que lloraba a su hija secuestrada. Ni tampoco a la inspectora que había presionado a su informante con un posible ascenso en la mente. Y por eso, para Audrey, ya no existía lo correcto o lo incorrecto. Existía la familia y, luego, todo lo demás. Puede que, al fin y al cabo, sí supiera lo que significaba. Le devolví el apretón.

—¿Marcelo lo sabe? —pregunté.

—Se enteró más tarde.

—A mí nunca me lo contaste —le recriminó Aloysia. Era difícil saber si la ofendía que la hubiera dejado al margen o si intentaba defenderse de un posible interrogatorio.

—Apenas recuerdo nada de aquella mañana.

Seguía con la atención puesta en Audrey.

—Erais muy pequeños. Algo había ahí, algún recuerdo entremezclado, pero hacíais caso de lo que yo os contaba. Y lo que le conté a todo el mundo, incluida tú, Aloysia, fue que Jeremy murió en el coche, porque era lo más sencillo, y porque me preocupaba que, si se hacían demasiadas preguntas, Alan pudiera volver a por ti o a por Michael. Os seré sincera: me daba igual que me culparan. Por irónico que parezca, si los Sables no hubieran roto la ventanilla para llevarse a Jeremy, habríais muerto los tres. Así que casi sentía que me lo tenía bien merecido.

—Y luego, siete años más tarde, Marcelo te ayudó a gestionar en secreto la parte legal. Cuando organizasteis el funeral. Compartiste con él tus secretos, ¿verdad?

—Sí. Dispuso todo lo necesario, me ayudó a cerrar el testamento de Robert, ese tipo de cosas. Sospecho que debo contarte algunas cosas más. Pero no aquí. No puedo pensar con claridad. Vámonos de esta montaña. Las llaves están en la Biblia.

Aloysia rebuscó en la mesilla de noche hasta dar con la Biblia y hojeó las páginas hasta que cayó una llavecita plateada. Liberó a mi madre del cabecero y la ayudó a levantarse de la cama, antes de que Audrey la espantara e hiciera ademán de recurrir a mi asistencia. Me acerqué y le ofrecí mi hombro para que se apoyara, y noté su peso empujándome hacia abajo.

—Solo quería advertir a los McAuley —dijo—. Esa gente no tiene reparos en matar niños. Da igual si lo que quieren es que les pagues o extorsionarte. Siento que se lo tomaran como una amenaza.

No respondí, sino que me limité a darle un abrazo que esperaba que le transmitiera que lo comprendía. Me alegraba de que nos fuésemos y de que, cuando por fin estuviéramos lejos de la montaña, las heridas pudieran empezar a cicatrizar. Muertes

aparte, la reunión había sido todo un éxito al fin y al cabo.

Por muy iluminador que hubiera sido oír la versión de Audrey de aquella historia, yo seguía atormentado por preguntas que me quitaban el sueño.

Si Rebecca McAuley no había sido la única víctima de los Sables, ¿cómo podía estar seguro de que el cadáver del ataúd era el suyo? Y ¿cómo narices había conseguido Alan Holton hacerse con algo que mi madre no había sido capaz de encontrar para él treinta y cinco años atrás?

Le dije a Aloysia que ya nos veríamos abajo cuando acabara de ayudar a Audrey a hacer las maletas y salí en busca de Marcelo, preparándome las preguntas. Me distraje al pasar por delante de la biblioteca de la primera planta. El fuego seguía silbando en el hogar de la parte trasera de la estancia, y la calidez me abrigó las mejillas e hizo que se formaran gotas de sudor en la frente. O puede que fuera el calor que me subía desde el estómago y me reptaba por el cuello. Porque la intuición me decía que habían empezado a encajar algunas piezas del misterio, pero todavía no formaban una imagen completa. Revisé las estanterías de novelas de misterio de la edad de oro. Audrey había dejado la de Mary Westmacott donde no tocaba, escondida bajo un nombre distinto en la W, así que la devolví a la C. Pasé el pulgar por los lomos, tal vez buscando la inspiración para un gran desenlace. Knox no tenía ninguna regla que lo impidiera, pero en todos los libros que tenía frente a mí se intuía que el detective no decidía tirar la toalla y bajar de la montaña al final de la historia.

Pero aquellos detectives eran mucho más inteligentes que yo. Yo no contaba con un autor que moviera los hilos, ni me habían otorgado don alguno. No cumpliría los requisitos del Detection Club. Recuerdo que la única certeza que tenía era que se me estaba escapando algo. Un detalle. Que en esos libros siempre hay una cosa que desbloquea todo lo demás, y que suele ser lo más insignificante que te puedas imaginar. Había algo que estaba pasando por alto. Tal vez necesitara la ayuda de una buena lente

de aumento holmesiana, de las de toda la vida. O una lupa.

Y fue entonces cuando lo resolví.

En este tipo de libros, suele aparecer alguna ilustración metafórica impresionante del momento de la deducción. El detective está sentado, pensando, y puede que el puzle mental vaya completándose poco a poco, o que se vean fuegos artificiales, o fichas de dominó; puede que camine a tientas por un pasillo oscuro y dé al fin con la palanca. Sea como sea, la información colisiona en una fascinante cascada de descubrimientos que conducen al momento del eureka. Te prometo que, en la vida real, no es tan alucinante. Hubo un instante en que no tenía la respuesta y, un segundo más tarde, la descubrí. Comprobé mis sospechas acercándome a la repisa de la chimenea, y estaba en lo cierto.

Para tener a Ronald Knox contento, dado que todas las pistas que aparezcan deben mostrarse al lector, aquí tienes las que yo utilicé para resolver el misterio: Mary Westmacott; cincuenta mil dólares; mi mandíbula; mi mano; las cámaras meteorológicas de Sky Lodge; la demanda por mala praxis de Sofía; un código postal de Brisbane; Lucy apuntándose a la cabeza con un arma imaginaria; un ataúd con dos ocupantes; vómito; una multa por exceso de velocidad; un freno de mano; una lupa; fisioterapia; una agresión sin resolver; un marido caballeroso y aterido de frío; «la jefa»; una chaqueta; huellas; la espera nerviosa de Lucy; una estafa piramidal; pies doloridos; el teléfono de mi bungaló; los sueños en los que me asfixio; el reciente pacifismo de Michael; y la F-287: una paloma muerta con una medalla al valor.

Aloysia anunció su llegada con los múltiples golpes que le propinó a su maleta al bajar por la escalera. Me vio y se detuvo, acompañada de la maleta y de mi madre, bien para pedirme que le echara una mano o para decirme que dejara de holgazanear, pero no llegué a descubrirlo porque la interrumpí antes de que pudiera hablar.

—¿Podrías reunir a los demás? —le pregunté—. Voy a contarles una cosa. Y necesito a todo el mundo, porque aún tengo algunas preguntas. Y así nadie podrá escapar.

Aloysia asintió, captando mi tono.

—¿Dónde?

Miré hacia las estanterías que me rodeaban, al fuego crepitante y a los lujosos sillones de cuero rojo.

—Si conseguimos salir de aquí lo bastante vivos como para vender nuestra historia, creo que a Hollywood no le haría ni pizca de gracia que no aprovecháramos la biblioteca, ¿no te parece?

Capítulo 37

Marcelo y Audrey tomaron asiento en los sillones de cuero, como la realeza en los tronos. Crawford y Juliette se quedaron de pie en la parte de atrás, uno a cada lado de la chimenea; después de un fin de semana expuestos a los asuntos de la familia Cunningham, habían aprendido el significado de la expresión «distancia prudencial». Aloysia también se quedó de pie, con un brazo apoyado en el respaldo de la silla de Audrey. Andy se sentó en una mesa auxiliar, aunque no parecía fiarse demasiado de su resistencia, puesto que tenía las rodillas levantadas y aguantaba la mayor parte de su peso en la punta de los pies. Sofía se sentó en el suelo. Parecía otro retablo viviente de una boda, similar al del día anterior por la mañana en la escalera del albergue, con la diferencia de que por la noche, cuando la fiesta se ha disuelto, todo el mundo tiene la nariz roja por el alcohol, la ropa un poco ajada y las manos destrozadas y embutidas en manoplas de cocina. Gavin estaba excusado, ya que era inocente en virtud de la primera regla, y estaba cargando nuestras maletas en el *oversnow*. Me aseguré de bloquear la puerta, porque el asesino siempre trata de echar a correr hacia ella cuando se desvela su identidad.

La adrenalina del descubrimiento se había disipado hasta cierto punto, y ahora me tocaba decidir cuál era la mejor forma de presentar mis acusaciones para que tuvieran un sentido lógico. Era difícil saber por dónde empezar: había muchas personas que habían matado a alguien, pero solo un asesino.

—Y ¿bien?

Marcelo fue el primero en hablar, con una impaciencia que delataba su curiosidad. Le había tocado pagar el pato. Empezaría con él.

—Ya va siendo hora de que nos dejemos de rodeos y

aceptemos por qué estamos aquí —dije.

Me saqué el GPS del bolsillo y se lo lancé a Marcelo. Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que era. Sabía que estaba a punto de preguntarme de dónde lo había sacado, pero luego recordó el momento en que nos encontramos en la nieve, cuando me entregó el dispositivo delante de la ventanilla rota.

—Eres el nuevo inversor de Gavin para comprar este complejo. Obviamente eres tú; eres el único con el dinero suficiente, y ¿cómo si no iba a convencerte Aloysia de que vinieras a pasar aquí el fin de semana? El frío te repugna más que a Sofía; no has parado de quejarte todo el tiempo. Por eso, en parte, te picaste tanto cuando Aloysia nos metió a todos en los bungalós: sabías que Gavin quería echar abajo el albergue, pero querías ver cómo eran las habitaciones para comprobar si valdría la pena conservarlas.

—Estoy aprovechando el viaje para gestionar una relación comercial, lo admito. Vi que esto estaba a la venta cuando Aloysia hizo la reserva. ¿Tanto importa?

Marcelo se defendió con uñas y dientes, acostumbrado como estaba a ser el acusador y no el acusado. Tenía una postura firme y el pecho henchido por la indignación.

—No. Pero tu primera mentira fue decir que Audrey no se encontraba bien para bajar a cenar hace dos noches —respondí—. ¿No te pareció extraño que te pidiera que mintieras por ella y luego quisiera acompañarte a tu reunión con Gavin?

En ese momento, yo ya sabía que la razón era que Audrey quería tener una coartada que ofrecerle a Michael después de, con suerte, haber convencido a los McAuley de que se marcharan. Marcelo corroboraría lo de que no se encontraba bien, y ella podría eludir la cena. Vi la duda en los ojos de Marcelo cuando se volvió hacia su mujer.

Finalmente, se aclaró la garganta y dijo:

—No he matado a nadie.

—Bueno, esa es la segunda mentira, ¿no?

—En mi vida he tocado a Michael. Ni a Lucy. Ni al tipo de la nieve.

—Yo no he dicho eso.
—Pues ilumíname. ¿A quién se supone que he matado?
—A mí.

Mi padrastro (otra vez)

Capítulo 38

¿Te acuerdas de que el agua del lago podía llegar a pararme el corazón? Juliette tuvo que practicarme una reanimación cardiopulmonar. Que sí, que es un tecnicismo, pero es honesto.

—Vamos a pensar en lo que sabemos —continué—. Todos sabemos que Michael mató a un tipo que se llamaba Alan Holton. Algunos de nosotros sabemos que Alan Holton es el hombre que disparó a mi padre, Robert. Somos muy pocos los que sabemos que a mi padre lo mataron porque estaba trabajando de encubierto para la policía. Su último soplo, el mensaje final que debía transmitirle a la inspectora Humphreys...

—¿Has dicho Humph...? —empezó Erin, reuniendo deprisa las piezas que yo les estaba exponiendo; había relacionado el nombre con una de las víctimas del Lengua Negra.

—Sí, pero no te precipites. —Sonreí—. El último mensaje de Robert eran las fotos incriminatorias de un asesinato, a las que llegaremos más tarde. Nunca las encontraron, a pesar de los esfuerzos de Alan y Audrey. Y, de repente, hace tres años, Alan las puso a la venta. Marcelo, tú eres el que intentó evitar que yo lo descubriera.

Los brazos del sillón de cuero crujieron bajo los dedos de Marcelo. Pero no habló. Estaba dejando que lo soltara todo para comprobar cuánto sabía. No quería adelantarse y llenar las lagunas que yo pudiera tener, no fuera que necesitara ponerme en evidencia. Aunque poco importaba, porque yo sabía que tenía razón.

—Marcelo, tú fuiste el que impulsó el acuerdo de Robert con la inspectora Humphreys, y viviste de primera mano el momento en que se torció. Audrey también te contó lo que los Sables le hicieron a Jeremy cuando la ayudaste a cerrar los aspectos legales

de su muerte. Lo que significa que tú sabías lo peligroso que podía llegar a ser lo que Michael tenía para cualquier persona a la que le cayera en las manos. —La mayoría de los presentes no sabían de qué hablaba, pero yo me estaba centrando solo en Marcelo—. Cuando le viste las manos sucias a Michael y el absurdo vehículo que había alquilado, sospechaste que había desenterrado algo. Y siempre creíste que tenía que ver con Rebecca McAuley. No sabías qué había descubierto Michael, pero te preocupaba que empezara a morir gente por la misma razón por la que mataron a Robert tantos años atrás. Querías deshacerte de lo que hubiera en el camión. —Dejé que lo procesara—. Pero... no lo hiciste para borrar tus huellas, sino para proteger a Michael, ¿me equivoco?

Marcelo se hundió aún más en el sillón.

—Mi intención no era hacerte daño. Lo único que quería era que se despeñase colina abajo. Pensaba que parecería un accidente —admitió—. Era un modelo antiguo, y por eso pude entrar con una percha por la ventanilla y bajar el freno de mano, pero no tenía las llaves para arrancar el motor, así que tiré café caliente debajo de las ruedas para derretir la nieve. Crawford me interrumpió al echar a correr para buscaros hacia la cabaña de mantenimiento, y tuve que marcharme antes de que me diera tiempo a empujar el camión por la cuesta.

Oí la voz de Erin en la cabeza —«Hay una mierda marrón en el suelo, y puede que sea líquido de frenos»—, y recordé la taza de café vacía que había en el borde de la puerta trasera.

—Ni se me pasó por la cabeza que alguien pudiera saltar dentro y dar botes. Siento muchísimo lo de la mano. Te juro que mi única intención era evitar que descubrieras lo que había allí dentro. Coño, ¡ni yo sabía lo que era! Me aterrorizó lo del cadáver de la colina aquella mañana, y cuando me preguntaste por Humphreys, sabía que algo se nos venía encima. Quería que nos laváramos las manos, que fuera quien fuera el interesado sintiese que su secreto seguía siendo eso, un secreto. Quería acabar con todo. Te lo juro por mi vida.

—O por la mía, visto lo visto.

—Me senté a tu lado hasta que despertaste —continuó

Marcelo, mucho más avergonzado por dejar al descubierto sus afectos que cuando lo había acusado de encubrir un asesinato—. No sé lo que habría hecho si no te hubieras recuperado. Lo siento.

—Perdonad, pero ¿quién es Rebecca McAuley? —Andy hizo el gesto explícito de levantar la mano—. ¿Tiene algo que ver con los viejos del dinero? —Miró alrededor con timidez—. ¿Qué pasa? ¡No entiendo nada!

—Me estoy adelantando. —Decidí dejar a Marcelo en paz—. Insisto, preguntémonos qué hacemos aquí. Para vernos, claro. Como una gran familia feliz. —El sarcasmo se me escapó entre los dientes—. Pero estamos aquí porque alguien lo eligió. ¿Me equivoco, Aloysia? —Me giré hacia ella—. Escogiste deliberadamente el lugar más aislado que encontraste. Para que no fuera fácil escaparse. Y has insistido en que debíamos quedarnos, porque, claro, todos sabemos la opinión que te merecen los depósitos no rembolsables, pero ese no es el único motivo, ¿verdad?

—Delante de los demás no, Ern —dijo Aloysia, pero no era un tono culpable ni amenazante, sino más bien empático, e incluso avergonzado, en nombre de otra persona—. Por favor.

—Aloysia, si no entendemos esto, ya podemos olvidarnos de todo lo demás. Ha llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa. Y eso te incluye a ti. Porque fuiste tú la que se coló en el bungaló de Sofía la noche que murió el Botas Verdes. Tú o Andy. Da igual quién fuera, pero en pro del razonamiento vamos a decir que fuiste tú. En un principio, me pareció demasiado oportuno que la cámara meteorológica no captara a la persona que se había colado en el bungaló de Sofía. La cámara toma una foto cada tres minutos, conque para evitarla necesitas hacer un esfuerzo consciente y sincronizarte muy bien. Pero, obviamente, tú eres el tipo de persona que revisa el tiempo que hará el fin de semana. Eras la más organizada de los aquí presentes, y debiste de mirar la página web cincuenta veces antes de salir de casa. Lo que significa que conocías lo de la cámara de la nieve, y sabías cómo planear tus movimientos para que no te captara.

Aloysia intercambió una mirada culpable con Andy.

—Pero ¿por qué te colaste? Buscabas algo en el bungaló de Sofía. Y, cuando lo encontraste, llamaste a Andy para informarlo, o tal vez para que te dijera la hora y supieras cuándo se actualizaba la cámara meteorológica antes de echar a correr. Pero te olvidaste de que nos habíamos cambiado de bungaló y llamaste al que no tocaba. La cuestión es: ¿qué era lo que buscabas? —Levanté la manopla—. Estas pastillas son pura dinamita, por cierto. Oxicodona, ¿verdad?

Aloysia le dirigió un gesto de disculpa a Sofía.

—Tú no tomas analgésicos, Aloysia; los dejaste después del accidente de coche. Tu dolor es tu penitencia por el daño que causaste, y no recaerías tan fácilmente. Por tanto, ¿a santo de qué llevas encima un bote de analgésicos potentes? Y te lo agradezco, por descontado, pero no son tuyos. La oxicodona es el medicamento al que más se suelen enganchar los médicos, ¿verdad? Es fuerte y no es difícil de conseguir en los hospitales.

Agité el botecito y las píldoras repiquetearon con un sonido acusador.

—Las cogí del bungaló de Sofía —confesó Aloysia—. Los rembolsos me importan un pito. No podíamos irnos antes porque Sofía necesita estar aquí. Necesita los cuatro días al completo. Se está desintoxicando.

Todo el mundo se volvió hacia Sofía, pálida y exhausta. Ella se limitó a dejar caer la cabeza, presa de la vergüenza.

—Su salud se ha ido deteriorando desde que se ha quedado sin las pastillas. Para empezar, le tiemblan las manos —dije, recordando el tintineo de su taza de café en el bar—. Ha estado vomitando, palideciendo y sudando desde ayer por la mañana.

Me interrumpo aquí para atajar una posible queja. Quiero dejar claro que en ningún momento he dicho que no debieras prestarle atención al momento en que Sofía vomitó en el capítulo 7. Lo que te dije era que no significaba que estuviera embarazada. No permito que se me acuse de mentiroso.

—Deduzco, Sofía, que eres una adicta funcional. Después de todo, seguías trabajando, incluso operando. Y tú misma me contaste que a los médicos no les hacen las mismas pruebas que a

los atletas, que ni siquiera es obligatorio después de una muerte. Pero te asustaste cuando aquella cirugía no salió como esperabas. Y te señalaron, por razones desacertadas, por una copa de vino en un bar, pero te señalaron de todos modos. Porque el forense busca patrones. Puede que haya otros incidentes, sutiles, cotidianos, inevitables, a tu alrededor. Puede que, como los copos de nieve que caen en esta montaña, no sean tan flagrantes por sí solos, pero juntos empiezan a formar una imagen. Por eso Sofía acudió a ti, Aloysia, porque la adicción se le estaba yendo de las manos, y sabía que la estaban vigilando de cerca y que no pasaría un test de drogas si el forense lo solicitaba —continué—. Si la semana que viene se presenta en el juicio con oxicodona en el organismo, no tendrá ninguna oportunidad. —Sofía me había preguntado con sorna si la semana siguiente tenía planes, mientras yo maquinaba cómo ejercer de falso abogado de Michael, y eso me había revelado las fechas—. Es decir, que este fin de semana es su última oportunidad para estar limpia. Por eso has estado tan borde con ella. En el primer desayuno insististe en que no era doctora, porque por aquel entonces ya habías registrado su habitación y encontrado las pastillas. Estabas cabreada por que te lo hubiera ocultado, pero también intentabas asustarla para que comprendiera lo que se estaba jugando: su carrera, su identidad. También le pediste a Marcelo que se distanciara de ella, por eso se niega a ayudarla. Aunque, si no le queda otro remedio, todos sabemos que lo hará. Pero, al menos este fin de semana, necesitabas aterrorizarla. Incluso intentaste que yo también dudara de ella. Debía sentirse completamente sola.

Marcelo le dirigió un gesto de cabeza delicado y apesadumbrado a Sofía. Eso lo deduje por lo que él había admitido cuando lo acusé de favoritismos entre Michael y Sofía. Había balbucido: «Eso no es del todo cierto». Michael me había contado que Robert y Audrey habían recurrido a la misma táctica con Aloysia tantos años atrás: aislarla. También era el consejo que Aloysia le había dado a Michael para solucionar los problemas financieros de Lucy. Un último recurso.

—Volvamos a las pastillas, Aloysia. Las dejaste en el coche

para que estuvieran a salvo. Pero Sofía... —seguía con la mirada clavada en el regazo, y los hombros le temblaban con lágrimas mudas— no estaba dispuesta a renunciar a ellas. Intentó recuperarlas. Sofía, cuando me dijiste que habías visto a alguien en la cabaña de mantenimiento, era imposible que lo hubieras podido ver desde el bar. La tormenta era impenetrable: yo estaba sentado al lado de la ventana y no veía ni el aparcamiento. Lo que significa que debías de estar en el aparcamiento cuando viste a Erin entrar en la cabaña. La ventana de Aloysia no la reventó la tormenta, sino tú, en un intento desesperado por recuperar el frasco de pastillas que creías que había dejado en el coche. Pero Aloysia había enviado a Andy a buscarle el bolso en mitad de la tormenta poco antes. Sospechaba que serías capaz de intentar algo por el estilo, y por eso cambió de opinión y decidió llevarlas siempre encima. De ahí que tampoco dejara que me quedara con el bote por la noche.

Me arrodillé frente a Sofía, le puse una mano en el hombro y se lo apreté con dulzura.

—No estoy aireando todo esto porque sí, Sofía. Vamos a ayudarte a superarlo. Pero necesito que respondas con sinceridad a mi siguiente pregunta.

Sofía levantó la vista, con los ojos inyectados en sangre, y se pasó el antebrazo por la nariz.

—Te lo juro. Hice aquella cirugía como todas las demás. Es como la historia del piloto borracho que consigue aterrizar el avión, ¿la conoces? No... —Hipó—. No sé lo que pasó. Salió mal, sin más. Aloysia me ha estado ayudando desde entonces. Quiero ponerme bien.

—Ya lo sé. —Le di un abrazo y le susurré al oído—: Eres una buena cirujana. Has dejado que la adicción se fuera de madre, pero podemos solucionarlo. Lo único que necesito es que seas sincera y me ayudes a encontrar al verdadero asesino. Por Michael y Lucy. Eres lo bastante fuerte como para dejarlas y lo bastante fuerte como para ayudarme, aunque al principio pueda darte vergüenza.

Noté que me rozaba el cuello con la nariz, arriba y abajo. Un gesto de aprobación. Me puse en pie. No era justo que sacara los trapos sucios de todo el mundo menos los míos. Me tocaba.

—Hace dos noches, Sofía me pidió cincuenta mil dólares. Y aquí va mi confesión: tengo encima mucho más dinero en metálico que ese. Unos doscientos cincuenta mil... Bueno, cuarenta y cinco mil. Era el dinero con el que en teoría Michael debía pagar a Alan Holton. Me pidió que se lo guardara cuando todo se fue al traste, y no se lo conté a la policía. En parte porque nunca me lo preguntaron, y en parte porque..., bueno, pues porque no me dio la gana. Lo admito. —Levanté las manos, con la esperanza de aparentar la misma falibilidad que los demás, teniendo en cuenta que me estaba paseando por la biblioteca señalándolos con el dedo —. Traje el dinero conmigo por si Michael quería recuperarlo. Le conté a Sofía lo que me traía entre manos, y ella me pidió un poco, me dijo que no le iría nada mal. —Cambié el tono para dirigirme a Sofía con empatía—. Y ahora que sé que estás intentando superar tu adicción, lo entiendo un poco mejor. Los adictos suelen tener problemas económicos, pero cuando me lo pediste no me pareció algo desesperado, como si tu vida dependiera de ello. Me lo pediste porque era fácil, porque era imposible rastrearlo y porque lo tenías delante de las narices. Una deuda de cincuenta mil dólares no te iba a arruinar la vida, en el peor de los casos, eras dueña de una casa, pero es cierto que estabas gastando demasiado en la oxicodona y, teniendo en cuenta que estabas haciendo algo que podía acabar con tu carrera mucho más rápido que si fueras, por decir algo, contable, era importante que el dinero no fuera rastreable. Los adictos suelen tener problemas económicos, y también con los robos. Le robaste algo a uno de nosotros para conseguir dinero rápido, ¿verdad?

Sofía sorbió por la nariz y asintió.

—Algunos de vosotros ya sabéis que adoro las reglas. Y el noveno paso en Alcohólicos Anónimos consiste en reparar daños. —Miré a Aloysia, quien asintió para confirmármelo, y me volví de nuevo hacia Sofía—. Trajiste las pastillas, sí, pero solo como plan B. Tenías toda la intención de seguir el programa este fin de semana. Por eso me pediste dinero. No era una deuda, sino algo que creías que debías compensar, aunque nadie más lo supiera.

—Creo que alguien se habría dado cuenta si Sofía le hubiera

robado cincuenta mil dólares. —Marcelo levantó la voz—. Ya lo ha admitido. Déjala en paz, ¿quieres?

—Sofía puede interrumpirme si me equivoco.

—Si es importante para Michael y Lucy... —Sofía cogió aire —. Necesitaba el dinero para volver a comprar lo que había robado: un Rolex Presidential de platino valorado en cincuenta mil dólares.

Marcelo se quedó boquiabierto, horrorizado. Se miró el reloj, le dio varios golpecitos y finalmente consiguió cerrar la boca.

La confesión parecía haberle drenado las fuerzas a Sofía, así que retomé el hilo.

—Marcelo jamás se quita el reloj, ya lo sabemos. Salvo cuando se sometió a una reconstrucción de hombro. Una cirugía que corrió a cargo de Sofía. Ella aprovechó la operación como excusa para intercambiar el reloj por uno falso. Me di cuenta porque Marcelo me pegó un puñetazo en la mandíbula y aún conservo los dientes. Ese modelo de Rolex, con la cadena de platino, se supone que pesa poco menos de medio kilo. Un puñetazo, aunque sea de un hombre mayor, sin ánimo de ofender, debería haberme tumbado como si hubiera llevado puesto un puño americano.

—Se habría dado cuenta de la diferencia —resopló Juliette—. Seguro. Si el falso pesa tan poco...

—Tienes razón. Pero Marcelo se estaba recuperando de una cirugía. Los primeros días, cualquier cosa que se hubiera puesto en la muñeca le habría parecido un ladrillo, y luego se fue acostumbrando a ese peso ligero, creyendo que lo que pasaba era que estaba recuperando la musculatura del brazo. —Vi a Marcelo levantar una mancuerna invisible con el brazo derecho, comprobando el peso, con un gesto dominado por la confusión—. Pero el problema es que no estamos hablando de un viejo reloj de pulsera cualquiera. Debo admitir que siempre me ha dado una cierta envidia. Una vez, incluso llegué a buscar lo que costaba, así que imaginaos mi sorpresa cuando Marcelo me dijo que el reloj perteneció a mi padre. Puede que fuera un criminal, pero no era una persona ostentosa. Nunca se compró joyones ni coches

tuneados. Por eso me extrañó. Primero supuse que sería robado, pero es que papá tampoco era la clase de persona que se llevaría algo así de un botín. Y luego me enteré de lo de las fotografías. Las que todo el mundo quería y las que nadie encontró, a pesar de que los matones de la banda se presentaran en el banco en que trabajaba su esposa para acceder a la caja fuerte de mi padre.

—Robert le dejó el reloj a Jeremy —masculló mi madre.

—Los Rolex están diseñados para que duren; su campaña de marketing se basa única y exclusivamente en venderlos como una reliquia que pasará de generación en generación. En concreto, los Rolex de platino pesan tanto porque son muy robustos. Tienen hasta cristal antibalas. —«SEGURO COMO LA CAJA FUERTE DE UN BANCO», bramaba uno de los anuncios que me habían aparecido en las redes sociales—. Es decir, que va a tener una vida larga y va a estar protegido. No hay mejor lugar para guardar algo vital. Siempre que sea lo bastante pequeño como para caber debajo del cristal. —Me saqué la lupa del bolsillo y la levanté—. Juliette, acércame la medalla de Frank, ¿quieres?

Juliette frunció el ceño, confusa, pero accedió y me arrojó la vitrina con cuidado, en un lanzamiento bajo.

La cogí en el aire. Ya la había examinado; era lo primero que había hecho para confirmar mis sospechas, así que ya sabía lo importante que era. Como he dicho en en el capítulo 15, no he dedicado ochenta y ocho palabras a describir la medallita de marras porque sí.

—Juliette me contó que F-287, o Frank, es decir, el pajarraco muerto que hay encima de la chimenea, llevaba un mapa, ubicaciones de la infantería, coordenadas y otros datos vitales más allá de las líneas enemigas. Pero, incluso codificado, solo el mapa ya habría pesado lo bastante como para hacer caer a un pájaro. No me di cuenta de que tu padre también había enmarcado el mensaje real que salvó vidas, Juliette. —Acerqué la lupa a la parte inferior de la medalla, donde habían instalado el fragmento de papel con los puntos que, a simple vista, no significaban nada. Era evidente, incluso sin mirar a través de la lente en sí, que lo que estaba ampliando a partir del puntito era un mapa detallado. Dejamos a

Christie y nos vamos hacia Le Carré, «cosas de espías», que decía mi padre, pero confía en mí. Aunque la guía que escribí al respecto no vendió demasiado, estaba a punto de dar sus frutos—. Se llaman micropuntos. Es una técnica que se utiliza para reducir información. Una hoja de papel A4 entera, o una imagen, como un mapa, por ejemplo, puede caber en un punto del tamaño de un alfiler. Los espías les tenían mucho cariño en la Segunda Guerra Mundial; los ponían en la parte trasera de los sellos. Esto —volví a alzar el cuentahílos— iba rebotando por el coche de Michael cuando enterró a Alan. También lo trajo consigo hasta aquí. Erin se lo quitó cuando Crawford lo arrestó. Es una especie de lupa. —No olvidemos que he aprendido la palabra *cuentahílos* mientras escribía la novela, así que sería deshonesto usarla en este diálogo —. Marcelo, tu reloj, el de verdad, tenía un micropunto debajo del cristal. Robert no se drogaba. La aguja que encontraron junto al cuerpo, y que precipitó la conclusión de que iba hasta las cejas y que había intentado asaltar una gasolinera, no era para inyectarse nada. Los micropuntos son tan diminutos que entiendo que necesitas algo tan fijo como una jeringuilla o la punta de un bolígrafo para aplicarlos sobre una superficie.

Levanté el cuentahílos.

—Pero en todas las casas de empeños hay cacharros como este, si no mejores. Cualquiera habría visto el punto al instante al inspeccionar la calidad de la pieza. Sofía pensaba que simplemente estaba vendiendo un reloj, pero en realidad era mucho más. Dudo que Sofía tuviera la mala suerte de vendérselo directamente a él, pero Michael me contó que los bienes robados de Sídney tendían a pasar por la tienda de Alan. A Sofía no le debió de quedar otra que ir a algún lugar turbio. Puede que el camello de la oxicodona te recomendara algún sitio, o puede que lo intercambiaras por más pastillas y otra persona lo vendiera. No ignoro la posibilidad de que Alan podría aparecer en las fotografías y que alguien le hubiera dado el soplo. No tengo ni idea. Sea como sea, esto es como lo de la mariposa que bate las alas en Turquía y provoca un tornado en Brasil. La versión resumida es que el reloj que no tocaba cayó en malas manos. Alan conocía el valor que tenía y, lo

que es más importante, sabía a quién podía interesarle. Por eso Michael se vio con él aquella noche, con la bolsa de dinero encima. Quería comprar el micropunto. —Había embelesado a mi audiencia—. ¿Le apetece a alguien rellenar algún hueco, o sigo yo?

En un libro de este tipo, podrías considerar que lo de los micropuntos es un MacGuffin. Apenas importa lo que sea en realidad, sino que hay gente dispuesta a matar por ello. Como lo que siempre le toca perseguir a James Bond: un USB con un virus que puede destruir el mundo; contraseñas de cuentas bancarias; códigos nucleares. O, en nuestro caso, fotografías.

—Yo tengo una pregunta —dijo Audrey, levantando las manos en un gesto de «no dispares»—. Ernest, llevas un rato insistiendo en lo pequeño que es lo que estamos buscando. Michael llegó con un camión de mudanzas. Y ¿todo por una foto microscópica?

Caí en la cuenta de que Audrey y Aloysia eran las únicas que no sabían lo del ataúd del camión. Erin lo había desenterrado; Sofía y Crawford lo habían estado persiguiendo; Andy y Juliette estaban presentes durante la conversación con los McAuley; y a Marcelo se lo había contado yo.

—Michael necesitaba el camión para traer el ataúd de Brian Clarke. Erin y él lo desenterraron antes de venir. Brian es el policía al que mi padre disparó la noche que murió, el compañero de Alan Holton. Marcelo no sabía de qué se estaba deshaciendo al quitarle el freno al camión, pero yo vi lo que Michael quería que viera. En el ataúd de Brian había dos cadáveres, y uno era el de una niña. —Me complace informarte de que aquello provocó mi primer grito ahogado unánime—. Ah, y, Andy, por si te sirve de algo, esa niña era Rebecca McAuley. La secuestraron hace treinta y cinco años. Sus padres intentaron engañar a los secuestradores para ahorrarse un puñado de dólares y les salió el tiro por la culata: jamás volvieron a ver a su hija.

—Y Robert tenía las fotos —apuntó Erin—. ¿Eso es lo que crees que hay en el micropunto? ¿Pruebas del asesinato?

—Exacto. Alan se llevó una alegría cuando el reloj le cayó en las manos, porque sabía que los McAuley pagarían un dineral por

las pruebas que contenía. Lo que diré ahora es pura conjetura, pero descarto a Alan como el asesino de Rebecca, porque Marcelo me dijo que era un tipo demasiado blando, y porque, de serlo, habría destruido las fotos en lugar de intentar venderlas. Y por eso, porque intentó venderlas, deduzco que treinta y cinco años era mucho tiempo, Alan había quemado ya muchos puentes y debió de pensar que ya no merecía la pena proteger a quien fuera que estuviera protegiendo en aquel entonces.

Dediqué un momento a comprobar si la mayoría de los presentes coincidían con el razonamiento. Algunos asentían mientras hablaba. Sofía parecía estar a punto de vomitar. A Andy lo veía desconcertado, como si estuviera explicándole física cuántica. Me servía.

—Pero Alan tuvo un problema. Puede que no matara a Rebecca, pero no era inocente: trabajaba para los Sables. Se fijó en Robert y ayudó a esconder el cadáver de Rebecca, como mínimo, y es probable que también interfiriera en la entrega del rescate. Por eso no podía plantarse sin más en la puerta de los McAuley. Lo habrían acusado de ser igual de responsable que el asesino. De ahí que necesitara un intermediario.

—Y ¿por qué Michael? —preguntó Aloysia.

—Tardé un tiempo en comprenderlo. Creo que Alan quería alguien que tuviera algo que ganar, para estar seguro de que podía fiarse de que entregara una cantidad de dinero de esas dimensiones. Un Cunningham tenía mucho que ganar con las fotografías, y de todo lo que pudiera saber Alan por haber estado involucrado. Lo más obvio era conocer la verdad sobre Robert, claro. Sospecho que eso era solo la mitad de la historia, pero nos vamos acercando. Michael parecía la opción ideal: Marcelo, tú eras el abogado de Robert; Aloysia, tú eres honesta como el que más; Audrey, tu edad hace que en este caso lo tengas todo en contra, sin ánimo de ofender. Pero aquí es donde Alan se equivocó. El vínculo personal que creía que garantizaría el acuerdo fue precisamente la razón por la que Michael lo mató.

»Y el acuerdo en sí era lo más sencillo. El precio que puso Alan era el mismo que el del rescate original: trescientos mil

dólares. Alan le proporcionaría a Michael la información suficiente para convencerlo a él y a los McAuley, Michael recibiría el dinero de los McAuley para comprar el micropunto de Alan, Alan se llevaría su parte y luego Michael entregaría las fotografías. Coser y cantar. O no, porque, como sabemos, Michael acabó matando a Alan y quedándose con el dinero.

—Porque Michael no tenía los trescientos mil dólares —farfulló Sofía; me sorprendió que estuviera tan atenta—. Me dijiste que te había dado doscientos sesenta y siete mil.

—Bingo. Michael cogió parte del dinero antes de llevárselo a Alan. ¿Que por qué? —Si te soy sincero, no tenía nada que respaldara mis suposiciones más que mi instinto, pero estaba bastante convencido. No tenía intención de bajar el ritmo porque estaba en racha—. Lucy tenía problemas con su empresa. Llevaba tiempo perdiendo dinero y tenía que comerse un coche que no podía permitirse por culpa de unas condiciones de *leasing* inhumanas. Marcelo, cuando en el desayuno te dijo que ya estaba pagado, casi todos nosotros pensamos que ya se estaba poniendo a la defensiva, como siempre. Pero, por lo visto, no mentía. Michael usó el dinero para pagar las deudas de Lucy, incluido el coche, antes de reunirse con Alan. Probablemente lo hiciera para estar seguro de que a ella no le pasaría nada si algo salía mal. —Y porque necesitaba poder empezar de cero con Erin. Me alegraba que Lucy no estuviera ahí para oír aquella parte—. Pero no previó el efecto que tendría ese gesto. Alan no es idiota; contó el dinero, vio que faltaba una parte y sacó una pistola. Forcejearon y..., bueno, ya conocéis el resto.

—Oye, entretenidísimo todo. —Andy no podía contenerse más—. Pero ¿qué pasa con el Lengua Negra?

—Todavía no he acabado con todos los presentes. Erin, Sofía, Marcelo, vosotros no sabéis que los padres de Rebecca McAuley están aquí, alojados en el *resort* que hay al otro lado de la montaña. Al verse con el micropunto y sabiendo dónde estaba enterrado el cuerpo, Michael les escribió a los McAuley desde la cárcel para pedirles que doblaran el pago.

Había sido Siobhan McAuley quien me había revelado eso en

SuperShred al decir: «Quiere más dinero otra vez». Michael me había contado en la Sala de Secado que lo que tenía valía «mucho más» que los trescientos mil dólares que pedía originalmente Alan.

—Michael planeaba reunirse con los McAuley al otro lado de la montaña para venderles las fotos y el cadáver de su hija, por eso lo trajo hasta aquí. Y te confesó que ese era su plan, ¿verdad, Audrey?

—Intenté disuadirlo —confirmó Audrey—. Y, al ver que insistía, subí yo misma para advertirlos.

—Lo siento... —Andy, de nuevo, sin mostrar ninguna clase de respeto por la construcción del suspense—. Ernest, todo esto de los secuestros de bandas pasó hace treinta y cinco años. ¿Qué cojones tiene que ver con la ceniza?

—Vale. —Levanté una mano—. Capto la indirecta. Volvamos al Botas Verdes. La víctima desconocida, al menos para la mayoría de nosotros. Lucy fue, de hecho, la primera que lo resolvió.

—Si insinúas que la mataron porque descubrió el pastel... —Sofía se levantó la cabeza con la palma de la mano y la movió un poco—. Sabemos que se cayó; no le encontramos ceniza encima y tenía varios huesos rotos. No había indicios de forcejeo.

—No, no. Si saltar, saltó —coincidí, recordando el momento en que Lucy se había apuntado con una pistola imaginaria mientras hablábamos en la azotea: «Preferiría...»—. Pero ayer me dijo que prefería pegarse un tiro antes que asfixiarse hasta morir bajo la tortura del Lengua Negra. Se tiró desde la azotea, pero solo para huir de lo que estaba a punto de ocurrirle. Creo que subió a buscar algo en internet, para comprobar sus sospechas. Nuestro asesino se asustó y se enfrentó a ella allí arriba, después de que los demás nos marcháramos del bar. ¿Os acordáis de la cara de puro pavor que puso al ver la foto del Botas Verdes? Yo pensaba que la había horrorizado ver lo que le había sucedido en realidad a Michael, sobre todo teniendo en cuenta que se consideraba en parte culpable. Pero me equivocaba. Se asustó porque lo reconoció.

—Nadie lo había visto antes. ¿Cómo iba a conocer Lucy al muerto?

Andy seguía siendo el más desconcertado de la biblioteca. Los

demás parecían haber entendido algunas partes, pero había ceños fruncidos, que trabajaban todavía por comprenderlo todo. Solo una persona tenía la mandíbula tensa y cara de póker. Con cada afirmación, era como si estuviera girando una manivela, estirándole los músculos del cuello a la persona en cuestión.

—No he dicho que lo conociera —contesté—. He dicho que lo reconoció. Solo lo había visto una vez; le puso una multa por exceso de velocidad de camino al albergue.

Dejé que procesaran lo que acababa de decir. Todos se volvieron para mirar detrás de ellos, posando la vista en la persona que había en la parte trasera de la estancia.

—Crawford, las manchas de sangre que tienes en el interior de los puños del uniforme no son de arrastrar el cadáver montaña abajo. Están en la parte interior de las muñecas. Quienquiera que se las hiciera tuvo que agarrarse su propia garganta. —Fingí que me aferraba a una brida invisible alrededor del cuello—. Llevas la chaqueta de un muerto.

—¿Se puede saber de qué coño hablas? —preguntó Crawford.

Le dirigí a Juliette una sonrisa cómplice, anticipándome a lo que estaba a punto de decir, y me enorgullece afirmar que no lo he adornado lo más mínimo, antes de centrarme de nuevo en Crawford:

—Lo que digo es que incluso Arthur Conan Doyle creía en fantasmas. ¿Me equivoco, Jeremy?

Mi hermano

Capítulo 39

Jeremy Cunningham lucía un aspecto del todo ridículo (disfraz incluido) con la chaqueta de policía manchada con la sangre de otra persona. Esbozó una sonrisa frágil y negó levemente con la cabeza. Trató de decir algo —«qué estupidez», quizá—, pero lo único que pudo articular fue un sonido, bueno, ahogado.

Audrey parecía tan sorprendida como los demás: era evidente que creía que los Sables habían cumplido con las amenazas de acabar con la vida de su hijo. Jeremy, igual que la Agatha Christie de la estantería, se había estado ocultando bajo otro nombre: Darius Crawford, el nombre con que él mismo se había bautizado para hacerse pasar por un inepto policía de la zona. Su otro alias, el que la prensa le había dado, el Lengua Negra, era de todo menos inepto. Se había apuntado cinco asesinatos y un suicidio por coacciones. Como he dicho, algunos de nosotros somos muy productivos.

No es una de las reglas de Knox, pero no te creas que alguien está muerto hasta que veas el cadáver.

A partir de ese momento, me dirigí directamente a Jeremy. Se había acabado el espectáculo.

—El Botas Verdes tenía que ser alguien de la zona. Por eso solo le enseñaste la foto a nuestra familia y se la ocultaste a todos los demás, incluso a Juliette, so pretexto de evitar el pánico, porque cualquiera que viviera por aquí lo habría reconocido. El equipo lleva toda la temporada en la montaña, meses. Tal vez no fuera sospechoso que pudiera haber un policía nuevo que no conocieran, pero habrían reconocido al sargento de inmediato. Por eso quisiste apartarlo de la vista tan rápido y encerrarlo en la cabaña. Y le quitaste la chaqueta, pero no los zapatos: las puntas de acero siguen siendo un accesorio habitual del uniforme de la

policía, y el cadáver las llevaba puestas, pero Erin te pisó el pie mientras perseguíais el camión y te dolió, lo que implicaba que tú no las llevabas. En el fondo, podrías haber fingido ser cualquier otra persona, pero creo que querías ser alguien con la capacidad de dividirnos. Es por eso por lo que hiciste de la muerte del sargento un manifiesto público, para poder separar a Michael. Pero estabas nervioso, demasiado nervioso, y todos los pasos que dabas para que parecieran las tareas legítimas de un policía (identificar el cuerpo, controlar los ataques de pánico) no eran sino para asegurarte de que el personaje se sostenía. Por eso, cuando un Cunningham te lo pidió, mostraste la foto. Porque parecía que estabas haciendo lo esperable, pero en realidad estabas comprobando que no conocíamos la verdadera identidad del fiambre. Por eso te alterabas tanto cuando nos acercábamos al cuerpo. Y yo creía que simplemente eras aprensivo.

»Pero lo que no te esperabas era la reacción de Lucy, porque ella reconoció a la víctima: era el policía que le había puesto una multa por exceso de velocidad de camino a la montaña. Al salir atropelladamente, me pareció entender que decía «eres el jefe», pero lo que en realidad dijo fue «es tu jefe». Todavía no se le había pasado por la cabeza acusarte del crimen, estaba pensando en voz alta, pero había algo que le olía a chamusquina. No ató cabos hasta que subió a la azotea y buscó en Google a los integrantes del departamento de policía de Jindabyne. Pero a esas alturas los demás ya nos habíamos ido a la cama y tú la habías seguido hasta arriba, y, como Lucy no quería correr la misma suerte que Michael, saltó.

»Mentiste sobre cómo era posible que llegaras aquí tan rápido. Dijiste que habías estado toda la noche con el radar de velocidad parando turistas, pero es imposible, porque Lucy, en algún momento, te habría escupido lo de la multa. Los refuerzos policiales no llegaban nunca; nos dijiste que tenían problemas con las carreteras, pero ¿cómo es posible que pudieran llegar hasta aquí dos autocares, y un coche patrulla no fuera capaz de subir para investigar dos asesinatos? Evidentemente, nada de esto me hizo torcer el morro al principio. Parecías de fiar. Había tres pares

de huellas que conducían al cadáver y solo uno que regresaba: uno para la víctima, otro para el policía que había llegado y otro para el asesino que se había esfumado. Deduje entonces que había sido el asesino quien había denunciado la aparición del cuerpo antes de que —describo unas comillas en el aire— el «agente Crawford» llegara y, con él, el tercer par de huellas. Era cierto que el asesino había llamado o, al menos, eso había fingido. Porque el cuerpo lo descubriste tú mismo, y nadie más; formaba parte de tu plan. Subiste hasta allí dos veces. La primera, con el sargento, cuando le ataste la bolsa a la cabeza y lo acompañaste hasta allí para que muriera y quitarle la chaqueta, y luego otra vez por la mañana.

—Aparece en la cámara llegando mucho más tarde. —Juliette no parecía convencida de mis conclusiones—. Tú también lo viste.

—Creo que estuviste investigando el complejo cuando planeabas seguirnos hasta aquí. Y la cámara meteorológica aparece en la página de inicio, así que sabías que la entrada estaba, hasta cierto punto, vigilada. Supongo que atacaste al sargento en la carretera, donde debió de aparcar para instalar la pistola de velocidad. En lo alto de la colina, debiste de tener cobertura para echar un vistazo a la página web. Yo mismo pensé que, si lo clavabas, hasta un coche podía saltarse ese espacio de tres minutos que tardaba la cámara en tomar otra imagen. Luego no tenías más que volver más tarde y asegurarte de que te captaba llegando a la hora correcta. En la foto parece que vayas en dirección al aparcamiento, pero tienes el brazo por encima del reposacabezas. Ibas marcha atrás.

—¿Jeremy? Es imposible. —Aloysia lo observaba como si acabara de volver de una isla desierta. Luego se volvió hacia Audrey—. ¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Los Sables se lo llevaron, Aloysia. Pero no pidieron rescate... Querían las fotografías. Las que Ernest ha mencionado. Yo no sabía lo del reloj ni nada que... Y, Jeremy, si de verdad eres tú, te prometo que intenté encontrarlas, de verdad que lo intenté. Me dijeron que debían asegurarse de que no las estaba escondiendo. Por eso me dijeron que no les quedaba otra que... —La voz se le quebró—. Que asegurarse de que les estaba contando

la verdad. —Marcelo hizo ademán de acercarse a Crawford/Cunningham (¿qué hay en un nombre?), pero Audrey lo cogió de la mano. La vi darle un apretón y él dejó el brazo inerte a sus espaldas, como un pitbull retenido por una correa—. No podía acudir a la policía, y no solo porque Alan estuviera en activo en aquel momento, sino porque me preocupaba que pudieran ir a por Michael y Ernest. Nuestra familia había perdido muchísimo por aquellas puñeteras fotos, y yo solo quería acabar con todo. Y eso intenté. Si de verdad eres tú, Jeremy, lo siento. ¿Estás seguro, Ernest? ¿Del todo?

—Michael me contó que Alan había tratado de ponerse primero en contacto conmigo —respondí—. Yo le dije a Michael que era mentira, convencido de que Alan lo había engañado para ganarse su confianza. Pero luego le estuve dando vueltas. Alan había dicho que se había puesto en contacto con el «hermano de Michael». Tú no sabías que eras adoptado hasta que hablaste con él, ¿verdad, Jeremy?

Jeremy tragó saliva sonoramente. Se mordió el labio. No dijo nada.

—Por descontado que Alan sabía que estabas vivo. Marcelo me dijo que no tenía estómago para matar a nadie... A lo mejor fue él quien te dejó marchar. Pero no tenías recuerdos de ese momento, y fue entonces cuando se te acercó un tipo que no conocías y te habló de una familia de la que no sabías que formabas parte. Mark y Janine Williams eran conocidos por haber acogido a muchos niños, y ahora estoy pensando que quizá también te acogieron a ti, pero quizá nunca supiste que no eran tus padres biológicos. Y estoy pensando que tal vez no acabaras de entenderlo cuando descubriste que no te lo habían contado todo. Le enviaste una carta a Michael a la cárcel, procurando explicarle lo que había ocurrido, quién creías que eras, a medida que ibas atando cabos. Pero Michael, al ver que el remitente era Jeremy Cunningham, creyó que se trataba de algún tipo de amenaza. —Le había preguntado a Michael si la carta llevaba remite, y él, casi riendo, me había respondido: «Firmaron con un nombre claramente falso... Solo intentaban llevarme al límite»—. Y tenía

sentido que lo pensara, sobre todo si Alan le había contado parte de lo que los Sables le hicieron a nuestra madre. Él no se lo tragó, y yo aparecía en la prensa como el traidor de la familia, conque ¿a quién más podías acudir? A alguien cercano a él. Lucy.

»Lucy estaba esperando a que llegaras y, al ver que tardabas, temió que pudieras ser el Botas Verdes, atrapado al raso en un accidente fatal. Pensaba que lo que le preocupaba era que aquel asesinato sin resolver atrajese a muchos policías y que eso perjudicara a Michael. Pero lo que en realidad le preocupaba era que, si habías muerto congelado durante la noche, se irían al traste sus planes no solo de reunirte con Michael, sino también de arrogarse el mérito. Intentó identificar el cadáver: fue la primera que consultó la lista de huéspedes. Me preguntó si el muerto se parecía a Michael, no si era Michael. Me estaba preguntando por una semejanza familiar. Subió a la azotea para intentar enviarte un mensaje y ver dónde estabas. —Me había dicho que aquel fin de semana era su oportunidad de devolverle a Michael su familia. Y no hablaba de ella—. Otra de las razones por las que se sintió tan devastada al comprender quién eras en realidad, y lo que podrías haber hecho: ella había sido la que te había invitado a subir.

—Es exactamente lo que planeaste, Aloysia. —Quién mejor que Andy para robarme el protagonismo—. Una puta reunión familiar.

No se oían más que los quejidos del viento mientras los presentes procesaban lo que estaban oyendo.

Al fin, Jeremy habló.

—No esperaba acabar metido en una habitación con todos vosotros.

Tenía una mano aferrada a la repisa de la ventana, desconchando la pintura con los dedos, mientras posaba la mirada alternativamente en todos nosotros. Había demasiadas personas entre él y la puerta como para que pudiera escapar, y detrás tenía una ventana con una generosa capa de hielo. Era posible que pudiera atravesarla, en función de la esponjosidad de la nieve que hubiera abajo, pero yo estaba bastante convencido de que podríamos retenerlo si lo intentaba.

—He… —vaciló—. He esperado muchísimo tiempo para poder conoceros. Pensaba que sería distinto. —Hablaba con el mismo tono melancólico con el que me había dejado entrar en la Sala de Secado a hablar con Michael. «Mira que te importa, ¿eh?; yo me crie sin hermanos.»—. De pequeño siempre me sentí diferente. No encajaba en ningún sitio. Me metía en peleas. Y luego mi ma… —Se interrumpió, pero le notaba la ira por cómo agitaba las aletas de la nariz—. Al principio pensaba que Alan me estaba engañando. Yo siempre los había considerado mis padres. Se lo pregunté, y me… —Era evidente que el recuerdo lo seguía corroyendo—. Lo admitieron, sin más. Y esas personas, esa gente a la que yo siempre había considerado mi familia, estaban la mar de contentas. No sabían decirme quién era. Había tenido hermanos y hermanas de acogida, pero los Williams siempre me habían dicho que yo era suyo. Me contaron que no sabían nada más, que me habían acogido sin nombre cuando tenía siete años.

—¿Siete? —soltó Audrey con un grito ahogado—. No me extraña que nadie supiera quién eras. ¿Qué te pasó en esos dos años?

—No-no me acuerdo.

Jeremy parecía estar buscando algo que no existía. Era demasiado pequeño, había sufrido demasiados abusos, tal vez; había reprimido todos aquellos recuerdos. Los Sables tenían tanto miedo a que Audrey aireara sus secretos que la amenazaron con matar a su hijo para asegurarse de que no los traicionaría, pero luego no tuvieron las agallas de cumplir la amenaza con sus propias manos, así que decidieron abandonarlo a su suerte en la calle. Nunca sabré cuánto tiempo lo retuvieron ni cuánto vivió por su cuenta. Pero cómo puede llegar a transformar esa experiencia a una mente en desarrollo… Bueno, no tenía que mirar demasiado lejos para comprenderlo. Los análisis de ADN no eran tan habituales treinta años atrás, y las denuncias por desaparición tampoco ocupaban un internet por aquel entonces aún en pañales. Los análisis capilares podían aportar coincidencias de ADN familiares, pero no se sostenían en un juicio; que le pregunten al inspector de Queensland que se había cruzado un estado entero

solo para acusar a un Cunningham. «Me metía en peleas.» Al otro lado de la frontera de un estado, Jeremy no era más que un chaval sin nombre en una ciudad que desconocía.

—Pero Alan me dijo que sabía quién era —continuó Jeremy —. Me contó que me había estado vigilando, que me había cuidado cuando era más pequeño. Que se suponía que debía matarme, pero que había decidido dejarme marchar y que debía estarle agradecido. Añadió que sabía que los Williams tenían dinero, y que quería una parte para conseguir las fotografías que, según él, me ayudarían a estar en paz. Pero le dije que me dejara tranquilo, y poco después lo vi en las noticias. Lo habían asesinado.

—¿Por eso te enfrentaste a los Williams? —le pregunté.

—Esa gentuza que se había atrevido a decirme que éramos familia seguía mintiendo. ¡No dejaban de engañarme, de decirme que no sabían quién era! Perdí los papeles y... No era mi intención... Encontré la forma de hacerlos sentir lo que yo sentía... —Se tiraba del cuello de la camisa, del pescuezo—. Me cuesta respirar cuando me altero.

—Y ¿Alison? Le seguiste el rastro por su implicación en el caso de los McAuley. ¿Cómo lo supiste?

—No. Le seguí el rastro porque quería hacerle unas preguntas y conseguir un poco más de información sobre Alan. Hasta donde sabía, había sido su superior. —El cuello de la camisa se estaba dando de sí—. Y luego descubrí que todo había sido culpa suya. Que había obligado a mi padre, a mi verdadero padre, a hacer algo que lo acabaría matando, solo para cubrirse las putas espaldas. Yo solo quería hacerle unas preguntas. Lo juro.

Se frotó la frente y se pasó la lengua por los dientes. Era evidente que estaba haciendo un esfuerzo consciente por disociarse de sus acciones, pero que creía que no le habían dejado otra opción. Aunque tanto no podían haberlo obligado, teniendo en cuenta que había traído hasta la montaña el equipo necesario para recrear una antigua técnica de tortura; sin embargo, lo último que quería era corregirlo.

—Me entendéis, ¿verdad?

Algo siniestro subyacía en sus palabras, como si se dirigiera a

nosotros como iguales.

—Si estás tan desesperado por sentirte parte de la familia, aquí nos tienes a todos. —Abrí los brazos—. ¿Por qué mataste a Michael?

—Se suponía que Michael era como yo —se lamentó—. Vamos a ver, un día se me presenta un tipo que no conozco y me dice que soy un Cunningham, y luego veo en las noticias que un Cunningham lo había matado. Luego investigué un poco sobre Robert, y descubrí que había matado a Brian Clarke, y pensé que quizá no estuviera tan solo después de todo, que no era el único que se sentía... diferente.

—¿Fue entonces cuando te pusiste en contacto con Michael?

—No respondió a mi carta. Podía imaginarme por qué no me creía. Por eso necesitaba otra forma de acceder a él. Su mujer estaba mucho más receptiva. Me informó de cuándo lo soltarían. Me contó lo del fin de semana. No veía la hora de llegar: no solo conocería a Michael, sino también a los demás. —Por extraño que parezca, sonreía, reviviendo la emoción de planear su primer encuentro con nosotros, su verdadera familia—. Pero quería hacerlo como Dios manda, quería conocerlo primero a él, a solas, y demostrarle que merecía formar parte de vosotros. Fui a la cárcel con un día de antelación, pero ya no estaba. Me apresuré a subir hasta aquí. El policía de la zona estaba aparcado en el momento y lugar equivocados, y su sacrificio me dio la oportunidad de demostraros quién era yo.

Juliette y yo intercambiamos sendas miradas de preocupación al oír la palabra «sacrificio». Jeremy hablaba ya con aspavientos, sumido en su propia mitificación.

—También me dio la oportunidad de estar con Michael a solas. Y podía hacer que mis razonamientos sonaran convincentes porque él os había engañado a todos con la fecha en que saldría de la cárcel. Quería decírselo directamente, pero no lo dejabais tranquilo y supe que aquella sería la única forma de que pudiéramos estar solos todo el fin de semana. Luego la gente empezó a gritar, y tal vez el uniforme que había elegido no era tan inteligente como creía, porque de repente me vi ayudando con

todo y con Juliette pegada a mí todo el santo día, o con todo el mundo haciéndome preguntas. No podía escaparme para hablar con Michael. No fue hasta que tú hablaste con él, Ernest, cuando pude demostrarle..., demostrarle que este era mi sitio. Demostrarle que era como él.

La teoría de Sofía se sostenía: «El o la Lengua Negra se está anunciando. Quiere que sepamos que está aquí».

Jeremy creía haber encontrado su lugar en una familia de asesinos. La muerte del sargento no era más que el pájaro muerto que te trae hasta la puerta un gato salvaje. Una ofrenda.

—Pero Michael no te recibió con los brazos abiertos, ¿me equivoco? —repliqué—. Lo horrorizaste. Cuando hablé con él, era más que evidente que se había pasado los últimos tres años aprendiendo a vivir con la responsabilidad de la vida que había arrebatado, y que había salido del pozo con la firme voluntad de hacerlo mejor. De ser mejor. Pero eso no era lo que esperabas, ¿verdad? ¿Te hizo sentir otra vez como un extraño?

—Se suponía que era como yo. ¡Se suponía que todos vosotros erais como yo! Procuré razonar con él. Sabía que me delataría en cuanto pudiera. Y sabía... Tenía las fotos que Alan había intentado venderme a mí primero y sabía quién me había hecho daño, quién nos había hecho daño, cuando no era más que un crío, y se negó a revelármelo. Me dijo que me los cargaría, y que esa no era la forma de solucionarlo, y me di cuenta de que no era en absoluto como yo. Me hizo sentir solo, igual que mis padres postizos. A veces... me cuesta respirar cuando la gente... —Volvía a tirarse del cuello—. Lo que me estaba diciendo... No era capaz de respirar... Y luego la mujer...

—Lucy.

Me sorprendió, y me impresionó, oí a Audrey corrigiéndolo.

—Le estuve dando vueltas a cómo escapar, pero ¿cómo iba a escabullirme si todos os negabais a iros y yo tenía que cargar con el papelito de agente de policía? Y fue entonces cuando lo descubrió. Me había estado esperando y yo no me había presentado. Cuando supo que el primer cadáver era el de un policía, quedé al descubierto. Le rogué que no dijera nada. Le di

una oportunidad, ¿vale? Pero ella decidió saltar.

Su voz se había convertido en una súplica lastimera. Creía firmemente que seríamos como él, y la verdad lo había desconcertado.

—¿Por qué? —preguntó Aloysia con una repulsión en la voz que resumía el sentir general de la biblioteca—. ¿A quién se le ocurriría pensar que alguien como tú encajaría en nuestra familia?

—¡Michael no tenía ningún derecho! —gritó Jeremy—. No tenía derecho a decirme cuál era mi lugar, ni a echarme en cara que lo que había hecho estaba mal. ¡El muy hipócrita! —Las siguientes palabras estaban cargadas de bilis—. Miraos a vosotros. Los Cunningham. Todos sois asesinos, ¿me equivoco?

Nos miramos los unos a los otros. Andy hizo ademán de levantar la mano, con toda probabilidad para indicarle que él no había matado a nadie, pero cambió de idea.

Me imaginé a Jeremy, apoyado en la pared del piso de Alison Humphreys, soportando el aire viciado, con la puerta del lavabo cerrada, contemplándose las manos temblorosas y llenas de ceniza, después de haber descubierto quién era su verdadera familia. Era fácil encontrarnos en internet. Todo el mundo sabía cómo éramos. Michael, Robert, Aloysia —y, más adelante, Sofía— se habían visto involucrados en incidentes públicos, y desde ese momento se los había acusado de tener las manos manchadas de sangre. Éramos tristemente famosos, tanto en los medios de comunicación como en los círculos policiales. Jeremy nos había encontrado, había controlado el temblor de las manos y se había dicho: «Al fin y al cabo, no soy tan distinto».

Se oyeron unos pasos apresurados a nuestras espaldas. Nos volvimos y observamos a Gavin, sorprendido de encontrarnos a todos tan agitados.

—Las maletas ya están listas —anunció, antes de darse cuenta de que algo no iba bien—. ¿Quién se ha muerto?

Bastó esa distracción para que Jeremy se moviera. Nos giramos y vimos que había quitado la reja de la chimenea de un golpe y se había armado con el atizador. Juliette echó a andar hacia él, pero Jeremy trazó un arco con la herramienta y ella

reculó. Seguía sin tener adónde ir, pero agitaba el arma de hierro colado por el aire con desenfreno.

—Os podría haber dejado a todos aquí —siseó—. Y, hasta ahora, me lo habría planteado. Después de lo de Lucy, pensaba que había hecho suficiente como para desaparecer. Pero ahora sé que me abandonaron a mi suerte. Que me despreciaron, me desecharon. Vosotros. —Se dirigía a todos, pero estaba fulminando a Audrey con la mirada—. Al menos arderemos juntos.

Se precipitó con el atizador y todos los presentes se estremecieron, pero se dirigía al fuego. Usando la barra de hierro como palanca, arrastró un leño enorme y candente hasta la moqueta. Este cayó al suelo con un golpe seco y soltó luciérnagas de fuego al aire. Todos contuvimos el aliento. Juliette me había contado que su padre había levantado el albergue a finales de los años cuarenta, lo que significaba que se sostenía sobre madera, atajos y asbesto: apenas había diferencia entre las paredes y una caja de cerillas. Algunas partes de la moqueta silbaron y se oscurecieron, pero estaba demasiado húmeda como para arder; el tronco yacía inmóvil, humeando. La estancia se sumió en el silencio y Jeremy esbozó un gesto de desesperación mientras los demás nos maravillábamos ante aquella cutrez de plan de fuga.

Poco después, en apariencia de la nada, uno de los libros de la pared explotó. Una única pavesa arrastrada por el aire había encendido unas páginas que estaban secas como una hoja.

No tenía ningún misterio. Aquellos libros eran probablemente lo único del complejo, incluido yo, que no estaba calado hasta los huesos. Ojalá pudiera decirte que el libro que explotó fue *Jane Eyre* (habría sido una coincidencia deliciosa, teniendo en cuenta lo que estaba a punto de ocurrir), pero no sería verdad.

Después de que ardiera el primer libro, los demás se fueron encendiendo como palomitas en un microondas, convirtiéndose en columnas de llamas a medida que las pavesas iban saltando. Algunos, intuí al ver que era algo casi espontáneo, debían de ceder a la presión de los tomos que los rodeaban. Y, sin más, los muros se prendieron. El suelo emitía vapor, se secaba, hasta que comenzaron a formarse marcas candentes en las zonas secas.

Todos nos precipitamos hacia la puerta. Erin fue la primera que lo consiguió. Yo aupé a Sofía, echándomela por encima del hombro con el brazo bueno. Marcelo arrastraba a Audrey, quien estaba aturdida y había sucumbido a las lágrimas; habían tumbado uno de los tronos rojos, que había empezado una pequeña fogata en mitad de la biblioteca. Juliette gritaba, agitando los brazos. Las llamas comenzaban a devorarlo todo. Jeremy dejó caer el atizador y reventó la ventana que tenía detrás con el codo. El aire entró y alimentó las llamas, que triplicaron su tamaño con un silbido. F-287 se había convertido en poco más que un cascarón ennegrecido. Sofía y yo no podíamos irnos hasta que Marcelo y Audrey salieran y supiera que estaban a salvo. Había perdido de vista a mi tía y a mi tío, pero poco después distinguí a Aloysia yendo en la dirección contraria.

—¡Aloysia, márchate ya! —bramé, pero las llamas rugían de una forma que jamás hubiera imaginado. Todo acababa ahogado por aquel gruñido devastador.

Torcí el gesto al notar el calor, consciente de que nos quedaba poco tiempo. A mis espaldas, el marco de la puerta siseaba y vomitaba humo. En cuanto se secara, prendería también. Y lo mismo les ocurriría a la moqueta del pasillo, al pasamano, a la escalera y, pronto, al resto del edificio.

Marcelo pasó a mi lado con Audrey detrás, ya por su cuenta. Le cargué encima a Sofía y eché a correr hacia la ventana, esquivando la fogata del sillón rojo. Al pasar por su lado, la hoguera se hundió y desapareció por completo; había quemado el suelo y se había precipitado hacia la planta inferior. Si no nos apresurábamos, aquello también acabaría ardiendo, se extendería hasta el vestíbulo y nos bloquearía la entrada principal.

Aloysia había alcanzado a Jeremy, quien tenía un pie fuera de la ventana. Había apartado los fragmentos más afilados del alféizar y estaba preparado para saltar. Aloysia alargó los brazos y lo agarró por los hombros, pero Jeremy percibió el movimiento, se giró y la cogió del cuello. A ella le entraron arcadas y él la empujó contra la repisa; la cabeza le rebotó contra una de las esquinas con un crujido. Jeremy le apretó aún más fuerte. A Aloysia se le salían

los ojos de las órbitas. Yo volví a gritar, pero mi voz se disipó cuando una columna de llamas, alimentadas por el viento, se alzó y me recorrió una parte de la cara. Me llegó un hedor a pelo quemado. Estaba demasiado lejos. Jeremy me miró, antes de centrar la atención de nuevo en Aloysia. Había sangre en la esquina de la repisa. En los ojos de Jeremy se reflejaba el fuego, pero también había un brillo en ellos de todos modos. Tiró hacia atrás de la cabeza de Aloysia y la empujó contra...

El bramido de guerra de Andy fue tan sonoro que sobrepasó los aullidos del fuego. Había recogido el atizador y empezado a correr. Jeremy puso los ojos como platos. Andy echó el brazo hacia atrás para coger fuerza —en un arco largo y amplio y con las caderas relajadas, como si estuviera a punto de golpear las pelotas de golf que no había tenido oportunidad de lanzar desde la azotea — y lo soltó. El atizador acertó...

Mi tío

... en un lado del rostro de Jeremy con otro crujido. Lo golpeó justo debajo de la oreja, a lo largo del pómulo. La mandíbula pareció dislocársele del resto de la cara y le dejó la boca abierta en un aparente gesto de perplejidad. Luego, la sangre empezó a brotarle de la garganta. Dejó caer a Aloysia, quien se desmadejó sobre los brazos estirados de Andy. Jeremy dio dos pasos (con la mandíbula meciéndose como un péndulo) hacia mí.

No llegó a alcanzarme. Es posible que lo cogiera por sorpresa que el suelo cediera bajo sus pies, pero la mandíbula no se le podía caer más. Desapareció entre las fieras llamas del primer piso.

Andy, Aloysia y yo salimos de allí corriendo sobre ascuas, literalmente. Aloysia iba entre nosotros, arrastrando las piernas por el suelo mientras la bajábamos por la escalera. Erin estaba junto a la entrada, haciéndonos señales para que nos diéramos prisa. Varios fuegos danzaban por el vestíbulo, sin llegar a ser aún un obstáculo, pero la pintura del techo burbujeaba y las llamas se extendían por las vigas. La araña se precipitó al suelo con un poderoso golpe justo cuando llegamos a la puerta.

Me desplomé a los pies de la escalera. Gatear por la nieve sin guantes es como caminar por arena ardiente: te abrasa y daña la piel. Luego alguien me levantó, y me di cuenta de que era Erin la que me sostenía, tirando de mí por la nieve hasta que caímos en terrones cubiertos de agua y contemplamos aquel infierno con los ojos vidriosos, tosiendo, sin creernos que siguiéramos vivos. Por fin disfrutaba del fuego crepitante que prometía el folleto.

La tormenta no había amainado. El viento era vigorizante y los copos de nieve seguían punzándonos las pestañas y las mejillas, pero, esta vez, no me importaba lo más mínimo.

Capítulo 40

El techo apenas tardó en desplomarse. Los muros lo siguieron poco después, derrumbándose hacia el interior y enviando una lluvia de ascuas hacia el cielo nocturno con un siseo que, de tratarse de un hotel distinto y de un género literario diferente, podría haber sido la liberación de los espíritus.

Juliette se giró hacia Gavin y dijo:

—Creo que ya estoy preparada para vendértelo. Te he ahorrado la demolición.

Algunos, a los que aún les quedaban fuerzas, se rieron. La gente se rodeaba con el brazo. Andy, a pesar de los comentarios jocosos que he hecho sobre él hasta este momento, sujetaba a Aloysia como si fuera lo único que existiera en el mundo. Marcelo y Audrey arropaban a Sofía entre los dos. Juliette le daba golpecitos en la espalda a Gavin en un gesto de camaradería. Erin y yo no cumplíamos ningún cliché, pero nos teníamos cerca. Sabía que el fuego estaba demasiado lejos como para sustituir a nuestro pedernal, como para volver a prender la llama, y no pasaba nada.

—¿Qué es eso? —preguntó Aloysia, señalando los escombros.

Una sombra oscura se deslizaba por la blanquísima nieve, iluminada desde atrás por las ascuas candentes. Caminó unos cincuenta metros antes de desplomarse sobre la nieve.

—Vámonos de aquí cagando leches —exclamó Andy.

—¿Se mueve? —preguntó alguien, pero no recuerdo quién.

—Si está herido, da igual quién sea o lo que haya hecho —razonó Juliette—. No podemos dejarlo ahí tirado.

—Voy a comprobarlo —me ofrecí, ante mi sorpresa.

Se oyó un murmullo poco entusiasta de disconformidad, que no superó al alivio de que no fueran ellos los que tuvieran que ir, así que me puse en pie y me tambaleé hasta la silueta que yacía en

la nieve. Tenía un recuerdo vívido de otra sombra oscura en un campo níveo, pero me lo quité de la cabeza.

Llegué al cuerpo. Era Jeremy. Estaba tumbado de espaldas, con los ojos cerrados. Se le había quemado el pelo y tenía parte de las mejillas cocidas, y el resto cubiertas de ceniza. El pecho se le movía arriba y abajo, muy lentamente. Me senté a su lado, porque era lo único que podía hacer.

—¿Quién eres?

Jeremy hablaba despacio, con un defecto provocado por la mandíbula dislocada y la lengua cubierta de sangre oscura.

—Ernest..., tu hermano.

Nos quedamos en silencio un buen rato.

—¿Sueñas que te asfixias? —me preguntó.

—A veces —admití.

Por fin comprendía lo de la ceniza, la asfixia, la tortura. Ese trauma reprimido que se filtraba entre las grietas, ese estar atrapados en el coche. Todo lo que no podía recordar y que brotaba solo para atormentarlo. «Me cuesta respirar cuando me altero.»

—Vale.

Parecía complacido. Tal vez de que fuera como él. Era lo único que quería saber.

Estuvo resollando mucho tiempo. El pecho se le dejó de mover.

Luego, cuando estaba a punto de irme, empezó a contraerse otra vez.

Aparté la vista de mi hermano y miré la tanqueta amarilla de Gavin. Allí había un grupo de personas esperándome, de las cuales pocas tenían mi sangre y muchas menos mi apellido. Había una serie de títulos y apellidos de casadas, y que si ex por aquí y padrastros y hermanastras por allá. Y había un Cunningham más tumbado a mi lado, luchando por respirar.

Anhelaba tanto formar una familia, obligar a Erin a que la formara por mí, que me había olvidado de la que ya existía a mi alrededor. La familia es una fuerza de gravedad. En ese momento, comprendí lo que Sofía me había dicho al principio de todo esto.

La familia no es esa persona con la que compartes sangre, sino aquella por quien estarías dispuesto a derramarla.

Yo

Capítulo 41

—Ya podemos irnos —anuncié, superando el gigantesco escalón y montándome en el *oversnow*.

Todos se habían apiñado ya en el mamotreto cuando regresé. Gavin arrancó el motor, que partió el aire de la noche al volver a la vida.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Aloysia cuando me senté a su lado.

—Cuando he llegado, ha dejado de respirar.

—Y ¿ya está? ¿Sin más?

—Sí.

—¿Está muerto? —preguntó Audrey. Había una cierta esperanza en su voz, pero no podía saber si era por que estuviera vivo o muerto.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo?

—Ha dejado de respirar, ya está. Vámonos a casa.

Epílogo

El cartel de SE VENDE estaba clavado en el suelo con la apatía que provoca una comisión segura. Juliette había venido a ayudarme a empaquetar lo poco que me quedaba. Erin y yo habíamos decidido que la mejor forma de seguir adelante, si queríamos hacer borrón y cuenta nueva, era vender la casa y dejar todos los recuerdos y hechos detrás. Había quedado con Juliette en la casa, justo después de un desayuno deliciosamente anodino.

Juliette abrió la puerta. La casa estaba vacía, y los fantasmas de antiguos muebles habían dejado sombras oscuras en el parqué, por lo demás blanqueado por el sol. Mis últimas cajas estaban en la buhardilla. Ella bajó la escalera y subió; yo me quedé abajo para recoger lo que me tirara. Me entregó varias cajas y una maleta pequeña, con ruedas, ideal para un aeropuerto pero terrible para un complejo turístico en la nieve. Cuando por fin llegué a casa —después de pasar por comisarías, hospitales e infinitos medios de comunicación—, no tuve las fuerzas necesarias para deshacerla.

Evidentemente, me había traído conmigo la bolsa de deportes. Los McAuley se negaron a que les devolviera el dinero. Aceptaron que las fotografías se habían perdido para siempre, pero decidieron enviar submarinistas al lago para recuperar el féretro. Esperaba que hubieran podido celebrar el funeral que siempre habían querido para su hija. Le había contado a todo el mundo lo del dinero, y habíamos acordado qué hacer con él juntos, como una familia. Les habíamos dado la mitad a los padres, hermanos y hermanas de Lucy, y también habíamos pagado el funeral. Luego acordamos dividir el resto. Yo renuncié a mi parte, porque consideraba que ya me la había gastado.

El funeral de Michael fue algo breve, frío y deprimente. No fue culpa suya; el tiempo no le hizo ningún favor. Eché un vistazo

dentro del ataúd antes de que lo metieran bajo tierra. El funeral de Lucy lo organizó su familia. Fue un evento trágico, triste y hermoso. La iglesia estaba hasta los topes, y tardé un rato en entender por qué, pero el misterio se resolvió por sí mismo: jamás me habían intentado vender tantísimas oportunidades de negocio en un velatorio. A pesar de que Lucy ya no esté con nosotros, quiero pensar que la semana pasada la ascendieron a vicepresidenta adjunta de Oceanía.

Andy y Aloysia nunca han estado más acaramelados, ni Aloysia tan relajada. Casi demasiado. Andy sigue siendo el tipo de hombre que mirarías por encima del hombro para encontrar a alguien más interesante, pero, ahora que lo he visto romperle la mandíbula a una persona, estoy abierto a soportarle al menos quince minutos de charla mundana.

Por lo visto, Sofía fue la que salió peor parada del incendio, algo que acabó por beneficiarla, porque a ver si adivinas lo que le recetaron para mitigar el dolor. Exacto, oxicodona. Con la coartada del flujo sanguíneo resuelta, el forense no tenía razones para hacerle un análisis de sangre, ya que no podría demostrar ningún patrón. Se demostró que había actuado como se podía esperar razonablemente de ella. Aloysia la sigue vigilando, y está un poco mejor. Se han hecho casi amigas.

Marcelo, Audrey y yo cenamos una vez por semana. Audrey se levanta mucho menos de la mesa, y se agradece. Pronto invitaré a Erin; siempre será parte de la familia, con o sin pedernal. «Divorcio» es una palabra siniestra y formal, pero lo estamos gestionando, por irónico que parezca, en equipo. Juliette y yo hemos podido conocernos un poco mejor en las giras publicitarias, puesto que ella también ha firmado un contrato con una editorial para contar esta historia. Su libro se llama *El hotel de los horrores*, o algo así. Mis editores están intentando presionarme para sacar el mío un mes antes que el suyo.

¿Qué más?

Supongo que toca repasar algunos tecnicismos.

Es posible que opines que mi madre no mató a nadie. Y tendrías parte de razón. Yo argumentaría que ya te dije que te

contaría lo que yo creía que era verdad en el momento en que creía saberlo. También te dije que mi uso de la gramática no era deliberadamente deshonesto. Tal vez podría argumentar que aquel coche cerrado en un tórrido día de verano fue el final de Jeremy Cunningham. Que mi madre fue la responsable de acabar con esa vida y dar lugar a otra: la del niño que soñaba que se asfixiaba. Dejo en tus manos que decidas dónde termina Jeremy y dónde empieza el Lengua Negra. O al menos esa es mi excusa. Podemos debatir sobre los méritos literarios de este razonamiento en otro momento. Envíale un correo a mi agente.

Y ¿lo de que Andy y yo tengamos partes propias? No sé qué decirte. Andy le dio un golpazo a Jeremy, y yo diría que fue mortal. Jeremy acabó quemado y ensangrentado, y sin duda estaba herido de muerte cuando lo encontré en la nieve. Y ¿yo? Mi abogado me ha dicho que vaya con cuidado. Todo lo que te he contado es verdad: cuando mi hermano murió, yo estaba sentado a su lado. Tómatelo como quieras.

Por cierto, Aloysia Sansone es un anagrama de «No soy la asesina». Darius, o Darío, es el nombre de un rey persa, y Persia es el lugar donde nació la tortura por ceniza. Pero no lo he cambiado para el libro; es el nombre real que se puso Jeremy. Lástima que no fuera a por un grupo de profesores de Historia; lo habrían resuelto de inmediato.

A Juliette le sonó el móvil con tal fuerza que el pitido retumbó por toda la buhardilla. Sus carcajadas flotaron por el agujero que yo tenía justo encima, antes de que asomara la cabeza.

—Aloysia ya está planeando la siguiente reunión —dijo. Estaba en el grupo de WhatsApp de la familia. Ya lo sé: la cosa iba rápida—. Acepta sugerencias.

—Algún sitio cálido.

Volvió a reírse y se giró para seguir tirando cajas. Yo me volví hacia la maleta y saqué una chaqueta arrugada y húmeda. Con las prisas que teníamos por marcharnos, seguía mojada cuando la metí dentro. El hedor era insoportable. Decidido: tiraría la maleta entera. No había nada que pudiera necesitar y no tenía el aguante de revolver el contenido. Eché un vistazo en los bolsillos por si

acaso, y saqué un trocito de papel doblado. La tarjeta del bingo de Sofía.

Miré la corrección de Michael: «Ernest arruina arregla algo».

Y no se equivocaba. A pesar de todo lo que representaba, sentí un cierto cariño al sacar un bolígrafo y tachar el recuadro. No completaba el bingo, pero la satisfacción no me la quita nadie.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no había seguido mi propio consejo.

Saqué el móvil nuevo (batería: 4 %; me avergüenza que tuviera menos batería entonces que durante una ventisca en la cima de una montaña). Me bajé una aplicación de lupa, que no sería tan efectiva como la herramienta en sí misma, pero supuse que sería suficiente.

Recordé que Michael se había tomado su tiempo antes de escribir en la tarjeta. O quizá hubiera dedicado esos fugaces segundos, con la funda de las lentillas al lado (¡sabía que no llevaba lentillas!), toqueteando otra cosa. Algo lo bastante pequeño como para que mi padre se viera obligado a utilizar una aguja..., aunque creí que bastaría con la punta de un bolígrafo. «No la pierdas —me dijo, apretando con fuerza el pulgar al devolverme la tarjeta del bingo, como si estuviera fijando la tinta—. Confío en ti.» Había escrito algunas palabras, pero también había añadido un punto. Te lo he dicho: en una novela de misterio, hay pistas en todas y cada una de las palabras; joder, hasta en cada signo de puntuación...

El corazón me martilleaba en la garganta ante aquel posible descubrimiento. Pasé la cámara del móvil (batería: 2 %), con la aplicación de la lupa abierta, por encima del punto que Michael había añadido. Fotografías. Dieciséis en total, en una cuadrícula de cuatro por cuatro.

El fotógrafo estaba en la parte baja de un inmenso camino de acceso, frente a una finca palaciega, con las rígidas líneas de una valla de seguridad superpuestas en las imágenes. Hay un sedán, con el maletero abierto, junto a las columnas de la entrada. El escenario no cambia en ninguna de las dieciséis fotos, pero hay dos personas en el encuadre, con los rostros ocultos, que se mueven en

cada imagen. En la quinta, las siluetas desaparecen, pero la puerta principal es un agujero negro: está abierta. Las figuras regresan en la octava foto, pero esta vez cargan con lo que parece ser un saco de dormir. Cada una de las personas sujeta uno de los extremos. En la novena, están a mitad de camino del coche, y vi lo que parecían ser largos mechones de pelo colgando de uno de los extremos del saco. En la décima, el saco de dormir ha desaparecido y el maletero del coche está cerrado. En la decimosexta, la posición del coche ha cambiado. Una de figuras sigue en el porche, viendo cómo el vehículo se marcha. Por fin, un rostro.

Quizá te decepcione que no pueda ofrecerte la típica catarsis en que los malos reciben su merecido castigo, pero mi editora me ha dicho que tenemos que ir a imprenta y el caso sigue en los tribunales, así que tampoco puedo darte más detalles. Tendrás que conformarte con saber que amplié la imagen todo lo posible hasta distinguir el rostro de Edgar McAuley, iluminada por las luces del porche de su mansión, y que si su nombre no aparece censurado aquí puedes dar por sentado que se pasará una buena temporada entre rejas.

«¿Michael te ha enseñado las fotos?»

Edgar McAuley me repitió la pregunta dos veces, y la segunda vez con insistencia, según recuerdo. Pensé que estaba molesto, pero ahora comprendía que el tono no era de impaciencia, sino de desesperación. Quería saber si había visto las fotografías, si lo había visto a él en ellas. Me acordé de la desazón de Siobhan al enterarse de que el cuerpo se había perdido y las palabras calmadas que su marido le había dirigido: «Podemos contratar submarinistas».

Los McAuley se negaron a pagar la mitad del dinero por salvar a su hija del que después les costaría recuperar el cadáver y las fotografías del asesino. Alan no les estaba ofreciendo la oportunidad de pasar página, sino una extorsión de las de toda la vida. Primero había acudido a Jeremy, con la esperanza de sacarles dinero a los Williams sin tener que correr el riesgo de cerrar un trato con los McAuley. Cuando le salió el tiro por la culata, no le quedó otra que probar con la opción más peligrosa. Necesitaba a

alguien que actuara como escudo entre él y Edgar, pero un Cunningham también legitimaba sus amenazas, y por eso acudió a Michael. Y, más adelante, Michael, después de que lo soltaran de la cárcel y viera quién aparecía en las fotos, había decidido que los McAuley también estaban en deuda con él. ¿Qué fue lo que me dijo en la Sala de Secado? «Lo justo es que paguen por lo que han hecho.» En plural.

Un secuestro falso para encubrir un asesinato. Era un plan astuto. Contratar a una banda famosa como cara visible, crear un móvil con el rescate falso y quedar como la víctima en lugar de como un sospechoso. Como Marcelo me había dicho, era una historia más vieja del mundo que seguro que me sonaría: fácil de entender y aún más fácil de aceptar. Como a todo el mundo en aquel momento. Rebecca ya estaba muerta antes incluso de que pidieran el primer rescate.

Llamé a la policía. Un inspector se pasaría esa misma tarde a recoger las pruebas. Justo después, se me acabó la batería.

—Oye, Ern. —Juliette volvió a asomar la cabeza con una botella de vino polvorienta entre las manos—. Esto puede haber envejecido de maravilla o de pena. ¿Por qué no subes?

Te he prometido que habría ciertas cosas que no ocurrirían en este libro, así que mejor termino aquí este capítulo para no quedar como un mentiroso.

La seguí escaleras arriba.

Las obras *Diez pasos fáciles para escribir una novela negra como si hubieras vivido en los años treinta* y *Convertir la edad de oro en una página de oro: cómo escribir una novela de misterio*, de Ernest Cunningham, están disponibles en Amazon por 1,99 euros.

Agradecimientos

El tono de cualquier buena sección de agradecimientos debería ser: «Gracias por haberme aguantado». Hay muchísima gente que ha tenido que hacerlo mientras escribía esta novela, y agradezco la pasión, la paciencia y la ayuda que me han ofrecido en todas y cada una de las etapas.

A Beverley Cousins, mi editora. Gracias por dar rienda suelta a mi imaginación y, al mismo tiempo, por tirar pacientemente de mí cuando mi ambición superaba a mi sensatez. Gracias por no tenerle nunca miedo a ninguna idea, por leer incontables borradores que no acababan de funcionar del todo y por tener fe en que encontraría mi voz y en la historia que quería contar. Me siento orgulloso y afortunado de ser uno de tus autores. Gracias.

A Amanda Martin, mi editora de mesa. Gracias por ese ojo avizor editorial, correcciones educadas y astuta resolución de problemas. Revisar una novela negra es como construir un castillo de naipes: si una pieza se tambalea, todo se viene abajo. Los editores de mesa son el pegamento que mantiene la torre en pie. Siento la broma sobre los editores del capítulo 27. He escrito aquí el número del capítulo y no el número de página por si tienes síndrome postraumático por los números de las páginas. Y, ya que sale el tema, siento lo de los números de las páginas[1].

Nerrilee Weir y Alice Richardson han hecho un trabajo fantástico encontrando oportunidades para que este libro llegue a manos de lectores de todo el mundo. Me fascina pensar que voy a poder contarles mi historia a tantísimas personas, y agradezco todos los esfuerzos, las noches en vela y los madrugones, y las videollamadas por Zoom. A Kelly Jenkins y Hannah Ludbrook, de marketing y publicidad, respectivamente, gracias por haber defendido este libro con unas voces tan sonoras y entusiastas;

cualquier autor se sentiría afortunado de contar con campeonas así para su obra.

Me obsesiona el diseño de la portada que ha hecho James Rendall. (Se la enseño a la gente en las fiestas igual que los que enseñan fotos de sus perros, y, como a esas personas, los demás me suelen evitar.) Gracias por esa fantástica creatividad. Gracias a Sonja Heijn por sus meticulosas revisiones y a Midland Typesetters por su brillante composición tipográfica e interiores; de nuevo, pido perdón por los números de las páginas.

A Pippa Masson, mi agente, con la hábil ayuda de Caitlan Cooper-Trent: gracias a las dos por vuestros ánimos y consejos, y por no dejar nunca de creer que podía llevar este libro un pasito más allá. Nada de esto habría sido posible sin vosotras. Me quedaría corto si dijera que la ayuda que me habéis prestado para conducir mi carrera me ha cambiado la vida. A Jerry Kalajian, gracias por tu impulso apasionado para conseguir los derechos cinematográficos. También me gustaría decir que los agentes, al ser tanto terapeutas como psicólogos, deberían desgravar en la Seguridad Social.

A Rebecca McAuley, por la generosa donación a RFS para ayudar a la recuperación después de los incendios forestales de Australia a cambio de ponerle su nombre a un personaje. Gracias.

Gracias a mis padres, Peter y Judy, a mis hermanos, James y Emily, y a la familia Paz, Gabriel, Elizabeth y Adrian, por su apoyo en todas mis empresas creativas. James, siento matar siempre al hermano. Te juro que no hay segundas intenciones. Además, en mi familia nadie ha matado a nadie. Que yo sepa, vaya.

Y a Aleesha Paz. Hace mucho tiempo, te prometí que te dedicaría mi tercer libro. Lo curioso es que, sin ti, creo que no habría sido capaz de terminarlo. Así que este va por ti. ¿A quién pretendo engañar? Todos son para ti.

Gracias a todos los autores que han aportado citas publicitarias o apoyo en redes sociales a mi trabajo. No diré nombres, pero me dirijo aquí a los lectores: leed toda la ficción criminal australiana que podáis. Es la mejor del mundo. Creo que, dentro de cien años, echaremos la vista atrás y pensaremos que

hemos vivido nuestra propia edad de oro, y luego el listillo de turno escribirá probablemente alguna estupidez al respecto. A lo que voy: no pierdas el tiempo y súbete ya al tren.

Y, por último, gracias a ti por leerme. Habiendo tantísimos libros por ahí, has elegido el mío, y es un gesto tremendamente especial. Espero que te hayas divertido.

Notas

1. Nota a la edición digital: Todas las referencias a números de página se han adaptado con números de capítulo a lo largo del libro.

Todos en mi familia han matado a alguien
Benjamin Stevenson

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Everyone in My Family Has Killed Someone*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Benjamin Stevenson, 2022
First published by Penguin Random House Australia Pty Ltd. This edition published by arrangement with Penguin Random House Australia Pty Ltd

© de la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

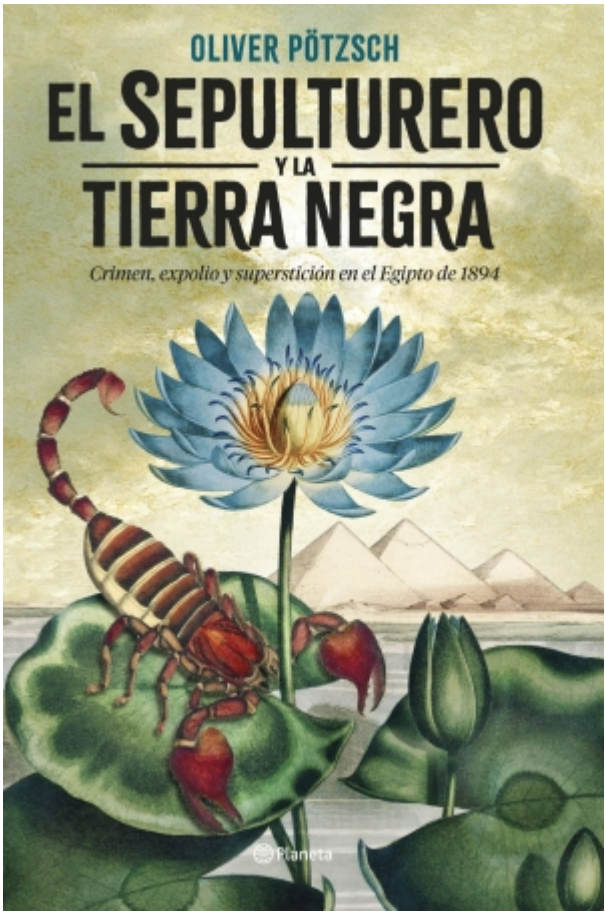
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-08-27256-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!



El sepulturero y la Tierra Negra

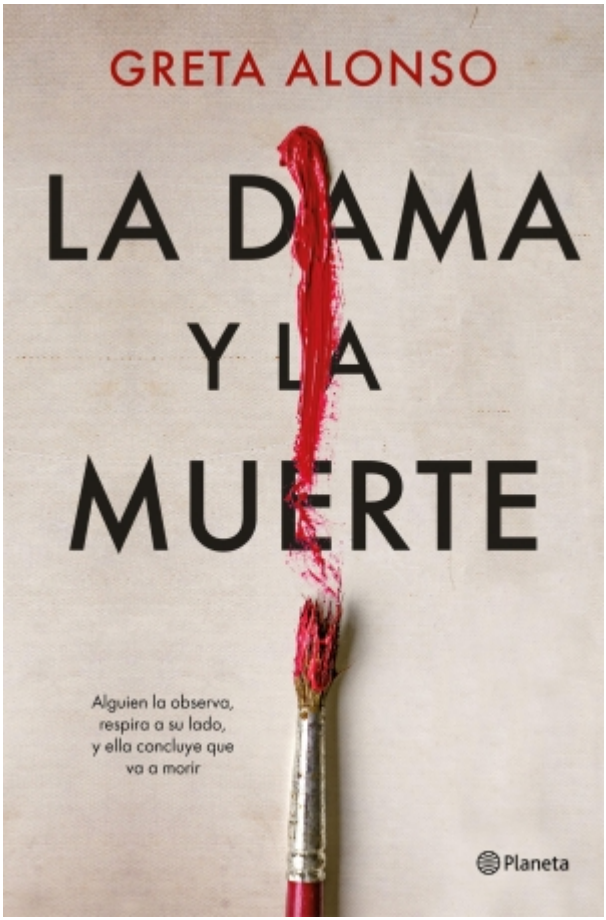
Pötzsch, Oliver
9788408273530
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El thriller histórico que triunfa en toda Europa. 3.500.000 de

lectores. Viena, 1894. En un sarcófago del Museo de Historia de la ciudad aparece, momificado, el cuerpo del profesor Alfons Strössner, uno de los mayores egiptólogos del mundo. Leopold von Harzfeldt será el encargado de la investigación y pronto descubrirá que, de los cuatro miembros de su última expedición a la Tierra Negra, tres han fallecido en extrañas circunstancias, por lo que la sombra de una maldición se cierne sobre lo sucedido. Pero ni Leopold ni el sepulturero Augustin Rothmayer creen en las maldiciones y están convencidos de que se trata de un asesinato. Con la ayuda de Julia, encargada de hacer las fotografías en otro caso importante del departamento de policía y con quien Leopold mantiene una relación secreta, los tres volverán a verse envueltos en un caso que oculta mucho más de lo que parecía a primera vista. Sarcófagos misteriosos, maldiciones egipcias y arqueólogos asesinados en un nuevo y frenético caso para el investigador Leo von Herzfeldt y el sepulturero Augustin Rothmayer.

Cómpralo y empieza a leer



La dama y la muerte

Alonso, Greta
9788408268871
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Nadie sabe quién es Dama, solo que pinta. Se desconoce si es

joven o anciano, si es hombre o una mujer. De Dama solo se ha oído que emplea su mano izquierda, que ejecuta sus trabajos como acuchillando el lienzo. Salvo aquellos que las compran, nadie ha visto lo que oculta bajo el papel de estraza con el que envuelve sus pinturas. Con cada subasta, su obra se revaloriza y la incógnita sobre su identidad aumenta; pero cuando Lucas Cúe, el popular deportista, aparece brutalmente asesinado, el inspector Valtierra debe encontrar un nexo entre el crimen y el cuadro más reciente del misterioso pintor; descubrir quién acecha tras el seudónimo. Santander, Madrid, Londres, París. Una amalgama de horror y belleza, una trama vertiginosa y oscura que nos sumerge en el mundo del arte y la muerte, en las sombras ocultas que manejan nuestras vidas. Alguien la observa, respira a su lado, y ella concluye que va a morir.

Cómpralo y empieza a leer

Al gato lo que es del gato

San Martín, Eva
9788408273554
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Y SI COMPRENDER MEJOR A NUESTROS GATOS NOS AYUDA A CONSTRUIR UNA VIDA MÁS FELIZ PARA ELLOS, PERO TAMBIÉN PARA NOSOTROS? Eva San Martín se ha propuesto embarcarnos en una aventura apasionante: aprender a entender mejor, en sus propias palabras, a esos tigres que nos quieren para descifrar sus mentes y llegar al fondo de sus emociones. Ciencia, psicología, historia y ternura se dan cita en este libro para reestablecer nuestros vínculos emocionales profundos con nuestros amigos bigotudos, al tiempo que aprendemos con ellos. Una inmersión científica, exigente y personal en el mundo felino, de la mano de Eva San Martín. La experta en comportamiento felino, Eva San Martín, parte de su propia experiencia para demostrarnos que a los gatos también se les puede educar

Cómpralo y empieza a leer

12 reglas para vivir

Peterson, Jordan B.
9788408200314
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuáles son las reglas esenciales para vivir que todos deberíamos conocer? Regla n.° 1: mantente erguido con los hombros hacia

atrás…, como las langostas; regla n.° 8: di la verdad, o por lo menos no mientas; regla n.° 11: no molestes a los niños cuando montan en monopatín; regla n.° 12: cuando te encuentres un gato por la calle, acarícialo. Jordan Peterson, «el pensador más polémico e influyente de nuestro tiempo», según el Spectator, nos propone un apasionante viaje por la historia de las ideas y de la ciencia —desde las tradiciones antiguas a los últimos descubrimientos científicos— para tratar de responder a una pregunta esencial: qué información básica necesitamos para vivir en plenitud. Con humor, amenidad y espíritu divulgativo, Peterson recorre países, tiempos y culturas al mismo tiempo que reflexiona sobre conceptos como la aventura, la disciplina y la responsabilidad. Todo con el fin de desgranar el saber humano en doce hondas y prácticas reglas para la vida que rompen radicalmente con los lugares comunes de la corrección política.

Cómpralo y empieza a leer

La última melodía de Chopin

Blue Jeans
9788408273578
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La detective Celia Mayo ha desaparecido. Triana y Niko todavía

tienen esperanza de encontrarla, aunque saben que las posibilidades son cada vez más escasas. Un día, los jóvenes reciben una llamada anónima que les asegura que está viva. ¿Será esta vez cierto o se trata de una broma de mal gusto? Mientras tanto, Blanca se recupera de las lesiones que sufrió tras el accidente de helicóptero. Su compañera periodista Luna González está investigando y no parará hasta descubrir lo que ocurrió, aunque eso la ponga en riesgo. Sevilla se ha convertido en una ciudad peligrosa en la que nadie parece a salvo. Los misterios y las muertes sospechosas se van produciendo y la policía no logra encontrar a los culpables. ¿Conseguirán averiguar la verdad de esos sucesos? El autor de grandes éxitos como la trilogía de La chica invisible y El campamento vuelve a las librerías para cerrar la bilogía iniciada con Los crímenes de Chopin. En La última melodía de Chopin Blue Jeans vuelve a superarse con este thriller trepidante, lleno de giros que atraparán al lector. Un accidente inquietante. Una misteriosa desaparición. Una ciudad que esconde secretos. Déjate atrapar por la nueva novela del maestro del thriller juvenil.

Cómpralo y empieza a leer